



UN PROMETIDO INADECUADO  
*Romina Naranjo*



**Un prometido inadecuado**  
Romina Naranjo

Primera edición en digital: Enero 2016

Título Original: Un prometido inadecuado

©Editorial Romantic Ediciones, 2015

©Romina Naranjo, 2015

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Imagen de portada © Artsiom Kireyau, Joerg Hackemann, Viktoriia Talitskaya.

Diseño de portada y maquetación, Olalla Pons.

ISBN: 978-84-944561-7-6

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los



*Para todos aquellos lectores que desearon conocer esta historia.*

*Son ellos, quienes la han hecho realidad.*

*Gracias, por encontrar a Josh y Claire mucho antes que yo.*

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

## Prólogo

*Tenía que arrancarle a Claire las ilusiones que le había dado sin pretenderlo, porque aquello simplemente no podía ocurrir, de ninguna manera. Ella era demasiado valiosa, demasiado importante, incluso sin contar la posición social y la educación, existía algo en su interior que él, nunca, podría tocar. La conocía lo suficiente para saber que no aceptaría las palabras para rendirse y dejarle de lado, así pues... solo podía obligarla a despreciarle.*

*Aunque la sola idea le matara por dentro.*

*-Joshua... no me importa que intentes fingir que nada ha pasado, porque ambos sabemos que no es así –resopló, llena de tensión-, tenemos que hablar... lo que pasó...*

*-Ya hemos hablado de lo que pasó, señorita. Le he contado todo lo ocurrido. Ahora su familia está a salvo, el peligro ha pasado y yo debo volver a mis quehaceres –dijo un paso atrás-, ya he perdido una noche de sueño, no desearía perder también el día.*

*-¿Y qué hay de lo que ocurrió en el establo, eh? –le encaró, haciendo que su pequeña estatura pareciera el doble conforme su voz se hacía más ruda-, ¿vas a decirme que soñé con esos besos, con las caricias? Ambos estábamos allí... los dos lo deseábamos y permitimos que ocurriera, no podemos hacer como si...*

*-Yo no lo deseaba.*

*Arnold estaba cruzado de brazos, apoyado en el vano de la puerta, impidiendo así a su madre la visión de la escena pero sin perder él ni un solo detalle de la misma. Josh subió un segundo la vista, porque por desagradable que fuera, prefería mirarle a él que ver el espanto y la decepción que sus últimas palabras habían provocado en Claire. La joven tardó varios minutos en asimilarlo, pero en cuanto lo hizo, comenzó a negar vehementemente con la cabeza, mientras sonreía de puros nervios, sin pizca de humor.*

*-Mientes –le dijo, aunque sonó como si suplicara-, solo dices eso porque piensas que no debió pasar.*

*-Es que no debió pasar.*

*-¡Eso no importa! Yo sé que lo deseabas, y tú también lo sabes –se enfurecía más y más conforme más impertérrito se mostraba Josh-, yo estaba ahí... lo viví... ¡sé lo que sentiste, lo noté!*

*-Temía que me despidiera si me negaba.*

*-¿De qué estás...?*

*-Dejé que pasara para que no me echara de aquí, señorita, pero no lo disfruté. Me gustan las mujeres más maduras, más... experimentadas - la miró directamente a los ojos, dispuesto a lanzar el golpe de gracia definitivo-. Simplemente supuse que a las muchachas de su clase les gustaban ese tipo de juegos, ¿no? Tener un... capricho con uno de los criados, así que...*

*Tuvo el tiempo justo de apretar la mandíbula cuando la mano sedosa de Claire impactó contra él, girándole la cara como consecuencia de la fuerza del bofetón. Joshua apretó los puños y se obligó a bloquear el corazón, pues la tentación de arrodillarse a mendigarle perdón por sus sucias mentiras hirientes era demasiado fuerte como para resistirlo. La muchacha clavó en él sus ojos grandes, veteados de lágrimas, tan solo un minuto, después echó a correr.*

\*\*\*

Las risas todavía eran audibles, pese a encontrarse en el lado opuesto a la puerta cristalera que separaba el salón principal de la terraza exterior. Completamente extenuada, Claire se esforzó por aislarse de los murmullos y sonidos de algarabía procedentes de la fiesta y permitir que aquella pena sorda que desde hacía semanas la acompañaba, irrumpiera por fin en todo su ser.

Llevándose la mano al pecho, sintió que le faltaba el aire. Lucía un vestido de color melocotón en corte recto, con las mangas ligeramente translúcidas y un fajín sobre la cintura que hacía que se le cortara la respiración. El corsé estaba demasiado apretado y los zapatos empezaban a provocarle un dolor atroz en los pies. Por si fuera poco, el bonito tocado de perlas que le habían sujetado al pelo le tiraba, y poco importaba cuanto se abanicase, la transpiración empezaba a hacer mella en toda su piel, marcándola con gotitas húmedas que no tardarían en hacerla pasar un mal rato.

Dentro de la casa, el estrechocar de las copas y los buenos deseos prácticamente sentenciados en voz alta, habían estado a punto de hacerla desfallecer.

Debia estar contenta. Era el día de la boda de su hermano, y jamás había visto a Andrew tan feliz como el momento en que por fin Victoria Linton se había convertido en su esposa. Todo él estaba radiante, deslumbraba de pura dicha, y su cuñada... aquella mirada arrebolada, el brillo en sus ojos cada vez que éstos se cruzaban con los de su marido, prometiendo secretos que pronto podrían llevar a cabo sin la molesta presencia de los demás.

El mirarlos, con ese amor joven recién descubierto y pronto consumado provocaba envidia en los presentes, incluso en quienes ya tenían formada su familia. Para Claire, que sufría y llevaba en el corazón el peso del rechazo y la vergüenza, era doblemente triste presenciar tanta felicidad.

Por si no fuera suficiente, durante el baile de novios, su vista había reparado más de una vez en Josh, el lacayo de confianza y amigo de Andrew, quien como tal, estaba invitado a celebrar el enlace con la familia y distinguidos invitados. Cada vez que reparaba en él, Claire caía en la cuenta de que Joshua evitaba su contacto y giraba imperceptiblemente el rostro para no enfrentarse a su mirada.

Era normal, se dijo mientras se apoyaba en la barandilla de granito e intentaba tomar pequeñas bocanadas de aire de forma rítmica, teniendo en cuenta las últimas palabras que se habían dicho. Claire no tenía duda de que Joshua debía haber pasado parte del banquete temiendo que ella le obligara, so pena de perder empleo y hogar, a algo tan ignominioso como tocarla o mirarla durante varios segundos.

Pensar que la repudiaba, que aquellos besos y caricias no habían nacido del amor ni la pasión... él solo imaginar a Josh sintiendo repulsa ante su cercanía...

–Desde luego, el matrimonio puede tener un efecto completamente asfixiante, estoy de acuerdo con usted.

Sobresaltada, Claire giró sobre sí misma, topándose de frente con el futuro vizconde Arnold Calvin, quien realizó una venia para saludarla apropiadamente. Estaba arrebatador con el frac negro y el corbatín blanco almidonado a la perfección. La viva imagen de un dandi, todo un caballero a la altura de cualquier situación.

Dado que permanecer en silencio no podría considerarse ni decoroso ni adecuado, Claire se apresuró a componer una respuesta.

–Me temo que la afluencia de invitados ha sido demasiado para mí.

–Bueno, cabía esperar –Arnold le dedicó aquella sonrisa deslumbrante por la que más de una dama de Londres ya suspiraba–, su hermano es un conde, y esta propiedad, una de las más grandes de todo Kent. Nadie ha querido perderse el acontecimiento.

–Ha sido una boda preciosa.

–Y la pareja contrayente está formada por unos novios perdidamente enamorados. No cabe duda de que ha sido una buena unión.

El aguijonazo se clavó justo en el centro del pecho de Claire, que casi sintió como su doliente corazón se saltaba un latido. Desolada y al borde de las lágrimas, se dio la vuelta inmediatamente para evitar que aquel joven la viera derramar unas lágrimas que de ningún modo podría justificar.

Una y otra vez, la imagen inalcanzable de Josh se colaba en su mente, intercalada con la sonrisa de Victoria, vestida de novia y bailando en brazos de su hermano. Ella nunca tendría algo así, incluso aunque se viera obligada a casarse por cualquier circunstancia. Jamás luciría aquel gesto de supremo éxtasis, ni se abandonaría en brazos de su esposo con la confianza que da el amor sincero y correspondido. No, aquello no iba a pasarle a ella.

Porque había elegido entregar su corazón al único hombre que ni siquiera podía permitirse mirar, y por si fuera poco, ella no era más que una de esas obligaciones que él atendía cuando era menester. ¿Cuántas de sus palabras o atenciones habrían nacido del deber? ¿Habría Josh mentido en cada cosa que le hubiera dicho, en cada gesto que hubieran compartido?

¿El aprecio que decía tenerle era honesto? ¿Acaso había correspondido sus besos por temor al despido y por pena a rechazarla?

Un hipido profundo escapó de forma involuntaria de entre sus labios. Sin darse cuenta, estaba a punto de desmoronarse en mitad de la celebración. Ya iba a disculparse y salir huyendo cuando un pañuelo de seda apareció frente a su campo de visión. Tomándolo con cuidado, observó a Arnold Calvin, que estaba junto a ella, deleitándose la grandeza de los campos de Kent.

–No se aflija –le susurró, sin mirarla para entregarle intimidación suficiente en tanto ella se secaba los ojos con sutileza–, él tampoco debe estar pasándolo bien, si es consciente de su sufrimiento.

A Claire se le heló el aliento en la garganta. Incrédula, miró de reojo a Calvin, esperando que la juzgara, se burlara o intentara sacar algún tipo de información de provecho para usar con cualquier fin. Halló, sin embargo, solo una sonrisa amiga y un gesto cómplice que él demostró dejando caer los hombros.

–Estaba cerca aquella tarde, después de lo ocurrido en la casa con las invitadas de su hermano –explicó él, sin entrar en detalles innecesarios–. Saqué mis propias conclusiones sobre lo que oí.

–Señor Calvin, yo...

–Déjeme decirle algo, señorita Ferris –y se giró hacia ella para poder mirarla a los ojos antes de seguir–. Ese hombre no se le merece, por muchas razones que de nada sirve enumerar ahora, pero por fortuna, se ha apartado de su camino antes de que pudiera acontecer algo irreparable.

Bajando la mirada, Claire dedicó toda su atención al pañuelo que sostenía entre las manos, intentando por todos los medios que aquellas palabras dichas con honestidad no encendieran aún más su pena. Por supuesto, debía estar agradecida de que las ansias de Josh por obedecerla no hubieran llevado a más, ¡pero cómo podía pensar en algo semejante! Lo único que quería era desaparecer en aquel mismo instante, y llevar todo su dolor y decepción con ella.

–No tengo ningún derecho a opinar sobre el tema, señorita –la suave voz de Arnold la hizo levantar la vista–, pues no conozco de la historia más que lo poco que por desgracia escuché. Pero deseo ayudarla.

–Le agradezco su consuelo, de verdad, pero me temo que no hay nada que pueda hacer por mí.

–Creo que se equivoca. Dígame con sinceridad, ¿qué es lo que necesita para que esta situación sea menos penosa para usted?

*Que él me quiera*, pensó Claire, pero aquello no estaba en manos ni de Arnold Calvin, ni de nadie. Cambiar el sentir de Joshua sería como impedir a la tierra brotar, o a los cielos abrirse y dejar caer la lluvia. Algo del todo incontrolable para cualquier ser humano.

No obstante, había otra cosa. La opción que más cerca estaba de sus deseos.

–Irme –dijo, sin más, con un encogimiento de hombros–, ser egoísta y escapar del momento más feliz en la vida de mi hermano, para poder estar sola y... olvidar.

Arnold asintió con la cabeza, tomándose unos minutos antes de volver a hablar. Echó una mirada de reojo al interior del salón, y después, volvió toda su atención a Claire.

–Parta a Londres. Esta misma noche. Sabe Dios que la casa será un hervidero, yo mismo no me iré hasta mañana y gran parte de los invitados harán lo propio, pero usted no tiene por qué soportarlo más.

La idea de pasar aquella noche sola, en su cama, tras haber vivido los preparativos y el feliz enlace, pensando en cuanto deseaba aquello para ella y lo difícil que sería obtenerlo, la hacía sentir esperanzada, aliviada incluso. Era justo lo que necesitaba, libertad para llorar, para maldecir si fuera preciso. Para no tener que contenerse más.

–Me temo que eso es imposible. Mi madre no estará dispuesta a partir tan de inmediato.

–Entonces, no la espere –la sonrisa de Calvin, destructora, la hizo enarcar una ceja–, apuesto a que tiene amigos y conocidos en Londres que puedan servirle de excusa plausible para marchar sin levantar sospechas. ¿Algún evento que se acerque y la requiera? ¿Acontecimientos en cuya preparación cuenten con usted?

Claire hizo memoria, aferrando con fuerza aquella posibilidad. De pronto, una idea brillante se fraguó en su mente, y miró a Arnold como si juntos, acabasen de descubrir un tesoro oculto.

–Mi amiga, la señorita Hildegard, celebra su cumpleaños en los próximos meses. Cierto que falta bastante tiempo, pero conociéndola...

–Es obvio que hay muchos pequeños detalles que requieren de antelación suficiente –decretó Calvin–, si ella le hubiese escrito rogándole que volviera, dudo mucho que la condesa viuda pusiera algún impedimento. Infórmela al respecto, estoy convencido de que entregará su beneplácito.

–Pero mi hermano...

–Querida, su hermano en este momento pasaría por alto cualquier cosa. Es un recién casado.

Un leve sonrojo inundó las mejillas de Claire. Contra todo pronóstico, fue capaz de componer una leve sonrisa de puro agradecimiento que ofreció a Calvin con todo su corazón. Saber que podría partir sin demora, apartándose de Kent y de Joshua, aligeraba la agonía con la que se había visto forzada a convivir.

Poner distancia era justo lo que precisaba, estar lejos de él, evitar el temor de que sus miradas se cruzaran y nuevas palabras demoledoras hicieran diana en sus maltrechos sentimientos. Ignoraba si Betina estaría ya organizando su fiesta, pero en cuanto llegara y fuera capaz de cesar el torrente de lágrimas que seguro derramaría, a salvo de ojos extraños y preguntas malintencionadas, pensaba ofrecerse como colaboradora, ocupando su tiempo libre tanto como fuera posible.

–Está decidido, me parece –atestiguó Arnold, con una nueva venia y sonriendo con satisfacción–, esa será la versión que dé cuando, dada nuestra cercanía de estos días, se me pregunte si sé algo de su marcha.

–No sé cómo agradecerle este gesto, señor Calvin –y lo decía sinceramente–, su ayuda y discreción en estos momentos, cuando sentía que estaba a punto de romperme en pedazos es algo que no tengo como pagarle.

–Quién sabe, señorita Ferris, puede que algún día, usted pueda hacerme un favor a mí. Entonces, estaremos en paz.

Un ligero guiño fue lo último que vio de Arnold Calvin, quien se dispuso a volver a entrar al salón para continuar disfrutando de la fiesta.



Londres, 1852

Los camareros, arreglados con sus mejores galas, se paseaban de un lado a otro sirviendo copas de champán, canapés, dulces, entregando servilletas de hilo y carnets de baile por todo el salón. El ambiente, sofocante de por sí al encontrarse inmersos en pleno verano, caía doblemente sobre cada uno de los invitados a consecuencia de las lámparas de araña y los farolillos que iluminaban cada rincón de la estancia.

Donde quiera que uno posara la vista, jóvenes ataviadas con brillantes colores y muchachos con trajes oscuros y camisas almidonadas reían, comían y se mezclaban en círculos de confidencias, esperando llegar a esferas más altas conforme el tiempo y la práctica les valiera invitaciones a eventos de más lustre.

No obstante, para Betina Hildegard, que celebraba su cumpleaños, no había acto alguno en la alta sociedad de Londres que pudiera compararse con la fiesta que habían organizado para ella sus padres.

Había tenido lugar un ágape en los jardines cuando el sol comenzó a ocultarse, seguido de una exótica suelta de mariposas de alas azules, tras la cual, invitados y servicio pasaron al salón principal para el baile. Un conjunto de cuerda armonizaba la velada con las melodías del momento y partituras clásicas para los acompañantes. El grupo contaba con un joven trompetista cuya piel del color del ébano levantó exclamaciones del más puro asombro entre todos los presentes.

—Me pregunto de donde lo habrán sacado—dijo una de las matronas que acompañaba a su joven sobrina, poniéndose unas gafas redondas para poder mirar mejor al muchacho, que tocaba ajeno a la expectación levantada—, ¿cómo es posible que sepa leer música?

Todo el mundo parecía dispuesto a calificar la velada como el acontecimiento del mes (era demasiado pronto para notificarlo como ‘del año’), excepto Claire Ferris, que apuraba su segundo ponche acodada en la pared y procuraba por todos los medios a su alcance, mantenerse alejada de conversaciones y charadas.

Aquel era su primer acto social en meses. Desde su vuelta de Kent, había dedicado el tiempo al estudio, la lectura y a cartearse con su cuñada para interesarse por el crecimiento de su sobrino, Charles Anthony. Todo lo demás, carecía por completo de interés para ella, cuyos ánimos habían ido cayendo en picado y amenazaban con no volver a recobrase jamás.

Claire tenía el corazón roto y estaba herida en su orgullo, y lo peor del caso es que no existía una sola persona a la que pudiera confiarse para aliviar un poco el dolor y la pena que llevaba a cuestas. Puede que muchas de las jóvenes presentes en la fiesta supieran aconsejarla para superar la decepción provocada por el hombre incorrecto, pero ella sabía muy bien cuáles serían esas recomendaciones, y puesto que no pensaba mandarse hacer vestidos nuevos, cambiarse el peinado o prometerse apresuradamente para acabar con el posible qué dirán, optaba por lo más simple de todo: pasar inadvertida.

Forzó una sonrisa al ver de lejos la mirada escrutadora de Betina, alzando incluso los restos del ponche a modo de brindis. Serviría de poco, bien lo sabía Claire, que masculló por lo bajo al ver a su amiga abrirse paso prácticamente a codazos para llegar hasta ella.

Había intentado inventar excusas, pero aquel cumpleaños era uno de esos momentos en la vida de una joven dama que una amiga no podía perderse. Bastante mal se había sentido en los meses posteriores a su vuelta, cuando, pese a su intención inicial de mantenerse activa y ocupada, había dado esquinazo a todos los planes y reuniones que se le fueron presentando. Añadir a su deuda una falta como la de esa noche, sería inconcebible. Betina no se lo perdonaría jamás, y aquel era un peso que Claire que no podía sumar a todo el que ya sostenía sobre los hombros.

—¿Puede saberse qué te pasa?

Volviendo a simular la sonrisa más radiante que pudo componer, como si el calor no la sofocara, el vestido de muselina beige no estuviera asfixiándola y la afluencia de invitados no resultara extenuante, Claire dejó la copa vacía, se recolocó los guantes y tomó la mano de Betina como quien sostiene una delicada paloma.

—Solo estoy tomándome un descanso.

—¿De vivir?—las cejas negras de Betina se arquearon—, no has venido a la mesa de refrigerios, ¿ni tampoco a la de cintas!

—Cumple veinte años, ¿no crees que ha llegado el momento de retirar la mesa de cintas de raso de la lista de entretenimientos de tus fiestas?

Pese al tono amable que usó, Claire deseó con todas sus fuerzas que su amiga tomara aquel consejo e hiciera buen uso de él. Aquellas actividades habían sido una delicia cuando ambas tenían ocho o diez años, pero Betina las había mantenido incluso en su baile de debutante, el cual había culminado con todas las jóvenes damas, ya presentadas en sociedad, luciendo cintas de colores vivos atadas a sus muñecas o cabellos.

—Es una tradición—se excusó la joven, recolocándose el fajín azulón que acompañaba su vestido aguamarina—, y me gustaría que mi mejor amiga participara de ella.

Claire suspiró, diciéndose que ni toda la fuerza de voluntad que fuera capaz de reunir podría valer para que se acercara a mirar cintas con las cuales jugar. El vuelo delicado de los lazos le recordaría a las cinchas de los caballos, y pensar en ellos...

—¡Por el amor de Dios, Claire, te has sonrojado!

—Hace un calor extremo, Betina. ¿Podemos dar un paseo por el jardín? Seguramente habrá menos gente.

—¿Y por qué íbamos a ir a un lugar con menos gente? Todo el mundo debe querer verme, ¡soy la homenajead!

Para dar énfasis a sus palabras, Betina dio una vuelta sobre sí misma que provocó en Claire una sonrisa genuina. Estaba muy guapa con aquel vestido de tono tan alegre y el largo cabello azabache recogido con tirabuzones. Su sonrisa era sincera y sus ojos, aunque algo pequeños y separados, brillaban de entusiasmo. Cabía esperar un gran despliegue por parte de los Hildegard, quienes siempre habían intentado dar a su hija todo cuanto fuera para suplir su falta de título con opulencia.

Claire sabía bien lo importante que era para su amiga tener un aspecto lo más deseable posible en una celebración como aquella. Los Hildegard siempre habían sido una familia de rasgos robustos y duros, la madre y hermanas de Betina eran gruesas, y la papada de su padre siempre se llevaba miradas allá donde la lucía, sin el menor reparo. Ella, sin embargo, parecía mantenerse en esa delicada línea que separaba las formas curvas agraciadas, de la redondez propia de su familia.

—La verdad es que el que no te mire sería un completo tonto—le dijo con cariño Claire, volviendo a cogerle la mano—, estás preciosa.

—Me ayuda bastante el que tú luzcas ese mal semblante, la verdad.

A su pesar, la joven sonrió.

Nunca habían existido celos serios entre Betina y ella, pero empezaba a ser notable que Claire conformaba un foco de atención bastante más potente que el que la benjamina de los Hildegard podía atraer. Con el crecimiento, ese dato dejó de pasar desapercibido para las muchachas, y también para todo aquel que se cruzaba con ellas y no reparaba en emitir juicios y comentarios despectivos hacia una y alentadores hacia la otra, creando momentos realmente incómodos en aquellos actos de sociedad donde habían coincidido.

Indudablemente, fuera Claire o no una joven de belleza notable, era hermana de un conde, y aquello jugaba mucho en su favor.

—Deberías haberte aplicado más polvos en esas ojeras, ¿quieres que vayamos al tocador?

—¿No se supone que debes agradecerme que no te eclipsé con mi enigmática belleza?

Las dos rieron, recordando aquella descripción de la joven Ferris que una revista de cotilleos había hecho tiempo atrás, cuando fue presentada en sociedad del brazo de su hermano Andrew. “Enigmática”, sin duda porque no había dejado de ser una niña y era difícil saber si al crecer se desarrollaría con elegancia y gracia o sería un ser simplón sin más atractivo que una cuantiosa dote.

—Yo no podría competir contigo ni en tus peores momentos, Claire—Betina alzó los hombros, aunque sus ojillos vivarachos habían dejado de sonreír—, lo sé muy bien.

—Haz el favor de no ser mezquina contigo misma. Ni conmigo, de paso. Estás deslumbrante.

—Espero que lo suficiente para lograr una buena proposición. ¿Qué te parecen las opciones disponibles?

Muda de asombro, Claire dirigió la vista hacia donde el dedo enguantado de su amiga le indicaba. Había tres jóvenes en un corillo. Uno tenía los dientes delanteros más grandes que hubiera visto en su vida, acompañados de unas nada favorecedoras orejas de soplillo. Otro, era tan delgado como un junco, lucía una altura tal que le era imposible ponerse derecho, por lo que se mostraba perpetuamente encorvado; en cuanto al tercero...

—¿Ese es el hijo del barón Chamber?

Betina asintió con tanto orgullo que la barbilla le rozó el inicio de su recatado escote. Por supuesto, la silueta oronda y los brazos como troncos de árbol de Bernard Chamber “el honorable segundo” eran completamente inconfundibles, así como su cercanía a la mesa de degustaciones. Lo extraño, era verlo en un salón como aquel, rodeado de jóvenes a los que estaba a punto de doblar la edad.

—¿Le has invitado a tu fiesta de cumpleaños? —exclamó Claire, mostrando el asombro que le había faltado en el momento en que el exótico trompetista había hecho aparición.

—Sé que es algo mayor que nosotras, pero se mueve en nuestro círculo —y aquello, en opinión de Betina, lo decía todo—, además... no puede negarse que se ha convertido en alguien después de... ya sabes. Lo que hizo por tu hermano.

Lamentando seriamente no tener a mano una copa de ponche con la que poder cubrirse la boca para evitar decir lo que realmente pensaba, Claire frunció los labios con una mueca que, con mucha imaginación, podría ser interpretada como una sonrisa.

Por supuesto, habían corrido ríos de tinta con aquel supuesto gesto desinteresado que el segundo hijo del barón Ilhan Chamber había tenido con el conde de Holt, cediendo por completo la mano de la señorita Victoria Linton (que ya era prácticamente su prometida, en palabras de Bernard), para que ésta y Andrew pudieran dar rienda suelta a su amor y desposarse.

Si Bernard había tenido alguna vez esperanza u oportunidad alguna de casarse con Victoria o no, solo ella lo sabía, y se guardaba muy bien aquella información. No pocos habían intentado indagar sobre tan jugoso asunto, sobre todo cuando Andrew había expresado, el mismo día de la boda, su eterno agradecimiento al rechoncho joven por haberse echado caballerosamente atrás en su carrera por la conquista de Victoria. Los halagos del conde le habían valido a Bernard la aceptación de su padre, un hombre esquivo y poco dado a otorgarle el lugar que le correspondía por no ser el primogénito.

Lo que Claire desconocía, era que los hechos le hubieran supuesto también un acercamiento a eventos como el cumpleaños de Betina Hildegard.

—¿Vas a decirme que estás considerándolo como prometido?

—Dios, ¡claro que no, Claire! Todavía estoy a tiempo de intentar conseguir un título más prominente —expresó la chica, que no obstante, sonrió en dirección al corillo—, cuánto menos, al heredero.

—¿Uno de esos es el hijo mayor del barón? ¿Cuál de...? —Claire levantó la cabeza para otear el horizonte de un modo tan descarado que estuvo segura de que, si su madre la hubiera visto, la habría arrastrado fuera de la sala con carácter inmediato.

—¡Oh, no puedo creerlo!

Repentinamente, la mano de Betina se cerró como una garra sobre su muñeca, ejerciendo la suficiente presión como para que empezaran a dormirse los dedos en cuestión de segundos. Con los ojos como platos, intentó desasirse, pero su amiga tenía una fuerza voraz y no cejaba en su empeño, como si de soltarse del agarre seguro que suponía Claire, pudiera caerse de bruces en mitad del escandaloso gentío que poblaba el salón.

—¡Ha venido, ha venido! —susurraba la cumpleañera, intentando por todos los medios que la excitación no la hiciera levantar la voz.

—¿Quieres tranquilizarte de una vez? —por fin, Claire consiguió liberarse. Se frotó la muñeca y miró con el ceño fruncido a Betina, cuyo éxtasis era palpable en cada poro de su piel—, te está transpirando la frente.

—¡Voy a transpirar entera, Claire! ¿Has visto? ¡Está aquí, es él!

—¿Puede saberse de quién estás hablando?

Dado que una imagen siempre era más válida que cualquier amplia explicación, Betina optó por sujetar a Claire del talle, mostrando para ello una fuerza inusitada, y la hizo girar sobre sí misma, apartándola de su agradable escondite junto a la pared y dejándola justo de cara a las grandes puertas dobles de entrada al salón donde se celebraba la reunión.

Los ojos castaños de la muchacha barrieron a varios invitados que había pasado por alto, hasta que dio con el indudable origen de la exaltación de Betina. La súbita aparición, que había empezado a abrirse paso entre las hordas de invitados, levantó suspiros entre las damas presentes, al mismo nivel que creó cuchicheos entre los caballeros.

—Oh señor, viene hacia aquí —musitó Betina, que había dejado parcialmente de respirar y se había quedado tan blanca como las perlas que llevaba colgando de las orejas—, viene justo hacia nosotras.

Claire constató que era cierto, pues los pasos del recién llegado se encaminaron directamente y sin dilación justo hacia la única persona de las presentes que rezaba por permanecer invisible a su vista: ella.

–Señorita Ferris, qué placer.

Arnold Calvin era en sí mismo, un conjunto impecable y llamativo. Con una entallada chaqueta de color marfil y el cabello dorado peinado en ondas, fue abriéndose paso entre trajes sobrios de color negro y frufús de vestidos de damas que giraban para verle pasar, hasta que sus formas opacaron totalmente la visión de Claire. Aquel andar sofisticado acompañado de la sonrisa brillante, hablaban de un hombre creado para ser el esposo perfecto de cualquier mujer que anhelara un caballero del que alardear. Delicado, elegante y correcto en toda situación.

Claire le devolvió la sonrisa almirada que Arnold parecía haber compuesto solo para ella, mientras sentía que las manos empezaban a transpirarle de puro nerviosismo.

Había estado intentando evitarle con todas sus fuerzas. Ella lo sabía, y estaba convencida que todo un futuro vizconde no era tan tonto como para no haberse percatado de su total y absoluta falta de entusiasmo en cuanto a aquellas invitaciones a pasear por el parque, a tomar un refrigerio, e incluso, a acudir a veladas musicales ofrecidas por algunas de las más distinguidas familias de la zona más exclusiva de Londres.

La pura verdad era que Claire se había apoyado en Arnold Calvin únicamente porque en su momento de máxima caída a los infiernos, había sido él quien había estado presente para sujetarla, aunque fuera por pura casualidad. Después de los duros instantes vividos en sus últimas horas en Kent, fue Arnold quien se ofreció a guardar educadamente el motivo de su tristeza y melancolía, ofreciendo a todo el que quisiera oírlo un relato cuidadosamente preparado por ambos en el que quedaba explicado el motivo de la ausencia de Claire, tan repentina tras la boda de su hermano con Victoria Linton.

Él había sido el único ser humano sobre el que desahogar el desplante que Josh McKan le había causado, y solo por ello, Claire había aceptado su consuelo y compañía.

Hasta comprender que el futuro vizconde Calvin pretendía, evidentemente, llevar aquella amistad a puentes que Claire no estaba dispuesta a cruzar.

–Me alegro mucho de verle, señor Calvin –logró responder por fin, moviendo la cabeza en su dirección.

–El gusto es todo mío, señorita –y nuevamente, hizo acopio de aquella sonrisa por la que sin duda, muchas damas perderían gustosas el sentido de la propiedad–, reconozco que encontrarla por fin en un acto social es... refrescante.

–He estado ocupada.

–Naturalmente.

El gesto comprensivo de Arnold crispó los nervios de Claire, y aunque se reprendió a sí misma por no estar siendo tan cortés como debería con alguien que había mostrado paciencia y comprensión con ella, sin juzgarla ni hacerle preguntas, el tono resabido de Calvin la incomodó más que cualquier palabra de reproche que pudiera haber pronunciado. Veía en su mirada dulce y serena que él creía comprenderla, que de verdad estaba seguro de poseer el conocimiento que desentrañaría la persona que Claire era, y aquel, era un pensamiento alarmante.

Percibiendo la tensión que se había apoderado de Betina en los escasos minutos que llevaba conversando con Arnold, Claire se movió de forma casi imperceptible hacia la derecha, emulando a la perfección las formas de su madre, abriendo de ese modo la conversación para incluir a la joven protagonista de la fiesta en la charla. Calvin no pareció advertirlo, ya que su mirada, gestos e intenciones seguían completamente puestos en Claire, a la que había saludado en exclusiva.

–No deja de sorprenderme encontrarle en una velada como esta, señor Calvin –comentó ella, cruzando mentalmente los dedos para que él se diera por aludido y aprovechara el momento para elogiar en algo a Betina, o al menos, su invitación.

–Por favor, señorita Ferris, llámeme Arnold. No somos totales desconocidos, después de todo.

El gesto de súbito entendimiento volvió a las facciones del hombre y esta vez, no pasó desapercibido para Betina, que enarcó una ceja oscura en dirección a Claire, en una muda pregunta que amenazaba con llenarse de reproches en cuanto se quedaran a solas.

–Lo siento, pero eso no sería lo apropiado –respondió de la forma menos cortante que pudo.

Un gesto de la mano indicó que Arnold no estaba dispuesto a dejar que algo como eso le disuadiera.

–Como le decía... no pude por menos que aceptar la invitación de la familia Hildegard al saber que usted estaría presente –con una sonrisa depredadora, le tendió la mano–, y no me retiraré sin aceptar al menos, un baile.

Mil motivos de rechazo cruzaron por la mente de Claire, todos ellos igual de válidos y sostenibles. Estaba a punto de empezar a enumerarlos punto por punto cuando la mirada implorante de Betina volvió a colarse en medio de su determinación. Su amiga tenía una expresión que podría haber pasado inadvertida para cualquiera salvo para ella. Muchos años de práctica habían dotado a ambas jóvenes de un surtido ramillete de gestos de comunicación no verbal para situaciones como aquella.

Betina estaba pidiéndole que aceptara, pero no en alas de favorecer a Claire en absoluto, sino con la única intención de que el baile, en ese ambiente más íntimo reservado solo para dos, diera a Claire oportunidad de entablar con Arnold Calvin una interesante conversación que tuviera a la benjamina de los Hildegard como punto principal.

El mundo entero cayó a los pies de Claire conforme Betina la empujaba con suavidad hacia la mano extendida de Arnold, pues comprendió que su amiga estaba interesada en el futuro vizconde de un modo que tenía poco que ver con la cortesía de tenerle en cuenta en una lista de invitados. A aquello se refería con lo de lograr una buena proposición. ¿Pero qué podía hacer ella? ¿Acaso no había quedado claro que Arnold apenas parecía reparar en que Betina existía y se encontraba a escasos metros de él?

–Vamos, Claire, no te hagas de rogar –susurró la joven, oprimiendo más énfasis en sus empujoncitos–, negarse no sería lo cortés.

–No podría estar más de acuerdo. ¿Señorita?

Con un suspiro nada femenino, Claire se vio obligada a claudicar. Tomó la mano de Arnold Calvin y dejó que éste la guiara a través del salón de baile, donde ya había algunas parejas moviéndose al compás de las canciones que amenizaban la balada con ritmos suaves y poco comprometedores.

Echando una ojeada esperanzada hacia los laterales del salón, donde matronas y chaperonas hacían guardia sin quitar los ojos de encima de sus pupilas, Claire rogó porque se produjera alguno de aquellos fortuitos momentos en los cuales su madre aparecía de improviso, justo para detenerla antes de cometer alguna acción que se pudiera considerar inapropiada. No obstante, Joanna debía encontrarse sumamente entretenida, pues su silueta no era visible entre la gente.

Claire no podía decir lo mismo de los ojos de Betina, los cuales sentía clavados en su nuca, radiografiando cada movimiento y seguramente, preguntándose por qué su amiga no había empezado a alabarla ya ante Arnold Calvin.

–Espero que no lo tome como una impertinencia, señorita Ferris, pero debo decirle que esta noche está deslumbrante.

Con un parpadeo incómodo, Claire se recolocó en medio de los brazos de Arnold, dejando que él la llevara en el baile, dado que ella apenas podía prestar atención a los acordes de la música. A falta de algo que pudiera decirle, le dedicó un gesto de agradecimiento, reiterándose una vez más que ser agradable con la única persona en quien se había apoyado era, aparte de lo educado, lo menos que podía hacer para mostrarse agradecida.

–Es muy positivo para usted que haya consentido retomar su vida pública –seguía diciendo él, aparentemente ajeno a sus tribulaciones–. Londres la ha echado de menos.

–¿Con todas esas nuevas debutantes ansiosas? Permítame que lo dude.

Calvin dejó escapar una carcajada tan franca, que en aquella ocasión, la sonrisa de Claire fue sincera. La camaradería y el sentimiento agradable que empezaron a invadirla le dieron fuerzas para tocar un tema que había permanecido oculto en lo más profundo de su corazón durante meses. Haciendo acopio de sus fuerzas, apretó la mano de Arnold con la suya para llamar su atención. Él clavó la mirada en ella con carácter inmediato.

–No estoy segura de haberle agradecido lo bastante su...

–Ni siquiera lo mencione, señorita Ferris –y le quitó toda importancia con un gesto banal de la cabeza–, no es algo de lo que me guste alardear, ni tampoco soy tan poco caballeroso como para recordarlo.

La gratitud que Claire sentía por él, se magnificó.

–¿Puedo atreverme a preguntar si el daño se ha reparado? –susurró Arnold, acercándose lo suficiente para que nadie pudiera oír ni una palabra de aquella

conversación—, ¿su pena es más llevadera?

Su madre solía decir que algunas palabras eran iguales a las grietas que se formaban en los jarrones o los vidrios que caían desde cierta altura o chocaban contra superficies duras. No rompían el exterior, ni deformaban el objeto, pero ya no podían retirarse. Una figura astillada nunca sería nueva otra vez, del mismo modo que un corazón herido por el rechazo jamás latiría por completo de nuevo.

Las palabras de Joshua habían sido como impactos de flecha. Rudas, certeras, directas a la zona más vulnerable de Claire. Su efectividad había sido tal, que durante días, semanas incluso, ella no había deseado otra cosa que dejar de respirar con la esperanza de que el dolor cesara.

Ahora inhalaba aire, pero cada expiración la rasgaba por dentro.

—Le mentaría si dijera que sí—contestó con un mohín—, pero intento sobrellevarlo.

—El tiempo es un aliado sabio, señorita Ferris. Pronto, antes de lo que imagina, la afrenta sufrida no será más que una página que nuevas ilusiones, harán pasar. Dese tiempo, tiene todo el del mundo.

Aunque dudaba que aquello fuera cierto, Claire tuvo el tino de limitarse a sonreír para no ahondar más en el tema. Conocía sus sentimientos tanto como se conocía a sí misma, después de todo, no llevaba conviviendo con ellos pocos meses, ni habían nacido del capricho de una niña que ha visto poco mundo y se deja deslumbrar por el hombre indebido.

Lo que albergaba su pecho era sincero y fuerte, y no moriría incluso aunque la humillación que sentía amenazara con dejarla sin resuello.

Se daría tiempo, tal como Arnold había propuesto, pero no para olvidar, pues aquello sería imposible. Claire usaría la distancia para fortalecerse y recubrir la humillación a la que Josh McKan la había sometido de ira y rencor. Estar enfadada siempre era más fácil que sentirse dolida, y ella había demostrado en el pasado que sabía manejar muy bien las actitudes hostiles y desagradables de las que él hacía gala con ella.

Esa vez, aunque tardara más, aunque doliera más, aunque rompiera con cada última esperanza de felicidad que le quedara dentro, no iba a ser una excepción. Todo cuanto necesitaba, era seguir permaneciendo lejos de él.

Arnold alzó el brazo y ella giró con obediencia, mostrando una sonrisa sosegada cuando volvieron a encontrarse de frente. Se acercó unos pasos, y Claire no lo evitó.

—¿Cómo se encuentra su hermano? Parece que cada vez es menos frecuente verle por la ciudad.

—Su vida está en Kent—explicó ella, dejando vagar los recuerdos—, divide su tiempo entre el trabajo en la propiedad y su familia.

—Desde luego... con una esposa tan encantadora como lady Victoria, ¿qué hombre querría alejarse del hogar? Quién iba a pensar que ese matrimonio iba a resultar encajar de un modo tan natural.

—Ellos lo sabían—Claire esbozó una sonrisa irónica—, o al menos, Andrew lo supo desde un comienzo. Mi cuñada... necesitó algo más de tiempo.

—¡La alta sociedad apenas pudo creerlo! ¿Recuerdas esas publicaciones?—Calvin volvió a hacer girar a Claire, retomando luego la conversación en el lugar en que la había dejado—, ¡cuántas columnas de cotilleos se llenaron con el enlace del conde de Holt con la denominada ‘candidata inesperada’!

—Resultó ser la mejor opción. Para Andrew no hay en el mundo otra mujer como Victoria, eso puedo asegurárselo.

—Y veo que ha sido acogida en la familia con toda plenitud—Arnold se apresuró a mostrarse de acuerdo con ello ante el tono de Claire, que dejaba claro que no aceptaría crítica alguna sobre su cuñada—. Imagino que el pequeño debe haberse convertido en todo un diablillo.

—Y pronto tendrá un aliado en sus intentos de echar abajo la propiedad.

—¡Qué noticia tan fantástica!

Temiendo haber hablado de más ante una persona ajena al círculo familiar, Claire quiso apresurarse a cambiar de tema, sin embargo, un fognazo la cegó por un momento, haciendo que perdiera un paso y fuera incapaz de hilar las palabras que tenía pensado pronunciar. Notando que se había quedado parcialmente bloqueada, Arnold la tomó con más ímpetu del talle, acercándose hasta que sus cuerpos casi se rozaron.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, yo... solo...

Pero Calvin ya no estaba poniendo en ella su atención, pues había alzado la mano y señalaba hacia algún lugar indeterminado de la sala, aprovechando su altura para hacerse ver por la persona cuya atención quería llamar.

—Parece que nos requieren—dijo con evidente satisfacción—. ¡Sonría, querida señorita Ferris!

El brazo de Arnold se posicionó alrededor de su cintura y, sin preverlo, Claire se vio situada justo frente a un joven desconocido que cargaba uno de aquellos grandes aparatos capaces de capturar imágenes inmóviles en blanco y negro. El chico, que les hacía señas escondido tras una cortina oscura, estiró la mano para expresarles que se mantuvieran quietos, algo del todo innecesario, dado que Claire no habría podido mover un músculo aunque su vida hubiera dependido de ello. Después, accionó el disparador.

Un impacto de luz le dio directamente, dejándola parcialmente ciega. En medio de la nebulosa que se formó en su mente, e incapaz de cambiar su expresión de hermética inquietud, Claire apenas fue consciente de la inmensa sonrisa gallarda que lucía Arnold Calvin sosteniéndola entre sus brazos, en tanto que un terrible presentimiento hizo que se le pusiera el vello de punta, provocando que, de repente, sintiera un sudor frío muy desagradable recorrerle la espalda.

La sonrisa del mozo que sostenía el pesado artefacto de fotografías quedó justo frente a Claire cuando este emitió otro disparo. Tocándose la gorra con la mano derecha, el joven se perdió entre los invitados cargando con su pesado equipo, seguramente dispuesto a rescatar la mayor cantidad de momentos posibles de la velada, los cuales estarían al día siguiente ocupando las primeras planas de toda publicación de sociedad que se preciara.

—La luz no es la mejor—se lamentó Arnold, con un suspiro sentido—. Sería mucho mejor tomar las fotografías en el exterior, en un estudio, ¿no le parece? está claro que los Hildegard no han escatimado en gastos y originalidad para esta velada.

Percibiendo con más fuerza que algo muy malo estaba a punto de ocurrir, Claire prestó oídos sordos a las palabras de Arnold, concentrada solo en buscar con la mirada a Betina, que había permanecido en un lateral del salón durante gran parte del baile, sin perderse detalle alguno de lo que acontecía. Apesadumbrada, se preguntó si el fotógrafo recordaría hacer posar a la anfitriona antes de retirarse.

Esperando con todas sus fuerzas encontrarse de frente con la figura redondeada y sonriente de su amiga, Claire buscó entre la gente, removiéndose inquieta y obligando por ello a Arnold a detener el baile, mas no la encontró.

—Señorita Ferris, —decía Calvin, tratando de conferir al cuerpo todavía tenso de Claire algún movimiento—tal vez no es el momento más adecuado, pero teniendo en cuenta que el tiempo transcurrido entre los horribles acontecimientos que tuvieron lugar en su casa de Kent ha sido más que razonable, querría...

—Ahora no, señor Calvin—como pudo, Claire se deshizo, separándose de él—. Lo lamento mucho pero no puedo seguir hablando con usted.

En algún momento situado entre los acercamientos, las sonrisas y las fotografías indeseadas, Betina había desaparecido, llevándose con ella, probablemente, una serie de ideas equivocadas como fruto de las escenas que había estado observando, en silencio y apartada del hombre cuya atención tan desesperadamente había deseado acaparar.

Y nada menos que en el día de su cumpleaños.

Su familia lo había dado todo para dotar a Betina del mayor protagonismo posible aquel día, sin embargo, ésta no habría podido pasar más desapercibida.

Notando una terrible opresión en el pecho como fruto del arrepentimiento, Claire se precipitó entre las parejas que bailaban, perdiéndose de vista mientras intentaba idear una explicación razonable que poder ofrecer a la amiga que había ofendido sin siquiera darse cuenta.

“...por eso, y aunque no pienso descuidar mi salud, sí quiero hacer constar que no voy a tolerar sufrir un encierro en mi propia casa. Salir de la cama y moverme no puede ser negativo para mí, como sí lo sería, sin duda, permanecer cautiva y aislada del mundo como si estuviera en los estertores de la muerte. Su hijo, y no pediré perdón por la franqueza ya que como esposa estoy en todo mi derecho a calificarle como me plazca, es un insufrible, pomposo y egocéntrico tirano que no...”.

—¡Claire!

Joanna Ferris, viuda de Holt, que en aquel momento se encontraba tomando plácidamente su acostumbrado té con limón mientras reía por lo bajo las palabras de su nuera, se vio abruptamente interrumpida cuando su hija menor, haciendo gala de toda falta de modales, arrojó ante ella el ejemplar vespertino del *London Journal Society*, una gaceta quincenal que recogía lo más destacado de la aristocracia inglesa, y que era temido y ansiado a partes iguales por todas las personas que conforman los escalafones de la alta sociedad.

—Lo siento madre, pero es urgente.

Doblando pulcramente la servilleta de hilo que usaba para las comisuras de sus labios, Joanna alzó una ceja y miró a su hija con todos aquellos años de sabiduría que cargaba a sus espaldas. Con un gesto distante, apartó la gaceta y tomó en la mano derecha la carta, alzándola para que Claire pudiera verla bien.

—Dudo que lo sea más que las noticias de Kent. Si me disculpas...

—¿Es de Andrew? —desde luego, que el destinatario de una misiva tan temprana fuera alguien de la familia, cambiaba ligeramente las cosas—, ¿ha ocurrido algo?

—Está escrita por Victoria y sí, ha ocurrido. Se encuentran al borde del desastre, me temo —pero Joanna sonreía a pesar de sus agoreras palabras—, tu hermano está desquiciado de preocupación y pretende mantener a Victoria recluida en cama durante todo su embarazo.

—A lo que ella, sin duda, se niega.

—Con ahínco —confirmó Joanna, repasando las últimas líneas con sus vivos ojos azules—, estaba llamándole tirano cuando me has interrumpido.

—Andrew puede ser muy hosco cuando quiere —bien lo sabía ella, que era mujer y menor que él, por si fuera poco—. Pero estoy segura de que su intención es únicamente cuidar de ella.

—Desde luego, querida, tu hermano solo quiere que las complicaciones en el estado de Victoria pasen lo antes posible.

Claire emitió un mohín de disgusto ante las palabras de su madre. Hacía pocas semanas, habían recibido una carta de un alteradísimo Andrew donde especificaba que el doctor Corentin, médico de la familia en Kent, había recomendado reposo a Victoria a consecuencia de unas leves pérdidas que ésta estaba padeciendo. Desde luego, afirmaba que no había nada de qué preocuparse, dado que la salud de la embarazada era la adecuada y su vientre crecía según lo previsto.

Por supuesto, ninguna de aquellas tranquilizadoras palabras había significado algo para Andrew, cuya mente solo sabía ponerse en lo peor.

—¿Ha seguido sangrando?

—Imperceptiblemente —Joanna dobló la carta y decidió dejarla para más tarde, en vista de que las interrupciones no la dejarían concentrarse en su lectura—, cuando yo le esperaba a él perdía mucho más, y nació sin complicación alguna. Estoy convencida de que estará bien.

—Y aun así, tu doncella personal ha empezado a bajar las maletas del trastero.

Untando mermelada sobre un panecillo caliente con la misma delicadeza con la que acariciaría a un recién nacido, Joanna asintió.

—Alguien tiene que evitar que esos jóvenes se maten.

—¿Y la señora Linton?

—Está avisada. No soñaría jamás enfrentarme a tu hermano a solas en estos momentos. Nos encontraremos allí.

Dicho lo cual, Joanna de Holt procedió a seguir desayunando en silencio.

Claire contó mentalmente tantos números como fue capaz, hasta que no pudo soportarlo más. Recuperando la gaceta, que descansaba apartada a un lado de la mesa y con los bríos de su enfado inicial recobrados, la lanzó por segunda vez en lo que iba de mañana justo ante la mirada de su madre, que ésta vez, dejó la taza de porcelana sobre el platito con la brusquedad suficiente como para mostrar a las claras que empezaba a cansarse de semejante actitud.

—Claire Marie Ferris...

—¡Salgo en la portada, madre!

—¿Qué?

—Ahí, justo en el centro, ¿puedes verme? ¡Qué pregunta! Todo Londres podrá verme con el tamaño que tiene esa dichosa fotografía.

Joanna la hizo callar alzando la mano. Después, se concentró en la gaceta que había plantado la discordia en su mesa de desayuno. En efecto, reconoció enseguida a su hija, que estaba prácticamente en el centro de una imagen mal iluminada, ocupando el salón de baile de los Hildegar en la velada que había tenido lugar dos noches antes, por el cumpleaños de Betina.

El rótulo que acompañaba la difusa fotografía, cuya calidad podría haber sido mejorable de contar con unas condiciones más propicias, comentaba que las más distinguidas jóvenes y los caballeros de fortunas más prometedoras se habían dado cita para celebrar el vigésimo cumpleaños de la hija más pequeña del matrimonio Hildegar. Destacaban, por supuesto, a la hermana casadera del actual conde de Holt, la señorita Claire Ferris, que posaba con semblante hermético junto a un futuro vizconde para nada desconocido.

—De modo que... Arnold Calvin.

Claire esperó el estallido de furia, pero Joanna se limitó a hojear pesadamente la gaceta apenas unos segundos, antes de descartarla definitivamente.

—Bien, imagino que podría haber sido peor —concluyó, por fin—. ¿Debo suponer que estás considerándolo como un potencial allegado?

—¿Qué? ¡No! —Claire se tapó la cara con las manos, superada por la situación. Su madre no lo entendía, ¿cómo era posible que no pudiera entenderlo?—, no quiero que me corteje, ni que vuelva a invitarme a paseos o veladas.

—¿Ha hecho alusión a que tenga intenciones contigo? —tras dudar un poco, Claire negó—, entonces no hay nada de qué preocuparse, hija. Ambos sois jóvenes, estáis solteros y es natural que, compartiendo círculos, al haber coincidido, decidiera sacarte a bailar.

—¿No estás molesta por esto? —Claire señaló la gaceta con un dedo acusador, como si esperara que prendiera en llamas en cualquier momento—, ¿no vas a decirme que debí declinar su oferta?

—¿Por qué deberías? Si fue cortés en todo momento y se mostró educado... no me parece para tanto.

Por supuesto, su madre no podía imaginar que el hecho de haber acercado posiciones, aunque fuera mínimamente con Arnold Calvin sí importaba mucho para Betina, quien todavía, no había dado señales de seguir con vida o estar interesada en recibir la explicación que Claire tanto ansiaba darle sobre aquella noche.

Había escrito tres veces a su casa, sin respuesta. Le había enviado un recado con una criada, con idénticos resultados. Y ahora, para terminar de empeorar la situación, salía en la portada de aquella dichosa publicación en brazos de Arnold.

—Te preocupa algo, Claire. ¿De qué se trata?

Con un suspiro, decidió maquillar la verdad lo suficiente para no tener que mentir a su madre. Aunque tampoco aspiraba a poder lograr engañarla.

—Era el cumpleaños de Betina. La fiesta se hizo en su honor. ¡Sus padres incluso contrataron un fotógrafo para que ella!

—Fue una velada muy agradable —coincidió la condesa viuda, con una sonrisa—, admito que me quedé con la curiosidad de poder ver con mis propios ojos al famoso trompetista pero... es increíble lo rápido que se pasa el tiempo cuando hablas de nueras y nietos con otras conocidas.

—No hacen mención a ella, madre. Ni una sola palabra. Era su fiesta y la portada es para el señor Calvin y para mí. Ni siquiera es una imagen de grupo o... un rótulo general, es... es...

—Eres la hermana casadera de un conde, Claire —Joanna colocó su mano sobre la de su hija, calmando su diatriba y mirándola con afecto, pero también con seriedad—, donde quiera que vayas, levantarás miradas y cuchicheos.

—¿No te importa que hablen de mi en estos...?

–Me disgusta, puedes jurarlo. Tuve mi dosis de cotilleos de sociedad durante toda la adolescencia de tu hermano. Se hacían cávalas, sobre el tipo de hombre que sería, la mujer que escogería o las barbaridades que cometería hasta sentar la cabeza. Por suerte, yo crie a Andrew, así que no importaba cuantas veces su imagen fuera noticia, yo sabía quién era. Y como era –con una sonrisa, Joanna dobló la gaceta en dos, de modo que la imagen de portada quedó invisible para ambas–. También te crie a ti. Mi tranquilidad es la misma.

Agradecida, Claire devolvió a su madre la sonrisa, permitiendo que un suspiro profundo le llenara de aire los pulmones. No se llevó la preocupación, pero el peso se redujo lo suficiente para ayudarla a encontrar calma.

–Ser abuela te ha ablandado.

–Eso no significa que no vaya a tener un ojo puesto en ti, jovencita –dicho lo cual, se levantó con la misma elegancia que una reina tendría al dejar su trono–. Y cuidado con este futuro vizconde Calvin. Si no buscas tu afecto, asegúrate de que no se confunda. Una dama es cortés, pero clara.

–Lo haré, madre.

Más le valía, pensó mientras la veía marcharse del comedor, si deseaba conservar a su amiga más antigua.

Horas después, cuando Claire empezaba a plantearse seriamente dejar de lado el libro que intentaba leer sin poner ninguna atención para hacer un nuevo intento de enviar un mensaje a casa de los Hildegar, la doncella subió hasta su dormitorio para indicarle que tenía una visita aguardando en la salita.

Rogando de todo corazón que no se tratara de ningún mensajero portando una misiva de Arnold Calvin (o, Dios no lo quisiera, flores o chocolates), Claire bajó a la planta principal con el corazón en un puño y conteniendo la respiración. Antes de cruzar a la sala donde la misteriosa presencia la esperaba, hizo acopio de serenidad, se alisó los pliegues de la falda color tierra que llevaba y pellizcó suavemente sus mejillas para evitar mostrar excesiva palidez.

Al aproximarse al saloncito donde se recibían las visitas, constató que las medidas habían sido del todo innecesarias. Su sonrisa barrió con todo el pesar que había estado acumulando en el rostro durante dos días.

–¡Betina! –exclamó, llena de alegría, al tiempo que cruzaba la estancia en dos zancadas y tomaba a su amiga de las manos–, ¡cuánto me alegro de verte!

Pese a su algarabía inicial, Claire tardó muy poco en darse cuenta de que el sentimiento, no era mutuo. El rictus de Betina no podía ser más seco. Tenía los ojos hinchados y su malhumor habría sido visible para cualquiera. Inquieta, la soltó, dando dos cautelosos pasos hacia atrás.

–Solo he venido para que dejes de enviar notas y mensajes a mi casa. Ya está bien, Claire.

–Estaba preocupada por ti. Después de la fiesta no pude encontrarte, han pasado dos días y no he sabido...

–Oh, Señor... ¿de modo que ahora debo añadir la hipocresía a todas tus otras faltas?

El tono cortante fue como un jarro de agua fría que impactó directamente contra Claire. Incrédula, parpadeó, como si esperara que Betina fuera a romper en carcajadas en cualquier momento, restando toda importancia al momento.

–¿De qué estás hablando?

–Oh, ¿no lo sabes? ¿Todavía no lo has recibido, Claire? Probablemente hayas estado muy ocupada preparando la lista de invitados a tu pedida, compromiso o lo que sea, como para verlo, ¿es así? Bueno, ¡pues tranquila! las amigas estamos para eso, ¿no? ¡Aquí lo tienes, disfruta!

Y le arrojó a los pies un ejemplar del *London Journal Society*. Por supuesto, la primera plana cayó hacia arriba mostrando la imagen borrosa de la paralizada Claire siendo rodeada por un sonriente Arnold Calvin en mitad del salón. El sonido sordo de la publicación cayó justo entre las dos, abriendo una brecha que amenazaba con ser insalvable.

–Betina... tienes que calmarte y escucharme solo un momento, por favor.

–¿Qué te escuche? ¿Tú te atreves a pedirme algo a mí, Claire? ¿Tú? ¡Cómo has podido hacerme esto, cómo! Sabías lo que sentía, sabías que le había invitado para hacerme conocer, para acercarme, ¡y tú...!

–¡Yo solo acepté bailar con él porque tú me empujaste a ello!

–¡No recuerdo haber tenido que suplicar o rogar demasiado para que aceptaras! –Betina golpeó el suelo con su bota de paseo. Tenía las mejillas tan encendidas que era un milagro que pudiera seguir respirando–, solo quería que le hablaras de mí, que le dijeras cosas que pudieran interesarle, ¡debiste...!

–¡Lo intenté, Betina, intenté hacerlo pero no le interesaba lo más mínimo!

Silencio. Cayó pesado, como una losa. Claire se apresuró a buscar una excusa, cualquiera que fuera, con la que poder desdecirse de sus últimas palabras. Si pretendía arreglar la situación con Betina, y sabía Dios que lo deseaba, lo último a lo que habría debido recurrir era al desinterés de Arnold Calvin en ella, aunque este hubiera sido evidente.

Ahora además de enfadada estaba herida en su orgullo, algo que por experiencia propia, Claire sabía muy bien que era algo complejo de curar.

–Era algo con lo que esperaba que tú pudieras ayudarme –susurró Betina, con la voz quebrada pero fría–, por eso me aseguré de invitarle cuando supe que vendrías, sabía que había estado en Kent, que le habías conocido y pensé... esperé, creí... que tú me ayudarías.

–Betina... ¡Dios mío esto es absurdo! Yo ni siquiera quería bailar con él, ¿crees que busco su atención? ¿Crees que pretendo...?

–¡Siempre tienes la atención! Eres la hermana de un conde, Claire. Creí que esa popularidad sería suficiente para ti.

Fue evidente que Betina no había pretendido pronunciar tales palabras del modo en que habían salido, pero desde luego, era tarde para retirarlas. Claire se sentía culpable por haber acaparado la atención de los medios de sociedad en su persona cuando éstos debían haberse centrado en el evento principal, pero no estaba dispuesta a tolerar que le echaran en cara cosas sobre las que no tenía ningún control.

Y mucho menos, aceptaría que se la acusara de buscarlo premeditadamente.

–Tienes razón, soy la hermana de un conde –y su voz sonó tan fría como la de Betina–, pero no tengo la culpa de que mi persona sea más importante para la sociedad que tu cumpleaños.

–¿Cómo puedes decirme eso, Claire? ¡Creí que eras mi amiga!

–¡Bien, yo también lo creía, Betina, de verdad que sí! De hecho, he estado intentando ponerte en contacto contigo para contarte esto porque sabía, válgame Dios, que lo primero que harías sería pensar lo peor de mí al ver esa dichosa fotografía. ¿Y tú me acusas de no ser una buena amiga? ¿Has oído algo de lo que has venido a gritarme en mi propia casa?

–Si tanta prisa tenías en dar una explicación es porque te sentías culpable –dando un paso al frente, a Betina le temblaron los labios–, y la culpa viene de algo que se ha hecho mal, no lo olvides.

–Arnold Calvin no me interesa –alzando las manos al cielo, Claire emitió un gruñido de desesperación–, ¡bailé con él porque tú me lo pediste, cómo quieres que te lo explique!

–¡Debiste esforzarte en lograr que me acercara a él, eso hacen las amigas!

–¡No le interesas, Betina! –Claire supo que estaba gritando, y constató lo duras que habían sido sus palabras al ver el semblante pálido de su amiga. Cogiendo aire, decidió que el tiempo de suavizar las cosas había pasado. No lo haría acosta de ser ella la castigada–. Soy tu amiga, pero no puedo hacer milagros por ti. Él no está interesado, lo siento, pero tienes que entenderlo.

–Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente.

Betina se agachó con tal torpeza debido a los nervios, que Claire estuvo a punto de inclinarse para sujetarla del codo. Se abstuvo, observando con asombro como la afectada muchacha recogía el ejemplar de la gaceta y lo sostenía con fuerza inusitada entre las manos. Cuando volvieron a mirarse, el semblante de Betina, aunque roto, parecía aún más colérico que cuando había llegado.

–Es imposible que yo le interesara cuando tenía que prestar toda su atención a la estrella del baile, la preciosa y perfecta hermana del conde –escupió, tal como si estuviera insultándola–, ¿sabes lo peor, Claire? Que sé que es verdad, Arnold Calvin no te interesa, pero eso no importa porque, eres tú. Siempre debes tenerlo todo.

–Ni siquiera sabes de qué estás hablando. Y si tuvieras idea de cuan falsas son tus palabras, se te caería la cara de vergüenza y no podrías mirarme.

–¿Acaso hay algo que desees y que no esté al alcance de tus manos, Claire? ¿O del título de tu hermano? No seas mentirosa.

–No te debo ninguna explicación, Betina. No estoy interesada en el futuro vizconde y jamás lo estaré. Puedes creer lo que quieras si eso te ayuda a digerir mejor su

rechazo, me da igual.

–Si eso es verdad, demuéstralo entonces. ¡Dame una prueba!

Negando con la cabeza, Claire crispó los puños, pensando en lo injusta y absurda que era toda aquella situación. Que alguien que debía conocerla, alguien que la quería desde hacía muchos años la acusara de cosas tan infames la ponía enferma. ¿Cómo era posible que no lo viera, que no lo entendiera? ¿Acaso Betina veía a Claire feliz, exultante? ¿No había notado su estado alicaído y triste desde hacía meses?

Pensar que ella creía que su título y posición la hacían deseable y perfecta para cualquier hombre que quisiera... cuán distinta era la realidad, pensó con amargura, cuando era precisamente todo eso lo que la distanciaba sin remedio del único al que jamás podría llegar a querer.

–No tengo nada que demostrar a una persona que me acusa del modo en que tú lo has hecho –y como estaba herida y se sentía vulnerable, alzó más los hombros y su mirada fue transparente y clara–. He dicho lo que tenía que decir, por mi parte, esta conversación se ha terminado.

Por supuesto, su negativa a demostrar su falta de interés amoroso en Arnold encendería más las brasas de Betina, pero poco importaba ya. Lo que había empezado como un malentendido, había denigrado en una situación que era mucho mejor cortar por lo sano.

–Sí... me parece que es lo único cierto que has dicho esta mañana, Claire. La conversación ha terminado.

Betina se encaminó hacia la puerta, como un animal herido que coleaba su rabia contra todo el que se atreviera a mirar en su dirección.

–¡Bien! –exclamó Claire, que la siguió por el pasillo hasta verla abrir la puerta principal de un tirón–, ¡pues entonces no hay nada más que decir!

–¡No, no lo hay! –con una mirada de profundo desprecio, Betina asestó la puntada a su desdén–, ¡adiós, lady Ferris!

Despedirse con el uso de aquella palabra, referida a las hijas o esposas de condes, fue la prueba definitiva de que la amistad entre Betina y Claire, si no estaba rota, pendía precariamente de un hilo.

Atribulada por las palabras dichas y oídas, con el corazón latiendo a toda velocidad y sintiéndose ultrajada y humillada por una de las personas más cercanas con las que contaba en su vida, Claire se dio cuenta de que ya no le quedaba refugio en el que esconderse. Londres iba a ser un hervidero de chismes durante semanas, sino meses, a consecuencia de la fotografía de la gaceta, en cada evento al que fuera, en cada velada, se esperaría con ansias un encuentro entre ella y Arnold Calvin, las cotillas de la aristocracia se frotarían las manos si él la visitaba, si coincidían dando un paseo o si imaginaban si quiera que algún tipo de romance estaba naciendo entre ambos.

Volver a ver a Betina, o a cualquier miembro de la familia Hildegard después de aquello iba a ser un infierno, no podría mirarla, y estaba segura de que ella haría lo propio por evitarlo también. Permanecer en la ciudad, donde los círculos sociales estaban tan asfixiantemente unidos que era imposible escapar de ellos, había dejado de ser una opción válida para Claire.

Incapaz de encontrar ninguna solución posible, subió a trompicones las escaleras y entró al dormitorio de su madre sin llamar a la puerta. Joanna, que estaba inmersa en la tarea de indicarle a su doncella los vestidos que quería que preparara para su viaje, alzó las cejas inquisitivamente, a punto de estallar en preguntas que justificaran la repentina aparición de Claire.

Ella no le dio opción a formular ninguna.

–He cambiado de opinión, madre –musitó, casi sin voz y temiendo romper a llorar en cualquier momento–. Iré contigo a Kent.

Nada había en el mundo que causara más paz interior a Joshua McKan que los caballos. Su cuidado y atención, vigilar su alimentación, sus ciclos vitales, el cuidado estado de las herraduras, las crines, la atención a la dentadura o las marcas dejadas en la piel por insectos, eran elementos propios de su día a día, aspectos que podía controlar, de los que sabía todo lo que un buen encargado de cuadras debía saber.

Lo cual no impedía, desde luego, que al llegar el final de una jornada especialmente dedicada a los equinos, sintiera como si todo su cuerpo estuviera a punto de desmoronarse de puro cansancio.

Frotándose la nuca y arrastrando las botas, Josh solo pensaba en comer hasta hartarse, echarse agua fría por encima y tumbarse a pierna suelta a dormir todo el tiempo que pudiera hasta la siguiente ronda. Por ese orden.

Windy, la yegua castaña, estaba en celo, y ello conllevaba que el semental del conde no parara de piafar, golpear la puerta de su cubículo y relinchar a todo lo que le pasara por delante. Dado que la pareja producía unos potros excepcionales, el momento de la monta cuando llegaba la temporada era especialmente esperado por los trabajadores de la finca, que sabían de la importancia que tenía la crianza de animales de calidad con los que abastecer el establo.

Pese a las prisas del animal, cuya mirada solía desencajarse cuando la yegua andaba cerca, hasta que el veterinario no acudiera a la casa para verificar que todo estaba bien, Josh no podía autorizar el apareamiento, por más que Whitish, el semental de color blanco fantasmal, cabeceará y se levantara sobre sus fuertes patas traseras.

–Lo siento, amigo –le había dicho esa misma tarde, después de abrearlo y asegurar los goznes de su puerta–, vas a tener que seguir esperando tu momento.

Que el pobre animal no pudiera salir a galopar, solo empeoraba la situación.

El conde estaba ocupado con asuntos de la casa, vigilando a su esposa preñada y encargándose de quién sabía cuántos temas más, por lo tanto, era prácticamente imposible encontrarlo por las tierras, o entregado a paseos a lomos de su caballo. Andrew estaba centrado en dejar todos los asuntos que más apremiaran listos para cuando su mujer diera a luz, posponiendo todo lo demás, lo cual incluía consentir a su compañero de correrías para que éste descargara un poco sus bríos.

Después de golpear las botas contra el escalón más bajo de la puerta de servicio para no llenar el suelo de barro, Josh caminó por el pasillo, deambulando casi sin ver hasta dar con la entrada a la cocina. Apestaba a sudor y animales, tenía la coleta casi deshecha y esa mañana no había tenido tiempo de afeitarse. Necesitaba aseo y comida, aunque no necesariamente por ese orden, tal como le indicó el rugir de su estómago.

El jaleo que montaban las bestias en el establo en época de celo siempre le obligaba a ocupar el dormitorio para empleados situado dentro de la casa, algo que le desagradaba en lo absoluto. Si bien era más cómodo, con una cama blanda y abrigada, una jofaina de agua limpia y un armario en el que mantener la librea lo más decentada posible, tenía un gran y considerable inconveniente para Josh: Gilly dormía a su lado.

Y aquellos ronquidos hacían palidecer los gruñidos de todos los caballos.

Nada más cruzar la impoluta estancia donde se preparaba la comida, estiró la mano hasta el trapo que cubría la masa de pan dispuesta para hornear, pellizcando un pedazo sin que le importara que aún no estuviera cocida. Ya iba a coger un cuenco y servirse cualquier cosa que bullera en el caldero que tuviera más cerca, cuando una mano regordeta le golpeó el bíceps.

–¡Ay!

–Fuera esas manos.

Josephine enarcó la ceja blanca y se apresuró a tapar correctamente la masa del pan y alejar el cuenco que Josh tenía en las manos del estofado que hervía a fuego lento para la cena. Le miró con todo el reproche que fue capaz de mostrar en su cara surcada de arrugas, empujándole lejos de la comida sin ningún miramiento.

–¿Se te ha perdido algo, muchacha? –incredó a una de las doncellas, que había dejado de picar verdura para echar un vistazo a la escena–. A trabajar. Ya.

Dio una palmada y la joven, bajando inmediatamente la cabeza, volvió a su quehacer.

–No deberías ser tan dura –murmuró Josh, echándose a la boca la masa que aún tenía en las manos–, te agriará el carácter.

–A ti sí que te voy a agriar yo... por Dios Santo y Misericordioso, ¿tú has visto la apariencia que gastas? ¿Te has olido? ¡Fuera de mi cocina!

–Necesito comer, llevo desde la madrugada atendiendo a los animales.

–Lo que necesitas es dejar de comportarte como uno –limpiándose las manos en el delantal blanco que llevaba sobre la falda, Josephine le entregó un pedazo de carne asada y un mendrugo de pan que Josh miró con encono–, jovencito, más te vale que bajes esas cejas si no quieres que te mande fuera de una patada.

–Después de horas partiéndome la espalda, ¿esto es lo que me das?

–Ve a asearte, Joshua. El conde quiere verte. En su despacho.

Con más fastidio que curiosidad, Josh se comió las escasas viandas conseguidas sin apenas masticar, teniendo que darse golpecitos en el pecho para evitar atragantarse. Aunque sabía por experiencia que Josephine era la mujer menos dada al chismorre de cuantas pisaban la tierra, decidió intentar sonsacarle algo de aquella misteriosa reunión de la que acababa de tener noticias.

–¿Puede saberse para qué me quiere el conde?

El gesto de su abuela se lo dijo todo.

–Buenos estaríamos si ahora fuéramos a ponernos a indagar sobre las decisiones del señor de la casa, en lugar de cumplirlas sin rechistar.

Sacudiéndose las manos en la parte trasera del pantalón, Josh vio cómo su idea de agua fría y jergón se iba distanciando cada vez más de sus planes inmediatos. En honor a la verdad, tenía que reconocer que Andrew nunca le sacaba de sus ocupaciones por tonterías o caprichos, si le requería en el despacho debía ser por algún tema serio, relacionado con alguna de las cosas a las que él se dedicaba para la finca.

Ese era un motivo más que suficiente para que pospusiera sus necesidades más primarias.

–Voy a ver que necesita, entonces.

–¡Qué dices! No puedes presentarte ante el conde con esa facha.

–Si no tengo tiempo para comer, tampoco puedo lavarme.

–¡Joshua...!

–El conde es dueño de una propiedad en el campo, no se asustará por un poco de peste a caballo.

Dicho lo cual, salió de la cocina a paso vivo, dejando a Josephine rumiando una serie de quejas que por ningún motivo pensaba dejarse en el tintero. Airada, destapó la masa cruzada del pan y tomó el rodillo, blandiéndolo como si estuviera más que dispuesta a partirlo en la cabeza del primero que se cruzara en su camino.

–¿Puede saberse qué miras? –le gruñó a la doncella, cuyo gesto embelesado se había ido detrás de Josh–, ¡a trabajar he dicho!

\*\*\*

Una de las ventajas de haber crecido entre aquellos muros, era que Josh podía recorrer la casa solariega a una velocidad envidiable, llegando a cualquier destino y usando para ello casi todos los pasillos y entradas disponibles. Casi nunca recurría a la puerta principal, con aquel suelo de mármol y la gran escalera que daba al piso superior, sino que lo hacía por la secundaria, que abría la zona de servicio a las habitaciones de la planta principal.

Pasó por delante del saloncito rosa que era usado originalmente por la condesa para tomar el té, bordar o realizar reuniones con sus amistades, y en el que la actual señora de la casa apenas ponía un pie si podía evitarlo, cruzó la reformada sala de retratos y llegó hasta la zona del pasillo presidida por una gran puerta doble de madera maciza tras la que se ocultaba la biblioteca que Andrew usaba para trabajar, cuando no quería ocupar el despacho de la planta superior.

Con una sonrisilla, Josh llamó con los nudillos. Josephine no le había especificado si el señor estaba en el despacho de arriba o en el de abajo, pero dada la reclusión forzosa de la condesa, no era difícil adivinar que Andrew pondría una saludable distancia, en caso de que llovieran carísimos jarrones en su dirección.

–Adelante.

En un intento desesperado por parecer menos andrajoso, Josh se remangó la camisa y se ajustó los tirantes lo mejor que pudo, diciéndose que aquello en poco disimularía las manchas de tierra, sudor y quien sabe qué más que poblaban su cuerpo.



Con un suspiro resignado, cruzó el umbral, recorriendo la estancia con la mirada hasta llegar a la gran mesa tras la cual se encontraba el conde, parcialmente oculto entre una serie descomunal de libros forrados de cuero que Joshua reconoció como las cuentas de la propiedad y los diarios que él mismo rellenaba en razón al uso de materiales. Allí se recogía el trabajo con los animales y rendimiento de la zona de cultivos, recientemente ampliada, de la que comían todos los empleados y arrendatarios del conde de Holt.

Con un carraspeo, empezó a aproximarse, pasando por alto las manchas que sus botas surcadas de barro seco iban dejando en una alfombra que probablemente llevaba allí generaciones.

—Tengo entendido que quería verme.

Dejando de lado la pluma, Andrew compuso una sonrisa cansada e invitó a Josh a sentarse en una de las sillas Luis *algo* tapizadas (iría al infierno antes de conocer la numeración de los muebles en los que se sentaba) que estaban situadas frente a la mesa. Demasiado cansado como para tentar a su cuerpo a relajarse antes de tiempo, Josh declinó el ofrecimiento con un movimiento elocuente de la cabeza. No era un hombre amigo de irse por las ramas, todos los que le conocían lo sabían.

—Parece que has tenido una mañana dura —comentó Andrew, apartando uno de los libros para apoyar los brazos sobre la mesa. No había reproche en su voz—, ¿algún incidente que deba saber?

—Todo marcha lo mejor que puede dadas las circunstancias—. Josh cruzó los brazos sobre el pecho, remarcando los músculos de bíceps, endurecidos a fuerza de trabajo continuo—, Windy ha entrado en celo y el semental está echando abajo los potreros. Se espera al veterinario para finales de semana.

—Imagino que no debe ser fácil lidiar con él. Intentaré sacar hueco para llevarlo a galopar mañana por la tarde.

—Sería recomendable. La pobre bestia no podrá soportarlo mucho más.

—¿Es indispensable que el veterinario dé el visto bueno antes soltar a la yegua? —quiso saber Andrew, tocándose la barbilla, pensativo—, con la ayuda de los empleados podría controlarse la monta y evitar daños.

—No pienso permitir que el semental cubra a la yegua hasta que el veterinario asegure que es el momento correcto. Malgastaríamos esfuerzos y tiempo para nada.

Andrew sonrió. Joshua no había expresado su respeto al contradecirle, ni tampoco había estado de acuerdo con él por ser el conde y estar dando una instrucción. Él no lo habría esperado. Se conocía desde que era prácticamente niños, y el paso de los años había dotado a ambos de caracteres muy distintos y formas de proceder que, si bien opuestas, siempre solían acabar llevando todos los asuntos a buen puerto.

Había pocos hombres sobre los que Andrew Ferris depositara su total confianza, sin exigir demostraciones o pruebas de seguridad, y Joshua McKan era uno de ellos. Se lo había ganado a pulso, trabajando como un esclavo, interesándose y aprendiendo sobre todo lo que tenía que ver con la propiedad. Nadie sabía más que él de las cosas a las que se dedicaba, por eso, Andrew no ponía en duda sus opiniones.

Más bien al contrario, pensó con cierto pesar al recordar el motivo de aquella reunión, intentaba recompensar a Josh por su trabajo, aunque éste no siempre lo aceptara.

—Como tú decidas estará bien, estoy demasiado encerrado entre estos dichosos papeles para estar tan al tanto de los animales como debiera —dijo por fin el conde, pasándose las manos por la cara en un gesto de evidente cansancio—. ¿Qué puedes decirme de los cultivos?

—Los surcos están listos en la zona sur, casi a punto para montar los sistemas de riego y empezar a trabajar la tierra para plantar.

—Caramba... eso suena a un avance bastante más llamativo del que esperaba. Buen trabajo.

—No me lo diga a mí. Los incentivos que recibieron los muchachos han sido motivación suficiente.

—Era lo mínimo, dadas las condiciones en que trabajan.

Sabiendo que sus piernas no iban a sostener por mucho tiempo más el agotamiento que suponía erguir el resto de su cuerpo, Joshua intentó balancearse hacia adelante y atrás, cambiando el peso a un pie y otro cada pocos minutos. El conde parecía alicaído, extremadamente ausente y cargado de problemas de índole personal. Aunque se lo planteó, Josh decidió no tocar el tema ni hacerle preguntas, puesto que siempre había considerado que lo que ocurriera dentro de los muros de la casa, no era asunto suyo.

O al menos... así era como debía ser. No siempre le era posible conseguirlo.

—Te he pedido que vinieras para hablarte de Greyson —continuó por fin Andrew, con un tono de voz bastante más formal. Josh se puso alerta de inmediato—, el doctor Corentin, acaba de traerme el informe de su estado y no podría ser peor. La pulmonía se ha agravado y el reuma que ya padecía provoca que los medicamentos apenas hagan nada por él.

—Le necesitamos. Por mucho que los empleados arrimen el hombro no son nada sin un capataz que esté encima de ellos, controlando que no haya revueltas y peleas. Son muchos hombres trabajando en un espacio reducido.

—Lo sé. Por eso precisamente estás tú aquí.

—Hago lo que puedo, milord, pero empieza la época de celo y los caballos...

—Necesito que ocupes el puesto de Greyson como capataz, Joshua.

Estático, Josh solo atinó a parpadear y quedarse mirando a Andrew como si éste se hubiera vuelto loco. Era posible, desde luego, había oído casos de hombres que perdían por completo el juicio cuando sus mujeres parían, y la condesa estaba cerca de repetir experiencia. ¿Sería posible que Andrew hubiera sucumbido? ¿Qué tantas disputas y alejamiento del lecho conyugal hubieran mermado su raciocinio?

—No puedo.

—¿No puedes?

—Me encargo de las cuadras y los establos, milord. Los animales requieren de todo mi tiempo.

—Tú mismo has dicho que los empleados necesitan tener a alguien encima para cumplir con su trabajo de la manera adecuada, ¿no es así?

—Bien, ¡pues para eso está Greyson, él es el capataz de estas tierras, lleva siéndolo desde antes de que yo naciera!

—Está muy enfermo, Joshua. El médico no cree que una recuperación vaya a ser posible —el suspiro emitido por Andrew dejó claro cuánto le dolía dar aquella información—, Dios sabe que solo me queda ofrecerle todo lo que pueda para que se encuentre lo más cómodo posible el tiempo que le quede.

Aquello cayó como una losa sobre Josh.

Con la mente atribulada, negó con toda la vehemencia que pudo. ¿Qué demonios significaba todo aquello? Había aprendido cuanto sabía de las tierras y los cultivos del maestro Greyson, ese hombre taciturno, malhumorado, hosco y gruñón que, si bien tenía una vista envidiable, apenas podía moverse sin llevar bien sujeto su bastón. Se había acostumbrado a entender sus palabras, mal pronunciadas a causa de la pipa que siempre llevaba colgando de los labios. Ese hombre era como uno de los abedules de la propiedad, como las columnas que presidían la entrada o la gran verja de hierro forjado que delimitaba el terreno.

Siempre había estado allí, siempre había tenido un papel. ¿Y ahora el conde pretendía que lo sustituyera? ¿Él?

—¡Ya me ha ascendido a lacayo! ¿Es que no tiene suficiente?

Por imposible que pareciera dadas las circunstancias, Andrew soltó una risotada que hizo que se le moviera el pelo castaño, pulcramente peinado a la moda.

—Joshua, eres el único hombre que conozco que se encoleriza por tener mejores condiciones de trabajo.

—Estoy muy contento con lo que hago. Dejemos las cosas tal y como están.

Andrew no se dejó amilanar por la mandíbula endurecida de Josh, ni tampoco tuvo efecto en él su mirada oscura llena de molestia. Sabía que a su empleado le gustaba dedicar su tiempo al trabajo al aire libre, a los caballos y los establos, pero aquel gusto no iba a prevalecer sobre sus deseos esta vez.

Y mucho menos, sobre algo que consideraba de justicia.

—Nadie merece el puesto más que tú. Nadie ha trabajado por él tanto, ni se ha esforzado hasta los límites que tú llegas. Te lo mereces, e incluso si no fuera así, yo lo ordeno. Es mi última palabra.

Mascullando una maldición, Josh dejó caer los brazos a los lados del cuerpo. Era tal su reprobación a lo que allí estaba ocurriendo, que el cansancio parecía haberle abandonado.

—¿Y qué va a pasar con la monta? Porque no voy a tener tiempo de ocuparme de todo.

–Contrataremos a quien haga falta para que te asista –dictaminó Andrew, retomando el libro que había apartado para seguir con su lectura–, en cuanto el asunto de los cultivos de la zona sur esté en marcha dispondrás de más tiempo para el establo. Tengo entendido que Gilly es hábil con los caballos, él te ayudará.

–Infiernos... cuando creía que esto no podía ser peor...

Con una sonrisa taimada, Andrew cogió la pluma y la mojó en tinta, mirando a Josh con paciencia, casi como si esperara un nuevo estallido contra el que tenerse que defender. Desde luego, no albergaba esperanzas de un agradecimiento, Dios sabía que el día que se le había entregado la librea de la casa Holt, el muchacho casi había salido ardiendo de pura ira, pero fingirlo era divertido.

–¿Alguna cosa más, Josh?

–Sí, quiero saber por qué me castiga.

–¿Te parece castigo darte un ascenso? –divertido, Andrew garabateó unas cifras en el libro que tenía delante–. Porque eso es lo que significa convertirte en capataz, por si no lo habías notado. El puesto viene con un mayor salario. Conlleva más trabajo, no te mentiré. Pero también trae consigo mejores condiciones.

–Estaba más que conforme con mis condiciones, milord.

La forma en que masculló el tratamiento hizo saber a Andrew que más valía poner fin a la reunión en aquel punto, antes de ganarse las iras de otra persona más de las que vivían bajo su techo.

–Si no necesitas nada más...

–¿Cómo se encuentra su esposa? –a su pesar, Josh sabía que no conseguiría marcharse del despacho sin antes interesarse en la medida de sus posibilidades por la salud de la señora. Su preocupación era genuina, aunque por el tono de voz que empleó, más pareció estar amenazando a Andrew con desollarlo si no cambiaba de parecer.

–De salud bien, de ánimos... creo que en este momento comparte la misma opinión de mí que debes tener tú.

–¡Pues deje de ascender a la gente entonces, señor! –y desanduvo sus pasos, derecho a la salida de la biblioteca–, ¡con su permiso!

–Es propio, administrador McKan.

El portazo hizo reír a carcajadas a Andrew, que de pronto, se encontraba de mucho mejor humor para seguir trabajando.

Todo el conocimiento que tenía Josh sobre la estructura y distribución de la casa de Holt fue en vano cuando abandonó la biblioteca.

Tambaleándose, fue tropezando con puertas y muebles, como si fuera uno de esos hombres que se dejaban los cuartos embriagándose en tabernas de dudosa reputación. Por un milagro, logró llegar al pasillo que comunicaba las estancias de la propiedad con la cocina y habitaciones de los criados, e incapaz de moverse, se dejó caer, resbalando por la pared hasta que quedó sentado en el suelo, con las piernas entumecidas estiradas, ocupando casi la totalidad del ancho del pasillo, y los hombros caídos.

Con la mirada pedida, Joshua se tapó la cara con las manos, diciéndose que debía tener fuerza de voluntad y, si bien terminar de llenar el estómago había pasado a un segundo plano, debía al menos lavarse y ponerse una muda limpia que le hiciera sentir un poco más humano.

Claro que, ¿se lo merecía, acaso? Lo dudaba mucho.

Había hecho y dicho lo imposible, pero Andrew no había cejado en su empeño. Dichoso conde justo y honorable... ¿tenía que escoger precisamente aquel momento para hacer gala de lo mucho que le importaban sus empleados? ¿Y debía ser él, entre los cientos que poblaban sus dominios quien recibiera los beneficios de la pronta pérdida de un trabajador como Greyson?

Joshua sabía que no se merecía el puesto, por muchas razones. Y no lo quería. Porque a su manera, también era un hombre justo y honorable, y sabía que era imposible que pudiera ostentar el cargo de capataz con la cabeza alta después de lo que había hecho.

Andrew no lo sabía. Nadie lo sabía. Se llevaría aquella afrenta a la tumba y por ella se retorcería hasta el Juicio Final. Mentiría a quien hiciera falta para proteger un poco de la dignidad que tan a la ligera había ayudado a mancillar, pues era lo mínimo que podía hacer, lo único a su alcance. No obstante, ni todas sus buenas intenciones juntas harían que los hechos desaparecieran. Aquello era algo que no se podía deshacer.

Y que Dios lo perdonara si podía, pero de haber sido posible, Josh sabía que jamás volvería atrás.

De hecho, seguía vivo a fuerza de recordar aquellos recuerdos una y otra vez.

–No puedo hacerlo –le dijo al pasillo vacío, con voz trémula–, ¿cómo aceptar la confianza del conde cuando ya la he pisoteado bajo su propio techo?

Habían pasado muchos meses, pero el tiempo no lograría emborronar nunca el recuerdo de aquella noche en los establos, donde Claire y él habían dejado salir unos sentimientos que, al menos en el caso de Josh, le estaban consumiendo poco a poco. Si cerraba los ojos, podía coreografiar sus movimientos, paladear el sabor de la boca femenina y sentir en sus manos, encallecidas y ásperas del trabajo, la tersura y tibieza de la piel que había acariciado con ira y pasión.

Desear a Claire era morar en el Infierno. Una sensación placentera que le había recorrido el cuerpo durante escasos minutos y que ahora le arañaba el alma a cada soplo de aire que inhalaba. La verdad era que había intentado apartarla, era cierto, fue grosero y hosco e hizo cuanto pudo, pero ella quería respuestas, exigía motivos a su rechazo, echaba en cara una serie de cosas de las que no tenía ni idea.

¿Qué habría podido hacer? Josh ni era un santo ni pretendía convertirse en uno, Claire era culpable de que su hombría le palpitara en las venas cada vez que la veía, y por si eso fuera poco, le había retado a comportarse como un hombre, ¿cómo no responder? ¿Cómo no callarla con los hechos por los que ella tanto se indignaba?

Aquellos besos, el sentir la calidez de su lengua, su cuerpo menudo apretándose contra él, alzándose, ofreciéndole las caderas sin saber si quiera que estaba matándolo poco a poco... gustoso entregaría la mitad de la vida que le quedara por volver a tener entre los dedos sus senos, acariciarlos y provocar con ello que el corazón de Claire se rompiera en latidos de deseo.

Incluso antes de emprender los pasos que le separaban de ella aquella maldita y anhelada noche, Joshua sabía que se arrepentiría. El precio a pagar iba a ser demasiado grande y las consecuencias difíciles de manejar. Se había concedido un momento, solo eso, unos escasos minutos de extrema felicidad donde por primera vez en su vida se había permitido estirar las manos y tomar lo que deseaba sin preguntar a nadie, sin preocuparse por nada y sin valorar lo que fuera a venir después.

Al diablo con todo, le había dicho a la misma Claire antes de abalanzarse sobre ella como el animal que era, que se lo llevara si era necesario.

Ahora pagaba caro su momento de placer. Probablemente, mantendría aquella deuda hasta el día de su muerte.

Tomando la pared como apoyo, fue levantándose poco a poco, logrando erguirse con esfuerzo. Le pesaba un cuerpo agotado del trabajo y que ahora, además, recordaba vívidamente la frustración de aquella pasión no satisfecha. Daba igual cuántos meses pasaran, Josh nunca conseguiría quitarse de encima el ansia contenida, esa sed que no había podido saciar, aunque había estado a punto.

Como si no se sintiera lo bastante miserable, ahora Andrew Ferris, el conde de Holt y el amigo que de niño le había abierto las puertas de su casa, quería premiarle con un mejor puesto de trabajo, mayores responsabilidades y una muestra de confianza sin parangón. A él, que gustosamente había subido las faldas de su hermana pequeña y la habría montado hasta la muerte sobre los restos de paja seca del establo, con los caballos como únicos testigos.

–Maldita sea mi suerte –se lamentó, abriendo la puerta que daba a la cocina sin prestar atención a que aquel no era el rumbo que le llevaría a poder asearse–, mil veces maldita...

Nada más poner un pie en la estancia, donde el aroma del guiso al fuego inundaba cada rincón, dos pares de ojos se posaron ansiosamente en él. Su abuela, que blandía un imponente cuchillo, se apresuró a acercarle un plato con su ración, sin despegar los ojos de él en ningún momento.

–¿Y bien? –inquirió, muerta de impaciencia, mientras dejaba la comida en la mesa del centro–, ¿te lo ha ofrecido ya?

Pasando las piernas por encima del banco y tomando con rudeza el tenedor, Josh no tuvo tiempo a dar el primer bocado antes de soltar un bufido de impaciencia.

–¿Es que lo sabías?

Josephine se limitó a estirarse el delantal, con la cabeza muy alta. Después, se reordenó algunos mechones del moño que se le habían soltado, haciendo tiempo, como si el reproche no fuera con ella.

–No puedo creerlo –masculló Josh, clavando el tenedor en la panceta por no hacerlo en su propia mano.

–¿No sabes acaso que en esta casa no se mueve ni una silla sin que yo esté al tanto? –la cocinera y ama de llaves dejó un panecillo junto al plato que había servido y luego, entrecruzó los dedos–, ¿entonces? ¿Lo ha hecho o no? Contesta.

–Vamos Josh, nos tienes en ascuas, ¿eres el nuevo capataz?

El segundo par de ojos que le habían estado observando con atención, de un azul vivaracho y añado pertenecían a Gilly, el compañero de dormitorio de Josh y lacayo de la propiedad. Aunque era un buen empleado, hábil en el establo y casi siempre dispuesto a ayudar en todo lo que pudiera, poseía un serie de grandes defectos, y es que era un hombre entrometido, parlanchín en exceso y con una tendencia poco sana a entrometerse en asuntos que no le concernían.

Como consecuencia, solía meterse en serios problemas, pero Josh le consideraba su amigo más cercano y a menudo, lograba dejar pasar sus indiscreciones. Aunque no simulaba que éstas le gustaran.

–¿Tú también?

Gilly, con su pelo rubio cortado y bien peinado se encogió de hombros, dando un mordisco al panecillo de su almuerzo, el cual había abierto y rellenado con el tocino y las patatas que Josephine le había servido minutos antes.

–Intento mantenerme informado de lo que pasa por aquí –dicho lo cual, tomó el primer periódico del montón situado en la mesa y lo abrió al azar–, un hombre tiene que saber lo que se cuece para estar preparado.

–¿Para correr con el chisme a las doncellas y distraerlas de su trabajo?

–¡Eso solo pasó una vez! –se molestó Gilly, visiblemente ofendido–, y te recuerdo que mi avispado carácter alertó al conde de un robo el año pasado.

Josh puso los ojos en blanco, preguntándose durante cuánto tiempo viviría Gilly de aquella hazaña.

–¿Podéis dejaros de tonterías de una vez? –Josephine se retorció los dedos, inquieta–, Joshua, ¿te ha ofrecido el conde el puesto de capataz?

Él asintió una sola vez.

–¡Qué buena noticia! Mi nieto, el capataz de la propiedad, ¡siempre supe que llegarías alto, Joshua, jamás lo dudé! –orgullosa, Josephine hizo lo que pocas personas podían dar fe de haber visto alguna vez, sonrió con toda amplitud–. Y pensar que rezongaste cuando te impusieron la librea de lacayo.

–Todavía lo hace –apostilló Gilly con la boca llena–. Todas las santas mañanas se queja. Sin que falte ni una.

–Quizá ahora tengas un uniforme diferente, algo más... distintivo, ¿te habló de ello el conde? ¿Te interesaste siquiera por las condiciones del nuevo puesto?

Incapaz de seguir masticando mientras oía toda aquella sarta de palabras que le importaban poco, Josh dejó el tenedor a un lado y se pasó la servilleta por las comisuras de la boca. Qué día aquel, pensó con malestar, lo había empezado sabiendo que se le venía encima una dura jornada de trabajo con los caballos, pero la promesa de un buen baño y unas horas de sueño en soledad, mientras el resto de empleados estaba por las tierras, le había animado a levantarse de la cama con el mejor semblante posible (o al menos, con uno lo bastante bueno como para no asustar a los criados con los que se cruzaba).

Esa tarde había planeado dedicarla por completo a los cultivos de la zona sur, sin otra preocupación en mente que no fuera sacar el mayor rendimiento posible a la tierra y torturarse sin descanso con el recuerdo de Claire Ferris.

En pocas palabras, un día normal para él. Y en lugar de eso...

–¿Es que nadie se da cuenta de que para que cualquier otro sea capataz, el maestro Greyson tiene que morir? –preguntó, como si blasfemara–, ¿es que de verdad os alegra la noticia sabiendo que significa que a ese viejo le queda un suspiro de vida?

Josephine se persignó, alzando los ojos al cielo como si con ese simple gesto quedara tácitamente perdonada toda ofensa que hubiera podido hacer.

–La muerte es parte de la vida, Joshua –dijo, con un tono mucho más sereno–, Dios sabe que nunca me cayó bien ese carcamal correoso, pero era bueno en su trabajo y nunca dio motivos de problema. No le deseamos la muerte, pero según se comenta... poco hay que se pueda hacer.

–El conde dice que es cuestión de tiempo –masculló Josh, para nadie en particular–, las medicinas del médico solo le quitan el dolor, pero no pueden curarle.

Todavía le parecía impensable creer que aquel hombre, que parecía mantenerse en pie de puro mal carácter, fuera a dejarse vencer por una enfermedad. Hasta hacía poco, habría jurado que nada podría con el viejo Greyson, la muerte misma parecía intentar evitar enfrentarse con él. Joshua había aprendido mucho en las largas y duras horas trabajando bajo su mando, con un sol de justicia castigándolo. Habían sido cercanos, quizá porque entre los dos, apenas podía decirse quien se las gastaba peor.

–Pues yo me alegro de que vaya a estirar la pata –dijo de repente Gilly–. Ese hombre es lo más malo que haya pisado alguna vez tierra santa, vaya que sí. Donde escupía no crecía la hierba.

Josephine volvió a persignarse y le lanzó a Gilly el trapo de cocina, que impactó justo sobre el periódico que leía, desparramando las hojas por encima de la mesa. En contra de su voluntad, Josh tuvo que sonreír. Sabía bien que Greyson había sido una mala mula con Gilly porque éste tendía a dejarse llevar por distracciones que le hacían rendir poco en el trabajo, algo que el capataz no toleraba.

–Pues si esperas que conmigo las cosas vayan a ser diferentes... ya puedes empezar a rezar por un milagro que cure a Greyson.

–¡Vamos Josh! Somos amigos, compañeros de cuarto –el joven rubio, que intentaba ordenar las hojas del periódico, le miró con ligero encono–, ¿se te va a subir a la cabeza desde tan pronto? ¡Buenos estamos!

–Deja de rezongar y termina de comer. Te recuerdo que te toca turno en el establo.

–¿Significa eso que vas a aceptar el puesto? –Josephine se acercó a su nieto, bajando el tono y mirándole con seriedad y esperanza.

–He intentado hacerle entender al conde que no lo necesito. Me gusta mi trabajo como es, y las cosas tal y como están.

–La vida cambia, Joshua. Para todos –dijo la mujer, poniendo una mano cariñosa en su hombro–, no tengas miedo, no creas que conformarte es lo sabio por temor a perder lo que ya tienes, eso no va a pasar.

–Eso no podemos saberlo. Soy bueno con los caballos, se me dan bien las plantas y llevo las cuentas del establo con mano de hierro, pero quizá para administrar la finca...

–Lo harás tan bien como todo lo demás, porque tratas esta tierra como si fuera tuya, y eso, es lo que el conde necesita. No puedes darle la espalda ahora, hijo, no cuando te ha pedido ayuda.

Pasándose una mano por el pelo largo y enmarañado, Josh enumeró sus opciones. Podía seguir negándose por principios, por considerar inapropiado tomar la zanahoria que se le ofrecía después de haber sacado los pies del tiesto de la manera que lo había hecho, pero eso supondría que Andrew buscara a otra persona, probablemente de fuera de las tierras, que no conocía los métodos de trabajo, ni a los empleados. Todo se retrasaría y deberían empezar de cero.

Y eso siendo positivos. Porque si el capataz contratado resultaba un inútil, pendenciero, ladrón o farfullero, las cosas se pondrían todavía peor.

También podía aceptar el cargo, ponerse al mando y usar lo que sabía y todas aquellas ideas que escondía en su mente para hacer más provechosa la plantación, incrementar las ganancias y con ello, reparar los riegos, contratar más empleados y dedicar más terreno al cultivo. Se dejaría la piel para que la finca produjera al menos un veinte por ciento más de lo que hacía ahora. Podría conseguirlo. Sabía que podía.

Quizá partiéndose la espalda por el conde, repararía en parte su afrenta. Podría serle de ayuda, brindarle la mano ahora que le necesitaba.

–Supongo que podría organizar las cosas para encargarme –musitó, no demasiado convencido–, al menos, hasta que el conde encuentre un arreglo mejor.

–¿Mejor? ¡Tú eres la mejor opción, Josh!

Una sonrisilla se dibujó en su cara morena.

–Siendo mi abuela, ¿qué vas a decir sino?

–¡Ja! Como si no hubiera demostrado ser más objetiva que...

–¡Eh, mirad esto, es la señorita Claire!

De un salto que a punto estuvo de volcar el banco, Josh se puso en pie y arrebató a Gilly el papel que tenía en las manos. Allí, justo ante sus narices, en una imagen ligeramente mal enfocada en blanco y negro y en plena portada de una de esas estúpidas revistas de sociedad de Londres que se enviaban a la propiedad, estaba la culpable de todos sus desvelos e infelicidades, la mujer que le había condenado en vida a no poder encontrar alegría ni consuelo jamás. Mirándolo de frente.

Claire Ferris, la flamante y casadera hermana del conde de Holt, según rezaba el pie de la fotografía, había acudido a una fiesta de cumpleaños y se había dejado ver más que coqueta, bailando en brazos de ese petimetre estirado de Arnold Calvin. Maldito fuera, pensó Josh, arrugando el papel, colérico, y sin poder dejar de mirar la imagen. Ya sabía él que ese aspirante a vizconde no desaprovecharía la oportunidad que le había servido en bandeja, ¡sería idiota si lo hiciera, después del sacrificio que había supuesto para Josh humillar a Claire como lo había hecho para alejarla!

Pero no pensó que fuera a mover ficha tan pronto. No estaba preparado para que lo hiciera, y la realidad de que estaba ocurriendo, de que podría ser verdad, le golpeó las entrañas como un mazo.

–¿Ese no es el caballero que estuvo aquí el año pasado, la última vez que la condesa viuda abrió la casa? –preguntó Gilly, rascándose el mentón.

–Cuando conocimos a milady Victoria, sí –Josephine miró la foto por encima, sin dedicarle demasiado interés–, en mi opinión, la señorita podría optar a algo más que ese jovencito sin oficio ni beneficio.

–Bueno... pues parece que la está cortejando, aunque no sea lo bastante bueno para ella.

Con un crujido, Josh hizo añicos el ejemplar de la gaceta, dejándolo caer a sus pies inanimadamente y fantaseando con poder hacer lo mismo con la cara de Arnold Calvin, quien desde luego, no estaría a la altura de Claire jamás, por mucho título que estuviera cercano a heredar.

–Nadie es lo suficientemente bueno para ella –gruñó, con la mandíbula apretada.

Lleno de la ira más visceral de cuantas había conocido hasta entonces, Josh salió de la cocina por la puerta que daba al jardín. Si su abuela o Gilly le llamaron o hicieron preguntas, no los oyó. La sangre le corría a tal velocidad por las venas, con un calor tan incandescente, que era un verdadero milagro que el humo no le saliera de los oídos.

Pisó con rabia y recorrió el camino al establo en grandes zancadas, abriendo y cerrando los puños hasta crearse heridas en las palmas de las manos. En su mente, casi podía oír la música, sentir el calor de las lámparas sobre su cabeza y ver el girar de las parejas en aquel salón, con sus sonrisas taimadas y sus miradas llenas de sueños y esperanzas. Giraban y bailaban. Reían y hablaban. Y en medio de todo aquello, Arnold Calvin había tenido a Claire en sus brazos, había conversado y pasado tiempo con ella, ganando un terreno precioso que él le había cedido, aprovechando el camino que Josh, a fuerza de dolor y renuncia, había labrado para él.

Fuera de sí, entró al establo y subió a la parte alta, donde aún permanecían su jergón, la lámpara y demás enseres que usaba cuando aquel lugar se convertía en su improvisado dormitorio y refugio. Golpeándose con las sogas que colgaban de los clavos que él mismo había puesto, apartó de un manotazo una silla, que cayó al suelo emitiendo un sonido sordo. Alzó la vista, buscando entre los travesaños que separaban el techo de los laterales, y por fin, dio con el trozo de madera que buscaba.

Estaba ajado por el paso del tiempo y surcado de las marcas que él había ido grabando conforme pasaban los días desde la última vez que había visto a Clare, aquel día, cuando había escupido en su cara la mentira más amarga de cuantas había inventado en su vida, que no eran pocas.

Quiso ser justo. Quiso tener honor y hacer lo adecuado. Provocarle una decepción ahora sería preferible a las consecuencias que tendrían que enfrentar si ella albergaba ilusiones de que lo sucedido entre ellos en aquel mismo lugar fuera a repetirse. Había visto en sus ojos la destrucción y la pena que le había provocado. Estaba desilusionada, deshecha, tan rota como él.

Pero al parecer, todo tenía cura cuando uno se entregaba al calor de otros brazos.

Con los puños cerrados, Josh empezó a golpear el travesaño con todas sus fuerzas, le dio una y otra vez, más fuerte y con más insistencia a medida que el recuerdo de las lágrimas de Claire acudía a su mente. Ya no lloraba, se dijo, descargando en la madera todos sus celos, que le quemaban. Ahora podía imaginarla tal como había sido descrita en aquella publicación, sonriendo, bailando y gozando como si aquello estuviera bien, dejando que todos la vieran y comentaran sobre si sería aquel, por fin, el afortunado que se convertiría en su marido.

Tal vez fuera a serlo. Quizá Claire se dedicara a pasar sus tardes de verano en los salones de baile, dejándose guiar de unos brazos a otros hasta encontrar aquellos en los que encajara mejor, los más adecuados, para hacer de ese hombre el elegido.

Un hombre que no era él.

—Puedes intentarlo todo lo que quieras —gruñó Josh para sí mismo—, ninguno de esos imbéciles te tocará como yo, ninguno te besará como yo... esa será mi maldición, pero también, será la tuya.

Tomando impulso, levantó la pierna derecha y propinó una patada al travesaño de madera surcado de marcas, el cual cedió por completo y se precipitó del establo, cayendo varios metros hasta posarse, inerte y partido en dos, sobre el verde césped.

Había quedado roto y echo pedazos.

Exactamente como él.

Claire sentía que los nervios la consumían.

Notaba que el pecho iba a explotarle y que el aire que debía llenar sus pulmones se negaba a hacer su trabajo. Pese a no llevar corsé por tratarse de un viaje largo, la sensación de ahogo se iba haciendo más y más profunda a medida que se aproximaban a Canterbury, el agradable pueblecito de Kent donde se encontraba la casa solariega de los condes de Holt.

Tal como solía pasarle a Andrew, normalmente el traqueteo del carruaje, los rayos de sol calentando las ventanas y las vistas de la basta campiña relajaban y hacían sentir a Claire un agradable sopor durante el trayecto, pero igual que le pasara a él tiempo atrás, aquella vuelta a Kent en particular hacía que la tensión y la incertidumbre le imposibilitaran disfrutar del camino. A cada metro recorrido, la ansiedad y el temor por llegar, hacían más mella en su interior.

–Es curioso –comentó Joanna, que iba sujeta a la cincha de cuero que colgaba del lateral interior del carruaje para soportar mejor las irregularidades del camino–, no hace tanto que emprendí este mismo recorrido con tu hermano, justo antes de que su vida cambiara por completo.

Preguntándose si su madre podría leerle la mente, Claire posó en ella la mirada, envidiando aquel porte distinguido pero cercano que Joanna siempre había poseído. Vestía un elegante conjunto, sencillo y cómodo, consistente en una falda plisada en tonos verdes acompañada de una blusa abullonada de un blanco cegador. Sobre los hombros, como casi siempre que iba en carruaje, llevaba un chal bordado a mano con unos flecos que se movían graciosamente a causa del accidentado camino.

–Las circunstancias no son las mismas, madre –dijo Claire, a quien una sacudida hizo dar un bote nada femenino en su asiento–, Andrew iba dispuesto a casarse cuando emprendió el viaje. Sabía que su vida estaba a punto de dar un giro.

–Lo tenía previsto, es cierto –la condesa viuda sonrió, recordando por un momento la tez agobiada de su hijo cuando le hizo entrega del listado de invitados a la casa–, pero ni siquiera él podía haber previsto lo que iba a suceder.

–Desde luego, seguro que el resultado final fue mucho mejor de lo que esperaba.

–No te quepa duda, querida. Nada nos habría podido preparar para Victoria Linton.

Volviendo la mirada hacia la ventanilla, dejando que los rayos de sol de mediodía incidieran en su cabello castaño, Claire suspiró con desánimo. No era la primera vez que experimentaba envidia sana por su hermano, y no por el título y todo lo que aquello conllevaba (responsabilidades, obligaciones, una vida plagada de organización y trabajo), sino por la felicidad de que Andrew gozaba.

No podía alegrarse más por la llegada de Victoria a la familia, ella le había dado alegría y color a la vida de Andrew, le había convertido en un hombre completo, evitando que el título de conde eclipsara todo cuanto era. Desde que había nacido el pequeño Charles Anthony, su hermano era capaz de solucionar toda clase de adversidades desde un punto de vista aún más humano que antes, puesto que sabía que al terminar el día, tendría una familia esperándole, brindándole amor y compañía.

Andrew Ferris ya no estaría nunca solo, pues se había enamorado y llevado a término ese sentimiento.

Aquello era lo que ella envidiaba. Claire pensó en sí misma, en todas las comodidades y facilidades que había tenido en su vida. No era tonta, sabía lo que las muchachas pobres, sin familia ni recursos padecían. Sabía lo que algunas debían hacer para sobrevivir. Había dado limosna, entregado vestidos y comida a los necesitados y leído a los enfermos, pero todo eso quedaba fuera de las protectoras puertas de su casa cuando volvía a ella y se entregaba a los mimos y cuidados de sus criados y doncellas.

Ella no era una joven engreída y malcriada. Había sufrido pérdidas, como la de su padre, y también había hecho renunciaciones a causa de todas esas ventajas que tenía. La aristocracia daba mucho pero exigía a cambio pagos pesados que se debían cumplir, uno de los cuales, sería casarse con un hombre adecuado, y aunque rezaba para que la situación de su hermano hiciera ese trámite más llevadero, temía con todo su corazón cualquier decisión que pudieran tomar al respecto.

Simplemente, ningún pretendiente escogido sería el que ella quería. Ese, que estaba elevado a la categoría de imposible en su máximo exponente.

–Claire, hija –levantó la vista hacia los ojos azules de su madre–, los problemas surgidos con Betina Hildegard terminarán por solucionarse si le das el tiempo necesario para que sanen sus heridas. Intenta no preocuparte.

–Ni siquiera me dio tiempo a explicarme, madre. Se limitó a venir a casa, insultarme y...

–Lo sé, querida. Una mujer dolida es capaz de cualquier tontería imaginable. Todas nos hemos dejado llevar por los celos alguna vez.

–¿Incluso tú? –a Claire le costaba un mundo imaginarse a su madre perdiendo los papeles de ninguna forma. Incluso en situaciones desesperadas, Joanna Ferris era la perfección y calma hecha mujer–, ¿cuándo?

–Oh, hace muchos años –un gesto melancólico se instaló en su mirada–, hacía muy poco que estaba casada con tu padre. Casi el mismo tiempo que hace de la boda de Andrew y Victoria.

–¿Y qué pasó?

–Verás, –Joanna se impulsó de la cincha a la que estaba sujeta para separar la espalda del mullido asiento y acercarse a su hija para compartir la confidencia–, dimos un baile para celebrar el cierre de un negocio y acudieron muchas personas. Grandes aristócratas de todas las clases, incluso un cónsul. Todos asistieron con sus parejas, excepto uno de los invitados –sus labios se unieron en una fina línea–, una duquesa soltera que fue por su propio pie, llevando un vestido escandaloso, fumando y bebiendo en la mesa de los hombres.

–Debió ser todo un espectáculo.

–Tu padre estaba fascinado. O al menos, eso me pareció en ese momento.

Joanna le contó a Claire como aquella mujer había alabado la levita burdeos que el conde lució aquella noche, pasando las manos por las solapas y describiendo como el corte y el paño en que estaba hecha realizaba su musculatura fuerte y rígida.

–¡Madre!

–Bueno hija, tendrás que comprender que tu padre no fue siempre mayor, y desde luego, no pasó enfermo más que la última parte de su vida –Joanna suspiró ante el recuerdo–, era tan gallardo y atractivo... tu hermano se parece mucho a él.

–¿Qué pasó con la duquesa sinvergüenza?

–Nada en absoluto, a él no le interesaba de ella más que los sementales que criaba, pero eso no significó nada para mí. Aquella noche, me levanté de la cama, cogí unas tijeras e hice pedazos la levita de tu padre.

Completamente escandalizada, Claire rompió a reír, olvidando por un momento las preocupaciones que habían opacado todo sentido del humor de su rostro en los días pasados. Comprendió que era más parecida a su madre de lo que había creído en un principio, ya que aunque no asimilaba ni podía perdonar lo ocurrido con Betina, estaba segura de que ella habría actuado de forma mucho peor.

Si se hubiera tratado de Joshua... pero la punzada que sintió en el pecho le recordó que no tendría derecho alguno a hacer reclamos cuando aquello ocurriera. Josh no era nada suyo, se lo había dejado muy claro. Algún día, pronto, tendría una mujer que podría celarlo y comportarse como una loca ante el temor de perderlo, estaba convencida.

Solo que no sería ella.

–Tu padre solo dijo que nunca le había gustado aquel abrigo, bendito sea –Joanna volvió a acomodarse contra el asiento, mirando a Claire con la serenidad que dan los años vividos–, los celos y la ira son los peores consejeros del mundo, hija. Has hecho bien en poner distancia de ellos, deja que el tiempo cure lo que tenga que curar. Tu amiga terminará por entenderlo y todo se arreglará.

–Sí... eso espero. Gracias, madre.

Poco más podía decir Claire, que había tenido que cambiar sus iniciales planes de permanecer en Londres, recluida como un ratón asustadizo para evitar reencontrarse con Joshua, quien le había arrojado su afecto y deseo recién descubierto a la cara meses atrás.

De un día para otro, se había visto entre la espada y la pared, sin saber si permanecer en el hogar, arriesgándose a más muestras de interés por parte de Arnold Calvin que levantaran todavía más ampollas en su ya frágil relación con Betina, o evitar todo contacto con ambos partiendo al campo, donde debería cruzar cada corredor sintiendo el corazón en un puño por si se tropezaba de frente con Josh, ese cobarde mentiroso que le había gruñido que aceptaba sus besos solo por temor a perder su

trabajo.

Así pues, había optado por la humillación de tener que verlo ante la opción de incrementar los problemas con su amiga y ver crecer más y más las habladurías si el futuro vizconde comenzaba a hacer movimientos hacia ella.

—Estamos llegando, ¡por fin! —Joanna exhaló un suspiro extasiado, recomponiéndose y retirando del todo la cortina que cubría su ventana—, es estupendo estar en casa, ¿no te parece? Incluso aunque vengas de una que también te pertenezca.

Conforme veía acercarse las rejas, coronadas con la enorme H labrada que su padre había hecho colocar como emblema de la familia, Claire sintió que el estómago se le contraía. Cada vez estaba más cerca de llegar a su destino.

Solo esperaba haber tomado la decisión correcta.

\*\*\*

Ajenos a la visita que estaban a punto de recibir en la propiedad, Gilly y Joshua se encontraban más allá de la zona del invernadero acristalado, convenientemente ocultos tras unos grandes árboles salvajes que crecían en el terreno que delimitaba las tierras del conde con el bosquecillo que se abría al camino a Hampshire.

Allí, en medio de la espesura, se erigía la vivienda del capataz. Se trataba de una construcción sencilla de piedra revestida con estuco, a una sola altura y de planta rectangular. El techo, originalmente a dos aguas, había perdido prácticamente toda su forma, con lo que ahora aparecía redondeado, cubriendo toda la parte superior de la construcción, de la que sobresalían dos chimeneas de ladrillo visto, una al norte y la otra, en la parte sur.

Las ventanas, con sucios cristales cuadrados, y la puerta, que era de madera y estaba combada, parecían resistentes, aunque su estado era, como el del resto de la edificación, el reflejo del más puro abandono.

Prácticamente toda la superficie de la fachada estaba cubierta por maleza y enredaderas que habían crecido de forma salvaje, al techo, de color marrón, se habían ido adhiriendo hojas y ramas caídas, que ahora lo tapaban casi en su totalidad. El camino de acceso, al que habían tenido que abrirse paso machete en mano, tenía sueltas algunas de las losas que lo remarcaban, y el amurallado de piedra que bordeaba toda la extensión, estaba casi derrumbado.

Visto en perspectiva, Josh casi podía jurar que aquella casa había nacido de algún árbol y allí se había quedado, creciendo en la naturaleza y formando parte de ella, manteniéndose en pie por algún milagro.

Mientras intentaban desbrozar parte de las zonas de acceso, con la puerta y ventanas abiertas para que el interior se ventilara antes de empezar a sacar muebles para valorar su estado, los dos hombres hacían todo tipo de cábalas sobre cómo era posible que nunca hasta ese momento hubieran sabido que Greyson contaban con una propiedad ajena en la que podría vivir. Hasta donde ambos sabían, el antiguo capataz había pernoctado en la casa, en una de las habitaciones que se encontraban en el mismo pasillo que la que ellos ocupaban.

—Tiene sentido —jadeó Gilly, mientras vertía en el montón de desperdicios una maraña de hojarasca que acababa de retirar y pasaba al interior—, con el reuma, venir hasta aquí desde la zona de cultivos debía ser muy difícil para él.

Josh asintió con la cabeza, asumiendo que aquella podía ser una razón tan válida como cualquier otra. Él se inclinaba más por pensar que el viejo cascarrabias, en realidad, no había querido sentirse tan solo y alejado de su trabajo, que era lo que amaba y conocía, motivo por el que no había dado a aquella casita más uso.

Para él, que valoraba la soledad y la distancia para poder concentrarse mejor en sus cosas, aquel lugar apartado y de difícil acceso habría sido una bendición que habría disfrutado incluso más que su escondrijo en la parte alta de los establos.

Ahora todo parecía señalar que iba a poder hacerlo.

Una exclamación de asombro de Gilly le hizo soltar el machete con el que estaba cortando las ramas del árbol más cercano a una de las ventanas traseras (que habían creado un círculo perfecto en el cristal, llegando a atravesarlo) y acudir raudo al interior de la casa, donde el polvo reinaba en todas las superficies, ocupando la recia mesa de centro, las dos sillas, un gran arcón y todas las sábanas con las que diversos muebles estaban tapados.

—¿Alguna alimaña te ha mordido? —cuestionó, apartando telas de araña a su paso y tropezando con cestos y cacharros regados por el suelo—, ¿hay algún tejón muerto?

Olía a podredumbre y suciedad, de eso no le cabía duda, así que se esperaba cualquier cosa.

—Ojalá —exclamó Gilly, cuyo pelo rubio estaba cubierto de polvareda. Se encontraba en la pequeña cocina, justo frente a un hogar lleno de hollín. Sobre el viejo calentador de agua, reposaba una caja de madera abierta de par en par—, Dios bendito... ¿cómo diantres podía guardar algo así? ¿Qué clase de mente de viejo perturbado...?

Cubriendo los escasos metros cuadrados que separaban el improvisado recibidor de la cocina, Josh apartó a Gilly y echó una ojeada dentro de la caja, que había sido construida manualmente. Enarcó las cejas negras, sin entender en principio lo que veía.

—¿Qué demonios...?

—¡Es ceniza de pipa, Josh! ¡Ceniza de pipa! Maldito viejo loco...

—Quizá la usaba para abonar las plantas, va bastante bien.

—¿A ti te parece que Greyson se preocupaba mucho por lo que crecía alrededor de esta ratonera? ¿En serio?

—Tal vez fueran para las plantaciones del conde. A esas les ha dedicado su vida.

—O tal vez, esté para encerrarlo, ¿qué te parece eso, eh?

Blasfemando, Gilly se dedicó a abrir ventanas mientras rezongaba sobre cómo un hombre podía dejar que su propiedad llegara a aquel estado. Entretanto, Joshua recorrió el lugar, observando que las chimeneas daban, una a la cocina y otra, a la estancia principal, donde un viejo sillón y un par de sillas amplias cubiertas con sábanas presidían el espacio.

El aseo, pequeño pero interior, se encontraba junto al dormitorio, una sala grande a la que la luz incidió de lleno cuando retiró los tablones internos que tapiaban las ventanas. Había una cama grande, de hierro, y un par de cómodas en sorprendente buen estado a cada lado. Junto a la puerta, un escritorio sobre el que todavía se veía un candil.

Tenía entendido que la instalación de agua corriente había llegado a aquel lugar, pero no estaría seguro de que funcionara hasta que no se ocupara de la limpieza más apremiante. Probablemente habría goteras, tal como relataban las zonas del suelo de madera que estaban desgastadas o hinchadas por la humedad constante, lo que atraería el moho. Los cristales rotos hablaban de nidos de pájaros e insectos que se habría buscado un apacible rincón donde guarecerse, y retirar todo aquel polvo revelaría las reparaciones menores que habría que hacer.

En definitiva, un trabajo pesado y largo que daría como resultado o bien el abandono definitivo del lugar, como bien había hecho Greyson, o por el contrario, una más que acogedora morada escondida de los ruidos y la vida de la propiedad principal en mitad del jardín.

—No parece gran cosa —oyó decir a Gilly a su espalda. Parecía más relajado desde que le había vuelto a dar el aire—, pero creo que con trabajo duro, puede valer.

—Sí... yo también lo creo —Josh se llevó las manos a las caderas, vislumbrando lo que podría hacer con aquello—. Será cuestión de partirse el lomo, pero con tiempo y materiales...

—Quién iba a pensar que el puesto de capataz vendría con una casa propia dentro de las tierras del conde —comentó Gilly, echando otro tablón al montón que ya habían arrancado de las ventanas.

—Necesita muchos cuidados, antes de poder llamarlo casa.

—Empezando por tirar esa condenada caja de cenizas lo más lejos posible.

Con una risotada, Joshua se recogió el pelo azabache con un cordel, y reemprendió el desbrozado del jardín con el machete.

Su mente, atestada de ideas, no dejaba de sentir pesar ante lo que todos sus planes e ideas significaban. Al otro lado del sembrado, en la casa del conde, Greyson continuaba gravemente enfermo, pero aun respirando y con vida. Estar allí, en la que había sido su casa, pensando maneras de mejorarla y cambiarla por completo le

hacia sentir indigno de la confianza que el viejo capataz le había dado al enseñarle el oficio tantos años atrás.

¿Habría sabido él que estaba formando a quien le sustituiría llegado el momento? Probablemente no, pero siendo un hombre capaz de cargar sobre la espalda una gran cantidad de culpabilidad, Josh estaba dispuesto a añadir esa a la carga que ya tenía.

Le había faltado al conde, no se le olvidaba ni por un minuto, y él a cambio...

Andrew era un hombre práctico, y en situaciones como aquella estaba claro que el tiempo era un factor importante que no se debía perder a la ligera. Greyson seguía con vida, pero su situación era precaria y no volvería al trabajo. Que Joshua se ocupara de todo cuanto antes era vital para que la producción y el sembrado de los cultivos no se salieran de plazo. Había plantas y verduras que tenía su momento en el año para ser cultivadas, y si éste se pasaba, toda la recolección se resentiría.

El hecho de que le hubieran dado carta blanca para comenzar a hacerse con los aspectos básicos, como ver la casa y evaluar su estado para luego solicitar los materiales que fuera a necesitar, solo demostraba que el conde quería agilizar las cosas, y dejarlo todo atado y controlado lo antes posible. Andrew no era un hombre insensible al dolor ajeno, pero sí muy consciente de que cientos de familias dependían de que sus cultivos llegaran a buen fin.

Por mal que le pareciera a Josh ocupar aquella parcela cuando aún sentía que no le correspondía, entendía que era lo más inteligente por el bien del negocio del que vivían tantas personas.

—De todas maneras, no sé yo cuánto de premio hay en darte la ocasión de vivir aquí —oía decir a Gilly a lo lejos, entre resoplidos—, no me malinterpretes, estoy deseando que te mudes para dejar de oír tus rezongos todas las mañanas.

—El sentimiento es mutuo, amigo —sonrió el aludido, descubriendo una zona del amurallado surcada de grietas—, ya sabes que prefiero dormir con los caballos. Hablan menos que tú.

Gilly ni siquiera pareció oírlo, perdido como estaba en sus propios pensamientos.

—Aun así... viendo el estado de esta pocilga... vas a tener que arrimar mucho más que tus dos hombros para que sea habitable.

—Espero contar con los tuyos.

La sonrisa aniñada de Gilly contestó por él. El lacayo rubio, con la cara tiznada y la camisa remangada hasta los codos, clavó la horca que estaba usando en el montón de hojas secas y las unió al montón con un asentimiento firme de la cabeza.

—Puedes apostar tus calzones más limpios a que trabajaré tan duro como si la casa fuera para mí.

—Vaya, gracias Gilly, me alegra verte tan entregado al trabajo duro.

—Vas a ser el nuevo capataz, más me vale congraciarme contigo —respondió éste, sacándole a Josh una risilla—, además, hace tiempo que quiero pedirte un favor, así conseguiré que no puedas negarte.

—Ya me parecía a mí...

—No puedes acusarme de no ser un hombre avisado, amigo mío —declaró el lacayo, con orgullo—, eso fue precisamente lo que me hizo detectar tan pronto el robo que...

Josh miró al cielo con impaciencia mientras volvía a oír la historia, estirándose luego para usar el machete y cortar con él las ramas que se habían pegado a los cristales exteriores de las ventanas. Con el parloteo alegre de Gilly de fondo, continuó trabajando en silencio.



A Victoria Linton, actual condesa de Holt, no le agradaba el saloncito rosa de la planta principal de la casa de Kent que se había convertido en su hogar.

No es que la estancia fuera desagradable, muy por el contrario, con aquellos ventanales abiertos hacia los campos y los muebles mullidos y confortables, era uno de los lugares más frescos y plácidos de toda la casa, pero aun así, por algún motivo, no había logrado sentirse del todo cómoda en el escaso año que hacía que había adoptado el título tras casarse con Andrew.

Probablemente tenía que ver con los cojines. Estaba casi segura. Mirara allá donde mirase, veía cojines de diversos tamaños y formas, bordados por las anteriores mujeres que, como ella, se habían casado con los hombres Ferris destinados a ostentar el título de condes. Iban desde diseños frutales muy intrincados hasta elaboradísimos paisajes marinos o campestres, pasando por cestos de flores, rostros de querubines, mariposas, e incluso, una representación bastante exacta de la casa solariega, obra de la abuela de Andrew.

Dado que era bastante torpe con la aguja, Victoria todavía no había decidido cuál sería su aportación a aquella sala que rezumaba feminidad. Si acaso, pensaba cuando se permitía ser mordaz consigo misma, donaría toda aquella colección a cualquiera que quisiera quedársela.

Observando los gráciles movimientos de la doncella que había acudido a la sala con el carrito del té, el cual servía con pulcritud en las tazas de porcelana, Victoria tuvo que admitir que si aquel lugar era su alternativa al encierro al que su marido la tenía sometida en el piso de arriba, bien podía empezar a cogerle cariño.

Gracias a Dios, la oportuna aparición de su suegra y cuñada lo hacían mucho más llevadero.

—Querida niña, debo decir que tienes un semblante mucho más lozano del que esperaba por las cartas de mi hijo.

Victoria, que llevaba un vestido de color celeste con un fajín bajo el pecho, remarcando su incipiente vientre de cuatro meses, le sonrió a Joanna con todo el afecto que le profesaba. Aquella mujer había sido desde un comienzo, como una segunda madre para ella, incluso mucho antes de que su boda con Andrew fuera una posibilidad. El saber que estaba allí para socorrerla, era todo un consuelo para la joven condesa.

—Eso es porque me encuentro perfectamente.

—Ni siquiera estás un poco pálida, ni tienes ojeras —apostilló Claire, tomando su segunda galleta de canela y colocándola con tiento a un lado del platito que sostenía entre las manos—, la prima Marigold lució una tez verde hasta que nació su bebé, ¿lo recuerdas, madre?

—Espantoso —confirmó Joanna, con un asentimiento muy serio—, en comparación, tú ni siquiera pareces en estado.

Satisfecha, Victoria dio un sorbito al té, moviendo elocuentemente la cabeza hacia su derecha y dejando que algunos de los mechones de su cabello rojo resbalaran de la redecilla en que había intentado confinarlos, sin demasiado éxito. Arrugando la nariz con un mohín, se recolocó en la butaca que ocupaba, toqueteándose el vientre con un gesto distraído.

—Si la primera vez fue bastante llevable, no sé por qué ahora tendría que ser diferente —masculló, tomando otro terrón de azúcar y echándolo en la taza con tanta brusquedad que algunas gotitas oscuras salpicaron el plato—, después de todo, ¿Quién puede saber mejor que yo como me siento? Soy la que ya ha pasado por esto.

—Muy cierto, querida, muy cierto.

—Los hombres siempre creen que tienen todas las respuestas —dijo Claire, levantando los hombros muy digna—, sobre todo, los que ostentan títulos.

—Pues si ese es el caso, ¡yo también tengo uno de esos títulos! ¿Acaso mi palabra vale menos? ¡Soy yo la que gesta a los herederos!

—Y no deberías tener que sufrir todo este estrés tan negativo para ese precioso bebé que llevas. Estamos de acuerdo.

Con un sonoro carraspeo, Andrew pasó la hoja del periódico que había estado hojeado, sentado a conveniente distancia de las tres mujeres, quienes debían haber dejado enfriar el té con semejante cháchara.

No habían parado desde que su madre y hermana habían cruzado el umbral de la casa. Bien sabía él que acudían para hacer frente común con su cabezota esposa, pero nada de todo eso importaba, porque el bienestar de ella, por dura de mollera que fuera, y del bebé que esperaba, radicaba por completo sobre su persona.

Andrew se dejaría tirar por las escaleras antes que ponerlos en peligro. Incluso aunque no hubiera razones algunas por las cuales preocuparse, se encargaría de tener en cuenta toda protección posible.

—Sé lo que estáis haciendo —murmuró, echando un vistazo a las finanzas, sin siquiera levantar la cabeza—, y podéis dedicaros a ello todo el día, señoras mías. Tanto da.

—¡No puedes forzarme a pasar nueve meses en cama, Andrew, eso no es sano! En nada podría dañarme ir al invernadero, cuidar de mi jardín...

—Jamás soñaría con hacer algo así, querida —le dedicó un guiño que sacó aún más de quicio a Victoria—. Solo guardarás reposo durante cinco meses más, el tiempo de embarazo que te queda para que esa criatura abandone tu cuerpo sin el menor riesgo ni para él, o ella, ni para ti. Después, todo volverá a ser como antes.

—Si crees por un segundo que las cosas entre nosotros van a...

Andrew dejó el periódico sobre la mesita Hepplewhite que tenía al lado y sobre la que reposaba también su abandonada taza de té, se inclinó hacia adelante y clavó en su esposa sus ojos castaños. Antes de hablarle, suspiró profundamente, porque solo Dios sabía lo difícil que estaba siendo lidiar con aquella situación.

—Victoria, te amo —le dijo, sin rodeos—, es una verdad universal que no me molesto en disimular. A veces, ese sentimiento me colma de felicidad, pero otras es un verdadero reto. Solo te pido que seas paciente, que te relajes, y que dejes de llevarme la contraria. Por favor.

—Ya he estado embarazada, Andrew, he dado a luz un hijo sano y precioso y no veo por qué esta vez vaya a ser diferente.

—Has estado sangrando, ese es un hecho que ni siquiera tú puedes negar.

—¡El doctor Corentin dijo que era normal y que no tenía importancia!

—El doctor Corentin no es tu marido. Yo lo soy. Y el conde. Es mi última palabra.

—¡Como si es la primera de una enorme retahíla, Andrew! —airada, Victoria dejó la taza y cruzó los brazos infantilmente sobre el pecho, con la barbilla tan alzada que la punta de su nariz parecía mucho más puntiaguda de lo que era en realidad—, te comportas como un pomposo y egocéntrico tirano que...

—Te amo, Victoria.

Frustrada, ella dejó caer los brazos a los lados del cuerpo, mirando a su suegra como si esperara que ella se diera cuenta de cuán grave era la situación con aquel mero gesto.

—¿Ve lo que tengo que soportar?

—Parece aterrador —convino la condesa viuda, escondiendo una risita en su servilleta de hilo—. Un marido amoroso y entregado puede ser exasperante.

—Muchas gracias, madre —Andrew la miró con encono—. Tu presencia aquí está resultando una completa delicia.

—¡Mirad quien se ha despertado!

El suave trotar de Harvey precedió a la comitiva que puso fin a la discusión. Eleanor Linton, la madre de Victoria, iba pavoneándose dentro de su vestido salmón de diario mientras aupaba en sus regordetes brazos al pequeño Charles Anthony, de ojos castaños y cabello rojizo, que abrió su boca desdentada en una sonrisa tierna cuando su mirada se posó sobre la de su madre.

Se armó un revuelo considerable en la antaño tranquila salita de las condesas cuando Joanna y Claire se precipitaron para tomar en brazos al pequeño, que acababa de cumplir un año y empezaba a hacer gala de toda una serie de sonidos y movimientos que creaban expectación en todos sus familiares. Eleanor, que había viajado desde Surrey dos días antes para visitar a su hija, apenas podía separarse del pequeño, quien aseguraba, era el vivo retrato de su amado marido, Charles.

Lo cierto era que el niño, llamado a suceder a su padre como conde muchos años después, vivía ajeno a la emoción que creaba cada vez que era capaz de dirigir su puñito con certeza dentro de su boca llena de babas, cuando removía los pies tumbado boca arriba en su cuna o, sobre cualquier otra cosa, cuando fijaba la mirada en el rostro de su padre y ambos parecían compartir graves y serias conversaciones en el más absoluto silencio.

Intuyendo que el criterio tardaría en cesar, Harvey, el dalmata de Andrew, se echó plácidamente bajo la mesa Hepplewhite situada al lado de su amo, que le acarició las orejas para complacerle por aquella tarea de perpetuo cuidador del bebé que el perro parecía haber asumido desde que éste naciera.

Nadie ajeno a la casa se acercaba al heredero sin que Harvey se apostara frente al niño, gruñendo y mostrando los dientes como aviso.

—Todo se acaba pareciendo a su dueño —solía decir Victoria cuando paseaba con el niño por los pasillos, con Harvey deambulando a su alrededor.

Quando le tocó el turno de sostener a su sobrino, Claire se lo sentó en las rodillas, moviéndolas arriba y abajo para que el pequeño, al que le disgustaba pasar mucho rato quieto, se relajara y estuviera entretenido.

–Es una auténtica preciosidad –dijo Joanna, incapaz de dejar de mirarlo.

–Y crece como la mala hierba –atestiguó Eleanor, sacando de una de sus mangas su abanico y procediendo a darse aire con él–, come con mucho apetito y duerme muy bien.

–Eso es porque es un niño sano, tal como éste lo será.

Incapaz de volver a enfrascarse en la misma discusión una vez más con su esposa (sobre todo ahora que tenían una mujer más y un bebé en su frente y él solo contaba con la fidelidad fácilmente comprable de su perro), Andrew se puso en pie, se abrochó la chaqueta y le dedicó a Victoria una mirada tierna pero severa.

–En cuanto acabéis de despellejarme por la espalda, sube a descansar, amor.

–Eres un tirano, Andrew.

–Lo sé, vida mía –se inclinó hacia ella, que alzó la cara de forma mojigata, y depositó un beso en su frente–, pero por una sola vez, déjame ganar. Madre, odio alejarte de tu nieto pero ¿me acompañas a dar un paseo?

Consciente de que su hijo pretendía ponerla al día de aspectos relacionadas con la propiedad, Joanna se apresuró a levantarse y tomarle el brazo. Dejando atrás los animados balbuceos del bebé, que estaba encantado de ser el centro de todas las atenciones, abandonaron el saloncito y salieron por la puerta principal, recorriendo el amplio porche y mirando al horizonte, donde el sol empezaba a ponerse tras los grandes árboles que ocultaban el camino a Hampshire.

–Es extraño que Harvey no se haya dado prisa en pisarte los talones.

Andrew sonrió, rozando con sus dedos la mano de su madre, aquella que tantas caricias y lecciones vitales le había dado.

–Apenas se separa del niño. Ni de Victoria, ahora que está en estado. A veces creo que comprende mi necesidad de saberla segura y se encarga de ello por sí mismo.

Como sabía de la profunda conexión que su hijo tenía con aquel perro (la había visto, después de todo), Joanna no dijo nada. Sí estaba dispuesta a resolver otras cuestiones que la tenían preocupada, y así se lo hizo saber, llamándole la atención con un leve tirón de la manga de su chaqueta.

–¿Cuánta verdad hay en la gravedad del estado de Victoria, hijo? No me mientas.

–Corentin dice que es algo natural –respondió Andrew en un suspiro–, que el cuerpo femenino produce más sangre al estar gestando y por eso tiende a perder un poco... pero no soy un experto, madre, y aunque así fuera... ¿cómo estar seguro de que nada pasará? Ha habido mujeres completamente sanas que al alumbrar...

–Si vives con ese perpetuo temor, no tendrás más hijos.

–Ella desde luego no lo deseará de recordar estas semanas.

–Trata de tomarlo con serenidad –poco más podía aconsejarle, Joanna lo sabía–, cede un poco, para que ella también lo haga.

Poco dispuesto a ahondar más en aquel tema, Andrew le refirió a su madre sobre el estado de salud de Greyson, el hasta entonces capataz de la propiedad de Holt, cuya situación no hacía sino empeorar a cada hora que pasaba. Cabizbaja, pues eran muchos los años en que aquel hombre había estado al servicio de su esposo y de ella, Joanna se mostró conforme con los cuidados y atenciones que Andrew había tenido para el anciano, proporcionándole todo cuanto éste pudiera necesitar para estar lo menos incómodo posible.

–He pensado en poner a Joshua McKan en el puesto.

–Me parece lo más lógico –confirmó la condesa viuda, asintiendo con la cabeza–, de todos los empleados es en el que Greyson más confianza depositaba, tiene la tuya, que no es poco, y no me cabe la menor duda de que hará un buen trabajo. Es un muchacho capaz.

–Estoy de acuerdo con todo eso, madre. La valía de Joshua para todo lo que se propone es muy de admirar. Si no fuera por ese carácter suyo...

–¿Se ha tomado a mal el ascenso?

–Creo que habría deseado poder insultarme tal como lo hace mi esposa. De hecho, no estoy seguro de que no lo hiciera... de algún modo.

Joanna soltó una risita que acabó por contagiarse a Andrew. Como recordaba cuanto había rezongado Joshua el día que se le impuso la librea, podía hacerse una idea muy exacta de la incomodidad que debía haber supuesto para un muchacho tan sencillo como él, apegado a la naturaleza y que se relacionaba mejor con los animales que con las personas, aceptar un cargo de semejante importancia.

–Josephine se ocupará.

–Esa es mi esperanza –Andrew suspiró otra vez, acodándose en la barandilla y presionándose el puente de la nariz con los dedos, como siempre que sentía que la tensión lo desbordaba–, lo menos que necesito es no poder cerrar ese asunto, con todo lo demás que llevo a cuestas.

Todas las alarmas de Joanna se encendieron de súbito.

–¿Qué te preocupa?

–¿Recuerdas a su gracia, Waldon Ozma?

–¿El duque? –el bigote de aquel hombre era distintivo para Joanna–, he coincidido con él en algunos actos sociales, pocos, la verdad, no suele prodigarse por la ciudad.

–Estuvo presente el año pasado, cuando abriste la casa –su madre asintió, haciéndole ver que lo recordaba–, mantuvimos una interesante conversación sobre el adecuado aprovechamiento de mis tierras de cultivo.

–Algo sobre... sustituir la plantación vegetal por algo más... ¿económicamente satisfactorio?

–Caballos, en su opinión –asintió Andrew, con un suspiro–. Según él, toda la zona norte de los cultivos debería estar destinada a la cría de pura sangre de competición. Ha comprado la parcela vecina y ambiciona ese pedazo de tierra para entrenar a los animales y prepararlos. Según él, la tierra está en un lugar idóneo para tal empresa.

–Pero esa parte es casi el sesenta y cinco por ciento de la tierra destinada a la recolección, Andrew, tu padre así lo dispuso. Los trabajadores comen de ella, la trabajan con sus manos, ¿cómo...?

–Sé todo eso madre –y para tranquilizarla, puso la mano en su hombro, con una ligera presión–. Mi padre buscó el modo de que la casa se abasteciera y enriqueciera sin pasar por encima de las necesidades de sus jornaleros. Es algo que no deseo cambiar, que voy a mantener. Y así se lo hago saber en las cartas que envío como respuesta a las que él me hace llegar.

–E insiste, imagino.

–También yo en mi postura –aunque su voz era cansada, Andrew tenía una mirada transparente que hablaba de estar muy seguro de lo que hacía–. Estas son mis tierras, y esos cultivos son el sustento de mis empleados. Por muy lucrativa que sea la cría para competir... no cederé. El problema está en hacérselo entender.

–Encontrarás una solución, hijo –sentenció Joanna, mirándolo con orgullo y amor–, siempre lo haces.

Esperando de todo corazón que su madre, que no tenía por costumbre equivocarse, estuviera acertada también en aquella ocasión, Andrew la rodeó con un brazo, envolviéndola con el cariño del hijo que, aun siendo un hombre con poder y cabeza de su propia familia, sigue necesitando del consejo de aquellos que labraron el suelo por el que ahora pisaba, antes que él.

–Vayamos dentro, señora. Casi es hora de cenar y estoy seguro de que no querrá perderse más tiempo las andanzas de su nieto.

Joshua estaba hecho al trabajo duro. Recordaba vívidamente en cada uno de los músculos de su cuerpo aquellas horas inacabables que pasaba al mando de los establos que su padre se había empeñado en construir, ejerciendo de mozo de cuadras, de limpiador, de herrero... y de saco de paja cuando algunas de sus actividades despertaban al viejo, que tendía a dormir la mona apoyado en los tabloneros.

Había trabajado desde muy niño por lo poco o nada que podía conseguir, haciendo prácticamente de todo, y aquella formación había sido muy valiosa al empezar a ejercer un oficio en la propiedad del conde. No obstante, trabajar para un señor justo y sobrio, tenía sus ventajas, como horarios normales, camas blandas y comidas con que alimentar su espíritu.

El problema era que el alma de Josh, rara vez encontraba descanso.

Deambulando por los jardines aledaños a la casa, con la luna como único foco para guiarse, lamentó por primera vez que el veterinario hubiera decidido adelantar su visita. Windy estaba sana y más que lista para volver a preñarse, con lo cual, el semental de Andrew había tenido una tarde de los más placentera en el cercado, mientras otros tres mozos y el mismo Joshua sujetaban las cinchas para contener los bríos del tremendo semental, que parecía devorar a la yegua de tantas ganas como tenía de montarla.

Normalmente, esas jornadas le dejaban una sensación de satisfacción en el cuerpo por el trabajo bien realizado, pero en días como aquel, cuando había pasado desde el alba hasta la hora de comer trabajando en la propiedad del capataz, el sentimiento era más bien de desplome. Sentía que las piernas pronto dejarían de sostenerle y caería como un fardo, cuan largo era, sobre el mullido césped. Y más le valía que no le importara amanecer empapado con el rocío de la mañana, porque estaba seguro que de caer, no tendría espíritu para volver a levantarse.

Casi había llegado al lateral de la casa, y ya estaba pensando en arrastrar los pies con la poca energía que le quedaba para llegar a la habitación que compartía con Gilly, cuando un vistazo al porche le dejó paralizado.

La fuerza volvió a correrle por las venas, casi como si todas las horas de trabajo hubieran desaparecido. Y también hubo ira, llenándole por completo y ocupando cada fibra de su ser.

Pensó que se había vuelto loco. No podía haber otra explicación. Al final había ocurrido, era imposible vivir en aquel purgatorio y no perder la razón. Siempre supo que le pasaría, esperaba haber podido controlarlo durante algún tiempo más, pero estaba claro que el peso de sus pecados le había dado caza por fin.

Dispuesto a enfrentarse con aquel demonio, por más que fuera fruto solo de su imaginación, que temía y deseaba al mismo tiempo, Josh emprendió el camino y toda idea de descanso y quietud desapareció de su horizonte. Ahora, solo deseaba alcanzar a aquel espectro, y desembocar en él toda su rabia.

\*\*\*

Claire no podía dormir. Tampoco había podido cenar y fue un verdadero milagro que lograra bajar las escaleras y salir por la puerta sin tropezar y acabar la velada en manos del doctor Corentin, que ya tenía más que suficiente como para ocuparse de un tobillo torcido a causa de su torpeza.

Mientras sostenía sobre sus hombros el chal que le cubría el camión, de un blanco tan níveo que casi rivalizaba con la luna, Claire repasó los acontecimientos desde su llegada a Kent para descubrir el motivo que había incrementado aquel desasosiego.

El recibimiento de su hermano y cuñada no habría podido ser mejor. Después de que Andrew y su madre salieran de la salita, Victoria y ella habían tenido a Charles Anthony solo para ambas, y Claire no había dudado en acomodarse en la alfombra para jugar con él, riendo y observando con deleite los progresos que su sobrino hacía a medida que iba creciendo. Era un encanto, un niño risueño, regordete y simpático al que sus padres adoraban.

Una vez reunidos todos en el comedor, se sirvió la cena. Algunos de los platos que más había echado de menos de la cocina de Josephine le fueron expuestos y Claire había estado muy dispuesta a devorarlos, aunque luego pasara la noche incómoda por el dolor de estómago.

Habría sido un plan maravilloso. Una primera noche serena, como el descanso previo que tiene el condenado antes de que se leyera su sentencia. Habría podido atesorar aquellos momentos de calma antes de enfrentarse a lo inevitable, tener unas horas de gracia.

Pero por supuesto, aquello también se lo habían arrebatado.

Era lo que pasaba por ser una cobarde, decidió, el castigo divino siempre lograba encontrarte.

Intentando mantener protegidos sus brazos desnudos del airecillo de la noche, Claire desdobló la hoja de papel manoseada que tenía en la mano, revisando aquella letra pulcra que la informaba, en pocas líneas, de que el desastre del que había intentado escapar en Londres iba camino de seguirla. Inquieta, se preguntó si la doncella no podría haberle entregado aquella misiva en los postres, dejándola así disfrutar de al menos un poco de cena.

Nerviosa, se paseó por el porche, intentando que los sonidos nocturnos del campo la distrajeran. Sabía que arriba, en la planta destinada a los dormitorios, Victoria estaría arrullando a su bebé bajo la atenta mirada de Andrew, que la recorrería con los ojos cargados de amor y ternura. Entre tanto, en la sala contigua, Joanna y Eleanor estarían tomando su té de noche, conversando como viejas amigas y haciendo todo tipo de planes sobre el nieto que ya tenían y aquel que estaba por llegar.

Y ella... ¿qué iba a ser de ella? ¿Cuánto más podría ocultar sus emociones, su incapacidad para sonreír con alegría aunque la rodearan motivos para hacerlo? Victoria ya la miraba con suspicacia y Claire sabía que era cuestión de tiempo que debiera revelar sus tribulaciones. Quizá así, el peso de cargarlas sería menor. Poco más podía hacer.

Sobre todo, cuando uno de sus principales quebraderos de cabeza estaba cerca a irrumpir allí mismo, en la casa de Holt, solo Dios sabía con qué intenciones.

Betina se enteraría pronto, estaba segura. Y nunca la perdonaría después de aquello.

—¿Hay alguien ahí?

Sobresaltada, el chal resbaló por los hombros de Claire, cayendo hasta los codos y haciéndola sentir un escalofrío que tuvo más que ver con el susto que con su exposición a la noche. Entrecerrando los ojos, intentó ver más allá de las sombras de los setos que decoraban el porche, atisbar si alguna de las hamacas o mesitas que se usaba para tomar refrigerios estaba ocupada, o si (no lo quisiera Dios) aquel nuevo lacayo tan estricto que su hermano había contratado la había descubierto a horas indebidas fuera de la cama y venía a reclamárselo.

No se veía ni un alma. Pero había alguien allí con ella. Podía sentirlo.

—¿Quién está ahí? ¡Muéstrase! —gritó, aunque se sintió estúpida al hacerlo.

Unas pisadas duras, de botas, se revelaron subiendo la escalinata que unía el porche con el césped raso del jardín. En medio de las sombras que reflejaba la luna, unas piernas largas empezaron a ser visibles para Claire, que dio un instintivo paso atrás.

Poco a poco, ante ella se materializó la imagen de un hombre joven, ligeramente encorvado y que iba arrastrando los pies con cansancio. Estaba lleno de polvo y tenía el cabello sucio, con algunos mechones negros como el cielo que los cubría en ese momento, sueltos tras las orejas. El mentón, duro y ancho, estaba cubierto por una sombra de barba.

Lo más preocupante del conjunto, era la ira ciega que reflejaban aquellos ojos, que Claire habría podido reconocer incluso aunque no la estuvieran mirando a ella.

—Joshua... —jadeó, casi como si dijera una oración.

—¿Qué demonios haces aquí?

La voz ronca de él la sobresaltó. Inquieta, volvió a dar un paso hacia atrás, tropezado con la barandilla que delimitaba su espacio de huida. No le quedaba sitio adonde ir. Por un segundo, se preguntó si él estaría bebido y por eso parecía tan sumamente fuera de sus cabales, pero pronto comprendió que aquello era del todo imposible. Joshua llevaba ropa de trabajo, y nunca haría algo semejante dentro de las tierras de su hermano.

Al menos, eso quería creer, pero no podía jurarlo. Había quedado claro, meses atrás, que no le conocía tanto como ella creía, y el recuerdo de aquellas palabras, le sesgó el corazón, marchitando el júbilo que había sentido al verle.

–¿Has venido para atormentarme, verdad? –seguía gruñendo Josh, que se acercaba a ella como un depredador–, para robarme la poca cordura que me queda, ¡maldita sea!

Confundida, Claire parpadeó, olvidando el pudor y dejado que el chal cayera al suelo, donde se arremolinó. Cuando la mirada de Josh se paseó por ella, descubriendo que iba en camisón, se le cerraron los puños. Mirándolo desde su precaria posición de seguridad, Claire estuvo segura de que debía haber crecido desde la última vez que le había visto. Eso, o ella se había hecho aún más pequeña, lo cual, por orgullo, no podía permitir.

No iba a dejar que la menospreciara otra vez, porque no lograría recuperarse de nuevo.

–No sé qué habrás bebido, pero ésta es mi casa y el por qué esté aquí, no es de tu incumbencia.

–Mientes... ¡eres un espectro y estás mintiéndome! –alzando el puño al cielo, Josh fue incapaz de apartar la mirada del cuerpo que se dejaba entrever en medio de las sombras. Maldita fuera su mente enferma, se dijo, que no le privaba de ningún pecaminoso detalle.

–¿Quieres dejar de decir tonterías de una vez? ¡Vas a despertar a toda la casa! –y Claire dio un paso al frente, preguntándose si el enfado que sentía hacia él, estaría volviéndola loca–, no sé de qué estás hablando, pero si uno de los dos es un fantasma, sin duda se trata de ti. Tienes un aspecto horrible.

–No puedes estar aquí, ¿cómo ibas a estarlo? ¿Cómo ibas a volver después de todas aquellas horribles cosas que te dije? –Josh dio otro paso al frente, y luego, uno más. Exactamente igual que aquella noche oscura, en el establo–. Lo hice para que te fueras... ¡no puedes estar aquí! La única explicación, es que he perdido la razón por tu causa.

Empezando a comprender qué podía estar pasando, Claire experimentó un ligero sentimiento de lástima. Era tonta, lo sabía, ¿por qué sentir pena cuando él la había ofendido y expulsado de sus brazos sin el más mínimo remordimiento? ¿Cómo podía mirarlo si quiera, preocuparse de que estuviera bien cuando él... cuando había dicho...?

*Porque sabes que no era él mismo. Porque le conoces. Tú le conoces. Y lo sabes. Lo has sabido siempre.*

–Joshua... trata de calmarte y escucharme –él seguía apretando los puños, mirándola con encono, como a un insecto vil que se le hubiera posado en la bota–. Esta es mi casa, y sin importar lo que digas, o lo que intentes hacer... aunque me duela... seguiré volviendo. Siempre, volveré.

Antes de que pudiera darse cuenta, la distancia que los separaba se esfumó como por encanto, Josh estaba justo frente a ella, sosteniéndole con fuerza los brazos con aquellas manos encallecidas y recias del trabajo. La tomó tan fuerte, con tanto ahínco, que Claire tuvo que ponerse de puntillas. Sintió el olor a sudor y caballos que él desprendía, el calor de su aliento, que atravesó el camisón como si se tratara de la nada, aquel olor de él, solo de él, que hacía que se sintiera como una mujer sedienta de un licor que jamás había probado.

Eso era estar en sus brazos, le recordó su corazón, que galopaba su pecho como un potro, sin importar nada más.

–¿Ah sí? –le rugió Joshua, presionándole los brazos, manteniéndola en una precaria distancia entre la lejanía y el calor tentador de su pecho–, ¿siempre volverás? ¿Seguirás volviendo? ¿Es eso lo que dices, Claire? ¡Contéstame, maldita sea!

–¡Sí, sí! Volveré aquí, Josh. Una y otra vez. Aunque me echas. Aunque me odies. Volveré.

Los ojos negros como el carbón de él se cerraron. La cabeza le bajó varios centímetros y Claire deseó con todo lo que era poder acunarla, besarla, olvidar todo lo pasado, el inmenso mar de dudas, miedos y motivos por los que solo mantener aquella conversación les estaba condenando. Pronto su vida se derrumbaría a sus pies, ¿por qué no una noche de felicidad? ¿Por qué no, unos instantes apenas? Aunque no fuera cierto. Aunque él mintiera.

Olvidar el dolor era tan fácil cuando la tenía en brazos... tan fácil...

–Eres una estúpida –susurró Josh, negando con vehemencia–. Una estúpida... no sabes nada... todavía no has podido entenderlo.

–¿Qué tengo que entender? Dímelo, habla conmigo, deja que...

–¡No quiero hablar contigo, demonios! No quiero ni mirarte, ni saber que estás cerca de mí, ¿lo entiendes ahora? ¿¡Lo entiendes ahora!?

Con más fuerza de la necesaria, Josh la soltó, dejando a Claire desmadejada y con la sensación de estar a punto de precipitarse por una pendiente de la que nada podría salvarla. Él se paseaba delante de ella, tapándose la cara con las manos, guardándose su aroma en la memoria para todas aquellas noches de calvario que estaban por llegar.

–Así que es eso –por un milagro, a Claire no se le quebró la voz al hablar–, te reaffirmas en todo lo que me dijiste, en que todas tus atenciones y gestos de afecto nacieron del temor a perder todo lo que tienes –ahora fue ella la que cerró los puños. Se hizo daño en las palmas, pero no le importó. Nada importaba ya–. Mi sola presencia te repugna... qué descubrimiento.

Joshua levantó la vista, mirándola fijamente. Allí estaba, en mitad de la noche, fuera de la seguridad de la casa que con sus fuertes muros la podría esconder del mundo y todos sus peligros. Incluido él. Allí, cubierta con aquel ridículo camisón que se desgarraría como una tela de araña con el solo roce de un dedo experto, esperando que asintiera para sentenciar con ese gesto la brecha que él había intentado crear entre los dos.

Vaya que era estúpida, se dijo Josh, lamentándose. O él mejor mentiroso de lo que esperaba, si había logrado convencerla. Aunque habría sido fácil, aunque habría podido resolver muchos de sus problemas y lograr por fin apartar a Claire y poner distancia entre ambos, Joshua sabía, con todo su corazón, que nunca más podría volver a herirla de un modo semejante.

Simplemente no sería capaz.

Pero sí podría mancillarla sin arrepentimiento alguno y de mil maneras diferentes. Sabía el Diablo que había estado preparado para ello desde que llegó a él la adolescencia y con ella, la consciencia de sus deseos masculinos.

Tenía que evitarlo. Claire merecía algo más que a un bruto como él. Solo tocarla, era un ofensa a Dios mismo, por la que más pronto que tarde, tendría que pagar.

–No has debido volver –fue todo lo que pudo decir a su mirada anhelante–. Aquí no hay nada para ti.

Deseosa de poder abofetearle, infligirle de algún modo la mitad de dolor que ella sentía, Claire blandió el brazo, y con él, la olvidada carta que aún sostenía en su puño. Fue solo un instante, un segundo de mezquindad que luego lamentaría, pero se aferró a él con sus precarias fuerzas, porque todo haría frente a Joshua McKan, salvo mostrarse débil y derrotada.

No quería que la viera así. Jamás.

–Pues más vale que te acostumbres pronto a mi presencia, porque en un breve tiempo pasaré aquí largas jornadas... con mi futuro esposo.

Aquello debía sentirse cuando la muerte venía a buscarlo a uno, adivinó Josh, que trastabilló al dar un paso atrás. Claire se acercó, la carta todavía como un estandarte de venganza, de poder, bien visible entre sus dedos.

–Arnold Calvin acaba de anunciar su próxima visita a la casa de Holt. Seguro que le recuerdas. Alto, educado, un partido inmejorable.

–No para ti.

Ese imbécil... Josh se maldijo mil veces, recordando el recorte de periódico donde se decía que Claire bailaba con él, mostrándose animada y sonriente, abierta a proposiciones que aquel desgraciado nunca habría podido hacer si él no le hubiera puesto tan fácil el acercarse. Un ridículo y refinado futuro vizconde... Andrew nunca lo permitiría. Ese tipo no era nada para Claire.

–Por supuesto que para mí –le retó ella con la mirada, instándolo a decir lo que fuera que tenía dentro–, está siendo cortés y muy atento conmigo, ¿qué crees que pretende con eso, Joshua?

–Si alza una sola mano y o...

–¿Tú? ¿Tú qué? ¿Le dirás que le fuerzo a estar cerca de mí para que pueda obtener su título o algo semejante? Sobrestimas mi poder. No puedo manejar a los hombres a mi antojo, tal como pareces creer.

Temiendo seriamente que la rabia hiciera salir por su boca palabras que no le estaba permitido pronunciar, Josh decidió que debía alejarse. Tenía que terminar con aquella conversación o tomaría a Claire en brazos, la montaría en la grupa del primer caballo que encontrara y el mundo se iría al infierno.

Era lo que él había querido. Eso era lo que había pretendido con su artimaña. Ahí lo tenía, justo en las narices. Pero tendrían que sacarle las entrañas para que estuviera dispuesto a permitirlo de forma tan ligera.

Claire aguardaba, todavía con la dichosa carta entre los dedos. Cómo deseaba arrancársela y hacerla pedazos ante sus ojos, demostrando así lo poco que le importaban

Arnold Calvin y todas sus proposiciones ridículas. A pesar de ello, tragando sus sentimientos una vez más, Joshua se dio la vuelta, caminó por el porche y bajó dos escalones, diciéndose que el dormitorio de empleados le esperaba, y que era allí, y no en un lugar apartado y en mitad de la noche, con la señorita prácticamente desnuda, adonde él pertenecía.

Y eso no cambiaría nunca, pues no sería suyo el derecho y privilegio de verla en camisón.

—¿No vas a decir nada? ¿Vas a irte así, como un cobarde?

Frenó en medio de un paso, con cientos de palabras picándole en los labios, mas no se giró, y tampoco dijo ninguna de ellas. Solo había una cosa que no callaría, sin importar cuales fueran las consecuencias. Era una verdad que latía en medio de ellos dos, y antes de desaparecer en la noche, la dejaría reluciendo ante Claire como una antorcha que esperaba la hiciera arder hasta convertirse en cenizas.

—Cásese con quien guste, señorita Ferris —decretó en el tono más frío que fue capaz de componer—. Nunca será feliz.

Ella sabía bien lo que debía contestar.

—Ni tú tampoco.

La sentencia cayó sobre los dos, y sin mediar una sílaba más, Josh se alejó a paso vivo.

Si el enfado hubiera podido medirse como se medían las cuerdas para los caballos o los tablones para las cercas, el estado de Josh probablemente habría servido para levantar una construcción que rivalizara con la casa de Holt al completo.

Maldita Claire... ¿cómo demonios había podido volver? ¿Es que no había tenido suficiente? ¿En su cabeza de señorita no cabía la prudencia? Joshua había pasado meses torturándose por las ofensas que habían salido de su boca, creyendo que aquellas palabras, dichas con el cerebro y por un bien común pero sin sentir las en absoluto, habían sido el último clavo a todas sus esperanzas con ella. Era imposible, se decía, que Claire Ferris le perdonara algo así. Imposible.

Pero allí estaba, plantada en mitad de la noche como una diosa en camisón, luciendo como el fruto más brillante del árbol más lejano. Tentándole, como el castigo divino que se merecía.

Y pronta a comprometerse.

Con renovadas energías nacidas de la rabia, recorrió el pasillo de piedra que daba a los dormitorios de los empleados con tanta velocidad, que a punto estuvo de aplastar a una joven doncella, cargada con sábanas recién planchadas, que caminaba en dirección contraria. Sin pararse a disculparse, y dejando a la pobre muchacha pegada a la pared y luciendo en el rostro una expresión de susto y contrariedad, Joshua cuadró los hombros y entró en tromba en el dormitorio, lanzando la camisa que había ido desabotonándose por el camino sobre su cama deshecha.

Todo había esperado salvo encontrarse frente a frente con Claire aquella noche. No estaba preparado, jamás lo estaría. En su presencia no era más que un niño torpe de manos sudadas que no sabía hacia dónde mirar, qué hacer o lo que se debía decir. Ahora, a la agonía de deseársela en la distancia se unirían la vergüenza a las palabras pronunciadas y el profundo y arraigado temor de verla desposarse con otro hombre, convivir con él, ser suya, darle hijos...

Arnold Calvin. Si sus maldiciones surtieran efecto, debería haber caído muerto hacía horas.

Gilly, que estaba mucho mejor arreglado y bien peinado, cómodamente sentado en su lado del dormitorio hojeando un periódico, levantó la vista a tiempo de ver a su compañero hundir las manos en la jofaina recién llena de agua y echársela por la cara.

–Vaya cara te gastas, McKan –le dijo, moviendo con gracia la puntera de la bota, como si bailara sentado–, ya veo que la mala cara no es solo por las mañanas. Ni a la hora de comer. En realidad... ¿hay algún momento del día en que no...?

–¡La señorita Ferris está en la casa, Gilly, y seguramente, la condesa viuda también!–, explotó, como si culpar a otro fuera a aliviarle de algún modo–, ¿tienes algo que decir al respecto, zoquete?

–¡Eh, eh! Sin faltar, que uno compone letras y hace cuentas con relativa fluidez –arrugando la nariz pecosa, Gilly se rascó el mentón, tal como solía hacer cuando quería pensar las cosas en profundidad–, oí algo de una llegada cuando fui al cobertizo a por materiales... pero imaginé que serían visitas para la condesa.

–¿Imaginaste? ¿Y no se te ocurrió indagar para saber de qué se trataba?

–¿Y por qué diantres me culpas a mí? La señora, en su condición, recibe visitas. Las mujeres son así, ¿qué importancia tiene que hayan venido la señorita y su madre? Ésta es su casa.

–Pero no estábamos preparados. Nosotros no lo sabíamos –que Gilly no pudiera entender la gravedad del asunto le encolerizaba todavía más. Poca importancia tenía que su encono naciera de otros motivos, exigía un mínimo de comprensión–, ¿y si las hubiera recibido Devon?

–¿Ese alcornoque sin seso? Jamás le dejarían acercarse a un carruaje con invitados –pero la chispa de Gilly, se encendió–, ¿alguien les ha dado un trato indebido y el conde quiere nuestra cabeza?

–No –gruñó Josh, usando la camisa sucia para secarse las gotas que le habían escurrido por el pecho–. No hubo problema alguno.

–Entonces lo que te molesta es no haber sido tú quien estaba presto para verlas llegar –la risilla de Gilly inundó el dormitorio–, tranquilo, hombre, no necesitas ganarte más el favor del conde. Estás a punto de ser capataz.

–No estoy de humor para bromas, Gilly.

De un manotazo, Josh abrió el armario de dos puertas y sacó una camisa limpia, por la que metió ambos brazos del mismo modo que usaría para dar puñetazos contra las paredes, idea que por cierto, ya se le había cruzado por la cabeza.

–¡Eso es perfecto, amigo mío! –Gilly dejó el periódico a un lado y se puso en pie, aunque tuvo el tino de mantener ciertas distancias–, esta noche te necesito en tu estado más primario, así que no te contengas.

–¿De qué demonios...?

–¿Recuerdas todas esas horas que he echado trabajando en esa ruina a la que llamamos casa del capataz? ¿Recuerdas que dije que me dejaría la piel porque iba a necesitar un favor?

Con un resoplido, Josh se calzó unas botas que no tuvieran barro y metió los faldones de la camisa por dentro de los pantalones. Se planteó por un momento mandar a Gilly al diablo. No le costaría esfuerso enemistarse con alguien más teniendo en cuenta el día que llevaba. También podía reusarse de lo que fuera que necesitara pedirle, meterse en la cama y rogar porque el agotamiento le condujera a un sueño donde sus manos se cerraran con fuerza sobre el pescuezo debilucho de Arnold Calvin... y tal vez, alrededor de la cintura de Claire.

Ese último pensamiento hizo que se le tensaran ciertas partes del cuerpo que nada tenían que ver con el duro trabajo realizado durante la jornada. La verdad era que con la ira que le corría por las venas, no sería difícil que se le nublara la mente y con ello, cometiera una estupidez de tomo y lomo, como presentarse en mitad de la noche en el dormitorio de la señorita y dar forma a sus pensamientos más recurrentes.

Tal vez entretener su mente en cualquier descabellada idea que pudiera tener Gilly fuera justo lo que le convenía, después de todo.

–No eres un hombre que deje pasar las oportunidades, está claro –le gruñó, cruzándose de brazos–, ¿de qué se trata?

–Necesito que me acompañes a un sitio.

–¿Fuera de la propiedad? –Gilly asintió y a Josh le pareció extrañamente bueno poder poner distancia–. Espero no tener que arrepentirme.

–¡Te aseguro que no lo harás! –exclamó el lacayo rubio, apresurándose a salir del dormitorio por si Joshua pudiera cambiar de opinión.

\*\*\*

Conforme salían por la puerta de servicio y cruzaban el jardín, por detrás de la superficie acristalada del invernadero, Josh empezó a hacer teorías.

Era posible que Gilly le necesitara para reparar algún error cometido como descuido, por ejemplo, un eje de carro que se hubiera salido, astillando la rueda, alguna rotura de importancia en el establo, problemas con la alimentación de los caballos, e incluso, un repentino descontrol con alguno de los demás empleados que el joven lacayo no pudiera resolver por su cuenta.

Como debía estar agradecido de mantener las manos y la mente puestas en cualquier cosa que le alejara de Claire Ferris y su regreso, Josh se prometió a sí mismo que fuera lo que fuera aquello que Gilly había provocado, tendría paciencia y le ayudaría a resolverlo, incluso aunque le llevara gran parte de la noche.

Sus expectativas, sin embargo, se fueron esfumando a medida que llegaban a las grandes verjas de la casa Holt y las trasponían para salir al camino.

–¿Adónde has dicho que íbamos, Gilly? –increpó Josh, nervioso al ver a dos bayos atados junto al castaño que delimitaba la zona del camino que entraba a la casa.

–No lo he dicho –contestó el lacayo, tomando una de las riendas y pasándole las otras–, pero no queda lejos.

–¿Y estos caballos? ¿Cómo te has atrevido...?

–Es una cuestión de emergencia, Joshua. Y el conde siempre dice que en caso de necesidad podemos tomar los caballos, ¿no es así?

Tomando sus riendas, Josh se aupó de un salto a la grupa del caballo y lo puso al paso, mirando de cuando en cuando hacia los límites de la casa y viendo cómo se acrecentaban sus nervios a medida que se alejaban.

–Empiezo a estar arrepentido de esto.

–Ya casi estamos –se limitaba a decir Gilly, sin más explicación.

Después de lo que pudieron ser unos veinte minutos de paseo, quedó claro que la dirección escogida era el pueblo. Entonces, las cavilaciones de Joshua tomaron tintes bastante más serios. Quizá Gilly había contraído deudas de juego (aunque conociéndole, le parecía poco probable) o se había metido en problemas con alguno de los comerciantes con los que el conde hacía negocios. Solían enviarle mucho a hacer compras y recados, ya que a diferencia de Josh, vestía la librea color chocolate como si se tratara de un paño real y era afable y sociable con todo el mundo.

La perspectiva de pasar la noche reparando estropicios se convirtió en la idea de pasarla enfrascado en peleas físicas con quienquiera que hubiera creado problemas a Gilly.

Josh se puso rígido sobre la grupa del bayo, una cosa era mantenerse distraído y otra muy distinta, dar con sus huesos en una celda de castigo por escándalo público. Jamás pondría en entredicho el nombre del conde con un comportamiento semejante, y que Dios se apiadara de Gilly si lo había hecho porque entonces, tras de sacarle del entuerto, le molería a palos.

Y después, Josephine acabaría con los dos por semejante comportamiento.

–Sino me dices ahora mismo adónde vamos, daré la vuelta –decretó Josh, tirando de las riendas para hacer frenar al caballo–, va en serio.

–No hace falta que sigamos, ya hemos llegado.

El barro de la zona del suelo se había adherido a parte de las paredes y los profundos surcos dejados por las ruedas de los carruajes en sus idas y venidas provocaban que botas y bajos de faldas quedaran irremediabilmente marcados de la suciedad que se acumulaba. En un pueblo de campo como aquel, donde apenas había varios comercios respetables para hacer encargos, los locales más transitados eran la cantina, de la que salía una musiquilla estridente y que lucía atestada incluso desde la distancia a la que se encontraban.

La mano trémula de Gilly, cuya cara se había puesto ligeramente pálida, señaló hacia un destartado edificio de tablonos, vulgarmente pintado de color cereza que estaba iluminado con precariedad por algunas luces mal puestas.

A Joshua se le desencajó la mandíbula, y un sudor frío le bajo por la espalda cuando los recuerdos se arremolinaron en su mente, escapando del confinamiento al que años atrás, los había sometido.

Apenas tenía trece años, la vez que su padre le cogió del brazo y tiró de él hacia un lugar como aquel, poniéndole sobre la cabeza un sombrero de hombre que le iba demasiado grande, apestando a alcohol y vociferando a voz en grito que ya era tiempo de que dejara de comportarse como un niño. Su madre había empeorado aún más, y el alcohol y las malas compañías, eran la única forma en que su padre podía soportarlo.

Joshua nunca había tenido miedo a casi nada, o al menos, había sabido esconderlo y enfrentarse a lo que le tocaba sin dejar ver su debilidad, pero aquella noche, forcejeó con su padre y clavó los talones en la hierba seca para evitar obedecer. No sirvió de nada, pero peleó con fuerza, aunque supo desde el comienzo que, esta vez, no podría ganar.

Al viejo le causó carcajadas ver sus intentos. Disfrutó de su miedo. Lo paladeó como hacía con el licor en el que tanto le gustaba gastar lo poco que tenían.

–Basta de tonterías, muchacho –le decía, con la voz ajada por el whisky –, vas a convertirte en un hombre como Dios manda, ¡es tiempo de que conozcas el calor de una buena hembra! ¿Qué pasa? ¿Es que no quieres?

El sonido de la música le golpeó los oídos casi tan fuerte como el grueso brazo de su padre las costillas cuando intentó escapar. De un empujón, le hizo entrar al local, donde los olores a perfume barato y licores mezclados casi le provocaron arcadas. Entonces las vio por primera vez.

Aquellas mujeres, pobres desgraciadas que intentaban esconder con maquillaje y artificios lo ajadas que se encontraban. Picaduras de viruela, cicatrices, dientes podridos y cojeras le rodearon, y Josh quiso cubrirse la cara con las manos, hacerse más pequeño y desaparecer de sus vistas. Estaba seguro de que vomitaría si le tocaban, y entonces, su padre no le perdonaría jamás.

Había estado tensando mucho la cuerda, revelarse contra todo era su manera de asumir que el final de su madre estaba próximo. Aquel sería su castigo, imaginaba, aquella cruel obligación que podría suponerle una marca de la que nunca se recuperaría.

–Cumple como un hombre –le ordenó el viejo, mientras su brazo ya rodeaba a una rolliza mujer que lucía una enorme peluca–, no saldrás de aquí, hasta que lo hayas hecho. No te permitiré desafiarme, muchacho. ¿Me has entendido, Joshua? ¿Me has entendido? Vas a obedecerme. Me obedecerás.

\*\*\*

–¿Joshua?

La voz de Gilly le hizo volver a la realidad. Una capa de sudor había perlado su frente. Con esfuerzo, controlando la bilis que se le había subido a la garganta, Josh enterró aquellos recuerdos en el hondo pozo al que pertenecían.

–¿Me tomas el pelo? –inquirió, mirando alternativamente el lugar y a Gilly, sin dar crédito–, ¿este es todo el maldito misterio? ¿El burdel?

–No es lo que parece, amigo.

–Somos hombres adultos, Gilly. Si quieres dejarte el jornal con esas mujeres es problema tuyo, ¿para qué narices me has hecho venir a mí?

–Bueno... también eres un hombre adulto, no sales mucho y...

–¿Qué? –enredando la mano en las riendas, Josh estuvo a punto de tirar de ellas y salir a todo galope en sentido contrario–. Yo no vengo a estos lugares. Jamás. Deberías saberlo.

Era cierto. Las veces que había deseado abandonar la soledad, buscar compañía, había acudido al pueblo, a muchachas dispuestas a pasar su tiempo con él sin que hubiera transacción económica o mediadores entre ambos.

–Lo sé, ¡no estamos aquí para retozar, por el amor de Dios! ¿Por quién me has tomado?

–¡Estamos ante un maldito burdel, Gilly! ¿Qué esperas que piense?

–Puedo explicarlo –comunicó, bajándose del bayo y guiándolo hacia el lugar, del que provenían toda suerte de sonidos–, ¿vas a acompañarme o no?

–Infiernos...

Como la perspectiva de dejar entrar a Gilly solo le parecía mucho peor que enfrentarse él mismo con sus demonios del pasado, Josh terminó por atar las riendas de los caballos a un vallado cercano y seguirle los pasos en dirección al burdel que les aguardaba.

La tensión que había ido acumulando desde que descubriera cual era el origen de aquel paseo nocturno se alivió un poco cuando traspusieron las puertas. El lugar estaba más limpio y era relativamente más amplio que aquel que recordaba. Incluso parecía acogedor, si a uno le gustaban los muebles tapizados en colores chillones, el calor sofocante de las velas posadas aquí y allá y el olorillo del tabaco mezclado con el sudor y los licores.

Las chicas, que paseaban de un lado a otro, ocupadas o no en distraer a los clientes, tenían mejor aspecto que las malaventuras que Josh había conocido en su juventud. Algunas incluso eran bonitas, aunque todas, sin excepción, tenían en la mirada aquella luz fingida que indicaba a las claras que estar allí y ejercer su labor no era con lo que habían soñado cuando eran niñas.

Gilly se acercó a la barra, cubierta de vasos sucios, y se inclinó hacia adelante para hacerse oír por una señora de amplísimo escote surcado de lunares, que se apresuró a inclinarse y toquetearle las solapas de la chaqueta con coquetería. Joshua ya iba a interponerse entre aquella devoradora de hombres y su amigo, que parecía un ratoncillo asustado cuando una joven se le cruzó, haciéndole frenar en seco.

La muchacha, que tenía una profusa cabellera azabache completamente suelta, vestía un vestido descocado lleno de brillos en tonos blanco y azul. Los grandes ojos claros y la tez pálida indicaban que aquella melena debía haber sido tratada con algún producto que cambiara su color. Probablemente, para hacerla más exótica. Dibujando una sonrisa en sus labios carnosos, la joven posó las dos manos sobre el pecho de Joshua, emitiendo un silbido.

–Que me condenen si este no es un premio poco habitual –le ronroneó, pretendiendo acercarse para tener el cuerpo masculino más cerca–, ¿qué buscas, guapo? Lo seré para ti.

Josh intentaba levantar la cabeza para ver más allá de la muchacha morena, cuya altura era considerable para ser mujer. Más allá de las mesas donde los borrachos

empezaban a tener las manos largas, e incluso a través de las parejas que se apretujaban en las esquinas más oscuras del local, incapaces de esperar a tener una habitación libre en la que esconderse, vio a Gilly. Estaba subiendo una escalera a toda prisa.

–Joder.

–Me encanta darme revolcones con hombres que maldicen como marineros –susurró la chica, guiando con habilidad la mano derecha hacia los pantalones de Josh–, veamos qué tenemos aquí...

Él la apartó sin miramientos, provocándole una mirada iracunda. Obviamente, se tenía a sí misma por uno de los principales atractivos del lugar y no estaba hecha a los rechazos.

–Pertenezco a otra –dijo Josh en tono seco, evitando por todos los medios recordar aquellas caricias de años atrás–. Por completo.

–¿Ah sí? ¿Y qué haces aquí entonces?

–Eso me pregunto yo.

Sin pararse a dar más explicaciones, Joshua recorrió el establecimiento en pos de Gilly, a quien había perdido de vista. Con un terrible presentimiento corroyéndole por dentro, subió los escalones de dos en dos, haciendo oídos sordos a los blasfemos insultos de la mujer que había rechazado, y llegó a un pasillo de puertas arañadas. Todas estaban cerradas, salvo una, y desde lejos, pudo distinguir la cabellera rubia de Gilly, que estaba sentado en una silla, junto a una cama de sábanas arrugadas.

Cuando llegó al umbral, Josh se quedó paralizado ante la estampa que se encontró dentro del cuarto. Su amigo estaba humedeciendo un trapo en una palangana desportillada y pasándolo por la frente de una criatura rubia que no quizá no llegara a tener más ni diecinueve años, por lo que él podía ver. La chiquilla, se revolvía inquieta en la cama, tiritando y echa un ovillo. Era tan menuda, que los pies no le llegaban a los extremos, pese al pequeño tamaño que tenía el catre.

–Está muy enferma –susurró Gilly, sin girar la cara.

–Ya lo veo.

–Si sigue en estas condiciones, morirá.

No había que jurarlo, dado el estado del cuarto. Ropa sucia, restos de comida sin recoger, polvo, telarañas... al lado de aquel lugar, la ruinosa casita del capataz era todo un palacio.

Cuando Gilly giró el rostro, ceniciento y surcado de preocupación hacia él, Josh supo que su mal presentimiento había estado por completo justificado. Se fijó en que su amigo tenía una de las manos de la chica entre la suya y que ésta, con gran esfuerzo, intentaba mirarle a través del sopor que la fiebre le causaba.

Se preguntó, en un momento de ridícula curiosidad, cuándo y cómo la habría conocido, y qué habría pasado entre los dos para que su amigo sintiera aquella responsabilidad y mostrara semejante delicadeza en su forma de actuar y portarse con la muchacha.

–Debo sacarla de aquí, Josh –musitó Gilly, en un ruego–. Ayúdame.



Victoria disfrutaba paseando por los jardines de la casa de Kent. Siempre le había gustado el aire libre y el ambiente distendido y sin pretensiones del campo, ya desde que viviera en Surrey junto a su madre.

Por supuesto, nada podía compararse a las extensiones de verdor y maravillosa flora de la casa de Holt, con todos aquellos caminos, olores, colores y formas que conformaban un espacio natural en el que disfrutaba perdiéndose y pasando horas entre paseos, trabajos de jardinería, lectura y juegos privados con su marido.

Echando un momento la vista atrás, Victoria recordó con feliz nostalgia aquellos tiempos, no tan lejanos, donde tratara de huir de su inevitable destino, corriendo por entre los árboles y perdiendo hasta las suelas de sus botas de paseo en el camino. Andrew le había dado caza hábilmente, se dijo con cariño mientras acariciaba su vientre, y de qué manera.

Pese a sus bellos recuerdos, el momento en el que se encontraba en el presente distaba mucho de ser agradable. Ni siquiera el hecho de escapar del confinamiento de su dormitorio podía animarla, pues vestida de luto riguroso y del brazo de su cuñada, Victoria trasponía el camino que las conduciría al carruaje que esperaba para llevarlas, junto al resto de la familia y empleados de la casa, al cementerio del pueblo para dar a Greyson, el antiguo capataz de la propiedad, el último adiós.

El hombre, cuya enfermedad llevaba meses arrastrando, había fallecido la noche anterior, sumiendo a toda la casa en una tristeza insondable. Su presencia hosca y seria parecía hacerse notar en todos los silencios, que abundaban en aquellas horas por los pasillos del hogar.

—Aunque es una tragedia que haya sucedido tan pronto —comentó Victoria, que andaba a paso regular pero lento, mirando muy bien donde ponía los pies—, me alegro de que tu madre y tú estéis aquí.

Claire asintió con la cabeza. Para Joanna habría sido imperdonable no estar presente en el entierro de un empleado tan fiel y unido al condado como lo era Greyson. Ella misma había dispuesto todos los arreglos para el sepelio, y había partido con Andrew a primera hora de la mañana hacia el pueblo.

Con los cabellos recogidos en trenzas sobrias y sin joyas ni artificios, ambas mujeres iban recorriendo la parcela con pausa, sumidas ambas en sus pensamientos. Harvey, que había trotado con ellas parte del camino, había vuelto sobre sus pasos, dispuesto a permanecer en el hogar familiar, donde Josephine había aceptado quedarse para cuidar del pequeño Charles Anthony hasta que Eleanor, madre de Victoria, volviera para sustituirla.

—¿Te encuentras mal, Claire? Entiendo que tu afición por Greyson sea mayor que la mía, puesto que ha estado presente en esta casa durante toda tu vida, pero pareces tan desolada... ¿hay algo más?

Claire suspiró, ¡algo más! ¿Por dónde empezar? No habría en todo Hampshire terreno suficiente por el que andar para que pudiera contar a Victoria cuánto ahondaba en su interior. Deseaba decirselo, por supuesto, desahogarse con alguien que la ayudara a soportar todo aquel peso, pero dadas las circunstancias...

—Me parece una falta de respeto dejarme afligir por problemas banales, teniendo en cuenta que nos dirigimos a un sepelio.

—Es por eso mismo que debes pensar en otras cosas —Victoria intentó sonreírle—, seguimos vivas, y nuestros problemas no son menos por el hecho de que una muerte nos haya asolado. No podemos protegernos de las penas mundanas.

Claire miró a la lejanía, más allá del invernadero y las cuadras, preguntándose si Joshua haría acto de presencia en el cementerio o actuaría como venía siendo su costumbre, entre las sombras, oculto por la oscuridad y sin contar con nadie. Probablemente daría su despedida a Greyson solo, cuando no tuviera que enfrentarse a ella, dado que su presencia le parecía tan corrosiva y maligna.

Cuánto ardor habían demostrado sus ojos y sus manos aquella noche, en el porche de la casa, cuánta enajenación. Por un absurdo instante, Claire había pensado que iba a besarla con la furia de un animal al que has herido pero no has matado, arrasándola sin contemplaciones. Había estado segura por un segundo, pero luego... luego Josh la había desechado, prácticamente arrojándola al fango por haber osado regresar después de que él lapidara sus ilusiones con un puñado de palabras.

Y ella le había amenazado con estar presta a tomar un esposo. Lo cual, si dejaba seguir pasando el tiempo, se vería obligada a hacer.

—Estás asustándome, Claire —Victoria la apremió con un apretón de manos, mirándola ahora con el ceño fruncido—, sabes bien que estoy de tu parte y no osaría entrometerme, pero si no me dices nada y sospecho que ocurre algo grave tendré que recurrir a Andrew.

—Oh, Victoria...

—Es tu hermano. Un pomposo engraido y mandón también, pero tu hermano —y pese a sus palabras, sonrió—, te adora, y si sabe que sufres...

Diciéndose que más que para aliviarse era para evitar confrontar a Andrew, Claire decidió que compartiría con Victoria todo cuanto pudiera decirle. Después de todo, la joven pelirroja había confiado en ella en aquellos primeros días tras comprometerse con su hermano. Eran familia ahora, estaban unidas más que por lazos de sangre, pues había amistad sincera entre ambas.

Claire sabía que no contaba con demasiados oídos amigos que estuvieran dispuestos para ella en aquel momento, de modo que no podía permitirse desperdiciar los de Victoria.

—He... perdido a Betina Hildegard, mi amiga más íntima, a causa de un malentendido que se niega a ver —empezó, dejando escapar un hipido que no sabía que estaba conteniendo—, desde que he llegado he tratado de escribirle pero mis palabras parecen tan vacías...

Comenzó por el principio y relató a Victoria lo sucedido en la fiesta de cumpleaños, así como la publicación de la revista de sociedad y todo lo que vino después. Su cuñada la escuchó con paciencia, sin interrumpirla, y una vez Claire hubo terminado, la abrazó con cariño.

—Estoy convencida de que el tiempo y la distancia la harán recapacitar.

—Betina es terriblemente obstinada, Vicky, no tienes idea —se lamentó Claire—, ha vivido siempre entre las sombras, como perdida en medio de una serie de complejos que la hacen estar a la defensiva con todo el mundo.

—Incluida tú, por lo que parece.

—Nunca hasta ahora. Yo jamás me he creído superior a ella, todo lo contrario. Sabe desenvolverse mucho mejor que yo en público y ha viajado y vivido más en la ciudad.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿Es poco agraciada de algún modo? No todos los hombres son superficiales y buscan en una mujer belleza y riqueza —Victoria irguió los hombros, orgullosa—, bien sabes que puedo hablar por experiencia cuando digo que yo no reunía ni un solo requisito para ser una esposa deseable.

—¡Tonterías! Eres perfecta para mi hermano.

—Sí, bueno... Andrew tiene mucha suerte de que le haya escogido a él en lugar de a Bernard Chamber —Victoria le hizo un guiño que provocó una sonrisa en Claire—, admito que fue una decisión ardua.

—Betina siempre ha luchado contra sí misma. En su puesta de largo, que fue un evento fastuoso donde acudieron personalidades de todas las clases sociales, atosigó a los caballeros para que la sacaran a bailar, porque tenía miedo de que ninguno lo hiciera si esperaba que tomaran la iniciativa.

Victoria asintió, recordando con espanto su propia puesta. Había sido limitada y sin demasiada pompa, puesto que su familia no podía permitírselo. No había estrenado vestido y tampoco había imperado la moda en la celebración, de modo que apenas habían acudido jóvenes deseables. En aquel momento, se había forzado a fingir que nada de aquello le importaba, ahora, pasado el tiempo, teniendo a Andrew y sus hijos, se daba cuenta de que debía estar agradecida de aquel fracaso, puesto que podría haber acabado junto a la persona equivocada.

—¿Qué ocurrió finalmente?

—Tuvo que desistir, nadie la invitó a bailar y estuvo a punto de derrumbarse —Claire suspiró, recordando como ella había empezado a negar bailes por empatía a su amiga, sin que ésta lo supiera—. Andrew la llevó a la pista y bailó con ella con todo un despliegue de maneras. Después de eso... hubo una cola de caballeros más que dispuestos.

—Mi héroe —Victoria sonrió y sus mejillas se sonrojaron—, discutí con él hasta mi último aliento, Claire, pero jamás dudes que pienso que tu hermano es un hombre excepcional.

—¿Aunque se empeñe en no dejarte escapar de tu reposo?

—No me lo recuerdes.

La gran puerta de rejas con la H forjada empezaba a ser visible en el horizonte, junto con la mota oscura que poco a poco iría convirtiéndose en el coche que llevaría a

Claire y Victoria al pueblo. Consiente de que el principal motivo de sus desvelos no podría ser compartido, Claire se preguntó qué más podría decir para aplacar la mirada inquieta de su cuñada.

Por supuesto, Victoria tenía muy claro adónde quería llevar aquella conversación.

—¿Qué ocurre con el hombre del baile, Arnold Calvin? ¿Te ha hecho alguna proposición?

—Me ha escrito recientemente. Y estuvo visitándome en mi casa de Londres.

—¡Claire! —Victoria se paró tan de repente, que su cuñada estuvo a punto de perder un paso—, ¡te está cortejando!

—No, no es así —pero bufó de una forma muy poco adecuada para una dama, porque ella también empezaba a dudar—, al menos espero que no. Betina jamás podría perdonármelo. En cuanto se entere de que me ha escrito, no querrá volver a hablarme jamás.

—Claire, escúchame bien. Es loable y maravilloso que desees conservar una amistad que tienes desde joven. Eso lo has sacado de tu hermano, pero llega un momento en la vida de toda mujer, en la que no puede anteponer esa lealtad a sus sentimientos.

La joven Ferris enarcó una ceja, comprendiendo que Victoria había malinterpretado sus palabras. Claro que, ¿qué iba a pensar? Arnold Calvin era todo lo que una señorita de su clase podría esperar, culto, bien vivido, aristocrático, con un agudo sentido del humor, buenas maneras... incluso estaba cercano a heredar un buen título y una renta nada desdeñable. ¿Qué más podría querer? Se llevaban bien y él parecía interesado, podría resultar fácil y cómodo dejarse llevar por la situación y, simplemente, optar porque otros tomaran las decisiones.

Su vida sería plácida, pasada entre viajes a la ciudad y estadias en el campo junto a su familia. Estaba segura de que Arnold no se lo impediría, si acaso tuviera intenciones serias con ella, entonces, ¿por qué la mortificaba tanto pensarlo?

La respuesta era sencilla, porque de entre todos sus atributos, Arnold no poseía el que más contaba para Claire, la capacidad de hacer que su piel ardiera en llamas con una sola caricia. No podía lograr que su vientre se contrajera ante la idea de verlo, que los nervios pleraran de sudor su frente o su mera presencia hiciera que deseos prohibidos brotaran de su mente.

El futuro vizconde Calvin no era Joshua McKan, ese hombre hosco, malhumorado y en constante rabia contra el mundo, el culpable de los mayores desvelos y todas las lágrimas que Claire había derramado desde que dejara de ser una niña. Arnold no olía como Josh, el tacto de sus manos, suaves y aterciopeladas, no provocaba nada en ella, su tono de voz, no la seducía. Y, que Dios la perdonase, sabía que los besos de Calvin no lograrían jamás perturbar su alma de forma tan íntima como Josh lo hacía.

No era para ella, incluso aunque todo indicara lo contrario. Claire era una mujer, y solo un hombre había sido capaz de hacerla sentir así. Ningún otro lo lograría.

—Victoria, yo no busco sus atenciones. No las deseo —expresó por fin, apartando tan ardientes pensamientos de su mente—, el señor Calvin es un apreciado amigo que se ha portado conmigo de una forma inmejorable. Pero dudo que eso fundamente cualquier relación.

—Muchos dirían que hay uniones cimentadas en menos.

—No la que yo quiero.

Victoria la miró, suspicaz. Su cuñada no era una niña, por más que Andrew se negara a tocar aquellos temas por temor a ver a su hermana como la mujer en que se había convertido. Como era reservada y no siempre pasaba tiempo en el campo con ellos, Victoria no podía dilucidar si la joven estaba ilusionada por otro muchacho que ahora ocupase su corazón, sin dejar espacio para nadie más, o si por el contrario, únicamente veía el amor con aquel brillo poético y poco real que solía tener para los inexpertos.

—A veces el amor ideal de los libros no existe, Claire. En muchas ocasiones, el compañerismo y el buen trato son razones perfectamente sensatas para aceptar un cortejo —a medida que pronunciaba las palabras, el semblante de Victoria se agriaba—, aunque si quieres mi opinión...

—Por favor, te lo ruego. Estoy a punto de echarme a llorar.

Compartieron una risita cómplice, haciendo un leve alto en el camino. Frente a frente, Victoria y Claire se miraron, la primera con la mirada brillante y la segunda, expectante de oír de boca de una mujer experta si aquello que ella anhelaba, eso que tan brevemente había experimentado, podía realmente existir.

—Cuando miro a tu hermano cada mañana todo en mi interior parece cobrar vida, me hace estar atenta a cada palabra que dice, alerta para responderle, para presentarle batalla cuando pretende retarme, en cualquier aspecto —Victoria sonrió, echándose la trenza hacia atrás con un ademán—, cuando sonrío y está alegre, todo en mi mundo parece ir bien. Sé que es feliz por mí, y créeme, Claire, ningún sentimiento es igual.

—Ese es el amor que quiero, Vicky.

—Querida, ese es el amor que mereces —tomó su mano, con cariño—, uno que haga que cada beso te provoque ganas de reír y llorar al mismo tiempo. No puedo aconsejarte qué hacer, pero puedo hablarte de mi experiencia, Andrew no estaba hecho para mí en el sentido práctico, pero en lo que realmente tenía sentido, en el corazón... éramos uno. Nada más importa.

Claire no dijo nada, mas no fue necesario. Arnold Calvin no podría convertirse en su motivo de ser feliz. Comprendió, por las palabras de Victoria, que por más que fuera fácil o cómodo, jamás sentiría esa sensación de hogar si se casaba con él.

La única cuestión que quedaba en el aire era, ¿estaría dispuesta a luchar por su imposible amor verdadero, sabiendo de antemano, que era una batalla destinada a perder? Tal vez aceptar la compañía agradable de un hombre apropiado fuera menos doloroso que toda una vida de soledad, pensando en otro cuyo destino no le pertenecía.

—El señor Calvin le ha escrito a mi madre para informarnos de que desea hacernos una visita —le comunicó a Victoria cuando retomaron el paso—, espera una respuesta si Andrew está de acuerdo.

—Y tú temes que le pida formalmente iniciar un cortejo.

—Así es.

Sentimientos aparte, Arnold era un pretendiente bastante aceptable, de modo que Andrew no tendría por qué negarle la oportunidad de acercarse a Claire, si no conocía los motivos por los cuales ella no deseaba semejantes atenciones.

Llegaron justo frente a la gran reja de la casa, donde un lacayo ataviado con la librea color chocolate aguardaba, muy erguido, por ellas. Antes de trasponer la salida y dirigirse al pueblo, Victoria tomó a Claire del brazo y la llevó a un aparte, asegurándose de que nadie pudiera escuchar sus confidencias.

—Me aseguras tácticamente que tu negativa no tiene nada que ver con herir los sentimientos de tu amiga, sino que nace totalmente de ti.

—No deseo dañar más a Betina, es cierto, pero te aseguro, Victoria —y la miró directamente a los ojos para corroborarlo—, que no hay interés alguno por mi parte en que el señor Calvin se haga ilusiones. No deseo que se me imponga por ser conveniente.

—Eso no pasará —muy segura, Victoria le dio unos golpecitos en la palma de la mano—. No debes preocuparte. Yo hablaré con Andrew, y sabré exactamente qué decirle.

Aliviada, Claire le dedicó una sonrisa comedida a Victoria, poniendo en ella todas sus esperanzas de verse liberada de aquel posible compromiso que parecía flotar en el aire, dificultando todas las relaciones que verdaderamente le importaban. Con Betina, con Josh...

*Cátese con quien guste, señorita Ferris. Nunca será feliz.*

La conocía mejor que nadie, pensó Claire, dejando que el lacayo la ayudase a subir al carruaje tras Victoria, pues sus palabras escondían una gran y poderosa verdad, no importaba que esposo escogiera, si no se casaba con Joshua McKan, no sería en la vida nada más que una mujer muy desgraciada.

Para cuando cruzó la arboleda que cubría de la vista la casa del capataz, Josh tenía ya la camisa a medio desabrochar, los tirantes bajados y el ceño más fruncido de lo que acostumbraba. Sin dirigir una sola palabra o gesto que indicara que había visto a Gilly, que llevaba allí trabajando algunas horas, saltó el ruinoso muro, dejó la camisa colgada de una rama baja y procedió a desclavar trozos de madera podrida de los alféizares de las ventanas.

Gilly, que había aguardado tenso a que su amigo apareciera, le vio ir y venir durante unos momentos, apilando madera inservible por un lado y separando la que podría reutilizar por otro. Aquella mañana, Joshua no se había afeitado, y una sombra negra le cubría las mejillas y el mentón. Tampoco parecía haberse recogido el pelo con demasiado cuidado, pues varios mechones se le escapaban a cada cambio caprichoso que daba la brisa.

–Debes de haberte cruzado con el carruaje de la señora Victoria –tanteó Gilly, que continuaba su lucha contra la cantidad ingente de malas hierbas que rodeaban el lugar–, ha salido hace unos minutos hacia el cementerio del pueblo, con la señorita Claire.

Si Josh oyó su voz o no, solo él lo sabía, pues no hubo respuesta. Con la mandíbula aún más apretada, McKan tomó un martillo y utilizó uno de los salientes para empezar a sacar los tablones que se resistían a abandonar la fachada de la casa. El sudor empezó a escurrirle por el torso y la espalda, haciendo brillar su musculatura, obtenida a base de mucho trabajo y poco descanso.

–Hay un ambiente muy sobrio en la casa. No quiero ni contarte en la cocina, cuando nos hemos reunido los empleados para comer –Gilly negó con la cabeza–, desolador... no es que no lo esperáramos, pero uno nunca termina de asimilar...

El golpe seco que hizo el alfeizar enmohecido de una de las ventanas provocó un respingo en Gilly. Josh usó su peso y la fuerza de su pierna para romper la superficie cuadrada y lanzarla contra el resto, empezando a plantearse si debía vender aquella madera o quemarla antes de que se siguiera amontonando y provocara plagas y aún más suciedad de la que ya tenía para ocuparse. En momentos como ese, rendido, de mal humor y sudoroso, casi lamentaba la confianza que le había mostrado Andrew, dejando todo el tema de las reformas a su juicio y conveniencia.

Molesto por la actitud de su amigo, Gilly lanzó el rastrillo y se cruzó de brazos, mirándole con un encono que Josh habría observado de haberse dignado a levantar la cabeza.

–¿Es que no piensas volver a dirigirme la palabra?

Hastiado de tanta cháchara unilateral, Joshua por fin se irguió, resoplando. No miró a Gilly, pero la voz le llegó clara cuando respondió.

–Ahora mismo, no quiero ni mirarte a la cara.

De hecho, había tenido que contenerse mucho la noche anterior para no romperle a Gilly aquellas facciones de niño bueno que se gastaba. El camino de vuelta del maldito burdel se le había antojado el peor recorrido que había hecho en su vida, y eso, que se había largado tan pronto su compañero de cuarto le había puesto al día de la situación y el absurdo plan en que quería meterle.

De haberlo sabido antes...

–Todavía no puedo entender en qué demonios estabas pensando.

–¿Yo? ¿Y qué me dices de ti? Te diste la vuelta, Josh, sin que te importara nada –recriminó el lacayo, sinceramente dolido–, ¿es que no tienes alma, ni corazón? Dudo que sea así como te ha criado tu abuela.

El sonido seco que hizo el martillo al caer al suelo puso en claro que aquellas palabras se habían salido de todo límite. Con el sudor escurriendo por sus sienes, Josh giró medio cuerpo y encaró a Gilly, apuntándole con un dedo acusador que bien podría haber sido considerado un arma blanca.

–Ni se te ocurra meterla en esto, maldita sea. ¡Ni a mí debías haberme metido!

–Está enferma, Josh.

–¡Es una prostituta, Gilly! ¿Entiendes lo que significa esa palabra, por Dios bendito? ¿Necesitas que te explique lo que hace?

Las orejas del muchacho se enrojecieron y esta vez, fue él quien bajó la vista. De nada había servido que explicara a Josh como había conocido a aquella pobre desventurada, el momento en que sus miradas habían conectado y él había sentido una clase de unión, de conexión, que jamás había tenido con ninguna mujer antes. Gilly no era idiota, sabía a lo que se enfrentaba, pero también sabía quién era ella y cómo era. Había decidido no juzgarla a la ligera, y no se había equivocado.

–No hay nada de eso entre nosotros, Josh. Nuestra relación no es así.

–Caramba, ¡no me digas! ¿No hay dinero de por medio?

–¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas? Yo no me aprovecharía de una mujer de ese modo. Admito que fui a ese lugar... bueno... ¡tuve un momento de debilidad de carácter! Pero al verla, tan joven y frágil... simplemente no pude. Me di cuenta enseguida de que estaba enferma y yo...

–Gilly... escúchame bien. Es un negocio, ¿de acuerdo? La dueña de ese lugar sabe qué tipo de chicas buscar para atraer a sus clientes, y tu damisela en apuros no es más que eso, parte del negocio –Josh intentó que sus palabras no fueran crueles, pero no conocía otro modo de expresarlas–, me alegro si no te has acostado con ella, tanto por tu dinero como por tu salud, pero debes dejar de visitarla. Olvídala.

–¿De verdad es eso lo que piensas? ¿De verdad la crees capaz de fingir su propio mal para atraerme?

–¡No puedo creer nada, no la conozco! Y tú tampoco, maldita sea.

–¡Yo la conozco! Sé su nombre, el cual ni siquiera me has preguntado, sé por qué tiene que estar ahí, aunque ese no es su deseo. Y sé –Gilly se acercó unos pasos, encarándose como pocas veces había hecho en su vida–, que no lleva el tiempo suficiente ni hecho los *méritos* adecuados para que su enfermedad esté relacionada con la naturaleza de ese trabajo.

Intentando contener su brío, Josh se pasó las manos por la cara, tratando por todos los medios de ponerse en la piel del estúpido de su amigo por unos segundos, aunque sin éxito. Él tenía por aquellas mujeres la clase de prejuicios y miedos que un niño poco preparado asume cuando se enfrenta a lo que él había tenido que pasar. Entrar al burdel le había revuelto las entrañas de la peor manera, y ver el estado de aquella muchacha le había traído a la mente las picaduras de viruela, los dientes podridos y el hedor a carne enferma disfrazada de lentejuelas.

Pensar que Gilly había pasado horas de su tiempo allí, metido en una mentira o quizá haciendo algo que él consideraba misericordioso, escapaba a su control.

Joshua era un hombre acostumbrado a obedecer órdenes que le parecían dadas con acierto. Ayudaba cuando la causa tenía sentido para él y renunciaba a aquello que escapaba a su control. Al menos, en casi todos los casos.

–No soy un maldonado ajeno al mal del mundo, Gilly –le dijo por fin–, pero no puedes salvar a esa chica, porque no hay nada que puedas hacer por ella.

–La dueña del burdel está dispuesta a dejarla ir si se le paga la cantidad que ha perdido el tiempo que lleva enferma –esta vez, el tono rojizo llegó a sus mejillas–, es como dos mesadas de lacayo completas.

–¿Intentas decirme que estás dispuesto a comprar a una mujer?

–¡Cómo se te ocurre...!

–Es una prostituta –repitió Josh, pensando que quizá así, la idea calaría hondo en Gilly–, de no estar postrada en cama ganándose tu compasión ejercería su profesión a cambio de dinero.

–Pero no lo ha hecho. Llegó enferma, ni siquiera ha podido...

–Eso es lo que ella te ha dicho.

–Bien, pues yo la creo, Josh. Es una cuestión de fe y la mía es tan grande que soy capaz de creer en un Dios que no veo y que nos provee de toda esta grandeza que tenemos alrededor –Gilly caminó otro paso, mirándole con ojos implorantes–, no pretendo que te conviertas en alguien cercano para ella, ni que hagas turnos junto a su cama mientras recobra la salud, solo te pido que me ayudes a mí, como amigo. Ya veré yo como pagártelo.

El amor era algo profundo, pensó Josh para sí mismo, con la mirada clavada en el gesto de ruego de Gilly. Algo oscuro, dañino y capaz de destruir a un hombre. Quizá su amigo tenía razón y aquella pobre desgraciada había tenido la fortuna de enfermar antes de que los hombres de toda la región pusieran sus manos sobre ella, pero aquello no suponía ninguna diferencia para las gentes de un pueblo acostumbrado a juzgar a los demás según el lado de la sociedad donde se encontraran. Ella bien podría haber pasado bajo el techo del burdel una sola noche, que sería considerada una fulana el resto de su vida.

Igual que él, le dijo una voz en su interior. Por bien planchada que llevara la librea u horas que pasara trabajando para el conde, era quien era, y las cosas que había hecho en el pasado, sin importar que los demás no lo supieran, le marcaban igual que a aquella mujer.

No habría protección para ninguno, ni escondite. Quizá ella muriera en cuestión de días, o quizá tuviera una recuperación que le permitiera ser señalada a su paso durante años. En cualquier caso, Gilly parecía más que dispuesto a tenderle la mano, tal vez por amor, bien sabía Josh que era un sentimiento por el que él mismo habría entregado la vida con gusto, o quizá por esa ingenuidad y creencia en el bien que todavía conservaba.

Josh era más cínico, tendía a pensar lo peor y esperar lo peor de todas las situaciones, porque así era como había crecido, esperando el siguiente golpe, la próxima traición, la nueva prueba imposible de superar.

—Por lo poco que vi... esos sudores y palidez...

—Podrían ser fiebres —Gilly pateó una piedra, intentando mostrar una firmeza que no sentía.

—O algo mucho peor —dijo Josh.

—Con medicinas adecuadas creo que podrá controlarse.

—No sabes lo que tiene y tu plan es traerla aquí y cuidarla.

—Mi plan es sacarla de ese lugar, del resto... ya me ocuparé.

—Es la casa del conde, Gilly, no puedes meter aquí a una...

—Tú vas a mudarte pronto, el dormitorio que compartimos quedará libre. Ocuparé el establo y se lo dejaré a ella, nadie entra nunca, ni tiene por qué, así se evitará el riesgo de contagio.

Aquel punto era muy discutible, y Josh no quería ni pensar en un brote de fiebres, malaria o cualquier otra cosa. Pensar en aquella plaga dentro de la casa por culpa de una mujerzuela que no tenía nada que ver con ninguno de ellos, lo llenaba de rabia.

—Asumiendo que seas capaz de mantenerla en ese dormitorio y evitar contacto con el resto de habitantes... ¿qué crees que pasará cuando recobre la salud? —si no moría dentro de los muros de la casa Holt, lo cual, también era una posibilidad.

—Eso se verá una vez esté curada. Todo lo que me importa ahora... es que no pase en ese infecto sitio ni una noche más.

Sus palabras eran tan sinceras, y su semblante lucía tanto dolor, que las pocas defensas que Josh aún tenía, se agrietaron. Le vino a la mente su madre, enferma de tisis, echada en aquel camastro sin apenas nada que llevarse a la boca ni nadie que la atendiera cuando su padre y él trataban de sacar adelante su establo en ruinas. Ni un solo vecino acudía a ofrecer su hospitalidad o su piedad, por temor al contagio, a la podredumbre y la pobreza absoluta.

Ni siquiera aquellos que estaban en su misma situación, fueron compasivos jamás.

Él habría querido que alguien le tendiese la mano a su madre, claro que, como bien solía pensar, si no iban a sacar algo a cambio, ¿para qué hacerlo?

—La quiero, Josh —susurró Gilly, venciendo la vergüenza y hablando con el corazón—, tal vez no lo entiendas, ni lo aceptes, sé que reniegas y me consideras un tonto y seguramente tengas razón, puede curarse y marcharse lejos de mí, pero... ¿qué le voy a hacer? No elegí quererla, y no puedo dejar de hacerlo aunque eso me vaya a romper la vida en pedazos.

Joshua tragó saliva, sin pronunciar sonido alguno. Aquellas palabras le eran fáciles de entender. El querer a alguien incluso aunque ese sentimiento estuviera destinado a destrozarse todo cuánto eras y poseías, le era más que conocido. Convivía, respiraba con él. Eran uno.

Tampoco Gilly asumiría las oscuras verdades que él escondía en su corazón. Ni las aceptaría. Josh podía luchar con tantas armas por hacer desaparecer su sentir por Claire, como Gilly por aquella joven a la que tanto deseaba salvar.

¿Cómo no ayudarlo, incluso cuando la esperanza de que el final fuera a ser bueno era tan nimio?

—¿Cómo se llama?

—¿Qué?

—La... ella, la muchacha —explicó al aturdido Gilly—, dijiste que sabías su nombre.

—Caroline.

Recuperando el martillo de entre la maleza en que había caído, Josh asintió una vez con la cabeza, decidiendo de repente dejar de lado los prejuicios que se habían instalado en su mente a causa de su padre y hacer algo por aquel amigo al que apreciaba.

—Pues dile que se prepare para cambiar de residencia. Y de vida.

—¿Vas... me vas a ayudar?

—Pero será a mi manera —advirtió Josh, muy serio—, y si algún miembro de la casa corre el más mínimo riesgo...

—¡Te prometo que no, Joshua, lo juro! ¡Dios mío, sabía que no me dejarías solo en esto!

Sabiendo de antemano que aquello les hundiría en problemas, Josh decidió volver al trabajo antes de empezar a replantearse la estupidez que ambos estaban a punto de cometer.

\*\*\*

Ya anochece al acabar la jornada, pero Joshua sabía de buena tinta que si había alguien con unos horarios tan largos como los suyos, sino más, ese era Andrew. Después de asearse para intentar cuidar un poco la impresión que iba a darle por tratarse de una cuestión delicada, entró a la casa principal por la puerta de la cocina y anduvo por el pasillo hasta la biblioteca que hacía las veces de despacho.

Llamó y entró sin esperar el beneplácito del conde, al que encontró de pie en mitad de la sala. Parecía cansado, y su pelo castaño, normalmente bien peinado, lucía ahora revuelto y sin forma. Se había desabrochado el corbatín negro y llevaba las mangas de la camisa blanca dobladas sobre los antebrazos.

Los ojos de ambos hombres se encontraron y con un suspiro, Andrew le indicó que pasara y cerrara la puerta.

—Si traes alguna mala noticia, no es el momento —declaró, y el coñac que acababa de servirse lo dejaba claro—, hoy he acudido al sepelio de un hombre que ayudó a mi padre a que esta tierra fuera próspera. Y ese, es solo uno de los muchos contratiempos a los que me enfrento en estos momentos.

—Lo lamento, milord.

Una mirada desdeñosa indicó a Josh que Andrew no estaba de humor para tratos formales. Él, que había acudido a despedirse de Greyson bien entrada la mañana, para evitar que la casa se quedara sin responsables una vez los señores hubieran salido (y para evitar encontrarse con Claire, por supuesto), comprendía el pesar que se respiraba en el ambiente.

Puede que el viejo capataz fuera un hombre agrio y de trato difícil, pero había sido un trabajador incansable e incondicional. Si hubiera sabido que las actividades de cultivo y demás trabajos de la casa se habían paralizado durante horas por su entierro, probablemente habría vuelto a morir.

—Señor...

—Y luego está mi madre, Joshua —Andrew dio un sorbo al coñac, presionándose el puente de la nariz con la mano libre—, que es una señora y una mujer ejemplar, indiscutiblemente.

—Sin la menor duda —inquieto, Josh empezó a cambiar el peso de un pie a otro.

—Pues bien, con todo y su gran porte de dama, no se le ocurre nada mejor que decirme, cuando volvíamos a casa en un espacio reducido del cual no podía escapar, que piensa organizar una cena, aquí, en la casa, e invitar a personalidades de la comarca, señoras y caballeros, para celebrar que estamos juntos y en familia.

Josh se devanó los sesos intentando adivinar qué se suponía que tenía que responder él a semejante información.

—La... condesa viuda probablemente pretenda...

—Yo te diré lo que pretende, amigo mío —Andrew le señaló con el coñac a medio beber—, pretende tener una excusa por la cual hacer viajes al pueblo, pasar horas probándose vestidos y escogiendo parafernalia para la cena. Contando para todo ello, con la inestimable colaboración de mi esposa, que en su estado, debería estar

reposando.

–Comprendo, milord –mintió Josh con descaro.

–Pretenderán que yo finja que no me doy cuenta de que todo esto no es más que una vil treta orquestada por mí querida madre y mi adorada suegra con el fin de que Victoria, mi gran amor, ignore por completo mis sabias recomendaciones.

De un golpe seco, Andrew dejó el vaso sobre la licorera, mirando a Josh con los grandes ojos castaños abiertos de par en par, seguramente, esperando el veredicto a sus acusaciones, algo que, por principios, McKan jamás daría. Para él, los asuntos relacionados con el interior de la casa del conde eran como el humo de una fogata, se disipaban en el viento mucho antes de que uno pudiera verlos con toda claridad.

–Victoria nunca habría aceptado una reunión social de damas para conmemorar su estado, tuvo que pasarla con Charles Anthony y odió cada segundo –seguía Andrew, más para sí mismo, ignorando la presencia de su nuevo capataz, que deseaba huir de aquel lugar de inmediato–, una cena exigirá más desarrollo y trabajo, es el plan perfecto para romper con el tan saludable reposo que yo...

–Niéguese –soltó Josh de pronto, cansado de la diatriba–. Usted es el conde, tiene todo el poder. Diga que no.

Alzando la ceja, Andrew se acercó y palmeó el hombro de un muy sorprendido Josh.

–Cuando tengas esposa, amigo mío, comprenderás por qué el poder de un hombre no es, en realidad, más que un mito inventado por algún soltero.

Joshua imaginaba que Andrew se refería a los privilegios íntimos que perdería si se mostraba intransigente, pero nada en el mundo podría hacerle tocar aquel tema.

–En fin... ¿qué te trae por aquí? Imagino que no has venido para oír mis problemas conyugales.

–Y lamento la parte que ahora conozco, señor.

Andrew soltó una risita, animándole con un gesto a que hablara. Carraspeando, Josh pensó que la mejor manera sería ir directo al grano, como cuando uno se rompía un hueso y había que colocarlo antes de estabilizar la fractura. Un golpe seco, directo.

–Señor... sabe que, normalmente, pido que la totalidad de mis salarios se entregue a mi abuela, ya que ella administra mucho mejor que yo todos esos asuntos – Andrew asintió, sin decir nada–, me gustaría saber si sería posible que me entregara a mí, un adelanto de la próxima quincena. Ahora.

Andrew le dedicó una mirada suspicaz, intentando dilucidar si habría algún problema que requiriera de su intromisión.

–Josh... ¿ha ocurrido algo por lo que necesites dinero con urgencia? ¿Algo relacionado con la salud u otra circunstancia en la que yo pudiera ayudarte?

–Con todo respeto, señor... se trata de un asunto personal –y tratando de suavizar su incomodidad, dijo–, pero nada de lo que deba preocuparse.

Con un asentimiento parco, Andrew se acercó a la mesa para preparar el pago inmediato por una suma que rondara la mitad del salario. Aquello le extrañaba, puesto que sabía bien que su joven empleado no era un hombre de grandes gastos y ostentaciones, motivo por el que Josephine había optado por darle a aquel dinero una salida mucho más productiva de lo que el mismo Joshua podía llegar a imaginar.

Por un momento, se planteó tantear si el muchacho alguna vez se había interesado por saber lo que su abuela hacía con aquellas cantidades ganadas con tanto sudor y esfuerzo, pero imaginaba que para Josh, cualquier decisión tomada por Josephine era bien recibida, y dado que él había prometido guardar silencio, se limitó a organizar sus papeles, abrir el cajón de su mesa y extraer de él lo que se le había pedido.

–Muchas gracias señor –dijo Joshua, claramente inquieto, al tomar el dinero–, no es propio de mí solicitar pagos adelantados, pero se trata...

Andrew alzó la mano con un gesto afable en el rostro. Conociendo como conocía al hosco nuevo capataz, imaginaba lo que debía suponer para él acudir a solicitar aquel préstamo. Le apreciaba, y por tanto no se lo haría más difícil.

–No pretendo explicaciones de tus asuntos, Joshua.

Con un gesto de la cabeza, McKan abandonó la estancia y Andrew se quedó sentado en su silla, mascullando la sensación de que estaban ocurriendo bajo su techo eventualidades de las que él, no parecía estar enterándose.

El reloj de su mesa tocó la medianoche y Claire levantó la vista de las escasas líneas que había escrito. Soltó la pluma y se rascó los ojos. Estaba agotada, pero dormir sería impensable si no lograba componer al menos unas frases que enviar a Betina por la mañana, cuando uno de los lacayos de la casa saliera a Londres con el correo.

Mirando a su alrededor, a aquel dormitorio en penumbra que tan acogedor le había resultado antaño y tan vacío parecía ahora, Claire contó hasta cinco arrugados intentos de carta que no habían prosperado. El que tenía delante no era mucho mejor. Palabras vacías y sin sentido que ni tan siquiera ella se creía, ¿cómo lograr que su amiga viera sinceridad en ellas cuando en pocos días recibirían a Arnold Calvin bajo ese mismo techo?

Incluso si Claire lograra hacerle llegar la carta antes de que la visita fuera un hecho, tan pronto el futuro vizconde pusiera un pie en Kent, todos sus intentos se irían al infierno. Betina Hildegard estaba empeñada en su amor por Calvin, y todo acercamiento que éste intentara con Claire, aunque solo fuera casual, aumentaría la distancia que ya reinaba entre las dos.

Decidiendo que nada más podría sacar en claro aquella noche, Claire dejó guardado el tintero y mantuvo la carta a medias en un lado del escritorio, pensando que quizá a la luz del día viera con más objetividad lo poco que había logrado escribir.

Ya iba a tomar el candil para llevarlo a la mesilla de noche, cuando unas sombras cercanas a la casa la alertaron.

Su ventana daba justo al camino de acceso a la puerta principal. Cuando era de día, Claire podía ver los cultivos, el establo a lo lejos y la extensión de arboleda que cubría la propiedad hasta las rejas de entrada. Ahora, con la luna brillando en la oscuridad de la noche, no habría podido atisbar el acercamiento de aquellas sombras si éstas no hubieran estado lo suficientemente cerca de la casa.

Como un resorte, se levantó de la silla y se acercó aún más al alfeizar, entrecerrando los ojos para tratar de distinguir en medio de la negrura. Parecía que dos figuras, íntimamente entrelazadas, caminaban a paso lento, dejando atrás la entrada del porche para seguramente, encontrar otra más privada por la que acceder a la casa. Dado que había oído subir a su hermano hacia un buen rato, Claire dudó mucho de que se tratara de Andrew, que a buen seguro dormía con placidez en su cama, al otro lado del pasillo.

Tampoco ninguna de las figuras parecía adaptarse a Victoria, una mujer alta y cuyas formas empezaban a redondearse debido a su embarazo. No, aquella sombra era menuda, de mujer, sin duda, pero pequeña y frágil.

En cuanto a la de hombre... un único rayo de luna incidiendo en él fue todo lo que Claire necesitó para identificarlo. No había otro en toda Inglaterra con aquellos hombros, ni aquel perfil. El cabello azabache y los andares le resultaban inconfundibles, y por si todo eso hubiera sido poco, los saltos que le dio el corazón al sentir su presencia lo terminaron de confirmar.

Josh estaba deambulando por los alrededores, encaminándose directamente a la entrada de la cocina. Llevaba una mujer rodeada con el brazo, delicada y menuda, probablemente joven, dado que la única anciana con la que tenía relación era Josephine, de figura mucho más corpulenta.

El corazón que antes había saltado de contento ahora se paralizó como herido de muerte. Josh entraba a la casa abrazado a una mujer, protegido por la quieta negrura de la noche.

No había que ser muy listo, ni tener sobrada experiencia en esos asuntos, para imaginar los motivos.

Encolerizada, Claire volcó el tintero, que dejó una mancha sobre la carta que ya nunca llegaría a manos de Betina, e ignorando que se encontraba en ropa de cama, decidió pasar por alto todas las normas del decoro establecidas y sorprender *in fraganti* a aquel desgraciado hombre cuyo encuentro amoroso no estaba dispuesta a permitir.

Abrió la puerta de su alcoba de par en par y se precipitó escaleras abajo, decidida a poner fin a aquella charada de una vez por todas. Si Josh deseaba tener mujeres que le dieran calor en mitad de la noche, juraba por sus antepasados, retratados en las paredes de aquella casa, que tendría que hacerlo lo más lejos posible de ella.

\*\*\*

Mientras tanto, y completamente ajeno a que el mundo estaba a punto de abrirse bajo sus pies, Joshua mascullaba su repentino afán por ayudar a Gilly, rumiando el arrepentimiento que sentía para sí mismo.

Si creía que volver del burdel la primera vez había sido un recorrido detestable, hacerlo con Caroline Higgs subida a la grupa de su caballo había resultado infernal. Pese al láudano que le había dado a la chica antes de iniciar el camino, había tenido que detener abruptamente a Troquel dos veces para que vomitara en el camino. La joven estaba tan débil y enferma que apenas lograba sostenerse, cabeceaba y musitaba palabras sin sentido a causa de la fiebre.

Ahora que casi habían llegado al dormitorio que Gilly y él compartían, Josh prácticamente debía llevarla en brazos, pues andar suponía una agonía para Caroline, quien apenas era consciente de nada de lo ocurrido a su alrededor. Josh casi podía jurar que la chiquilla apenas había entendido una palabra cuando le había explicado que se marchaban de aquel inmundo lugar.

Sacarla de allí no había sido tarea fácil, incluso con la bolsa de dinero que Gilly y él habían reunido, la madame del burdel no dio muestras de estar satisfecha. Sus miradas y gestos una vez Josh le planteó el asunto dejaron a las claras que quería otra clase de compensación, además del dinero, antes de ceder ante la pérdida de tan prometedora fulana.

—Apenas se tiene en pie —había mascullado Joshua, deseoso de salir del lugar cuanto antes—, no podría servirte ni para limpiar el suelo que pisas.

La vieja bruja había estado de acuerdo en que era una pena que tan joven y bonita paloma se encontrara prácticamente a las puertas de unirse al Creador, y había estado conforme con llegar a un acuerdo más... íntimo, si Josh estaba dispuesto.

Aunque intentó evitar el asco que le supuso solo pensarlo, Josh estuvo seguro de que debió notársele en la cara, pues la madame se volvió tan intransigente que tuvo que amenazarla con destrozar todo aquel nido de suciedad si no dejaba ir a Caroline. Debía llevársela, y lo haría pasando sobre quien fuera preciso.

Finalmente, la mujer tomó el dinero y se hizo a un lado. Josh no respiró hasta que espoleó a Troquel lo bastante lejos de aquella parte del pueblo, donde el aire de la noche era puro y llenaba sus pulmones. Se habría dejado matar antes de meterse en la cama de aquella repulsiva mujer, ni siquiera por Gilly.

Ahora, cruzando ya el pasillo de ladrillo que daba a los dormitorios e intentando que los balbuceos de Caroline no resonaran en el silencio de la noche, Josh se preguntaba qué iba a pasar.

Aún faltaba un rato para que Gilly acabaran su ronda y se reuniera con la muchacha para cuidarla durante la noche. Iba a perder sus horas de sueño por propia voluntad, y Joshua lo sabía. De todos modos, y pese a las ansias que tenía el lacayo por cuidar a Caroline, no le había dejado acompañarle al burdel, seguro de que su presencia y sus ansias de convertirse en un héroe habrían servido para que las cosas se dificultaran. Había preferido hacerlo a su modo, de forma discreta y sin interrupciones.

Con algo de brusquedad, dejó a Caroline echada en la cama de Gilly. Ella encogió el cuerpo, tiritando, y apenas pudo abrir los ojos unos instantes para mirarle. Joshua no le idea de qué diría si ella le hablaba, pues en medio de todo el camino hasta la casa estaba seguro de haber dejado claro, con sus gestos y expresiones, que nada de aquello le parecía bien.

Fuera como fuese, ella estaba allí, enferma y con un pie en la tumba, pero también lo más sana y salva que había sido posible. Su parte del trato ya estaba hecha, ahora podía desentenderse del asunto y dejarlo todo en manos del idiota de Gilly, al que más le valía que las cosas no se pusieran feas si no quería ver a su adorada moribunda de vuelta al burdel y así mismo, en la calle y sin empleo.

—Gracias —susurró Caroline, sin apenas vocalizar.

—Duérmete.

Josh permaneció inmóvil en el dormitorio durante unos minutos, observando cómo el pecho de Caroline subía y bajaba. Cuando se quedó quieta y los párpados se le cerraron, exhaló el aire que había contenido y decidió que necesitaba poner un poco de distancia que le ayudara a sacudirse de encima la sensación de súbito desastre que le había acompañado durante toda la noche.

Recorrió el pasillo en sentido inverso, tanteándose los bolsillos en busca de algo de tabaco con el que relajar su mente, y salió al exterior. El sonido de la hierba bajo sus botas, el aire de la noche meciendo su pelo y el aroma conocido a campo y flores siempre lograba reconectarle con la vida, ayudarle a resolver conflictos y sentirse en paz consigo mismo.

Aquella noche, sin embargo, tan pronto puso un pie fuera de la puerta que comunicaba la cocina con el jardín, una mano pequeña pero firme le cruzó la cara, propinándole una sonora bofetada que le tomó completamente desprevenido y que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio.

Incrédulo, dejó caer el cigarrillo al suelo y llevándose la mano a la mejilla dolorida, buscó en medio de la oscuridad al responsable.

—¿Qué demonios...?

—Así que a esto es a lo que te dedicas en tus ratos libres, ¿no, Joshua?

Poco a poco, la figura de Claire fue visible para él. Como una aparición fantasmagórica, la hermana del conde, vistiendo únicamente un camisón y con la melena castaña suelta, le miraba con unos ojos inyectados en sangre que muy bien podrían rivalizar con los de su hermano en sus momentos más oscuros.

Estaba más hermosa de lo que la mente enferma de amor de Josh podía recordar. Y colérica como pocas veces le había visto. Pese al agravio que había supuesto que le pegara sin motivo aparente, su cuerpo lo traicionó, endureciéndose como solo le ocurría con ella.

Volver a pensar con frialdad le costó toda su fuerza de voluntad.

—¿Se puede saber qué hace levantada a estas horas, señorita Ferris? —y aunque utilizó su tono más educado, la molestia en su voz fue clara—, ¡vuelva a su habitación ahora mismo, que esté aquí no es decente!

—¿Decente? ¿Y tú me hablas de decencia, Joshua? ¡Te he visto con mis propios ojos, abrazando a una mujer y llevándola dentro, a tus habitaciones! ¿Lo niegas acaso?

—No, no lo niego. Es la verdad.

Claire cargó de nuevo contra él, pero esta vez, Josh estuvo preparado para sujetarle las manos antes de que le abofeteara de nuevo. Tardó unos segundos en comprender que ella estaba molesta por la supuesta aparición de una querida que tuviera relaciones con él. De haberse encontrado en otra situación, sonreiría con deleite, disfrutando de unos celos que sabía no le pertenecían.

Por un momento, pensó en dejarla en su error, quizá si Claire pensaba que él tenía amantes, mujeres con las que se acostaba, la distancia entre ellos se hiciera por fin insalvable, pero mentirle de ese modo... se había prometido que no volvería a hacerlo jamás.

—¡Estese quieta de una vez! —le gruñó, mientras ella forcejeaba con ímpetu—, ¡parece una vulgar campesina en lugar de una dama!

—¿Eso es lo que te gusta, Joshua, las campesinas? —le respondió Claire, cuyas mejillas enrojecidas y puños cerrados eran mucho menos temibles de lo que ella pensaba—, ¡te aseguro que puedo arañarte mejor que cualquiera de ellas!

Josh lo imaginó por unos segundos, y la incipiente erección que ya tenía duplicó su tamaño, haciendo que casi tuviera que doblarse por la mitad. Maldita Claire, pensó, si tuviera un mínimo de seso saldría corriendo lo más lejos que pudiera.

—Si la señorita consiente callarse y estarse quieta, podría explicarme con propiedad.

—¿Explicarte? ¡No me hagas reír! No necesito ser muy lista para saber lo que está pasando aquí.

Con un ligero empujón, Josh la soltó, mirándole de frente. Claire se echó hacia atrás los cabellos, respirando agitadamente, con el pecho subiendo y bajando a causa de la excitación del momento. Era la primera vez, desde aquella noche en el porche, cuando él había estado convencido de que ella no era más que el fruto de su mente atribulada, que tenían un encontronazo tan físico.

Los dos eran conscientes.

—No es lo que piensas —musitó Josh, tuteándola y alzando la mano con la palma hacia arriba como hacía con las yeguas—, déjame explicarte.

—No preciso explicación alguna. Te has extralimitado en tus funciones. Traes mujeres desconocidas a casa de tu patrón, ¡de mi hermano, el conde de Holt!

—¡Demonios mujer, cállate de una vez!

Claire dio un respingo de impresión, pero cerró la boca. Joshua se pasó las manos por el pelo, contando sus respiraciones y evitando decir palabra hasta que éstas fueran las apropiadas. Claro que también podría enviarlo todo al diablo y darse un buen revolcón sobre la hierba con aquella deslenguada, que estaba pidiéndoselo a gritos.

*Cálmate Joshua, no hagas ninguna estupidez. No la toques... no la mires...*

—La mujer... la... es amiga de Gilly —dijo cuándo fue capaz de hablar—, está muy enferma y vivía en un lugar inmundo donde no habría podido curarse. La he traído aquí para ayudarle a velar por ella hasta que recobre la salud.

Claire parpadeó varias veces, mirando a Joshua como si esperara detectar el menor signo de mentira en su expresión. Él asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de ella.

—Entonces... ¿no es tu...?

—No señorita, no lo es.

A pesar de que el alivio que sintió fue revelador, Claire se dio cuenta de que iba a tener que cubrir muy bien sus huellas si no quería quedar en total ridículo delante de Joshua, que se había cruzado de brazos y esperaba, a todas luces, que ella presentara excusas sobre su abrupto comportamiento. Pensar en ello la hizo enrojecer, recordando la forma en que se había comportado, increpándole su falta como si tuviera algún derecho para hacerlo.

—Bien —se limitó a decir, alzando el mentón—, habría sido una absoluta falta de respeto hacia mi hermano que trajeras a tus...

—¿Mujeres? —la ayudó Josh, divertido, acercándose despacio—. Lo sé, y no osaría faltar al conde o su familia.

—Es lo que un buen empleado haría.

—Oh, señorita Ferris, soy un empleado ejemplar. De eso no tenga duda.

—Desde luego —Claire alzó cínicamente una ceja, haciendo sentir inseguro a Josh, que esperaba poder intimidarla para hacerla huir—, tengo muy presente los sacrificios que estás dispuesto a hacer para complacer a tus señores. Incluso servir de juguete, ¿no es así?

—Creo que es momento de que se retire, señorita. Es tarde.

—¿O qué? ¿Enviarás a otro lacayo a que se ocupe para no tener que hacerlo tú?

*Maldita seas por empujarme más allá de todo límite...*

—No, señorita. Si no se va, esta vez me ocuparé yo mismo. Se lo prometo.

Josh dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo, como preparado para entrar en acción. Claire se dio cuenta del cambio súbito que había dado la conversación y se mantuvo alerta. Había esperado incomodarlo haciendo referencia a aquellas palabras expresadas con ira tiempo atrás, pero McKan, como siempre, parecía listo para encajar cualquier golpe que ella le enviara.

La diferencia, es que no ella estaba dispuesta a volver a marcharse con el rabo entre las piernas. Ni pensaba permitir que él lo hiciera.

—Ésta es mi casa, no tienes autoridad para mandarme retirar.

—Tengo toda la autoridad del mundo cuando trato con una niña incapaz de darse cuenta de lo que es mejor para ella.

—¡Cómo te atreves!

—¡Me atrevo, Claire Ferris, porque es la segunda vez que te paseas por ahí en camisón, sin que te importe un demonio quien pueda verte o salirte al paso!

—¡No me hables...!

—¿Cómo, Claire, cómo no debo hablarte, eh? —Josh rompió la distancia y la tomó con fuerza de los brazos, pegándosela al pecho y haciéndola ponerse de puntillas al alzarla contra él—, ¿cómo a una coqueta, así no debo hablarte? Porque está claro que solo buscas llamar la atención, presentándote de ese modo delante de un hombre.

—¿Qué hombre, Josh? —escupió Claire, que apenas intentaba librarse de la prisión de sus brazos—. Yo solo te veo a ti.

McKan sonrió con estupefacción. Qué sorpresa, se dijo, cuando ya pensaba que nada más en Claire podría enloquecerle, descubría aquel ardor que le nacía del mismo centro del pecho. El solo pensar que él estaba con otra mujer, el imaginarle... había bastado para que la pequeña hermana del conde sacara a la superficie todo lo mujer que era.

De haberla deseado más, Joshua habría explotado.

–Tenga mucho cuidado, señorita Ferris, o podría confundir esas palabras con una invitación a demostrarle lo equivocada que está.

El brillo en los ojos de Claire le secó la boca. Cuando le habló, lo hizo mirándole como nunca hasta entonces había hecho.

–Creí que preferías a las mujeres más expertas.

–¿Y no lo eres, um? –los dedos encallecidos de Josh se demoraron por aquellos brazos desnudos, que irradiaban calor. Sentía la tela del camisón contra el cuerpo y las firmes piernas de Claire apretadas contra las suyas–, ¿tu prometido aún no te ha enseñado parte de las mieles del matrimonio?

–Lo hará muy pronto.

–¿Ah sí? –la realidad de la visita de Arnold Calvin impuso la ira al deseo que Josh sentía–, ¿y vas a permitirselo?

–¿No debería? Después de todo... es muy posible que pronto nos casemos.

–Pero aún no eres su esposa.

–Tampoco era la tuya cuando me besaste, aunque no significara nada para ti. ¿Por qué él merece menos?

La presión del agarre de Josh se intensificó, y también la cercanía de Claire a su cuerpo. Casi podía rozar la nariz con la suya y la mirada de la joven, aunque cálida, estaba empañada por una fiebre que en ese momento, ambos compartían. Josh no sabía si dejarse arrastrar por el deseo, que le forzaba a tumbar todas sus defensas, o por la incipiente rabia que empezaba a nublarle la razón.

Varias escenas de Arnold y Claire juntos desfilaron por su mente, provocándole arcadas. Si él la había tocado, Joshua le rompería todos los huesos del cuerpo antes de que cruzara las puertas de la residencia de los Holt. Era una promesa que se hacía a sí mismo.

–¿Intentas decirme que ese hombre te ha besado como yo?

–Eso no es de tu incumbencia, Joshua –contestó levantando bien la mirada–, y quien sabe, quizá a él si le guste verme en camisón.

Fue más de lo que pudo soportar.

–¡Responde, maldita sea! –la alzó unos centímetros más, sus caras muy juntas–, ¿te ha besado como yo te besé? ¿Te ha tocado como mis manos te recorrieron?

Dimelo Claire, y que sea la verdad, porque cuando acabe con él quiero saber exactamente por qué lo hago.

Durante unos segundos se mantuvieron la mirada, él ansioso por escuchar las únicas palabras que le salvarían de bajar a los infiernos, aún más de lo que ya lo estaba y ella, decidiendo que no podría mentir en algo que sabía le causaría un dolor tan punzante como el que había experimentado ella al creerle junto a otra.

Con un leve gesto, Claire negó con la cabeza, despejando las más funestas dudas de Josh.

–Nadie me ha besado como tú –le dijo en un susurro. Claire llevó la palma cálida de su mano recién liberada a la mejilla ligeramente áspera de barba–, ningún beso me arrancará jamás el sabor de tus labios.

Con el corazón bombeándole en el pecho, Joshua acomodó el brazo sobre la delgada cintura de Claire, que se acomodó en su pecho como si hubiera nacido para estar en él. Tragó saliva, sin poder apartar los ojos de ella, con todo el cuerpo excitado y en tensión. La miró con el alma desgarrada por un amor que luchaba por enterrar día a día y que, en aquel momento, se le desbordaba por los poros de la piel.

–Entonces me aseguraré de que nunca lo olvides.

El beso no fue gentil, claro que ella tampoco lo esperaba de esa manera. Con una mano cerrada alrededor de su cintura y la otra sujetándole con habilidad la cabeza, Josh arrasó con la boca de Claire como un naufrago que tras dar bandazos en mar abierto llega por fin a la playa. Se abrió paso en su interior, exigiendo una respuesta que ella pronto, aprendió a satisfacer.

Permitió que su lengua se enredara con la de Josh y el latigazo de placer fue tan intenso, tan brutal, que estaba segura de que habría caído al suelo si él no hubiera estado sujetándola. Notaba las respiraciones agónicas que Josh emitía cuando separaba apenas los labios de los de ella, para inmediatamente volver a lanzarse al asalto, dispuesto a arrebatarle hasta el alma con aquella boca que no parecía tener suficiente.

Poco a poco, fue bajándola al suelo, hasta que sus pies descalzos tocaron la fresca hierba del jardín. Con dedos trémulos y los ojos abiertos, Claire acarició la mejilla ligeramente roja de Josh, cuyos párpados morenos permanecían cerrados con fuerza, como si estuviera en medio de un sueño del que no deseaba ser despertado.

–Lo siento tanto... –le susurró la joven, arrepentida de su arranque de ira–, pensar que otra...

–Nunca, Claire, jamás –susurró Josh, dándole pequeños besos en las mejillas calientes y las comisuras de los labios, hinchados y húmedos–. Eres tú. Solo tú. Para siempre.

Un jadeo ahogado escapó de la boca de la muchacha, que intentó pronunciar unas palabras que Josh calló con un beso suave, mucho más dulce que los compartidos anteriormente, evitando que pronunciara una sentencia que caería sobre los dos con todo el peso de las consecuencias.

Bastante sería ya pagar por ese momento de deliciosa debilidad, pensó él, agonizando de deseo, con el cuerpo tenso, duro e insatisfecho. No podía permitirse incrementar más aquella deuda, o pronto, no le quedarían pedazos de alma con los que pagarla.

–¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a superar...?

–Debes casarte, Claire –le respondió él a su súplica–, y pronto, porque si no yo...

–Los dos sabemos que no deseo hacerlo. Y que tú no me lo permitirías.

–Prefería morirme antes que verlo.

De no haber sido su voz tan lastimera, Claire incluso podría haber sonreído ante las funestas palabras de Joshua. Su semblante era el de un hombre derrotado, agotado de pelear contra fantasmas invisibles a los que no podía vencer. Con desgana, la fue soltando, apartándose de ella con suma dificultad. Una vez el aire corrió entre los dos, él se dio la vuelta, tapándose la cara con las manos para evitar derramar las lágrimas de agonía que acumulaba en el alma.

–No puedo seguir así, Claire, no puedo –gruñó, con la voz ronca–, es un tormento peor que la muerte. Por favor... evita que te mire, no permitas que te toque... o no sé lo que será de mí.

Sintió un instante las pequeñas y tibias manos de ella en su espalda. Esperó oírla intentar decir algo, insistir en pronunciar palabras que solo les harían padecer aún más, pero tan pronto como llegó el contacto, desapareció. Oyó un leve murmullo tras él y supo que Claire, como aquella ánima que le visitaba en sueños, como el ángel inalcanzable que era, había desaparecido.

–¿Josh?

Levantó la mirada y se topó de frente con Gilly, que venía saliendo de la cocina en aquel momento. El lacayo le recorrió con la mirada, enarcando una ceja rubia de forma interrogativa.

–Jesús, parece haber visto al Diablo en persona ante ti –Josh pensó que no se alejaba mucho de la verdad–, he ido a ver a Caroline, pensaba llevarle algo de comer, ¿tienes hambre?

–No. No tengo.

–Oye, amigo... no sé cómo agradecer lo que has hecho por nosotros hoy.

–¿De verdad quieres a esa mujer? –Gilly asintió con firmeza–, entonces no permitas que nadie te la quite.

Con esa sentencia, Joshua se perdió de vista, dirigiéndose al establo donde pensaba pasar la noche, sumido en los más oscuros pensamientos.



A pesar de sus deseos, Joshua se vio obligado a pasar tiempo con Claire mucho antes de lo que habría querido.

Dos días después de su fortuito encuentro, Andrew había decidido tomarse la mañana libre y salir de la propiedad, ofreciéndole a Whitish, el semental blanco, la cabalgada que calmaría sus restantes bríos hasta la próxima monta.

Vestido con ropa de montar y valorando los estragos que la fina pero constante lluvia de la noche había causado en el terreno, Andrew dispuso que, dado que las mujeres deseaban visitar a la modista en Chartham, él podría acompañar el carruaje que las llevara y proseguir después su paseo en solitario.

—Me gustaría que estuvieras pendiente de ellas durante el tiempo que pasen en el pueblo —le comentó a Josh cuando despuntaba el alba, mientras cepillaba a Whitish y le colocaba los estribos—, sabe Dios qué inconvenientes pueden causar tres mujeres solas.

—Con todo respeto señor... ¿no podría encargarse Devon? Tenía pensado ocuparme de los animales y luego seguir con las reparaciones de la casa.

Andrew levantó la cabeza y clavó sus ojos en Joshua, cuya mente era un torbellino de ideas descabelladas para verse libre de la obligación de pasar horas cuidando cada paso que Claire diera por el pueblo. Se había ofrecido a ayudar a Gilly con Caroline, cuya mejora no parecía llegar, por no hablar del sinfín de obligaciones que ya tenía contraídas, sin necesidad de perder todo un día dando paseos con mujeres.

Además de que no sabía cómo mirar a Claire después de lo pasado entre ellos. Aquel beso... había convertido parte de su pecho en cenizas y temía que permanecer cerca de ella las hiciera prender nuevamente.

—Joshua, van mi madre, mi hermana y mi esposa embarazada, ¿me pides que envíe a cuidar de ellas al nuevo lacayo, al que apenas conozco? Ya que debo tragar con la celebración de esa dichosa cena, y privar a mi esposa del reposo que tanto necesita, al menos quiero tener la seguridad de que mientras está fuera de mi vista, se encuentra en perfectas condiciones.

La culpabilidad por haber intentado urdir una artimaña contra los deseos de Andrew hizo que a Josh le temblara la voz al responder.

—Es... es un buen mozo, señor.

—Podría estar bañado en diamantes, que no le pondría al cuidado de mi familia. Lleva demasiado poco tiempo trabajando aquí para tal responsabilidad.

A su pesar, Josh sabía que él tampoco podría concentrarse en nada si aquel alcornoque torpe y recién llegado tenía que velar por las señoras de la casa. Solo pensar que se despistase unos minutos, que las perdiera de vista... Chartham, aunque era en gran parte un lugar agradable para damas de bien, no dejaba de ser un sitio de paso, donde confluían gran variedad de personas.

Cualquier suceso podría pasar, dañando la integridad de alguna de las mujeres de la casa de Holt.

—¿Y bien? —Andrew empezaba a impacientarse ante la mirada taciturna de su capataz.

—Estaré preparado cuando las señoras gusten salir.

Satisfecho, el conde le dio una palmada en la grupa al caballo, que relincho muerto de impaciencia por el paseo que se le avecinaba.

—Decidido entonces, ¡vamos! —exclamó Andrew, contagiado de la vitalidad que el semental exudaba por los cuatro costados.

Mientras se ponía la librea y trataba de lucir aseado, Joshua recordaba las dos noches que llevaba ya pasadas en el establo, sin poder pegar ojo ni dejar de pensar. La sensación de tener a Claire rendida entre sus brazos, con la piel suave y resplandeciente bajo los dedos y los labios separados, invitándole a devorarlos con unos besos que ahora le pesaban como losas sobre la conciencia, no le había abandonado ni un solo minuto.

Tampoco trabajar con Gilly en la casa del capataz le daba sosiego. Su amigo no cesaba de contarle planes e ideas alocadas para vivir aquel amor en ruinas que esperaba compartir con la moribunda Caroline, que apenas era capaz de calmar la sed por sí misma. Desde su llegada a la residencia de los Holt, la muchacha no había pronunciado más palabra que el agradecimiento que le diera a Josh por su ayuda, y a aquellas alturas, él empezaba a creer que quizá se lo había imaginado.

Cuando estuvo considerablemente arreglado, bajó del establo y se personó junto al porche principal de la casa, donde el carruaje estaba preparado para transportar a Victoria, Joanna, y Claire.

Eleanor, la madre de Victoria, había rehusado viajar al pueblo a causa de sus problemas de salud. La mujer, pese a que se mantenía en un estado relativamente bueno, temía los grandes esfuerzos innecesarios que pudieran impedirle llevar su día a día con calma y sin estragos. Como estaba acostumbrada a vivir de forma humilde, Eleanor Linton creía que mandarse hacer un vestido nuevo para una única cena, era uno de esos esfuerzos que no tenía necesidad de tomar.

—Id y divertíos —la oyó decir Josh, mientras pasaba cariñosamente las manos por el vientre de su hija—, me quedaré con Charles Anthony y leeré alguna de esas novelas que tu marido ha hecho traer.

—¿Estás segura? —la condesa, que llevaba su brillante trenza roja cogida con un lazo de seda rosa claro a juego con su vestido, la miró con la ceja alzada—, Andrew fue muy específico en su orden de que gastáramos todo cuanto pudiéramos.

—Y lo vamos a hacer —dijo Joanna, que en aquel momento se unía a la animada comitiva—, que tu madre no nos acompañe no la libraré de recibir alguna chuchería.

—¡Oh, Joanna! —Eleanor abrió el abanico, con una risilla modesta—, me malcriáis terriblemente.

—Lo tienes merecido.

—Claro que sí —afirmó Victoria, inclinándose para besar repetidamente la cabeza rojiza de su hijo, que empezaba a hacer pucheros ante la idea de ver partir a su madre—, lo merecemos por haber arrancado a Andrew de la soltería.

Las risas femeninas llenaron el porche, en tanto que Josh, incómodo como siempre que presenciaba escenas que consideraba fuera de sus límites de empleado, aguardaba tieso como un palo, con las manos a la espalda. Una a una, las damas subieron al carruaje (Victoria necesitó de su ayuda para hacerlo), hasta que las tres estuvieron acomodadas.

Cuando casi respiraba tranquilo, creyendo que la providencia le había librado de un nuevo encuentro con Claire que iría arañándole las entrañas poco a poco durante todas las horas que pasara cerca de ella, la vio aparecer.

Llevaba un vestido de color mandarina entallado en la cintura y que dejaba parte de los hombros descubiertos. Se había recogido el pelo en un rodete que le caía sobre la nuca y su rostro, de bellas facciones sobre la blanca porcelana de sus mejillas, lucía brillante, sano y fresco.

Era como una fruta madura colgando de una rama demasiado cercana como para que cualquiera pudiera pasarla por alto.

—Ya era hora, querida —exclamó Joanna, haciéndole señas desde dentro del carruaje—, aunque no lo creas, Joshua no tiene todo el día para perderlo con nuestros caprichos.

—Yo... las acompaño con todo gusto, milady —Josh hizo una venia y sostuvo abierta la puerta del carruaje mientras extendía la mano para ayudar a subir a Claire—, me siento honrado en su compañía.

Con dedos temblorosos, Claire puso la mano sobre la palma húmeda de Joshua y sus miradas apenas se encontraron. Aupándose con prisa, la joven Ferris se pisó el bajo del vestido y estuvo a punto de caer sobre Victoria, que estiró los brazos para sujetar a su cuñada y evitar la colisión. Claire trató de erguirse, y el resultado fue golpearse la cabeza contra el techo del carruaje, que se balanceó con levedad.

—¿Está bien señorita? —Josh metió medio cuerpo en el interior del vehículo, con las cejas alzadas—, ¿se ha hecho daño?

—Hija, por Dios, ¿qué ocurre con tu sentido del equilibrio?

Mortificada, Claire Ferris tomó asiento con la espalda muy rígida y solo miró al frente, tratando de ignorar por todos los medios las miradas insidiosas de su madre y Victoria, así como la perpetua vigilancia de Josh, que debía pensar que era incapaz de mover un pie delante del otro por sí misma.

—Estoy perfectamente bien. Vámonos.

Con la duda pintada en su cara morena, Joshua cerró la puertezuela y se aupó después al asiento del conductor, dado que pensaba llevar él mismo a los caballos hasta el pueblo.

Los espoleó ligeramente, haciendo que se pusieran en marcha con un suave traqueteo. Tras ellos, acercándose a gran velocidad, Andrew galopaba a lomos de Whitish, con un feliz Harvey pisándole los talones. Cuando llegó a la altura de Josh, el conde redujo el paso y le dedicó una mirada para llamar su atención.

—Estaré por los alrededores —exclamó, manteniendo el porte distinguido que solo un hombre acostumbrado a montar desde temprana edad podía tener—, no las

pierdas de vista.

–Las protegeré con mi vida si es preciso, señor.

Andrew sonrió, dedicándole una mueca desdeñosa que dejaba a las claras que no creía que aquello fuera a ser necesario, pese al tono supremamente serio y la expresión hosca de Josh. Tocándose el sombrero con una mano, redirigió los pasos del caballo para apartarlo de la ruta del carruaje.

–Buena suerte –le dijo a viva voz, galopando luego fuera de los límites de sus tierras, con su fiel dalmata corriendo a toda velocidad en su flanco.

En cuanto empezaron a dejar atrás la zona boscosa, con sus barrizales que remarcaban el paso de las ruedas del carruaje, el paisaje fue tornándose ligeramente más urbano. Chartham, si bien no era comparable a Londres, con sus tiendas variopintas y sus plazas amplias y decoradas, era un lugar apacible y provisto de todas aquellas frusterías que las damas de la sociedad, afincadas en Kent por motivos personales u obligatorios, pudieran necesitar.

Valorando rápidamente las diferencias entre aquel lugar y el lado opuesto del pueblo, más allá de la arboleda que daba a Hampshire, donde se encontraban las cantinas y el burdel, Josh se percató una vez más del enorme cinismo que reinaba entre las distintas personas que conformaban los estratos sociales. Aquellos caballeros de bien, que lucían sus impolutos trajes e iban del brazo de sus esposas, no tenía inconveniente en pasar el rato retozando con alguna ramera barata en un lugar de mala muerte y pestilencia, siempre y cuando, éste estuviera lo suficientemente lejos, en una zona *apropiada*, y que nada tuviera que ver con el resto de actividades que hacían en su día a día.

Como empleado de un establo en una zona ajada de Londres, Josh había visto a damas y caballeros dejarse imbuir de la atmósfera rancia con mucho agrado, siempre que tuvieran la seguridad de que nadie de su entorno común lo sabría.

Una vez recorrida la avenida principal, hizo frenar a los caballos de tiro y bajó de un salto del carruaje, colocándose las mangas de la librea, que se había subido hasta el codo, y abriendo la portezuela para que las damas que escoltaba pudieran descender.

Ayudó primero a Victoria y luego, a Joanna. Claire bajó la última, y Joshua no pudo resistir el mantener su mano sujeta durante unos pocos segundos más de lo necesario.

–Bien, creo que deberíamos dirigirnos a la modista antes de hacer cualquier otra cosa –opinó la condesa viuda, recolocándose el sombrero de paseo y ajustándose los guantes–, una vez decidamos el color del vestido, comprar los accesorios para decorarlo debería ser más fácil.

–Debería ser –musitó Victoria, que tomó el brazo que su suegra le ofrecía, mirando los distintos puestos y toldos de las tiendas con desasosiego–, nunca he hallado placer en las compras.

–Bueno, querida, sin duda lo hallarás estando fuera del alcance del control de mi amado hijo.

Joanna le hizo un guiño y Victoria le devolvió el gesto con una risita. Aunque no quería abusar de su suerte y hacer enfadar a Andrew más de lo necesario, sí que estaba muy de acuerdo en hacerle ver lo erróneo de su comportamiento con salidas como aquella. Solo de pensar en obedecer y mantenerse en reposo absoluto durante meses, las ganas de tomarse medidas y escoger telas parecían aumentar.

Joshua iba siguiendo la comitiva en absoluto silencio. Vigilaba cada pequeño paso que daba Claire, que seguramente era muy consciente de que tenía la mirada oscura de él clavada en la nuca. La muchacha, que iba apenas unos pasos por detrás de su madre y cuñada no parecía muy alegre ante la perspectiva de gastar parte de la fortuna de su hermano en vestidos y lazos, sino que se distraía con facilidad mirando las distintas opciones que aquel pueblo comercial tenía para ofrecer.

Acostumbrada a Londres, Josh estaba seguro de que Claire encontraría Chartham más que deficiente.

Algo en lo que él estaba de acuerdo. Nada estaría nunca a su altura.

Victoria y Joanna cruzaron el umbral de una tienda grande y cuyo escaparate estaba abarrotado de maniqués luciendo encajes, sedas y sombreros de día de todas formas y colores. Inmediatamente, las exclamaciones de la dueña del establecimiento fueron tan audibles que algunos transeúntes detuvieron sus paseos para echar un vistazo y ver qué estaba ocurriendo. Josh tuvo que morderse la lengua y evitar responder con improperios que habrían ofendido a las señoras.

La presencia de la actual condesa y de la madre del conde formaría revuelos como aquel en cada lugar donde decidieran comprar, dado que eran, seguramente, las damas de más alta posición que se encontraban en Kent en aquellos momentos.

Decidida a seguir las, Claire se dispuso a entrar a la tienda, pero no calculó la altura del escalón de la entrada y volvió a pisarse el bajo del vestido, provocando que todo su cuerpo se inclinara hacia adelante. Emitiendo un leve gritito ante el golpe que se avecinaba, Claire se veía ya echada en el suelo de cualquier manera, mas su cuerpo no llegó a caer, pues los brazos fuertes de Joshua la alzaron al vuelo.

–¡Claire! –exclamó Victoria, acercándose a toda la velocidad que su estado le permitía–, querida, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

En tanto la modista se deshacía en disculpas ante el tremendo incidente que se habría podido producir, la aludida no podía decir ni una sola palabra. Aturdida y llena de vergüenza, tuvo que soportar que Josh la alzara del escalón hasta dejarla a salvo dentro de las dependencias de la tienda, y que la hiciera girar la cara a los lados para comprobar que no se hubiera hecho daño alguno.

–Estoy bien –le regañó, intentando apartar sus atenciones fraternales de ella–, si no estuvieras pisándome los talones...

–De haberme alejado ahora estaría tendida en el suelo, señorita –le respondió, cruzándose de brazos ante ella, como retándola a apartarse más de medio metro de él–, es impensable dejarla andar sola.

–¿Acaso crees que soy incapaz de valerme por mí misma, Joshua?

–Este lugar, aunque se le parezca, no es su ambiente –a su pesar, aquella era una verdad que escondía más de una interpretación–, es lógico que no sepa moverse por él.

–Escúchame bien, yo puedo desenvolverme donde guste sin el menor problema.

–No es eso lo que me ha parecido, señorita.

–¡Claire! –Joanna se abrió paso, dejando atrás a la ofuscada modista, que insistía en que las medidas y cancanes serían regalo de la casa–, hija mía, ¿qué te sucede esta mañana? Parece que te hayas calzado dos zapatos izquierdos.

–Joshua estaba en medio, madre –acusó ella, sin importarle que aquello le acarrearía consecuencias al antipático capataz cuya mirada airada había tenido que soportar desde que salieran de la propiedad–, su presencia me pone nerviosa.

Él levantó una ceja, recordando lo bien que se había sentido Claire en su *presencia* solo dos noches atrás. Guardó un silencio sepulcral, alzándose cuan alto era, hasta llegar casi a rozar la selección de plumas de colores que adornaban el techo del establecimiento, solo para intimidarla.

–Bien... esperemos que en este espacio reducido puedas andar sin tropezar con nada –musitó Joanna, intentando que la situación no la hiciera reír–, bastante tengo con mantener el vientre de Victoria lejos del contacto de las figuras de porcelana.

–Lo cual agradezco mucho –declaró la aludida, que ya estaba colocada sobre una de las peanas de madera labrada sobre las que le medirían el talle para las costuras del vestido.

–Joshua, siéntete libre de deambular por el pueblo. Esto nos llevará un buen rato, y dudo que quieras presenciar todo el proceso de confección de los trajes.

Él asintió en dirección a la condesa viuda, poco dispuesto a quedarse donde estaba en el momento en que las damas empezaran a desvestirse y se quedaran en ropa interior para probarse cuerpos de vestido, faldas de tul y encajes varios. Antes de darse media vuelta y salir de la tienda, clavó en Claire una mirada acusadora, apuntándole a su vez con un dedo.

–Hágase recortar esa dichosa falda –le ordenó, mirando la tela como si deseara desgarrarla con sus propias manos–, quizá así pueda andar con propiedad.

Seguro de que ella querría maldecirlo por su atrevimiento, Josh se apresuró a salir de la tienda y dejar las iras de Claire atrás, satisfecho con haber provocado en ella la reacción deseada.

Haciendo caso al ofreciendo de Joanna de Holt, echó a andar por las callejuelas de Chartham, mirando de reojo los escaparates de las tiendas de dulces, bolsos y zapatos con que se iba cruzando. Recordaba que, al igual que a la actual condesa, a él nunca le había supuesto un gusto especial el gastarse dinero en cosas como aquellas, por mucho que en ciertas ocasiones fuera necesario.

Recientemente había derrochado una gran cantidad de monedas, a causa de la empresa que Gilly había emprendido con su ayuda, y si bien contaba con el excedente en los bolsillos, ninguno de los artículos con los que se cruzaba era de su agrado.

Se detuvo unos momentos ante una sembrería e imaginó por unos instantes que vencía la vergüenza de cruzar su entrada y solicitaba a la dependienta, una mujer entrada en años que en aquel momento retocaba un velo de encaje, que le dispensara algunas cintas para el cabello de una dama. Se ruborizó al imaginarse atando con sus dedos torpes y ásperos tan delicados lazos en los sedosos mechones de Claire, quien en su mente, no llevaba puesto nada más que aquel obsequio pagado de su bolsillo.

Todo su cuerpo reaccionó ante tal estampa, haciéndole sentir incómodo.

*Algún día...* quiso decirse, por más que supiera que era del todo imposible. Antes sería Gilly feliz con su mujer de la calle reconvertida en señorita que él podría permitirse dar regalos a Claire con las intenciones ocultas de un amante. No tenía derecho, por más que la hubiera tocado en ciertas ocasiones, a aspirar a nada que no fuera vigilar estrechamente sus pasos y cuidar de que ni el mismo aire que azotaba los campos la dañara.

Continuó caminando cabizbajo, tratando de apartar de su mente todo aquello que nunca podría poseer, cuando sus pies llegaron hasta el extremo de la zona cubierta por tablones, que hacía las veces de paseo para las gente que iban y venían, y se toparon con un sendero enlodado de unos cuatros metros, tras el cual se levantaban unas gruesas tablas que daban forma a un improvisado establo dentro del cual, varios ejemplares de caballos movían sus crines bajo el sol.

Atraído por el sonido y el olor de los equinos, Joshua se acercó, dándose cuenta de que el vendedor, un hombrecillo a todas luces itinerante que vestía un traje blanco impecable, trataba de convencer a un orondo caballero de que añadiera a su colección, probablemente ya muy amplia, alguno de aquellos ejemplares.

—Por mi palabra le digo, señor mío, que en su vida verá criaturas como las que aquí le ofrezco, ¡por favor, no se prive de poseerlos!

Joshua, que era un entendido, supo enseguida que al menos dos de aquellos animales, estaba enfermo de gravedad. Uno cojeaba y el otro parecía tener problemas de visión, a juzgar el modo en que se movía, lento y siempre pegado a los tablones, como si buscara algún punto de apoyo del que servirse ante la falta de uno de sus sentidos.

Si el precio que el vendedor pedía por ellos era el rotulado en el tablón clavado justo delante de la cerca, no cabía duda de que se trataba de un timo.

Ya iba a darse la vuelta, siguiendo los pasos del caballero, que había rehusado la compra, cuando un sonido de mucho más brío llamó su atención. Alzando el cuello, Joshua se dio cuenta de que había otra cerca, bastante más pequeña, detrás de la primera, donde se encontraban los caballos enfermos. Medio escondida por un carruaje de segunda mano, apenas era visible para quienes pasearan por aquel lugar, pero sus oídos estaban acostumbrados a los caballos, y ni siquiera a aquella distancia el ruido de los cascos le pasó desapercibido.

Dejando de lado las exclamaciones del vendedor, que buscaba a quien estafar, saltó por encima de la montaña de tablones desechados y se aproximó hasta el cercado pequeño, viendo ante sí un imponente ejemplar ruano español. Desde donde estaba, Josh calculó que pasaba con creces de los dos metros de altura. Tenía las crines espesas y muy negras, y una llamativa mancha cabeza de moro que le llegaba hasta las orejas.

El imponente animal, que bufaba y cabeceaba, alzaba los cuartos traseros, golpeando la arena enlodada con los cascos de las patas de atrás, alborotando la melena y mirándole como si estuviera midiendo la capacidad de Josh para acercarse más o darse la vuelta.

Sintiendo que el corazón le daba un vuelco en el pecho al apreciar aquellos colores, aquella pura fuerza física en movimiento, las palmas de Josh se abrieron poco a poco, como si temiera que sus puños cerrados pudieran ser interpretados por el animal como un intento de agresión. La bestia, perfecta y de formidable brío, no cejaba de mirarle con las orejas levantada, piafando y removiéndose.

—Me estás advirtiendo, ¿no es verdad?—susurró Josh, sonriendo—, pues no me das ningún miedo, amigo.

La belleza del caballo, su porte poderoso, le trajeron a la memoria recuerdos de todos aquellos otros que había cuidado y tratado a lo largo de su vida. Los animales del conde, de excelente categoría, mimados hasta el límite exacto, entrenados y criados con mano firme pero amable. Y los demás... los que dejaban en su humilde establo durante horas los señores que difícilmente podrían encontrar alojamiento mejor, algunos, apenas capaces de sostenerse sobre sus cascos, y otros, fruto de mezcla de razas desafortunadas.

Pero había uno en especial... uno que Joshua había querido y protegido más que ningún otro. De un tono alazán y casi del mismo tamaño que aquel que tenía en frente, lo había criado desde casi potro, y era el que exhibía y mostraba como reclamo para garantizar a los amos que su humilde cuadra estaba a la altura del dinero que pagaban por su uso.

Ese había sido el único animal de su posesión durante su vida. El único realmente suyo, hasta que no hubo más salida que venderlo.

—*Vamos padre, por favor, puedo cuidar de él, ¡no comeré yo si con eso puedo sostener el gasto de su alimento!*

*El viejo lo había mirado con algo parecido a la lástima, mientras tiraba con fuerza de la soga que retenía el morro del animal y lo sacaba casi a rastras del establo, en tanto Josh los seguía, flaco y desgarrado, luchando contra la pena para evitar llorar.*

—*¡Padre, no lo haga, él no!*

—*Maldita sea muchacho, ¿no entiendes que no hay nada aquí para nosotros? Voy a irme en busca de fortuna y lo que vale este animal es lo único que tengo para hacerlo.*

—*¡No puede venderlo, es mío!*

—*¡Bien, pues despídate entonces, porque está decidido! Allá donde vas verás otros caballos, tu abuela trabaja en una hacienda muy rica.*

—*¡Él es mío, es mío, padre!*

*Josh se había cuadrado ante la puerta del establo con los brazos extendidos, mas cayó al suelo del primer empujón propinado por su padre, viendo como la única posesión que tenía, se perdía en el horizonte.*

—*¡Eh! ¡Tú! ¿Qué diablos crees que haces?*

Con la vista fija en el animal, Joshua no se dio la vuelta para encarar de frente al vendedor, que se acercaba todo lo rápido que le dejaban sus cortas piernas, manteniendo la fusta entre las manos. El caballo se retiró unos pasos, con el hocico abierto y la mirada enloquecida.

Los puños de Josh volvieron a cerrarse con fuerza, e intentó resistir la tentación de tomar aquella fusta e infringir al bastardo humano los mismos castigos que sin duda, daba al animal.

—*¿Cuánto por el español?—preguntó, en cambio.*

—*¿Cómo dices?*

Esta vez, Joshua se dio la vuelta para mirarle directamente a los ojos. El hombrecillo cesó sus intenciones de acercarse, probablemente valorando la altura del contrincante y la fuerza de sus músculos.

—*Le he preguntado qué cuánto pide por ese ejemplar.*

—*No creo que puedas pagarlo, muchacho.*

Notando el barro bajo las botas, Josh dio un paso al frente y luego, otro. Pensó en usar la librea, que llevaba doblada bajo el brazo, pero supuso que no la necesitaría para intimidar a aquel fanfarrón trilerero que poco o nada debía saber de caballos.

—*Lo que crea me es indiferente, señor. ¿Cuánto vale para usted, ese animal?*

Con un gesto dudoso, el hombre señaló el cartel con el precio de los otros animales. Estaba claro que no tenía idea, se dijo Josh, pues la cantidad era desorbitada para ejemplares enfermos, y nimia para uno como aquel que tenía a la espalda, cuya fuerza podía sentir pese a la distancia.

Sin mediar palabra, extrajo unas cuantas monedas de su bolsillo y las lanzó sobre las embarradas tablas que todavía pisaba el vendedor. La mirada de éste recorrió la cantidad que se le había arrojado, mudo de asombro.

—*Considere el pago justo, dado que su conocimiento del negocio deja mucho que desear—exclamó Josh, cruzándose de brazos—, y deme las gracias por no advertir a todo con el que me cruce, que intenta vender caballos enfermos.*

—*¡Cómo te atreves, vil y sucio bastardo!*

—*Bautíceme como guste—dijo Josh, sin amedrentarse—. Poco me importa. Ahora, abra esta valla y enviaré al animal a la propiedad del conde de Holt.*

Estaba claro que si el vendedor pensaba protestar, la mención del título de Andrew disuadió todo intento. Con torpeza, recogió las monedas lanzadas a sus pies y entregó a Joshua una pequeña llave para que él mismo hiciera los honores, así como un documento que llevaba doblado dentro de la chaqueta, por el cual cedía la propiedad del caballo recién vendido.

–Es una mala bestia. Nadie en su sano juicio habría comprado a ese monstruo.

Con una sonrisa displicente, Josh pasó la cuerda a través de la cabeza del animal, que se hizo fuerte sobre las cuatro patas para evitar moverse del sitio. Había señas de los castigos sobre la piel, pero pronto desaparecerían.

–Eso, es lo que su anterior dueño hizo de él.

–Jamás lograrás domarlo, muchacho –decretó el hombre, que no sabía si mostrar alivio o aprensión al ver salir al tremendo equino de las vallas–, te partirá el cuello.

–Ya lo veremos.

Sosteniendo entre las manos la sogá, Josh McKan se alejó a paso firme, satisfecho con el convencimiento de que aquello por lo que trabajaría, era ahora de su total propiedad, algo alcanzado y obtenido con su esfuerzo y su sudor, de lo que no estaba dispuesto a desprenderse.

Nada más ver al animal por primera vez, supo que era un diablo, un ser lleno de fuerza e ira contra los hombres que lo encadenaban y castigaban por negarse a obedecer. Domarlo sería un reto, pero Josh estaba acostumbrado a las empresas difíciles.

–Muéstrame toda tu rabia, amigo –dijo en voz baja, mientras guiaba al animal hacia el mozo que lo llevaría a la propiedad–, tal vez si unimos tu frustración con la mía, obtengamos algo de provecho.

Los vivarachos ojillos castaños la miraban con adoración, estirando aquellos dedos regordetes que intentaban cazar al vuelo las puntas de sus cabellos, entre gorjeos y risitas desdentadas que habría causado debilidad en el hombre de corazón más duro.

Totalmente ensimismada, Victoria pasó la mano por el vientre de Charles Anthony, haciéndole cosquillas y sonriendo al verle patear y removerse hasta que la suave mantita bordada que debía cubrirle de las bajas temperaturas nocturnas quedó totalmente olvidada a los pies de la cuna.

–Ya está bien, pequeño granuja –le susurró, besándolo en la frente con un amor que hasta hacía poco, desconocía ser capaz de profesar–, es hora de dormir.

Victoria empezó a tararear una de las nanas que recordaba de su infancia, aunque estaba segura de que no lo hacía ni de lejos tan bien como Eleanor, en tanto mecía la cuna para que su hijo consintiera por fin cerrar los ojos hasta un nuevo día. Admitía que parte de la culpa de que se hubiera hecho tan tarde sin que estuviera dormido era toda suya, pues tras tantas horas de compras, nada le había apetecido más que pasar tiempo con el pequeño, jugando y dedicándole mimos.

La puerta del dormitorio se abrió y volvió a cerrar casi en el mismo momento en que el niño fue vencido por el sueño. Con sumo cuidado, Victoria volvió a cubrirle con la mantita y se acercó a la zona principal del gran dormitorio de matrimonio que ocupaba para descubrir si el recién llegado era su marido.

–¿Andrew?

Obtuvo como respuesta el sonido de la chaqueta cayendo sobre el tocador, seguido del corbatín. Con mirada expectante, Victoria le vio dejar los gemelos de oro sobre el tocador y remangarse la camisa sobre los antebrazos con gesto cansado.

Harvey, que estaba cómodamente recostado en su almohadón, perpendicular a la cuna, alzó una oreja para interesarse por el estado de su amo. Al ver que parecía saludable desde su punto de vista, volvió a dormir.

–Parece que más que de una cena vengas del frente.

Andrew levantó la cabeza y le sonrió a su mujer, que estaba bellísima con su camisón color crema y el batín de seda abierto cayéndole sobre los hombros. Con paso vivo, se acercó a ella y la besó en la frente, asomándose luego a la cuna y admirando al bebé con un suspiro de resignación.

–Otra noche que no le veo despierto...

–Acaba de dormirse –Victoria empezó a abrir la cama para mantener las manos ocupadas en algo, intentando darle tiempo a Andrew para que contara por sí mismo sus tribulaciones. Lamentablemente, no era una mujer que deslumbrara por su paciencia–, ¿y bien? ¿Cómo ha ido?

Mientras se quitaba los zapatos y sopesaba seriamente ignorar el baño que tanto le apetecía para poder meterse en la cama sin más dilación, Andrew la miró con el ceño fruncido. Después de la cena, Claire le había retenido con la excusa de comentarle algo relacionado con una próxima visita del futuro vizconde Arnold Calvin. Lo que en un principio Andrew pensó que sería solo un intento de convencerle de que tratará bien a aquel joven conocido, empezó a desembocar en algo que todavía hacía que le diera vueltas la cabeza.

–Estoy preocupado por mi hermana, Victoria –dijo por fin–, todo ese asunto de las supuestas intenciones de Calvin...

–Eso es lo que ella teme, pero no puede estar segura.

–¿Por qué sino, iba a venir hasta aquí a visitarla?

–Ambos son partidos deseables –estuvo de acuerdo Victoria–, parece que han trabado amistad. No es imposible que él pretenda tu permiso para un cortejo.

–Y Claire se opone.

Victoria asintió. Parecía que su cuñada le había contado a Andrew toda la historia, incluido su problema con Betina Hildegard y el temor que sentía de que Arnold Calvin se le declarara y comenzara a hacerse ilusiones con una boda que la joven Ferris estaba muy lejos de desear.

–¿Estamos convencidos de que mi hermana no rehúsa solo por evitar herir a su amiga?

–Sin la menor duda.

Andrew se pasó las manos por el pelo, dejándose los mechones, sin fijador, de punta. Después, se desabrochó la camisa, ofreciéndole a Victoria una visión de lo más apetecible que casi la hizo desear terminar pronto con la conversación, por más que deseara servirle de apoyo a su cuñada.

–Veo a Claire tan perdida, Victoria, tan... llena de dudas, de desasosiego.

–Es natural –incapaz de resistirse, se acercó y le acarició los hombros–, es una joven que se enfrenta por primera vez a la posibilidad real de que un hombre esté interesado en hacerla su esposa. Debe sentirse llena de miedo.

–¿Eso fue lo que sentiste tú cuando empecé a cortejarte?

–No, querido. Yo me enfurecía cada vez que te me acercabas.

Con una risotada, Andrew giró sobre sí mismo y encerró a Victoria entre sus brazos. Permanecieron unos minutos así, solo mirándose a los ojos, recordando aquel tumultuoso camino recorrido hasta llegar adonde ahora se encontraban, juntos, felices, creando una familia que pronto crecería.

–¿Qué vas a hacer con la visita del señor Calvin?

–No puedo negarle mi hospitalidad –Andrew apoyó la barbilla sobre la coronilla de Victoria, suspirando–. Aceptaré que venga como un invitado más a la cena que estáis organizando, de ese modo su presencia será menos... llamativa, y Claire no se sentirá tan presionada.

–Sabía que encontrarías la solución.

–Bueno, no cantemos el triunfo todavía, amor. Si me habla de sus intenciones, no tendría razones de peso para negarle que intente cortejar a mi hermana.

–Tienes la razón más importante de todas, Andrew. Ella no le quiere.

–Sí... puede ser –Andrew volvió a suspirar. Su mente era un torbellino de posibilidades, ya que como siempre, trataba de dar respuesta a todo a lo que se enfrentaba–, ¿piensas que ella puede sentir afecto por otro joven?

–Solo sé, Andrew, que no desea las atenciones de Arnold Calvin. El resto, si lo hubiera, pertenece a su intimidad.

Estaba claro que aquellas palabras no tranquilizaban a su marido, Victoria estaba segura. La sospecha de que pudiera existir un hombre habitando en el corazón de Claire, uno por el que se negara a tratar a un joven conocido por la familia Ferris y de referencias deseables, empezaba a anidar en su interior.

–Crees que no está segura de lo que siente y que puede estar echando a perder una oportunidad –le dijo, intentando adivinar sus pensamientos.

–Creo que es una muchacha muy joven que debe darse tiempo y conocer a las personas antes de rechazarlas –con cuidado, soltó a Victoria y la besó en la mejilla–, no la presionaré, pero si de verdad se da el caso en que deba tomar una decisión, le exigiré motivos firmes para esa negativa.

–Estoy segura de que si Arnold Calvin llega a tanto, ella misma los expondrá.

–Pareces muy segura de los sentimientos de Claire.

–Nada más lejos –Victoria hizo resbalar la camisa por los hombros de Andrew, viendo inmediatamente como sus ojos centelleaban de pasión conforme los dedos cálidos de su esposa le acariciaban la piel desnuda–, pero me pareció muy segura de lo que decía.

–Así que... según tu experta visión, no tengo de qué preocuparme.

–Querido, tienes muchos asuntos de qué preocuparte –Victoria sonrió, poniéndose de puntillas para rozar sus labios con los de Andrew–, pero dudo que Claire sea uno de ellos.

–Tú, en cambio... –con gran agilidad, Andrew tomó en brazos a Victoria, que lanzó una risilla que apenas pudo contener–, eres la primera de la lista en cuanto a temas de los que ocuparme.

–¿Y vas a demostrármelo? –le susurró ella, coqueta.

Por toda respuesta, Andrew emprendió el camino a la cama, empezando a recorrer ya el cuello de su esposa con besos húmedos que la hicieron temblar de anticipación.

Aunque Josh se juró a sí mismo que solo se acercaba al dormitorio de los lacayos para buscar ropa limpia con la que poder asearse antes de volver al establo, lo cierto era que a su pesar, sentía curiosidad por el estado de Caroline.

Después de volver del pueblo no había tenido tiempo de preguntarle a Gilly si había habido algún cambio. Inmediatamente después de ayudar a descender del carruaje a las señoras, se encontró recibiendo al ruano que acababa de comprar, y que ya estaba acomodado en uno de los cubículos vacíos de los potreros. Meterlo y retirarlo le había sido, con mucho, el trabajo más extenuante que Josh había realizado desde hacía mucho tiempo, incluyendo las obras de reparación de la casa del capataz.

Había tenido que estar concentrado en extremo, atento a cada sonido y gesto para que el animal no lo interpretara como una ofensa o intento de castigo. La manera de acercarse, de tocarlo, incluso la postura que Josh había mantenido durante todo el tiempo que había estado cerca, era estudiada. Aun faltaría tiempo antes de que el animal confiara en él lo suficiente como para permitirle montarlo libremente, pero ese día llegaría, estaba seguro.

Notándose los músculos agotados, pero con la sonrisa inconfundible en los labios que solo el placer del trabajo bien hecho podía darle, cruzó la cocina, que ya estaba vacía a aquellas horas, y recorrió el pasillo hasta el dormitorio que ahora pertenecía solo a Gilly. Recordándose ese hecho, llamó con los nudillos, mientras se frotaba la nuca agarrotada y anhelaba el momento de meterse en su jergón y dormir.

—Vaya mala pinta traes, amigo —fue el saludo que su compañero le dedicó, tras una mirada escrutadora—, sé que hay polvo en el camino al pueblo, pero podrías haberlo dejado allí.

—Ahora me asearé —con pasos lentos, Josh entró a la habitación, que estaba parcamente iluminada por un par de velas. El bulto sobre la cama, que apenas se movía, captó su atención—, ¿cómo está?

Gilly, que lucía ojeras y tenía el rostro de ese tono pálido que acompaña a las personas que pasan muchas horas cuidando de enfermos, dejó caer los hombros. Con pesar, negó con la cabeza, señalando un cuenco medio lleno que reposaba sobre la mesilla.

—Apenas pasa bocado y me temo que con las medicinas que tenemos al alcance, poco podemos hacer.

—¿Sigue teniendo fiebre?

—Y los sudores parece que van a peor... claro que la miro con tanta atención que quizá lo estoy imaginando —con cansancio, se dejó caer sobre la cama libre—, apenas aguanta despierta, Josh.

—Mi abuela siempre dice que ante la enfermedad lo mejor que puedes hacer es dormir.

—Pero es que si al menos comiera...

—Lo hará cuando tenga hambre.

—No sé, Josh... no sé.

Sin saber qué poder decir, McKan se limitó a dejar caer su pesada mano sobre el hombro de Gilly, presionando ligeramente para intentar reconformarlo. Él no había querido saber más sobre el tema, y todavía consideraba que su participación en los asuntos relacionados con Caroline había tocado su fin en el momento en que la había trasladado del burdel a la casa del conde. No había más que pudiera ni quisiera hacer.

Pero por otro lado... le era imposible no estar preocupado, viendo la manera en que su amigo sufría y penaba por aquella muchacha a la que tal vez, nunca conocía llena de vitalidad y salud. Puede que en un principio no hubiera querido entender que una persona libre de toda atadura como era Gilly, hubiera decidido hipotecar sus escasas horas de descanso en el cuidado de una desconocida, solo por un sentimiento recién nacido al que había querido llamar amor.

Ahora, sin embargo, pasado un poco de tiempo y viendo cómo se desarrollaban las cosas, Josh estaba convencido que de ser Claire quien estuviera postrada en cama, ninguna fuerza de la naturaleza habría podido arrancarle de su lado.

Ni siquiera la misma muerte.

—Me ha estado apretando la mano —susurró Gilly, sin venir a cuento—, conforme yo le hablaba, ella... sé qué piensas que es una tontería.

—No lo pienso —confesó Josh, sintiéndose incómodo por haber dado una imagen tan fría—, me parece que es la manera que ella tiene para hacerte entender que sabe que estás ahí, ayudándola.

—¿Estás seguro? ¿De verdad lo crees?

De ninguna manera habría podido arrebatar a aquella mirada esperanzada la poca luz de ilusión que le quedaba. Forzando una sonrisa, Josh asintió.

—Cuando despierte, ella misma te lo dirá.

El suspiro que emitió Gilly le dijo a las claras que no estaba seguro de que aquello fuera a suceder pronto. En todo el tiempo que hacía que se conocían, Josh no recordaba haberle visto nunca tan desanimado. De hecho, Gilly era un hombre que podía sacar el lado positivo a cualquier situación, o al menos, lo había sido, hasta que aquella mujer de dudosa reputación y que luchaba por su vida, le había robado el corazón.

—Deberías dormir un rato, estás rendido —aconsejó Josh.

—Un par de horas, mañana temprano quiero terminar de arreglar los accesos a tu casa.

—Olvidate de eso, puede esperar —Joshua se dirigió al armario y tomó la muda limpia que en un principio había ido a recoger—, ya lo haré yo. Puedo quedarme el tiempo que haga falta en el establo, ya lo sabes.

—Algún día tendrás que ser una persona normal y hacer vida en una casa, Joshua —a pesar de la situación, Gilly sonrió—, sobre todo, si tienes esperanzas de compartir tu tiempo libre con... compañía femenina.

—Este es mi lugar de trabajo —y como había sonado a reproche, Josh sonrió—, además, parece que la única mujer con la que voy a pasar tiempo es tu doncella en apuros.

—¿Qué quieres decir? ¿Vas a cuidarla? —Josh asintió—, ¿pero no habías dicho...?

—Digo muchas cosas. Ahora acuéstate y duerme un rato, el conde puede necesitar enviarte a algún recado y debes estar en condiciones. Vendré temprano y estaré con ella.

—Joshua... no tengo como agradeceréte.

—Aún queda madera podrida en la casa del capataz.

Compartieron una carcajada que hizo que las facciones de Gilly retomaran un poco de color. Satisfecho, aunque en un principio no pensaba relacionarse con Caroline más de lo que ya lo había hecho, Josh le devolvió el gesto, sintiendo que parte de ese peso que siempre cargaba, se había disipado.

No estaría mal que por una vez, alguien lograra ser feliz con la mujer que quería, pensó, aunque no fuera a pasarle nunca a él.

—Oye... —Gilly se rascó la cabeza, volviendo a escrutarlo con la mirada—, incluso contando el polvo del camino... ¿cómo es posible que estés tan sucio? Y hueles a bestia. Más que de costumbre, por cierto.

La sonrisa de Joshua fue tan genuina, que Gilly tuvo que abrir los ojos como platos para poder reflejar su impresión.

—Verás, amigo, me he comprado un caballo.

—¿Qué? ¿Un caballo dices?

Josh asintió, vertiendo agua sobre la jofaina y lavándose con ahínco la cara, brazos y el pecho recién desnudo, pretendiendo tardar lo menos posible para dejar descansar a Gilly e intentar hacer él lo propio.

—¿Y qué piensas hacer con él?

—Domarlo, principalmente —respondió, quitándose la coleta—, así quizá me deje acercarme sin querer arrancarme un brazo de una coz.

—Imagino que luego pretenderás montarlo —su amigo afirmó con obviedad—, ¿y no te habría sido condenadamente más simple pedir prestado un caballo al conde? Nunca nos los ha negado.

—No Gilly, no sería más simple. Yo no quiero montar un caballo del conde, quiero montar mi propio caballo, ¿entiendes? Un caballo del que sea dueño.

—Necesitas una mujer.

Gilly no imaginaba cuan acertado había estado, pero como Joshua no pensaba explicarle los profundos sentimientos de anhelo que le provocaba no poder tener a

Claire, y como el comprar a aquel animal le ayudaba a sentirse menos impotente, decidió zanjar la conversación con un encogimiento indiferente de hombros.  
-Pues de momento, va a tener que alcanzarme con el caballo.

Después de otra noche prácticamente en vela, Claire había logrado componer unas líneas lo bastante decentes como para que el lacayo que iría a Londres aquella mañana con la primera tanda de invitaciones para la cena, pudiera hacérsela llegar a Betina. Con los dedos cruzados, esperaba que sus explicaciones en lo referente a la próxima visita de Arnold Calvin a la casa de su hermano sirvieran, sino para normalizar las cosas entre su amiga y ella, al menos, para que no empeoraran.

Una vez entregado el sobre, Claire acudió al comedor, donde ya aguardaba su madre, y se sorprendió al ver que el enorme despliegue dispuesto para el desayuno hacía rugir su estómago con renovados bríos. Quizá, todo el estrés superado por no saber cómo enfrentar la situación iba a permitirle por fin disfrutar de una comida copiosa con la que recuperar las fuerzas que había perdido desde su llegada a Kent.

Tras haber hablado con su hermano y teniendo la promesa de Andrew de que Calvin no podría considerar su estancia en la casa como nada más que una cortesía dada a todos los invitados a la cena que Joanna y Victoria estaban organizando, Claire empezaba por fin a respirar con algo de tranquilidad.

Estado que por supuesto, perdía por completo al recordar sus últimos encuentros con Josh.

Resultaba evidente que las veces en que se veían al abrigo de la noche eran los momentos en que más sinceros se volvían, mostrándose incapaces de contener sus sentimientos. Dejando de lado la visita a Chartham, donde el solo contacto con la mano de Joshua para ayudarla a subir al carruaje casi había hecho que Claire se desplomara a los pies de su cuñada, aquel momento oculto, ante la entrada que daba a las habitaciones de los empleados, permanecía vivo y fresco en su memoria, robándole el sueño por las noches y haciéndola sentirse temblorosa y asustadiza durante la vigilia.

Claire había creído que ya conocía los besos de Josh, fuertes, rudos, como un torrente de agua salada que salía despedida tras haber reventado el dique tras el que el joven capataz escondía su pasión. Pero se equivocaba. Con él, la vida siempre sería un misterio, una constante sorpresa sin fin. Cada vez que la tocaba, que la besaba y dejaba después, Claire se llenaba de sentimientos y sensaciones nuevas, descubría capas ocultas en Josh, más profundas y atractivas.

¿Cómo superar aquel anhelo, aquella constante sensación de frustración, de acción inacabada, si cada roce de sus pieles les abría un nuevo mundo todavía por explorar?

Estaba convencida de que ni aun viviendo el resto de su vida junto a él, gozando de sus atenciones, teniendo su amor, llegaría nunca a experimentar en totalidad todo cuanto Joshua McKan tenía para ofrecer.

El saber que ni siquiera podría intentarlo, que quizá aquellos besos robados, llenos de ira y coraje iban a ser los últimos que compartieran, la llenaban de una pena que empezaba a ser imposible de esconder para su familia. Llegaría el día en que plantearían cuestiones abiertamente, y ella tendría que mentir una y otra vez, aceptar un esposo y vivir una existencia cargada de suspiros que se llevaría el viento, preguntándose cómo podría haber sido su vida de haber tenido el valor necesario para vivirla sin conformarse.

Pero, ¿para qué luchar? Solía decirse en los momentos de más angustia, Joshua nunca lo haría. Lo había dejado claro. Su deseo por ella parecía ser tan fuerte como la determinación de no tomarla que se había impuesto.

–¿Claire? –Joanna la zarandó suavemente, mirándola con las cejas fruncidas–, querida llevas varios minutos sosteniendo esa bandeja, ¿vas a tomar un panecillo o no?

–Intentaba decidir cuál –sonrojada, Claire dejó un esponjoso dulce en su platito y devolvió la bandeja de plata a la mesa–. Son todos tan apetitosos... la cocina de Josephine no puede compararse con ninguna otra.

–En eso estoy totalmente de acuerdo contigo –asintió Joanna, que rellenó su taza de té con unos dedos tan elegantes como alas de mariposa–, pero ocultémoslo a nuestra cocinera de Londres.

Claire se mostró conforme y tomó el cuchillo y la mantequilla para untar generosamente el panecillo y rellenar así las costuras de sus vestidos, que empezaban a soltarse de sus caderas a causa de la falta de apetito que había mostrado en los últimos días. Dedicando a su tarea más atención de la que ésta precisaba, no se dio cuenta de que Victoria y su madre, Eleanor Linton, acababan de entrar al comedor cogidas del brazo.

Rápidamente, la condesa viuda levantó la cabeza y miró a su nuera con expectación. Victoria, que iba vestida de forma simple pero impecable, con una falda de un beige muy suave y una blusa abullonada blanca, lucía en el rostro la expresión de quien vive en una perpetua mortificación.

Cuando se sentó a la mesa y sacudió la servilleta de hilo para dejarla sobre su regazo abultado, lo hizo con tal fuerza que incluso Eleanor, poco dada a corregir normas de protocolo, la miró con seriedad.

–Vicky... mi vida...

–¡Era totalmente innecesario, madre!

La señora Linton, acalorada, sacó el abanico de una de sus mangas y se apresuró a sentarse junto a Joanna, que ya estaba ofreciéndole un té dulce para que aplacara sus nervios.

–Deduzco que el doctor Corentin no ha encontrado motivo alguno para dar pie a los temores de Andrew –comentó la condesa viuda, con tiento.

–Vicky se encuentra perfectamente –asintió Eleanor, sonriendo–, su condición avanza según lo previsto. Tiene una salud excelente.

–Tal como me dijo a principios de esta semana –masculló Victoria, que abrió un panecillo con tanta fuerza que hizo salir disparada una de las rebanadas–, perdón.

–No tiene la menor importancia, querida.

Masticando cuidadosamente su desayuno, Claire iba moviendo la cabeza de un lado a otro de la mesa, esperando hacerse con una visión global del problema. Desde luego, parecía evidente que el doctor de la familia, que últimamente parecía vivir bajo el mismo techo que los Ferris, había tenido que volver a examinar a Victoria mucho antes de lo que la práctica usual hacía necesario.

Sin duda, por exigencias de su hermano, que vivía aterrado con que a su esposa le sucediera algo que, al parecer, solo él era capaz de imaginar.

–¿Por qué motivo ha vuelto a verte el doctor, Victoria? –preguntó Claire por fin, decidida a despejar sus dudas.

–Según tu hermano... ese vil tirano... no gana el peso suficiente.

Claire enarcó una ceja, fijando la vista en el remarcado busto y las caderas redondeadas que su cuñada empezaba a exhibir. Ella no la había visto más que una vez en su anterior embarazo, cuando el matrimonio había viajado a Londres para celebrar el cumpleaños de Joanna, y en ese momento, el estado de Victoria estaba más avanzado, por lo que su tamaño era razonablemente superior al que lucía ahora.

Enarcando una ceja, Claire se preguntó cómo era posible que su hermano viviera este segundo embarazo con mucho más pavor de lo que había sido el primero, donde incluso había estado de acuerdo con un viaje en carruaje que duró varias horas.

–¿Y no supone Andrew que conforme avance tu estado...?

–Eso es exactamente lo que el doctor, bendito sea, le ha intentado explicar –dijo Eleanor, cuyas mejillas estaban sonrojadas–, por lo menos en esta ocasión, milord ha tenido a bien esperar fuera mientras Vicky era revisada.

–¿Normalmente permanece contigo en la alcoba? –incluso Joanna, que era una mujer moderna en muchos sentidos, abrió profundamente los ojos.

–Y no en silencio y sin estorbar, precisamente –adujo Victoria, aunque daba la impresión de que aquello no la molestaba del todo–, aparte de las miradas amenazantes que dedica al doctor Corentin cuando comienza la exploración, se permite hacerle apreciaciones para que mejore su trabajo.

–Los hombres... creen que pueden controlarlo todo en lo que a sus mujeres se refiere.

–Humildemente creo que debería tomarlo con calma –le dijo Eleanor a Joanna, con mucho tacto–, o terminarán enfrascados en una lucha sin cuartel.

–Creo que tienes mucha razón.

–Por mi parte, pienso exigir que el próximo heredero al condado salga de su vientre –rezongó Victoria, ganándose sonrisitas de simpatía por parte de las otras mujeres–, entonces yo me encargaré de torturarlo.

–Dudo que Andrew pudiera con semejante empresa.

–Oh, cuñada... tu hermano es muy capaz –Victoria sonrió, como guardándose una información valiosa para sí misma–, de eso no te quepa duda.

–Hablaré con él. Como madre y condesa viuda –decidió Joanna, por fin–, le ordenaré, si hace falta, que deje en paz al bueno de Corentin, al que por cierto, alguien debe agradecer el que se haya trasladado hasta aquí tan deprisa.



Algo en la mente de Claire pareció cobrar vida. Con dedos temblorosos, se llevó el chocolate a los labios y fingió soplar la bebida caliente y sorber con cuidado el contenido de la taza de porcelana mientras pensaba a toda velocidad, atando cabos que se le habían estado resistiendo.

Durante varios días, pese al nerviosismo inicial que le suponía enfrentar a Josh después del momento íntimo compartido (sabía Dios como había acabado el que habían tenido en el establo), no había hallado manera de acercarse a él con un pretexto lo suficientemente fuerte como para que no pudiera desembarazarse de ella.

Ahora, de forma repentina, parecía que la angustia perpetua que su hermano sentía por la salud de Victoria y el hijo que esperaban iba a darle la solución.

—Madre —dijo de pronto, intentando aparentar indiferencia—, si estás de acuerdo, acompañaré al doctor Corentin cuando vaya a retirarse. Estoy segura de que tendrá pacientes que atender y sería educado que alguien de la familia agradeciera su ayuda.

—Ese es un gesto muy educado, hija, pero imagino que tu hermano se ocupará personalmente.

Claire estuvo a punto de maldecir su suerte, pero entonces, Victoria reabrió la esperanza y dio una nueva oportunidad a su recién fraguado plan.

—Me temo que Andrew va a estar ocupado todo el día. Al parecer ha recibido una carta esta misma mañana, del duque Waldon Ozma, en términos... nada agradables —la condesa hizo un mohín, y en su mirada dejó de estar presente toda diversión y molestia fingida por las atenciones de su marido, dando paso a una preocupación verídica que a nadie pasó desapercibida.

—¿A razón de los cultivos de la zona norte? —inquirió Joanna. Su nuera asintió—, ¡no es posible! ¿Acaso no ha sido mi hijo claro y cortante con su negativa de entregar tan valiosa tierra para la cría de caballos?

—Absolutamente —Victoria dejó la servilleta a un lado. Había perdido el apetito—, pero la respuesta del duque es férrea. Insiste y no parece dispuesto a claudicar. Ha invertido en los terrenos vecinos, y estos pierden valor sin las hectáreas que Andrew se niega a venderle.

—¡Jesús! —Eleanor aumentó la velocidad del abanico, sintiendo que se ahogaba—, ¿cómo se atreve? ¡En contra de los deseos del conde...!

—Andrew lo solucionará, estoy segura —Victoria mostró toda la seguridad de que fue capaz—, pero no estará disponible en varias horas, me temo. Ha hecho llamar a su abogado y asesor y lleva con ellos en el despacho de arriba desde bien entrada la mañana.

—Bien, no se le molestará entonces —Joanna dirigió a Claire toda su atención, reorganizando de forma inmediata todos sus planes—, querida, tu ofrecimiento de acompañar al doctor Corentin al carruaje que le llevará de vuelta a su casa es más que bien recibido. Te entregaré sus honorarios, para que su trabajo sea recompensado.

—Me encargaré enseguida, madre —atestiguó Claire, que ya estaba levantándose de la silla.

Esperó con paciencia a que Joanna terminara su té y luego la acompañó a la biblioteca de la planta principal, de donde se tomó el pago para el médico que Andrew había estipulado. Después, Claire aceptó el brazo que Corentin le ofrecía y recorrió con él todo el pasillo hasta el porche central, escuchando con suprema atención todas las opiniones y creencias que el anciano médico tenía que decirle sobre el estado de salud de Victoria y los temores, infundados en su opinión, que estaba sufriendo Andrew.

—En todos mis años de servicio, y han sido muchos, señorita Ferris, pocas veces he visto un padre tan temeroso de los asuntos incontrolables de la naturaleza como milord. Y más, teniendo en cuenta que el que viene, es su segundo hijo. Uno esperaría que estuviera más versado en estos temas.

Claire asintió con la cabeza. Y siguió haciéndolo conforme el médico expresaba su seguridad de que la actitud de Andrew solo podía explicarse por el profundo amor que profesaba a la condesa. Todas las mujeres en estado estaban en peligro, le dijo, desde las campesinas hasta las nobles, pero en el caso de Victoria, poco había que temer dada su fuerza y robustez, por no hablar de que no habían existido problemas en el primer parto por lo que cabía esperar pocas sorpresas.

—Estoy convencido de que traeré a este mundo un bebé sano, grande y despierto, tal como ya hice con el heredero de milord —culminó el doctor, ya al pie del carruaje—, entretanto... sobrelevaremos los temores del conde de la mejor manera posible.

—Me temo que no sosegará hasta que la criatura rompa a llorar —dijo Claire, con una sonrisa—. Doctor Corentin... antes de que se marche... ¿me permite pedirle un pequeño favor?

El hombre le hizo una suave reverencia, retirándose el sombrero que ya se había calado en la cabeza. Con las palmas de las manos ligeramente húmedas, Claire tomó aire, esperando que todo el planteamiento que había hecho para exponer la cuestión, saliera tal como esperaba.

\*\*\*

Cuando la jornada tocó a su fin, sorprendió a Joshua todavía con las botas metidas en medio del barrizal que empezaba a tomar forma en la zona sur de los cultivos. Los trabajos de limpieza y preparación del terreno y las zanjas habían vuelto a ponerse en marcha tras la muerte de Greyson, aunque por supuesto, las cosas eran ahora muy diferentes.

Aquella mañana, cuando Josh se dirigía a echar un vistazo a los animales, se había topado de frente con un grupo de hombres, armados con azadas y rastrillos, que esperaban por él. Confuso, había preguntado con brusquedad el por qué no estaban ya trabajando, y uno de ellos, a todas luces el cabecilla de los jornaleros, le había respondido con unas palabras para las que Josh no habría podido prepararse jamás.

—Esperamos sus órdenes.

Durante unos minutos, los hombres y Joshua se habían mirado en silencio, midiéndose desde la situación actual. Aunque habían trabajado juntos en el pasado, la posición de Josh era ahora distinta, y si bien antes había hecho apreciaciones que Greyson había aceptado, ahora todo el peso de las decisiones recaía directamente sobre sus hombros. Debía organizar el plan de trabajo, asegurarse de que todos tuvieran claras sus funciones para evitar perder el tiempo, y dejar el terreno listo y acondicionado para la siembra.

Con paso vivo, se había remangado la camisa y echado a andar hacia el sector sur, seguido por los empleados del conde, que aguardaban con suspicacia los posibles cambios que aquel joven recién ascendido pudiera establecer. Le conocían lo bastante para saber que era un buen trabajador, pero existían hombres a quienes el poder echaba a perder, y estaba por verse de qué pasta estaba hecho el nuevo capataz.

Tan pronto llegó a las zanjas, Josh se metió dentro de una de ellas, tomó las herramientas y empezó a cavar, a pesar de que las pulcras hileras estaban todas preparadas conforme a las medidas que se les había dado a los trabajadores semanas atrás, cuando se decidió utilizar aquella parte de las tierras para el cultivo.

En un silencio solo roto por los golpes precisos que Josh daba a la tierra, los trabajadores vieron con asombro como el agujero se hundía al menos un pulgar más. Cuando Joshua levantó el pico que había utilizado, el borde estaba húmedo.

—Las zanjas tienen que ser más profundas —decretó, pasándose el antebrazo por la frente para secarse el sudor—, hay humedad natural debajo de esta tierra, y si queremos que el abono y las semillas agarren, debe ser fácil de manejar.

Los murmullos no se hicieron esperar. Desde luego, aquel no era el mecanismo que habían empleado en el sector norte, donde los resultados eran tan buenos que todos los presentes comían y vivían de la recogida de frutos sin mayores inconvenientes. El jornalero que hacía las veces de portavoz, dio un paso al frente, dispuesto a expresar a viva voz las dudas de sus compañeros.

—En la otra zona mojamos la tierra cuando estuvo preparada. Funcionó muy bien.

—Es cierto —convino Josh, con medio cuerpo metido dentro del barrizal, que cada vez era más amplio—, lo que supuso el doble trabajo de preparar la tierra y acarrear el agua para empaparla. De aprovechar la humedad natural del terreno, eso supondrá un ahorro de trabajo y también, de agua —explicó, con calma, pues era poco dado a poner palabras a sus acciones—, después, si hace falta, igualaremos el resto del terreno para que el cultivo no quede demasiado enterrado.

Nuevos cuchicheos llenaron la ladera. Josh apretó la mandíbula, diciéndose que aquel nuevo orden de las cosas, donde tenía que explicar el por qué y para qué movería cada piedra iba a ser una pérdida de tiempo. Puede que aquellos hombres, acostumbrados al trabajo metódico y a la forma de hacer las cosas que Greyson tenía, nunca estuvieran de acuerdo con sus ideas, lo cual llevaría a problemas, retrasos en la plantación e innumerables pérdidas de tiempo que le impedirían ocuparse del resto de sus asuntos.

Y probablemente, provocarían que Andrew le apartara del puesto de capataz, donde, para empezar, nunca tendría que haberle metido.

—¿El conde está de acuerdo? —cuestionó el jornalero, haciendo callar las voces a su alrededor.

–El conde confía en mi criterio –contestó Joshua, armándose de paciencia y recordando que, como él, aquellos hombres solo miraban por el pan que llevarían a sus familias–, y no es un cambio que hago a la ligera. Lo he estudiado. Y estoy seguro.

El jornalero asintió con la cabeza, tomó otro pico y saltó a la zanja donde estaba Josh. El acto conciliador fue rápidamente imitado por el resto de empleados, que llenaron las zanjas armados con sus enseres de trabajo, sin una sola réplica más que añadir.

–Ya habéis oído al capataz –espetó el hombre–, esta tierra es rica en agua por sí misma, ¡encontrémosla!

Con el pecho lleno de una satisfacción que pocas veces en su vida había experimentado, Joshua pasó prácticamente toda la jornada con el barro a la altura de las rodillas, trabajando codo con codo con aquellos hombres con los que antaño había sudado, discutido y reído en condiciones de calor o enfermedad. Hubo comentarios jocosos y palabras malsonantes cada vez que algún canto se interponía entre el pico y el subsuelo húmedo, pero con el paso de las horas, el barro empezó a aparecer, y los vótores de quienes habían peleado por él, le dieron la bienvenida.

Cuando salió de la zanja, con los músculos en tensión y la suciedad cubriéndole la ropa, Josh se sintió realizado ante lo que veía. Por fin, había podido llevar a cabo una idea para mejorar el sistema de cultivo de la propiedad del conde sin tener que rogar ante ningún superior para que si quiera la considerara. Si salía mal, todo el peso de la responsabilidad recaería sobre él, y quizá se ganara por ello la enemistad de aquellos hombres que ahora le seguían y obedecían con el respeto que solo tiene un líder cuyas ampollas pueden medirse con las de sus trabajadores.

Pero si todo iba tal como esperaba... entonces demostraría que bajo su fachada había mucho más de lo que parecía. Demostraría que era válido para aquel puesto que en principio ni siquiera había querido. Demostraría que era capaz de hacer que algo que brotaba de su mente y daba forma con sus manos, saliera adelante.

Demostraría que era un hombre capaz.

Y para alguien como él, acostumbrado a la renuncia y la pérdida, aquella idea lo cambiaba todo.

Con la mente completamente llena de nuevas ideas y el amplio horizonte de posibilidades a su alcance, Josh se lavó en el abrevadero del establo que solía usar para su aseo personal cuando no acudía a las habitaciones principales de los lacayos, se cambió de ropa y decidió que iría a ver a Gilly antes de tomar algo para cenar. Aquel día, su amigo había estado ocupándose de la casa del capataz y los caballos mientras él lo hacía de los cultivos, de modo que le daría unas buenas horas de descanso en tanto él vigilaba el sueño imperturbable de Caroline.

Tal vez podría usar la mesita de la habitación para dar forma a una nueva máquina de riego en la que había estado pensando, y así lograría vencer el cansancio que sin duda, le inclinaría hacia echarse a dormir en una cama mullida de sábanas limpias.

Si hacía más óptimo el trabajo en el campo, los resultados no solo serían mejores, sino que los hombres tendrían unos conocimientos nuevos que ampliarían sus fronteras de trabajo y él, contaría con tiempo libre para poder ocuparse del caballo que acababa de comprar, y cuyas coques contra la puerta del cubículo del establo donde permanecía, le recordaban que no podría mantenerlo encerrado y privado de correrías demasiado tiempo.

–¡Joshua!

Perdido como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que había cruzado ya el pasillo de piedra hacia las habitaciones. Estaba justo delante de la suya, cuando la voz de Gilly le devolvió al presente. El muchacho estaba pálido y nervioso. Sus hombros bloqueaban la entrada, por cuyo resquicio entreabierto se atisbaba una ligera luz procedente del interior.

–Parece que hayas visto a un muerto levantarse de la tumba.

Josh hizo el comentario sin percatarse de que podría sonar cruel, dado el estado de salud de Caroline. Por un segundo, temió que ésta hubiera perdido la lucha contra la enfermedad y por eso, Gilly tuviera aquel semblante desangelado. Se le puso de punta el vello de la nuca, pero el muchacho sonrió quedamente, librándole de sus temores.

–Anda, vete a comer algo y duerme un poco. Yo me quedaré.

–No... no hace ninguna falta –informó el lacayo, que aún le cortaba el paso–. Debes estar agotado de todo un día en los campos.

–A punto de romperme en pedazos, pero un trato es un trato. Me encargaré esta noche.

Intentó franquear la puerta, pero Gilly reafirmó su posición y le hizo dar un paso atrás. Empezando a fruncir el ceño, Joshua se cruzó de brazos, haciendo que los músculos se le apretaran contra la tela de la camisa.

–¿Qué demonios has hecho, eh?

Tal vez una buena mentira, pensada detenidamente, habría podido ayudar a Gilly a salir de la tormenta que se le avecinaba. Pero lamentablemente, nunca había sido un buen mentiroso y pensar excusas con rapidez, no estaba dentro de sus muchos talentos.

Josh solo tuvo que dar un único paso al frente para que el lacayo se derrumbara por fin.

–¡Lo siento mucho, Joshua! No ha sido culpa mía, lo juro. Ya sabes que tengo mucho sentido de la propiedad y respeto, y por supuesto, sabía que esto no estaba bien, ¡sé que no es nada correcto! Pero estaba tan desesperado, amigo... ¿qué iba a poder hacer yo? ¡No podía negarme!

–¿De qué estás...? –toda paciencia perdida, Josh dio un empujón a Gilly, haciéndole tambalear–, ¡quita de ahí de una vez!

Por fin, la entrada al dormitorio quedó liberada y Joshua pudo pasar al otro lado. Apenas anduvo unos pasos antes de quedarse estático justo donde estaba, pues la visión que tuvo frente a él, le imposibilitó todo movimiento.

Claire estaba allí, sentada junto a una adormecida Caroline, con un delantal cubriendo su vestido y un cuenco de sopa en la mano. La mesilla de noche, ocupada ahora por una palangana de vidrio llena con agua y hielo, estaba colmada de frascos de distintos tamaños, así como de trapos doblados con pulcritud y varios enseres de aseo como peines y jabones.

Con un mechón castaño cayendo tentador sobre su frente, Claire giró el rostro y miró con el mentón muy alto hacia Josh, retándole a decir una sola palabra en voz alta. Él permaneció mirándola, mudo e inmóvil, como si aquel fantasma que había acosado a Gilly rato antes, se le hubiera aparecido ahora a él.

–Si vas a quedarte ahí sin nada que decir, más te vale ser útil –le dijo Claire, volviendo su atención la enferma–, empieza a mojar esos trapos. Debemos bajarle la fiebre.

Durante lo que pudieron ser varias horas, Joshua se limitó a empapar trozos de lino en la palangana de agua fresca y dejarlos en las capaces manos de Claire, que iba cambiándolos paulatinamente de la frente de Caroline.

Sin decir una palabra, Josh contempló como la enferma entreabría los ojos de cuando en cuando, mostrando unas pupilas de color verdoso que miraban a aquella desconocida que tantos cuidados le procuraba con un agradecimiento que iba más allá de cualquiera palabra que hubiera podido pronunciar. Con paciencia extrema, Claire fue dándole cucharadas de sopa, secando las comisuras de sus labios y humedeciendo la frente febril sin perder en ningún momento la sonrisa.

Luchando con el enfado que se abría paso dentro de él, Josh escuchó la voz suave de Claire conforme ésta narraba a Caroline escenas de su niñez en Kent, disputas con su hermano cuando éste no era más que un muchacho, los cambios que supuso en su vida trasladar su lugar de residencia a Londres cuando Andrew hubo de cursar sus estudios, la muerte de su padre, del que conservaba bellos recuerdos que le retrataban como a un hombre cercano y devoto de su familia, y un sinfín de momentos más que Joshua estaba seguro a Caroline no debían serle de ningún interés, pero que escuchaba con atención.

La voz calma de Claire, sus atenciones y cuidados, sirvieron para que la joven Caroline tomara casi todo el cuenco de sopa, y cuando su cuerpo estuvo lo bastante fresco, cayó en un sueño mucho más apacible de los que había tenido hasta el momento.

En ese instante, cuando Claire estaba levantándose de la cama y desatando el delantal que llevaba para cubrirse el vestido, Gilly hizo su aparición, portando una bandeja con un panecillo y un plato de sobras que dejó sobre el escritorio. Con las orejas completamente coloradas, se retorció las manos, sin saber si mirar a Claire a los ojos o lanzarse a sus pies para besarlos con devoción.

–Señorita Ferris... si hubiera palabras, las pronunciaría todas.

–Me ha gustado mucho ser de utilidad, Gilly. El único agradecimiento que preciso es ver que Caroline parece encontrarse algo mejor.

Josh, que se había entretenido doblando los paños de lino para evitar tener las manos ociosas, frunció el ceño. Desde luego, tan solo unas horas antes, no habría apostado un solo céntimo a que aquella pobre mujer hubiera sobrevivido una noche más, pero ahora... estar en manos de Claire bien podría ser suficiente para que un moribundo se levantara de la cama, de eso estaba seguro.

Conocía a la señorita desde que no era más que una chiquilla de largas trenzas y cuerpo delgado, pero esa tarde, por primera vez, la había visto de modo distinto. Claire era piadosa, comprensiva, una mujer llena de cariño y afecto que dar, sin prejuicios, a la que no le importaba entregar su tiempo en favor de otros menos favorecidos.

Siempre había sabido que era buena, que hacía obras de caridad y mostraba humildad ante los que no habían nacido con una cuchara dorada entre los labios, pero Josh solía pensar, en sus vanos intentos por bajarla de aquel pedestal donde ella sola había trepado, que lo hacía solo por obligación, por una crianza impuesta por sus padres. Se había equivocado completamente. Claire Ferris era una mujer con muchas más cualidades de las que él mismo, que veía por sus ojos, podría haberle otorgado jamás.

Pero también era descuidada, insolente y no tenía ningún reparo en mezclarse en ambientes en los que no solo su reputación corría peligro, sino también su salud. Algo que no pensaba perder ocasión de hacerle saber.

–Ahora dormiré unas cuantas horas –le decía ella a Gilly, ajena a que las iras de Josh estaban en plena ebullición–, cuando despierte, debes darle una cucharada de esos polvos blancos, mezclada con agua.

–Una cucharada en agua. Sí, señorita Ferris, no se preocupe.

Claire le dedicó una sonrisa suave, acariciándole suavemente el hombro con aquella mano tierna que era capaz de mantener a raya a la muerte. Josh se sintió celoso hasta tal punto, que se preguntó por qué jamás había caído enfermo, aunque solo fuera para gozar de aquellas íntimas atenciones.

–Si se mantiene la fiebre baja, toma la quinina y se alimenta con regularidad, la enfermedad empezará a ceder.

Incapaz de resistirse, Gilly tomó la mano de Claire y la besó repetidamente, murmurando su agradecimiento de forma tan repetitiva que la muchacha acabó por echarse a reír.

–Es usted un ángel, señorita Ferris. Un ángel del cielo que tenemos la suerte de poder ver y tocar...

–Muy bien Gilly, ya está bien. Aparta, ¡basta te digo!

Joshua le propinó un empujón suave pero lo bastante certero como para hacerle a un lado. Con una mirada de reproche, le indicó sin palabras lo terriblemente fuera de lugar que estaba que hubiera tocado de ese modo a Claire, besándola sin control y susurrándole palabras casi en el oído como si no fuera un empleado en casa de su propio hermano. Eso sin contar con que la supuesta dueña del corazón de Gilly estaba postrada en cama a pocos metros de él.

–¿Voy a tener que recordarte tu lugar? –masculló Josh, haciendo enrojecer hasta el cuello al lacayo.

–No tiene ninguna importancia –Claire intentó mediar, más divertida que molesta con la situación–. Recuerda mis instrucciones con respecto a las medicinas, Gilly. Pasaré mañana a ver cómo sigue Caroline.

–Lo haré todo según sus indicaciones, señorita, ¡muchas gracias!

Como Claire se dirigía a la salida, Joshua se apresuró a abrirla la puerta y extender el brazo para indicarle que saldría después de ella. Por supuesto, no fue necesario que dejara claro que pensaba acompañarla, pues de ningún modo ella recorrería la distancia entre la salida de los dormitorios de empleados y la puerta principal de la casa sola a esas horas de la noche.

Cubrieron la primera parte del trayecto en tal silencio, que los grillos nocturnos eran audibles, casi cantando paralelos con los pasos que ambos daban, aproximándose a la fachada principal de la casa y por ello, al final de aquel extraño rato que habían compartido. Cuando el porche quedó a la vista, Josh detuvo el paso, y como era él quien precedía la comitiva, Claire hizo lo mismo.

–Bien... empezaba a creer que habías perdido la voz.

–¿Qué ha querido decir eso de “pasaré mañana a ver cómo sigue”? –inquirió Josh, sin dejarse amilanar por la pulla.

–Pues... me parece que está bastante claro, ¿no te parece?

–Señorita Claire...

–Escúchame, Josh –alzando la pequeña mano, le hizo callar–, antes de que empieces a darme unas lecciones de propiedad y decoro con las que he convivido durante toda mi vida, te prevengo: no me harás cambiar de opinión. He decidido ayudar a la amiga de Gilly y eso, es justo lo que voy a hacer.

La mente atribulada de Joshua empezó a plantear que quizá unos azotes serían lo más adecuado. Jamás había estado de acuerdo con que se castigara a las mujeres (a nadie, en realidad, si recordaba el dolor de la mano abierta de su padre cuando algo no era de su gusto), pero la señorita... estaba hecha de otra pasta. Ella creía que pese a ser una dama de la aristocracia, hermana de un conde y soltera, podía pasar el rato entre criados y prostitutas enfermas, deambular por la casa en camisón sin importar las horas de la noche y hacer amistad con cualquier maleante que se cruzara en su camino.

Claire permitía que él la besara, y eso solo debía ser motivo suficiente para que alguien le demostrara de forma física cuan errada estaba en su comportamiento. Por un momento, Josh fantaseó con ser él quien infringiera ese castigo, con Claire echada sobre su regazo. Después, acariciaría su rostro y la consolaría como solo un hombre, encendido como él estaba, podría hacerlo.

–No conoce a esa mujer. No sabe de dónde ha salido, ni quien... –balbuceó, alterado por las imágenes que empezaban a nublar su mente–, está enferma, ella podría... ¡demonios Claire!

–Vaya, no es apropiado que yo cuide de una enferma pero sí que tú blasfemes en mi presencia, ¿no es así?

Esta vez, fue el turno de Josh para enrojecer. Se preguntó por qué, de entre todas las taras que un hombre puede tener, a él le había tocado el ser incapaz de mostrarse sereno y locuaz delante de Claire Ferris.

–Pido perdón.

–Y yo pido que dejes de decir tonterías –con la mirada cálida, Claire dio un paso hacia él–, poco importa el origen de esa muchacha, Joshua. ¿Acaso no somos todos humanos? Está enferma de gravedad, de no contar con la quinina poco se habría podido hacer por ella.

–¿De dónde la has sacado? Sé bien que es una medicina muy cara –pensar que hubiera pagado por ella le horrorizó.

–El doctor Corentin, el médico de mi familia, me la ha proporcionado –ante su cara de estupor, Claire se apresuró a explicarse–, le conté que era para el hospicio del pueblo, a quienes, por supuesto, he destinado la mayor parte.

–¿Ha... ha mentado dentro de su casa? ¿Por la salud de esa muchacha? Ni siquiera la conoce, señorita, no sabe nada de su vida, ni de su pasado.

–Tampoco mi padre lo sabía cuándo llegaste aquí, ¿recuerdas? La palabra de Josephine bastó para que se te diera la bienvenida y un trato adecuado. La de Gilly es suficiente para mí.

Repentinamente bloqueado, pensó que aquella era otra de las razones por las que Claire era demasiado inocente como para permitirle tomar decisiones por su cuenta. Ella, como casi todos los demás, no sabía nada de la vida que Josh había tenido antes de llegar a Kent. Incluso era posible que su propia abuela no estuviera al tanto más que de algunos retazos a los que prefería hacer oídos sordos. No obstante, allí estaba ella, sola en la oscuridad, hablando con él como si fueran iguales, tanto en posición social como en honradez.

Como si las almas de los dos, estuvieran limpias, llenas de pureza y se pudieran comparar.

–Mi agradecimiento con el conde y su familia me impedirán siempre hacerle daño alguno –gruñó, con la voz ronca por el esfuerzo que hacía para evitar gritarle y zarandearla, esperando que así entendiera las cosas tal como él las veía–, pero no puedo responder de todo el mundo.

–¿De verdad crees que esa pobre muchacha podría herirme?

–¡Podría contagiarla, hacerla estar enferma!

–Pues entonces más te vale que mañana estés muy atento a los cuidados y medicinas que estoy dándole a Caroline. En caso de que en un futuro, yo las necesite.

Claire le sonrió. Tuvo la vergüenza de mostrarse coqueta mientras a Josh se le llevaban los demonios. Imaginar que iba a tener que verla todos los días, que ocuparía con ella espacio en aquella reducida habitación revestida de piedra, cuyos sonidos no podrían oírse desde el exterior, hacía que ardiera por dentro como si hubiera ingerido toda una caja del whisky más barato de la posada.

Con tiento, dio un paso atrás, preguntándose qué podría hacer o decir para disuadirla, para alejarla de Caroline y la enfermedad, de la podredumbre de la realidad que muchachas como ella jamás deberían conocer. Y sobre todo, de él, que cada día que pasaba, veía su voluntad más mermada y débil.

–Dudo que su prometido esté de acuerdo con esta decisión.

Claire, que proseguía sonriendo, entretenida mientras casi veía los engranajes del pensamiento de Joshua moverse por sus sienes, se puso seria. Aquel era un tema del que todo el mundo parecía estar pendiente. Incluso era posible que lo aguardaran con ilusión. O ira, tal como mostraba Josh, cuyas cejas negras como el carbón se habían unido, fruncidas.

Por más que hubiera querido saber la respuesta, Claire nunca se habría atrevido a preguntar si lo que le molestaba era el hecho en sí de que pudiera casarse, con cualquiera, o por el contrario, que fuera a existir otro patrón sobre el que tendría que rendir cuentas, puesto que Josh, durante prácticamente toda su vida, solo había tratado con Andrew, y éste veía en él a alguien igual y de confianza.

–De haber un prometido –expresó con cuidado y midiendo sus palabras–, llegaría cuando Caroline estuviera ya recuperada, de modo que no habría problema alguno.

–¿No dijo que ese vizconde Calvin iba a venir pronto?

–Es un invitado a la cena que mi madre y Victoria están organizando.

–¿Y es tan ingenua que de verdad piensa que él le escribe cartas y pide ver al conde solo porque quiere estar presente en una estúpida cena?

Josh sonaba arisco y malhumorado, y aunque no era correcto, Claire no podía sentirse más complacida. Ella había encendido aquella mecha, se recordó, blandiendo la carta de Arnold Calvin y haciendo aspavientos como una quinceañera ante su próxima aparición. Había sido un momento donde el orgullo se había sobrepuesto a la razón, lo admitía ahora, pero dado que no podía dar marcha atrás sin descubrirse, tendría que matizar los hechos lo mejor que pudiera.

Por lo menos, hasta que ella misma supiera qué esperar de aquella dichosa cena y se enfrentara por fin, cara a cara y sin dobleces, con Arnold y sus supuestas intenciones hacia ella.

–Si alberga esperanzas de algún tipo, Joshua, lo desconozco.

–Se cartea con él. Debe saberlo.

–¡Una dama no interroga a un caballero sobre sus sentimientos, por Dios! Y mucho menos, por carta.

–¿Pero una dama sí cuida de pobres desgraciadas enfermas y pasa tiempo con criados muy por debajo de ella? ¿Es eso correcto?

Los hombros crispados y la altura dominante de Joshua no intimidaron a Claire, que le dedicó una mirada que no era ni de diversión ni de enfado. Estaba cansada, esa era la verdad. Agotada de tener que pelear contra sus sentimientos solo por el hecho de que él, que había nacido en la pobreza y había escalado niveles sociales a base de tesón y trabajo fuera la persona más cerrada de mente y apegada al qué dirán y tontas normas aristocráticas de cuantas conocía.

De hecho, Claire había compartido mesa y mantel con hijos bastardos cuyas fortunas se habían labrado trabajando y que, en vez de esconder la cabeza y ocultarse tras paredes de hipocresía, disfrutaban de su triunfo y se mostraban orgullosos de él.

Él nunca cambiaría, de eso estaba convencida. Aunque el mundo entero le diera la bienvenida y todos bendijeran aquel amor, él no lo aceptaría jamás. Por eso, los sentimientos de ambos estaban destinados a hacerles daño y torturarles, hasta que uno de los dos, dejara de respirar.

–El único que considera que alguien está por debajo de otra persona, Joshua, eres tú. Ese es tu problema.

–Mi problema... ¡mi problema, Claire, es que soy incapaz de hacerla entender cuál...!

–Yo sé perfectamente bien cuál es mi lugar, no te equivoques. Si no lo ocupo, es porque tú no me lo permites.

Claire le dio la espalda y subió la escalinata del porche, dejándole postrado y en silencio, viendo cómo se alejaba.

Como si hubiera llegado a un acuerdo consigo misma, Claire empezó a comportarse, durante los días siguientes a su discusión con Joshua, como la perfecta y correcta dama que era.

Aunque su decisión de continuar con los cuidados a Caroline se mantuvo firme, el resto de su actitud podía considerarse inmaculada.

Actuando con una cortesía que rayaba en lo desagradable, Claire pasaba parte de su tiempo confiando a Caroline sensaciones y experiencias que había vivido en los bailes y eventos sociales, que tan lejos quedaban de la vida que había tenido la enferma. Entre sorbo y sorbo de la sopa de leche, la vida de la alta sociedad empezaba a ser menos desconocida para Caroline, quien comenzó a poder hacer preguntas y participar en las charlas cada vez con más fuerzas.

Su salud mejoraba y con ello, su aspecto. Aquel cabello rubio y los ojos claros iban siendo visibles conforme la fiebre y tono cetrino de la piel cedía. Gilly solía tomar sus comidas en el dormitorio, escuchando con una sonrisa en los labios las conversaciones de las dos mujeres y suspirando sin cesar conforme su querida Caroline recobraba la salud.

La quinina que Claire le había llevado obró milagros, pero también ayudaron el camisón limpio y el aseo y posterior cepillado de pelo. Aunque Caroline estaba débil, empezaba a encontrarse más fuerte, y por las miradas que intercambiaba con Gilly, Claire estaba convencida de que ambos anhelaban una cura completa para poder seguir adelante con sus vidas.

—¿Cree que cuando pueda levantarme seré capaz de aprender a sentarme correctamente y usar bien los cubiertos, señorita? —le preguntó Caroline una mañana, distrayendo a Claire de la lectura que había iniciado.

—Creo que si te lo propones, podrás aprender cualquier cosa.

—No seré nunca una dama... pero me gustaría parecerlo —y la mirada clara de la joven se perdió por el ventanal hacia los campos, donde sabía que Gilly trabajaba—, aunque fuera una mentira exterior.

Claire le tomó la mano, haciendo un poco de presión. Con una sonrisa cálida, le hizo saber a Caroline que podía contar con ella para cualquier aprendizaje que se propusiera. Puede que no fuera adecuado, pero la consideraba una amiga y confidente, después de todo, ambas habían luchado codo con codo contra la enfermedad.

—Siempre has sido una dama, Caroline —le susurró—, mucho más respetable que aquellas que se puedan atrever a juzgarte por cosas que han escapado a tu control.

Si bien Claire era todo bondad y sonrisas cuando se encontraba en aquel dormitorio junto a Caroline y Gilly, todo cambiaba en cuanto Joshua traspasaba el umbral de la puerta. Entonces, su mirada se volvía fría y sus hombros se ponían rígidos. Le dedicaba un saludo cortés y carente de entusiasmo y se perdía de vista a la mayor brevedad.

En un principio Josh había pensado que ella estaba molesta por aquellas verdades tan necesarias que habían intercambiado, y optó por dejar pasar un poco de tiempo y mantener las distancias. Después, al saber que ella no solo no había cejado en su empeño de dedicar esfuerzos y horas a Caroline, sino que además le daba esperanzas de futuras lecciones de protocolo y paseos por el jardín, se había visto obligado a terminar sus jornadas laborales yendo a la habitación de los lacayos para dejar bien claro que se oponía tajantemente a su comportamiento.

Cada segundo que Claire pasaba allí, rodeada del aire viciado que acompañaba a los enfermos era para él un tormento, pues sufría pesadillas continuas donde la veía caer inconsciente y ser recluida en una de las habitaciones de la casa grande, donde él jamás podría cuidarla ni velar por su salud.

Sin embargo, pronto comprobó que la actitud de la señorita Ferris se alejaba del calor propio de un enfado pasajero. Era algo más, una actitud cuidada y continua que le reservaba solo a él. Ante las miradas de Caroline y Gilly, Claire se transformaba en una dama distante y se despedía sin mirar a Joshua, pasando casi a través de él pero sin rozarle si quiera con el vuelo de su falda, perdiéndose de su vista durante el resto del día.

—¿Qué crees que pueda haber sucedido? —preguntó Caroline una tarde, tras comprobar que su reciente amiga se marchaba con la cabeza muy alta y poco después, Joshua hacía lo mismo, dando un ruidoso portazo—, ¿habrán discutido?

—No sé... no creo —Gilly, que revisaba los frascos de medicina, se rascó la barbilla—, él siempre se queja de que la señorita es demasiado cercana y poco correcta. Que no respeta su posición.

—¿Cómo puede decir eso? Si la señorita Claire fuera siempre como con él, eso la alejaría de nosotros, y no creo que ella lo quiera.

—Me parece que si Josh pudiera, la apartaría de todo el mundo para que ni el aire la tocara jamás.

Ignorando la situación vivida entre Claire y él empezaba a estar en boca de sus amigos, Joshua pasaba los días sumido en el más profundo mal humor.

Su carácter, de por sí agrio y difícil, parecía haberse endurecido todavía más. El saber que el poco tiempo que tenía durante la jornada para ver a Claire iba a ser objeto de su desprecio y distancia hacía que le hirviera la sangre. Puede que aquella fuera la actitud adecuada que como señorita de la casa ella debía mostrar, pero por más que hubiera insistido en ello, Josh no concebía que Claire hubiera decidido obedecer.

Intentó romper sus barreras, mostrando interés por Caroline y dedicando más horas a la limpieza y reconstrucción de la casa del capataz para que Gilly estuviera libre y pudiera pasar tiempo con ella, pero Claire no valoró ninguna de esas cosas. Por el contrario, su sonrisa y gesto amable se perdía en cuanto él aparecía en su campo de visión, como si tenerle cerca marchitara las flores e impregnara el aire de un olor nauseabundo.

Ella jamás le había tratado así, ni siquiera cuando la había ofendido meses atrás. En aquel entonces, se había enfadado, había gritado y con su comportamiento, le había dado un escarmiento que Josh había aceptado. Ahora, por el contrario, era tan correcta y apropiada que empezaba a sacarle de quicio.

La Claire que él conocía jamás había sido tan fría, ni siquiera cubierta de sedas y joyas había mostrado una cara tan clasista y pomposa.

Y no es que le tratara con mezquindad o le faltara al respeto (aquello habría demostrado algún sentimiento por su parte), es que simplemente, actuaba como si Joshua fuera una de esas esculturas que el conde lucía en los pasillos de la casa, por las que uno pasaba sin fijarse si quiera qué representaban.

A medida que los días pasaron y empezaron a llegar los carruajes de Londres portando vajillas y telares para organizar la cena en la mansión Holt, Joshua era consciente de que el tiempo que restaba hasta la aparición del futuro vizconde y supuesto prometido de Claire, se reducía. Con cada salida que las damas hacían al pueblo para comprobar los avances de sus vestidos y cada invitación que era aceptada por nobles y hacendados, incrementaban su enfado y malestar.

Como consecuencia, se volvió impaciente en lo único que podía controlar. Empezó a gritar improperios y ser exigente con los jornaleros, a quienes increpaba por ser incapaces de haber terminado de profundizar las zanjas en el tiempo establecido a causa de unas lluvias que habían retrasado el trabajo. También en las reparaciones de la casa descargaba su frustración, golpeando la madera y destruyendo marcos de ventanas y butacas en perfecto estado solo por la necesidad imperiosa que sentía de usar su fuerza bruta contra algo.

Pero sobre todo, se volcaba en el ruano. Aquella bestia asalvajada era el ser vivo con el que más se identificaba Joshua de cuantos vivían en la casa de Holt. El caballo piafaba y removía la cabeza, clavando los cascos en la arena cada vez que, con esfuerzo y maldiciones, Josh lo sacaba del cubículo y lo metía en el cercado. Con las crines alborotadas y la cola alta, el animal dejaba claro que acercarse a él no era sensato.

Quizá Joshua, que sabía de caballos lo suficiente como para reconocer cuando uno no estaba listo para enfrentarse cara a cara con un amo, habría podido ver las señales. Sin embargo, el humo rojo de la ira que nublabla la razón del ruano, también le había afectado a él, de modo que una tarde, después de que la lluvia hubiera convertido la zona de entrenamiento en un lodazal, tomó la cuerda y el bocado y decidió que ya había dado a aquel caballo del demonio tiempo más que suficiente para hacerse a la idea de que había nacido para ser montado por un jinete.

Ante la atenta mirada de algunos de los empleados, que recogían los aperos de labranza después de haber dejado preparado el sector norte, Josh saltó dentro de la cerca anudando la cuerda. Con paso firme, se aproximó al caballo, dispuesto a dejarse la piel si fuera necesario pero con el convencimiento de que, antes de que anoheciera, lograría la obediencia del animal.

A metros de distancia, acomodadas en una manta gruesa y disfrutando del calor de la tarde convenientemente protegidas con sus sombrillas, Claire y Victoria charlaban y descansaban los pies después de una mañana en Chartham.

—Tu madre dirá lo que guste, pero me parece que a cada visita que hago a esa condenada modista, las costuras del vestido me tiran más y más —se lamentó Victoria, acariciándose el vientre—, ¿cómo puedo crecer tanto en tan pocas semanas?

Claire pensó en los tres bollos de canela que su cuñada había tomado con el té, pero se limitó a sonreírle con un encogimiento de hombros amigable. Bastante tenía

Victoria ya con el miedo de Andrew a cualquier inconveniente surgido durante el embarazo como para además, padecer la humillación de que alguien le dijera que estaba comiendo demasiado.

Después de todo, el bebé necesitaba crecer todo lo necesario.

–Estoy convencida de que madame Sommers dejará tu vestido perfecto para la cena.

–Desde luego, entre mis costuras que se amplían y las tuyas que parecen soltarse...

La mirada reprobatoria de Victoria hizo que Claire tuviera que apartar la suya. Era cierto, había perdido el apetito con todo lo que estaba pasando, y cuanto más se aproximaba el momento en que Arnold Calvin hiciera acto de presencia, más le costaba tomar bocado. El hecho de que su relación con Josh se hubiera congelado tampoco ayudaba mucho, aunque esto último fuera solo culpa de él.

Imaginar que en escaso tiempo podría verse abocada a un compromiso y no contar si quiera con momentos robados de gracia, estaba acabando con sus ganas de vivir. Y de comer, de paso.

–Es el por el calor del campo, cuñada –excusó, como venía haciendo días atrás–, Eleanor está de acuerdo conmigo en que este clima no invita a regalarse grandes banquetes.

–Tonterías –argumentó Victoria, retirando la sombrilla y dejando que los rayos de sol hicieran brillar su cabello–, mi madre vive pendiente de su nieto y olvida las comidas y tú... empiezo a estar convencida de que ese asunto con el futuro vizconde Calvin te preocupa.

–Andrew lo ha solucionado –se apresuró a explicar Claire–, el señor Calvin acudirá a la cena como un invitado más. Nada debe darle a suponer que tendrá un trato preferente.

–Sí... tu hermano es muy convincente, pero eso no significa que pueda frenar en seco las intenciones de Calvin. Debes estar prevenida.

–Estoy convencida de que no alberga intención alguna, Vicky. No debes preocuparte.

Intentando por todos los medios que su conciencia no le reclamara el mentir a su cuñada embarazada, Claire esbozó una sonrisa, rogando porque Victoria creyera sus palabras. Lo cierto es que ella misma temía que Arnold pudiera hacer una petición formal tan pronto sus pies pisaran Kent, pero no tenía sentido colocar sobre los hombros de nadie más angustias, especialmente en Victoria, puesto que tenía ya suficiente con la organización de la cena, su cuidado personal durante el embarazo y la preocupación que Andrew le despertaba.

Claire estaba a punto de desviar la conversación para preguntarle cómo iban los asuntos de su hermano con el duque de Ozma, quien no cejaba en su empeño de intentar comprar parte de las tierras de cultivo del condado de Holt para anexarla a su nueva posesión y criar caballos de competición, cuando los sonidos airados y los gritos procedentes de la zona del establo la distrajeron.

Victoria, que también los había oído, le tendió la mano de inmediato para que la ayudase a incorporar, y tan pronto como ambas mujeres estuvieron de pie, empezaron a otear el horizonte en busca de la naturaleza de aquel repentino revuelo.

–Mi madre se encuentra bien –dijo la condesa, llevándose la mano al pecho–, está en el porche, llevando y trayendo a Charles Anthony en el cochecito. ¿Qué ha podido...?

–Viene del cercado de los caballos.

–¿Qué?

A Claire solo le hizo falta un vistazo pasajero. No reconoció al imponente animal negro que cabeceaba y se alzaba amenazador, pateando contra la tierra y relinchando lleno de una ira que amenazaba con abrir los cielos en dos mitades, más la identidad del desventurado jinete, se le reveló en un segundo.

Sujeto a la cuerda y sin silla, Josh luchaba con ahínco por no perder el control de su cuerpo, pero le resultaba imposible mantenerse sobre el caballo sin el apoyo de los estribos y en el estado enfebrecido en que se encontraba el ruano.

Se enredó la cuerda en los brazos y afianzó los talones de las botas en los flancos del caballo, pero aquello solo sirvió para que el animal, nervioso, se encolerizara todavía más. El robusto cuerpo del caballo se removió y sacudió, haciéndose fuerte sobre sus patas delanteras y echando la testuz hacia abajo, propinó una fuerte patada que le elevó los cuartos traseros, lanzando al jinete a toda velocidad.

El cuerpo inerte de Josh apenas tuvo tiempo de doblarse en posición de defensa, pues en cuestión de segundos, impactó directamente contra las vallas del cercado, cayendo luego sobre la arena húmeda de la lluvia, donde se quedó inmóvil, a merced de las coces de aquel demonio de cuatro patas, que se le acercaba con la amenaza pintada en unos ojos negros como el carbón.

–¡Joshua! –chilló Claire, recogiendo las faldas y echando a correr todo lo rápido que sus piernas le permitían.

Desde donde se encontraba, Victoria vio el terror más genuino brillando en las facciones de su cuñada, y siguió su carrera hacia el lugar donde yacía Josh, demasiado impactada como para poder moverse del sitio.

Con un molesto presentimiento que hizo que se le secara la boca, Victoria recordó haberle dicho a Andrew que Claire era algo por lo que no debía preocuparse. Todo parecía indicar, que había errado en sus predicciones.

–Dios mío –comentó, llevándose la mano al vientre en gesto protector–, ¿será posible?

Aunque estaba más malhumorado que herido, Josh tuvo que soportar con la boca cerrada que los empleados le trasladaran en volandas, como si se hubiera quedado lisiado. Protestó durante todo el camino, hasta que le depositaron de malas maneras sobre una silla de madera situada en la cocina de la casa y su abuela tomó el mando de la situación.

Entonces, no hubo palabra más que añadir, solo reproches que escuchar.

Allí sentado, indefenso y con la camisa abierta y echada hacia atrás sobre los hombros, tuvo que dejar que se revoloteara a su alrededor y se discutiera de forma entendida si tenía o no algún hueso roto, pese a que su piel bronceada no presentaba más que rojeces y las marcas propias de los tablones de la cerca contra la que había impactado.

Pese a que se interesó, nadie respondía a sus preguntas más acuciantes, y ello solo provocaba que se pusiera de peor humor, si acaso era posible.

—¿Ha devuelto alguien el caballo al cubículo? —insistía, haciendo muecas cada vez que intentaba moverse—, ¿le ha quitado alguien la soga de alrededor del cuello? Puede ahogarse, ¡demonios!

Un certero golpe en la cabeza, propinado con una mano fría pero muy hábil le hizo callar de inmediato. Josephine, que llevaba entre las manos un frasco de pomada, le miraba como si tuviera delante a un chiquillo malcriado con el que deseara quedarse a solas para descargar en él todo el miedo que había sentido. Nada más verle aparecer, cargado por los trabajadores y con el rostro lívido, se había temido lo peor.

Ahora que sabía lo que había ocurrido, la preocupación por posibles lesiones se mezclaba con el enfado y el pesar de comprobar que su nieto llevaba aquella necesidad e incapacidad de cuidar de sí mismo acuñada en cada uno de sus genes.

—Más vale que dejes de blasfemar en mi cocina y te comportes —le riñó con tal fiereza, que provocó un silencio absoluto—, ¿se sabe algo del médico?

—No necesito ninguno, maldita... ¡au!

Mordiéndose con fuerza los labios, Joshua miró a su abuela con rencor, mientras ésta extendía una cataplasma de aquella pomada maloliente y pegajosa por las zonas magulladas, que empezaban a cambiar de color. Se obligó a permanecer quieto y evitar las muecas de malestar que cada roce le provocaba, pues de ninguna manera pensaba perder el resto del día en manos de cualquier matasanos que le vendara el pecho impidiéndole todo movimiento.

Tenía infinitas cosas que hacer.

—Eres un inconsciente, siempre lo has sido.

A su pesar, Josh tuvo que esbozar una sonrisa afable ante el semblante hosco de su abuela. Estaba algo descolorida y tenía varios mechones de pelo cano fuera del moño, algo absolutamente raro en ella, que era la pulcritud hecha persona.

—Pues me ha criado usted, algo habrá hecho mal.

—¡Darte demasiada cuerda, desde luego! —le reprobó, dejando el frasco de pomada y limpiándose las manos en el delantal—, ¡ese animal podría haberte partido en dos!

—Ya casi lo tenía —masculló él, más herido en su orgullo que en el cuerpo—, solo es cuestión de tiempo.

—¿Qué acabes en la tumba? No me cabe la menor duda.

La voz, ronca y fuerte, provocó un fuerte revuelo en la cocina. Los empleados que todavía seguían por allí, se apresuraron a levantar la cabeza, y Josephine, a la que había dado un repentino ataque de tos, apartó rauda una silla de la mesa para que el recién llegado tomara asiento. No obstante, Andrew ignoró el gesto, aunque lo agradeció con una mirada.

Su rostro dejaba a las claras que aquella no era una visita de cortesía. Como esperando que el mismo infierno se le cayera encima, Joshua se irguió cuanto pudo, emitiendo una mueca de dolor que no pudo esconder.

—¿En qué demonios estabas pensando? —incurrió el conde, mirando las rojeces del pecho de Joshua con preocupación—, si querías matarte, existen formas mucho más rápidas e indoloras para hacerlo.

—Repararé los desperfectos de la cerca, señor.

Andrew enarcó la ceja y se cruzó de brazos, mirando a McKan como si estuviera viendo a su propio hijo intentando llevarse a la boca algo absurdamente peligroso para su salud.

—Bueno, entonces el asunto está solucionado, puesto que esa era toda mi preocupación.

—¡Compórtate! —le riñó Josephine, entregándole un vaso de agua en el que había revuelto unos polvos blancos que guardaba en la alacena—, tómate eso, calmará el dolor.

—Tengo que trabajar.

Cansado de dar rodeos, Andrew apartó la silla y se acuclilló ante Josh para verle justo de frente. La mirada de ambos hombres se mantuvo durante unos segundos, tiempo en el que el conde intentó desentrañar los secretos que su capataz escondía en tanto que éste, luchaba por mantenerlos ocultos.

—Lo que has hecho no tiene justificación, Joshua —determinó Andrew por fin, muy serio—. No solo has puesto en peligro tu vida, sino que además te has comportado como un principiante con ese animal, que por otro lado, me es totalmente desconocido.

—Yo lo compré. Me pertenece.

—Y eso es algo que me parece muy digno por tu parte, amigo, ¿pero de verdad el sentido de la propiedad hace que tus conocimientos como domador desaparezcan? ¿Cómo, en nombre de Dios, pensaste que esa bestia estaba lista para ser montada?

Porque la frustración estaba devorándole las entrañas, quiso decir Joshua. Porque no soportaba más el trato correcto y distante al que era sometido por parte de Claire, quien era, en sí misma, la única cosa existente en el mundo que él había ambicionado alguna vez. El saber que le era más lejana que nunca, le sumía en tal dolor, en una desesperación de un nivel tan alto, que ni siquiera el inminente peligro de morir aplastado bajo las coces de un animal de más de cien quilos, importaba en lo más mínimo.

—Podría haberlo conseguido —fue lo que dijo en lugar de la verdad—, y lo haré.

—¿Te empecinas a pesar de que has estado a punto de recibir heridas fatales?

Josh no daba crédito, pero lo cierto era que aquello que veía en la mirada de Joshua no dejaba lugar para cuestiones, y estaba convencido, aunque la certeza le llenara de preocupación, de que tan pronto pusiera un pie en el establo, lo volvería a intentar.

—No tenga duda de que lo lograré, señor.

—¿Eres consciente de que puedo prohibírtelo alegando que ése es mi establo?

—Haga lo que le plazca.

Josephine ahogó un grito ante la respuesta que su nieto daba al conde, mas Andrew, en lugar de enfadado, lucía en el rostro una expresión de derrota difícil de ocultar. Irguiéndose, se cruzó de brazos para mirar a Josh de frente, preguntándose qué demonio se le habría metido en el cuerpo.

—De modo que para eso querías el adelanto del dinero —susurró, más para sí mismo que para el resto—, para comprar un caballo ingobernable y morir en el intento de domarlo.

No hubo respuesta, pero Andrew tampoco la esperaba.

—¿No he dejado claro que siempre tendrías a tu disposición cualquiera de mis animales?

—Yo quería uno mío —Joshua le miró a los ojos, al hombre que era debajo del título de conde, al muchacho con el que había crecido y compartido las primeras vivencias que ahora, les habían hecho quienes eran—, si me lanza contra las vallas o me destroza a coces, lo habrá hecho algo que me pertenece. A mí, y a nadie más.

—Eres un necio, Joshua.

—Despídame entonces.

Pese a lo tenso de la situación, Andrew dejó escapar una carcajada carente de humor. Se llevó la mano al puente de la nariz, presionando con fuerza. Deseaba que llegara el momento de retirarse a su aposento, dormir en su cama junto al calor de su mujer. En lugar de aquello, y aparte de todos los asuntos que aún tenía que tratar,

estaba allí, razonando con uno de los hombres a los que más apreciaba y respetaba, para intentar, aparentemente en vano, mantener a salvo su pellejo.

–¿Sabes algo, Josh? De saber que usarías el dinero para fines tan peligrosos, te habría negado el adelanto.

–No lo quería solo para eso, ¿de acuerdo? El caballo fue... solo necesitaba...

–¿Has pedido dinero al conde? –Josephine abrió los ojos de par en par, acercándose a su nieto con manos temblorosas–, ¿qué necesidad podías tener para hacerlo?

–¿Acaso no era mío? –gruñó Josh, que empezaba a sentirse acorralado y temía decir algo que pusiera a Gilly al descubierto. De ninguna manera podía contar qué había hecho con el resto del sueldo que Andrew le había entregado–, jamás pido ni gasto nada, necesitaba dinero y me compré un caballo, ¿dónde está el problema?

–¡En que no eres responsable de tus actos, Joshua, ahí está el problema! –bramó Andrew, perdiendo la paciencia–, me sorprende mucho que dados tus conocimientos compraras un caballo en esas condiciones, y más aún, que creyeras que está listo para ser paseado cuando es evidente que se trata de una mala bestia. Francamente, Josh, si es así como juzgas tus posesiones, empiezo a dudar si alguna vez deberás saber...

–Señor, por favor –con el semblante todavía más trémulo, Josephine dedicó a Andrew una mirada elocuente–, creo que ha entendido que su conducta es inaceptable.

Un asentimiento bastó para que Andrew demostrara que había entendido el punto al que Josephine había querido llegar. Tieso y rígido en la silla, Joshua miraba a uno y otro con encono, manteniendo la boca cerrada y rogando porque aquel rapapolvo terminara pronto y le dejaran ir en paz.

Aceptaba las riñas de su abuela, y le daría cuentas del préstamo cuando fuera el momento, pero Andrew... con él tendría palabras muy pronto. No estaba dispuesto a que le dijera cómo debía cuidar de sí mismo ni de qué manera comportarse, como si fuera un chiquillo. Si supiera que todo cuanto hacia provenía de su deseo de no faltarle al respeto, no se atrevería a replicarle.

–Puesto que te niegas a permitirme hacer venir al médico –dijo el conde–, pongo en tu conocimiento que hay ciertos cuidados de los que no vas a librarte.

Josh ya iba a discutir, cuando Claire cruzó el umbral de la cocina con un montón de vendas entre los brazos. Tragando saliva, se quedó tan pálido que llegó a creer que se desmayaría.

Ella se acercó despacio, tomando asiento en la silla que Andrew había desdeñado antes y le miró a los ojos como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Había calidez en ellos, un calor y un afecto que Josh creía haber perdido para siempre. Cuando la joven extendió las manos para revisar las magulladuras, se vio a sí mismo inclinándose hacia adelante para facilitarle la tarea, sumiso como un gato al que hubieran empezado a acariciar.

En cuanto los delicados dedos entraron en contacto con su piel, todo estuvo bien en el mundo para él. Cien veces más montaría a aquel bendito caballo y ciento una se dejaría lanzar contra las vallas del cercado si le juraran ante Dios que Claire Ferris le tocaría como consuelo.

–¿Te duele al moverte? –susurró ella, mirándole con aquellos ojos castaños que no parecían de este mundo.

–Apenas –susurró Josh, sin encontrar casi la voz.

–Por supuesto que le duele –jadeo Josephine, pasándose la mano por la frente y suspirando–, apenas puede mantenerse sentado.

Con un asentimiento, Claire tomó uno de los rollos de venda y lo mostró a Josh, declarando su intención de cubrir las magulladuras para que el roce con la ropa no le provocara molestias. Aunque todos los presentes pensaron que empezaría a blasfemar otra vez, McKan se limitó a asentir humildemente con la cabeza y apartar los brazos para que Claire pudiera empezar a recorrer su torso con la venda, cubriendo las zonas malheridas con maña.

–Debes dar gracias a que Claire haya aprendido cuidados básicos en Londres –dijo Andrew de repente, recordándole a Josh que pese a la intimidad de la escena, seguía ahí–. Y también que se haya ofrecido a ayudarte a pesar de tu insensatez.

–Sí... yo... –Josh tragó, tenía la coronilla de Claire justo bajo la barbilla. La sentía inclinada hacia él, tratando con mimo y cuidado sus heridas–. Lo agradezco.

–Te vi caer –le dijo ella, alzando despacio el rostro para mirarle–, estaba en el prado con Victoria y vi... vimos... me asusté tanto que eché a correr.

–Seguro que no fue para tanto como parecía... señorita.

–Un solo arañazo que sufrieras, sería demasiado para mí.

Joshua estaba seguro de que pronto, perdería la batalla con la contención. Sentir a Claire tan cerca y verla tan volcada tras días de distancia le provocaron una ola de sentimientos que estaba a punto de ahogarle.

Poco importaba ya que su hermano estuviera presente, se hallaran en la cocina de la casa, o que a él acabara de lanzarle un caballo contra listones de madera. Ella estaba allí, sus ojos todavía se veían húmedos y brillantes de preocupación. Había corrido a su encuentro, porque a pesar de sus desplantes, de sus intentos y sus palabras, no había en el mundo cosa más importante para Claire Ferris que él.

Del mismo modo que para él, no existía nada con más valor que el amor que sentía por ella. ¿Valía de algo acaso el luchar contra ello? ¿No sería más inteligente rendirse, dejarse llevar? Empezaba a pensar que aquel castigo que tanto temía sufrir si se atrevía a tomarla había recaído ya sobre él, y no escaparía a menos que dejara los prejuicios y los miedos atrás. Fue como un fognazo, un momento de absoluta clarividencia y entendimiento que le sacudió.

Amaba a Claire, y por algún extraño milagro divino, ella parecía dispuesta a interponerse entre un caballo furioso y él para protegerle.

–Claire... –susurró solo para ella, alzando una mano, anhelando tocarla, atraerla hacia su pecho y calmar el dolor que ello le provocaría con un beso de aquella boca que le robaba el sueño y la calma–, yo...

–¿Josephine? ¿Se encuentra bien? ¡Josephine!

La voz de Andrew sacó a ambos jóvenes de sus pensamientos, de hecho, provocó que Joshua se pusiera en pie ignorando las molestias que sentía al comprobar que el ama de llaves, cuyo rostro se había vuelto del color de la ceniza, se tambaleaba sobre sus pies, a punto de desfallecer.



Como digna abuela de Joshua que era, Josephine armó toda clase de aspavientos durante el tiempo que tardó en ser trasladada a uno de los dormitorios de la casa principal.

Se quejó de que interrumpieran su trabajo y después, de que no la llevaran a sus propios aposentos, pero Andrew se mostró tajante. No estaba dispuesto a que otro miembro de la familia McKan desdénara sus ofrecimientos de un adecuado tratamiento sanitario, sobre todo, teniendo en cuenta el mal aspecto que lucía Josephine, cuyo sudor frío y palidez se habían acrecentado.

—El doctor estará aquí de un momento a otro —explicó el conde, arropando a la mujer que le había visto crecer con cariño—, mi madre en persona ha ido al pueblo a buscarle.

—¿La condesa viuda ha ido...? ¡Por Dios bendito, cómo se le ocurre!

—Porque nos preocupamos por usted.

Incapaz de hacer nada para cambiar la situación, Josephine se dejó caer contra los almohadones, inhalando y exhalando poco a poco un aire que parecía le faltaba. En algún momento le habían quitado su impoluto delantal y también habían deshecho su moño, con lo que ahora, los mechones blancos de su cabello le caían sobre los hombros.

—Señor... Andrew —susurró, ganándose con aquel gesto cercano toda la atención del conde—, ordene a esas muchachas que se ocupen de servir la cena a su hora. Y por Dios, que nadie toque mis cuchillos, no saben afilarlos y los estropearan.

—Usted preocúpese solo de descansar. El resto puede esperar.

Josephine le dedicó la mirada de quien ha pasado por demasiados esfuerzos durante toda su vida como para dejarse tumbar sin antes dar un poco de guerra, pero el caso es que incluso ella tuvo que reconocer que aquel malestar, que ya llevaba días fraguándose, estaba empezando a asustarla.

—Me temo que han sido demasiadas impresiones para un día —convino Andrew, que también se veía superado—, duerma un poco, Corentin llegará enseguida.

Josephine asintió, viendo marchar a Andrew por el pasillo y preguntándose si aquello, el estar en cama, angustiada y agotada como una chiquilla parturienta significaría que era el momento de saldar ciertas deudas que tenía pendientes. Y desvelar secretos que había enterrado tiempo atrás.

—Necesito un poco más de tiempo —susurró para sí misma, dispuesta a ser práctica si debía ponerse en lo peor.

\*\*\*

Entretanto y ajeno a las tribulaciones de su abuela, Josh esperaba en el pasillo a que alguien le dijera algo. Completamente fuera de sí y con los nervios de punta, recorría con sus botas el mismo espacio de alfombra una y otra vez, memorizando prácticamente a la perfección el dibujo estampado en color burdeos y azul.

Tan pronto Josephine había estado a punto de desmayarse, en la cocina empezaron a moverse a la velocidad del rayo. Los empleados que le habían ayudado a él la cargaron, formando una comitiva seguida por Andrew, que daba órdenes a unos y otros sin perder aparentemente la calma, aunque su semblante sombrío dejaba a las claras que aquel iba a ser uno de esos días para recordar, y no para bien.

Él intentó seguirles, pero tan pronto se puso en pie en la silla, el dolor de sus costillas magulladas le hizo perder el aliento. Claire le había detenido, prometiéndole que tan pronto se supiera algo, le informarían. Después, la había visto salir corriendo, en busca de Joanna, para traer al médico.

Aquel viejo decrepito que se jactaba de haber ayudado a parir a una buena cantidad de mujeres de la aristocracia (entre ellas, la actual condesa) y con el que Joshua jamás había hecho buenas migas, tendría la salud de su abuela, su única familia, la mujer que le había criado y acogido después de que no quedara nada para él en el seno paterno, en las palmas de las manos.

Pedirle que mantuviera la calma, había sido inútil.

—No conozco una mujer más fuerte que Josephine, Joshua —la voz de Victoria, de cuya presencia casi se había olvidado, le hizo parar en medio de un paso—, no la ayudarás si no descansas también. Estás herido.

—Usted no la vio, milady... ella... jamás ha estado enferma. Nunca.

—El doctor Corentin estará aquí de inmediato y encontrará la causa. Andrew no permitirá lo contrario. Ninguno de nosotros.

Mirando a aquella buena mujer de cabellos rojizos, tan bella y franca, con su abultado vientre y las arrugas en el ceño que indicaban problemas que hasta el momento otros desconocían, Joshua quiso con todas sus fuerzas poder creerla. Deseó de corazón poder calmarse y dejar que las cosas se arreglaran por sí mismas, pero esa no era su forma de ser.

Poco importaba que el médico llegara en un segundo y el diagnóstico que diera resultara el correcto, el tiempo que había pasado desde que su abuela se había contagiado hasta que los síntomas se habían hecho visibles ya había transcurrido. Para Josh, esa muchacha estaba enferma de malaria y había contagiado a su abuela. De nada servía que Gilly pensara que solo era unas fiebres y que la quinina surtiera efecto. Estaba convencido de que el mal estaba en ella, ganando terreno gracias a su edad avanzada y agotamiento.

Josephine era fuerte y robusta, eso era cierto, pero cuando uno traía la enfermedad a los muros de la casa, cabía esperar que ésta se cebara con las presas más débiles primero. Niños. Ancianos.

Y él, había abierto de par en par las puertas a una plaga que ahora empezaba a asomar la cabeza.

—¿Joshua? —alarmada por su gesto, Victoria dio un cauteloso paso al frente, acercándose—, ¿son las costillas? ¿Te encuentras mal?

—No podrán hacer nada, señora... ni usted, ni el conde.

—Debes tranquilizarse, el médico...

—Es inútil. Será demasiado tarde.

La réplica murió entre los labios de Victoria, pues los acelerados pasos del pasillo le indicaron que los refuerzos por fin habían llegado. Joanna de Holt, despeinada y con el bajo de la falda manchado de barro acudía rauda, con el maletín de cuero del médico entre los brazos.

Corentin, de piernas mucho más cortas, la seguía a su propio ritmo. Tan pronto cruzó mirada con Joshua, ambos se midieron con un gesto, acostumbrados como estaban a rivalizar en cuanto a los tratamientos médicos y la naturaleza de las distintas enfermedades. Mucho tiempo antes del intento de envenenamiento que había sufrido Victoria, Corentin y Joshua ya habían tenido disputas, uno, centrando su práctica solo en los estudios y la razón, y el otro, en las experiencias que había vivido.

—Bueno, señor McKan, espero que esta vez, y dado que la principal interesada en recuperar la salud es su abuela, me deje trabajar sin presionarme y gruñirme al oído sus diagnósticos.

—No necesito que la examine, ya sé lo que tiene.

—Joshua... —Joanna entregó el maletín al médico, mirándole con seriedad—, Claire ha ido a informar a los jornaleros de las novedades. Tal vez deberías retirarte.

Con un asentimiento, Corentin se quitó el sombrero, dispuesto a entrar a las habitaciones donde descansaba la enferma para ocuparse de analizar su estado. Antes de que pudiera hacerlo, Josh le tiró del brazo con insistencia.

—Es malaria —graznó, con la mandíbula apretada—. Debe darle quinina. Ahora.

—¿Pero qué está diciendo, muchacho? ¿Ha perdido el juicio?

—Joshua, intenta tranquilizarte. Haz caso a mi suegra y retírate a descansar, no te hará bien estar aquí.

—Victoria tiene razón —Joanna, con firmeza, retiró la mano de Josh del brazo del médico—, déjale trabajar.

—Escuche lo que le digo —la mirada negra de Joshua seguía clavada en el médico, que estaba inmóvil—. Dele quinina enseguida.

—Joven, su impertinencia para con mi persona empieza a resultarme exagerada, ¡no toleraré que ponga en duda mis diagnósticos una vez más, y mucho menos, en presencia de tan ilustres damas!

–¡Mi abuela tiene malaria, demonios! –ignorando el dolor, Joshua se removió para evitar que la condesa viuda y se le acercara–, hay un brote en la casa, estoy seguro.

–Y yo estoy seguro de que debe usted recostarse y dejar que los facultados dictemos los diagnósticos. Buenas tardes, señor McKan.

Ofendido hasta más allá de lo razonable, Corentin traspuso el dormitorio y cerró la puerta en las narices de los allí presentes. Intercambiando una mirada de preocupación, Victoria y Joanna midieron la situación, valorando qué debería hacerse a continuación. Finalmente, dado que todos aquellos sobresaltos podrían ser contraproducentes para su nuera, fue la condesa viuda la que decidió intentar hacer entrar en razón a Joshua.

Sin embargo, él tenía sus propios planes, y antes de que ninguna de aquellas mujeres pudiera decir una palabra, desapareció por el pasillo rumbo a los jardines, con paso vivo pero irregular, doliéndose de las magulladuras que le había provocado la caída.

–Dios mío –susurró Victoria, abrazándose el vientre con voz trémula–, ¿pero qué ha pasado en esta casa?

–No lo sé, querida –Joanna se apresuró a abrazarla, guiando sus pasos hacia el saloncito más cercano–, pero te aseguro que de haber cualquier riesgo en ella nos ocuparemos enseguida, trata de no perder la calma. Esperemos a ver qué nos dice Corentin.

\*\*\*

Con la ira desbordando por todos sus poros y alimentando la fuerza necesaria para avanzar cada peso pese al dolor, Joshua recorrió el jardín y el lateral de la casa, decidido a encontrarse de frente con el foco de aquel mal que él mismo había dejado penetrar en la casa Holt.

Intentó evitar que la mente divagara hacia su abuela, cuyo estado todavía no había podido comprobar, pues debía ser fuerte y mantenerse alerta. Lo que tenía por delante no iba a ser fácil, pero no se tocaría el corazón. Debía hacerlo por el bien de todos los que vivían bajo aquel techo que él había puesto en peligro, porque era lo justo y lo correcto.

Solo esperaba no llegar demasiado tarde.

Pensar en Josephine, que a pesar de la distancia compartía lugar de descanso en el pasillo donde Caroline había estado alojada hizo que se le revoliera el estómago. ¿Cómo podía haber sido tan tonto y confiado? ¿Cómo podía hacer cedido cuando algo en su interior, ese poderoso instinto que tenía, le había gritado desde un principio los riesgos que todos corrían?

Y Claire...

Ella había estado cara a cara con la enfermedad. En la misma habitación, compartiendo espacio, tiempo y aire pútrido. Apretó los puños e hizo más largas sus zancadas, temiendo que pronto, en unas horas quizá, ella sucumbiría a la malaria, caería enferma y sufriría una larga agonía.

Entonces, todo cuanto él era no tendría sentido. Nada valdría la pena ni tendría valor alguno.

Cruzó la puerta de servicio y el pasillo de los dormitorios de los empleados, debiendo detenerse contra el muro de piedra para retomar el aliento. El dolor era infernal, pero ya descansaría después, cuando toda la casa estuviera a salvo. Con la mirada de Claire clavada en la mente, con la imagen pálida y sudorosa de Josephine anclada en el pecho, Joshua abrió la puerta del dormitorio y entró en él como un vendaval, apretando los puños y recorriendo la estancia con una hojeada colérica que pareció barrer con todos los enseres personales que allí descansaban.

Gilly, que estaba de pie, sosteniendo a una Caroline de mucho mejor semblante por la cintura mientras ella deambulaba por fin fuera de la cama, le miró con aprensión. Como por instinto, temiendo la explosión que aquellos ojos avecinaban, afianzó su agarre en el talle de la muchacha.

–¿Josh...?

–Tienes que sacarla de aquí. Ahora mismo.

La joven pareja intercambió una mirada de confusión. Rápidamente, Gilly guio a Caroline hacia una de las sillas de madera de la habitación, ayudándola a sentarse. Después, se quedó petrificado como estaba, de pie ante ella, como si cubrirla de la vista de Joshua sirviera para que éste no dejara salir su ira contra ella.

–He sabido lo del caballo, el accidente –balbuceó Gilly, toqueteándose el pelo rubio con nerviosismo–, no parece que hayas salido mal parado.

–Mi abuela está en cama. Tiene malaria, por su culpa.

Un dedo acusador señaló a Caroline, que se tapó la cara con las manos y empezó a negar. Apenada y muerta de miedo, trató de susurrar una disculpa, pero de sus labios no salió palabra alguna.

–Eso no es posible, Josh. Tu abuela no ha estado aquí.

–¿Duerme en este pasillo, Gilly! –bramó McKan, dándose cuenta de que el razonamiento no iba a servir para nada–, ¡vive en esta casa, igual que todos los demás!

¿De verdad creías que podríamos esconder la enfermedad tras una puerta?

–¿Ya la ha visto un médico? ¿Te han dicho que es malaria?

–No necesito que lo hagan. Lo sé bien. Tiene los mismos síntomas, sudores, la piel pálida, fiebre...

–¿Podría ser otra cosa, Joshua, cualquiera! Es una mujer mayor, trabaja de sol a sol, seguramente...

–Vas a llevártela de aquí Gilly. Es una decisión tomada.

Los dos hombres, íntimos, compañeros de duras jornadas de trabajo, se miraron a la cara como desconocidos por primera vez. Joshua, con el cabello húmedo y el rictus contraído de dolor y Gilly, con una certeza y seguridad en sí mismo que solo el amor correspondido podía haberle conferido. Nunca se había opuesto a nada que Josh le pidiera, claro que nunca, hasta entonces, había considerado tan injusto lo que oía de boca de su amigo.

–Lo siento, Josh –dijo, cerrando los puños, como si se preparara para afrontar lo que viniera–. Caroline no está bien para viajar, no va a ir a ningún sitio.

–¿Crees que el conde no descubriría enseguida que está aquí, pudiendo cada brizna de hierba y cada mota de polvo con la malaria tan pronto el matasanos lo confirme?

–Si es así... hablaré con él.

Josh soltó una carcajada carente de humor, apoyándose en la pared por temor a que las piernas no le sostuvieran.

–¿Y qué demonios vas a decirle? En cuanto sepa que hay riesgo para su mujer y el bebé, saldrás de aquí tan rápido como ella.

–Joshua... –la delicada voz de Caroline abrió una brecha, provocando que ambos hombres la miraran–, yo... siento muchísimo...

–Cállate. Cada vez que separas los labios nos pones aún más en riesgo. Nunca debí traerte, jamás debí permitir que este zoquete hiciera tal estupidez.

–¿Ya basta, Joshua! –gruñó Gilly, completamente fuera de sí–. Puedes estar todo lo preocupado que quieras, pero no te permito que la trates así.

–¿Cómo, Gilly? ¿Cómo si fuera una mujerzuela que nos ha traído una plaga?

El lacayo alzó el puño, y lo dejó en el aire el tiempo suficiente para que sus intenciones quedaran claras.

–Por respeto al estado de tu abuela, y lo que ello te provoca, no te pegaré –susurró–, y sabe Dios que tal como estás podría tumbarte de un solo derechazo.

–Eso no cambiará la verdad –Josh le miró con encono, lamentando no tener sus fuerzas a punto para hacer valer su verdad–. Incluso aunque solo pasara una noche bajo el techo del burdel eso ya la ha marcado. No ha muerto de malaria, pero no dejará tras de sí más que desgracia. Empezando por mi abuela.

–No sabes si está contagiada, Joshua. Tu arrogancia no te deja ver que quizá estés equivocado.

–Y tu estupidez no deja que lo veas tú –con un suspiro, Josh se presionó el costado con un brazo, apoyando el otro sobre la mesa de escritorio en la que redactaba sus informes para Andrew–, la señorita Claire ha estado en esta habitación. Si muestra un solo síntoma y ella aún sigue aquí...

–¿Qué? –inrepó Gilly, viendo que nada tenía que perder–, ¿hablarás con el conde? ¿Nos descubrirás?

–Haré lo que deba, por encima de quien sea.

Se guardó un instante de silencio, como dejando que las duras palabras dichas reposaran entre ambos hombres. Después, Gilly respondió con un asentimiento, seguro de que no se dejaría amedrentar. Con pasos cautelosos, se acercó a la afectada Caroline, que lloraba en silencio hecha un ovillo en la silla, y le tomó la mano.

–También yo haré lo que deba, amigo –dijo Gilly, con un tono seco y carente de emoción–. Y no te permitiré que la toques.

–Estás advertido –dijo McKan–. Reza para que no haya más contagios.

Gilly estuvo a punto de decirle que orara él, por tener la razón, pues de equivocarse, Josh iba a tener que tragarse muchas palabras. Sin embargo, el dolor y la decepción que él sentía al ver a su amigo más querido en contra, no era nada comparado a la brecha que se le abría en el pecho al contemplar la consternación de Caroline.

Probablemente, la chica se veía de nuevo sin recursos, echada a la calle donde no le quedaría más remedio que volver a aquel terrible lugar para subsistir, claro que esta vez, no contaría con la enfermedad para demorar por más tiempo lo que la dueña esperaba de ella. Joshua, cegado como estaba por preservar el bienestar del conde y su familia, parecía determinado a arrojarla a su suerte sin contemplaciones.

Él apreciaba a los Ferris, quienes le habían dado trabajo y techo, pero incluso con todo el pesar de su corazón, Gilly no permitiría que la mujer a la que amaba sufriera las consecuencias de un posible contagio del que no era culpable.

—Tienes hasta mañana para sacarla de las tierras del conde—sentenció Josh, en un tono que sonó carente de todo sentimiento.

Intentó erguirse para separar el cuerpo de la pared y abandonar aquella habitación infecta lo antes posible, pero los pasos apresurados y el frufú de unas faldas le hicieron interrumpirse. Antes incluso de tenerla cara a cara, ya sabía lo que iba a ocurrir.

—Maldición—susurró.

—¡Joshua!

Claire entró como una tromba, mirando la escena sin comprender. Caroline lloraba en brazos de un Gilly que nunca había tenido la cara más roja y surcada de pena. En tanto que Joshua parecía a punto de caer al suelo cuan largo era, inerte por el dolor.

—¿Qué demonios hace aquí?—le bramó, casi sin aliento—, ¿no sabe que hay una maldita plaga de malaria en la casa? ¡Salga ahora mismo!

—El doctor Corentin ha terminado. Tu abuela quiere verte—se limitó a responder Claire, confundida ante la escena que tenía ante sus ojos—, ¿qué ha pasado? ¿Caroline, estás bien?

—No se acerque—gruñó Josh, casi sin voz, al tiempo que la tomaba del brazo—. Es la culpable... ella ha traído la enfermedad. Y yo lo he permitido. Pero lo arreglaré, Claire... no dejaré que tú...

—Para, Joshua, ¿qué dices? Por Dios, apenas puedes sostenerte en pie, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Mi abuela... lléveme con ella. Por favor.

Con un asentimiento confuso, Claire le pasó su brazo menudo por la cintura y le guio con cuidado fuera de la habitación. Antes de cruzar el pasillo, dedicó una mirada significativa a Gilly, quien rojo de ira, bajó la vista y no se la devolvió.

Por el camino a la casa, Claire solo escuchaba los jadeos que iba exhalando Josh a medida que dar cada paso le suponía un esfuerzo mayor. Con toda la fuerza que pudo reunir, intentó que su brazo le sirviera de apoyo para que no se tambaleara, pero él era mucho más alto y corpulento, de modo que con frecuencia tenía que sujetarse de las paredes y setos que iba hallando a su paso para no caer.

–Puedo solo –declaró cuando estuvo al pie de las escaleras–, ¿sígue mi abuela en la misma habitación de huéspedes?

–Ha insistido en volver a la suya pero Andrew no lo ha permitido.

–Bien –puso el primer pie en el escalón y tuvo que cerrar los ojos al notar el tirón de la herida–. Seguiré desde aquí.

–Por Dios Joshua, ¿no ves que estás a punto de perder las fuerzas? Si al menos hubieras dejado al médico que te diera algo para calmar el dolor...

–Quería estar lúcido. Había cosas que hacer.

Claire pensó que tal vez aquel no fuera un buen momento, pues estaba claro que debía permanecer atenta por si Josh daba un mal paso y caía de bruces, algo que parecía bastante posible dado su estado. Sin embargo, lo que había visto en aquel cuarto no era algo que pudiera dejar pasar sin más.

–¿Vas a decirme qué problema has tenido con Gilly y Caroline?

–Lo he solucionado. –La miró a los ojos, haciéndole ver que era verdad–. No te preocupes.

Molesta por su tono distante, Claire subió dos escalones y miró a Joshua desde arriba, con el ceño fruncido. Casi le dio pena su rostro sudoroso y pálido, pero no se dejó amilanar.

–Mi abuela espera.

–No tardaremos mucho si dejas de hablar en clave y me cuentas qué ha pasado –sentenció ella, muy segura–, me han dicho que has estado gritándole al médico que había malaria en la casa. ¿Cómo has podido decir eso? Victoria está embarazada, se ha llevado un susto de muerte.

–Es la verdad –y Josh sabía perfectamente todas las personas a las que su torpeza podría afectar. Empezando por la misma Claire, su principal preocupación–. Yo he traído a esa... mujer aquí. Yo permití que Gilly me convenciera. Ahora la enfermedad los pondrá en peligro a todos... ¡y usted, señorita, no ha parado de pasearse por esa condenada habitación!

–Caroline está bien. Su estado no era tan grave como para que pudiera propagarse una epidemia, ha estado aislada...

–Tanto da. Mi abuela ha enfermado, el bebé de la condesa puede ser el siguiente, incluso el que todavía lleva en el vientre.

–Nadie va a caer enfermo, Josh, ¿quieres escuchar lo que te digo? Josephine...

–Me está esperando –con sumo esfuerzo, subió otro escalón, mirando a Claire con seriedad–. Más vale que tenga usted la razón y no yo, señorita. Porque si enferma y muere, la seguiré a la otra vida solo para hacerle ver que estaba equivocada.

Muda de asombro, vio a Joshua subir el resto de las escaleras y perderse a paso irregular por el pasillo. Iba sujetándose el costado donde se había llevado el golpe, pero ni siquiera eso le restaba porte al caminar. A menudo, Claire pensaba que no importaba mucho si la cuna en la que hubiera nacido Josh había sido de madera en lugar de labrada con piedras preciosas, tenía las formas de un caballero, la templanza de quien sabe que lo que dice o hace tiene un fin.

Siempre anhelaría que mostrara esa seguridad y empuje en lo que a ellos se refería, pero aquella parecía ser la asignatura pendiente de Joshua, que si bien daría por ella la vida, y se la quitaría con gusto a quien la hiciera sufrir, no parecía dispuesto a compartir la existencia junto a Claire, más que a distancia.

“La seguiré a la otra vida” había dicho. Claire sintió un escalofrío recorrerle la piel de arriba abajo. Sabía que no eran palabras vacías.

\*\*\*

Cuando Joshua llegó a la habitación de huéspedes, cruzó la puerta esperando encontrarse lo peor. Su sorpresa fue mayúscula al ver que Josephine, si bien algo alicaída y pálida, parecía casi tan fuerte como siempre.

Cojeando, se acercó hasta la cabecera de la cama y tomó asiento en la silla vacía que había a su lado, emitiendo un gruñido que hizo a Josephine alzar las cejas grises en una expresión que indicaba reproche.

–Así que has estado paseándote por la casa en vez de echarte a descansar para que tu herida sane, ¿eh? No puedo distraerme ni un segundo contigo.

Por raro que pareciera, Josh fue capaz de sonreír.

–Si enfermamos los dos, ¿qué será de esta casa, abuela?

–Muy cierto –la mujer suspiró, tomando de la mesilla sus gafas y dejándolas caer con gracia sobre la nariz–, también yo me puse a dar vueltas, creyendo que mi tiempo al mando se agotaba.

Echando una ojeada discreta al surtido de medicamentos de la habitación, Josh constató que no había frascos con quinina. Ni tampoco paños y agua fría con la que disipar la fiebre. Había aprendido a tratar los síntomas tras tantos días cuidando de Caroline, como también había aprendido a apreciar las señas que la enfermedad iba dejando en el enfermo conforme avanzaba.

Su abuela no las presentaba.

–¿Qué ha dicho ese matasanos? –inquirió, empezando a tensarse al recordar la mirada de pavor de la condesa al oírle pronunciar la palabra malaria–, ¿te ha tratado adecuadamente?

–Ha sido un perfecto caballero –corroboró Josephine–. Yo no estaba tan débil como para permitir otra cosa.

–Estoy seguro.

Un acceso de tos interrumpió la charla. Josh se apresuró a levantarse, pero Josephine le indicó con un gesto que no lo hiciera. Miró preocupada su gesto de dolor cuando volvió a dejarse caer en la silla y se dijo que la charla no debía demorarse en exceso, o de lo contrario, aquella dolencia de su nieto solo empeoraría.

–Al parecer, he cogido una especie de pulmonía –explicó la mujer, restando importancia a sus palabras con un movimiento de la mano–, no parece ser tan grave, o al menos, el doctor Corentin dice que no lo será si descanso debidamente y trabajo menos.

Por la expresión facial que había puesto su abuela, Joshua supo de inmediato que había descartado de pleno tales consejos. Para Josephine, trabajar menos suponía dormir más de seis horas diarias, algo impensable, ya que se retiraba la última y cuando los empleados se levantaban ella parecía llevar horas inmersa en toda clase de tareas.

–Debe hacerlo, abuela, por su bien.

–¿Ahora vas a ponerte de parte del médico? Porque mientras me trataba no paraba de echar sapos y culebras por la boca en tu contra.

–Cree que sabe más que nadie sobre las demás personas por tener estudios de medicina –bajó la mirada, pretendiendo que su falta de ciertos conocimientos había dejado de importarle hace mucho–, pero a veces, se equivoca.

–Esta vez, el equivocado fuiste tú, hijo –Josephine exhaló un suspiro tan hondo que se le removió todo el cuerpo–, ¿cómo se te ocurre decretar a voz en grito que hay una plaga de malaria en la casa? ¡Lady Victoria estaba aterrada!

–Tuve mis razones.

–¿Y eso es todo lo que vas a decir? Si crees que va a servirme, es que no has aprendido nada los años que llevas viviendo bajo este techo.

–He resuelto el problema, abuela –aunque supiera de dónde provenía la enfermedad y deseara erradicarla, no podía echar a los perros a Gilly. Daba igual lo que le hubiera dicho para amedrentarlo, no le delataría–, me disculparé con la condesa por crear alarma, pero pronto, todo estará bien.

–Sé, desde hace días, que algo te traes con el lacayo... esas idas y venidas vuestras no son normales.

Josh la miró con suspicacia, aunque por supuesto, no era una sorpresa que su abuela estuviera enterada de cada cosa que sucedía en la casa. Aquel era su oficio, y lo desempeñaba a la perfección.

–No voy a preguntarte qué es –dijo en un susurro–, no es eso de lo que quería hablarte, pero confío en que los dos seáis conscientes de lo que estáis haciendo.

–Las cosas pronto volverán a la normalidad, abuela. Usted solo... descanse y trate de recobrar las fuerzas.

–¿Con la cena de los señores tan próxima? Tendrán suerte si logran mantenerme en cama hasta mañana –y sonrió, orgullosa–, le he prohibido al señor que la cancele. Y eso que venía muy dispuesto.

–Me cuesta imaginarla llevando la contraria a Andrew, abuela.

Josephine chasqueó la lengua, ligeramente incómoda ante el hecho de que Josh tuteara al conde. Ciertamente solo lo hacía en contadas ocasiones, y cuando no había otras personas delante, pero a ella no terminaba de parecerle adecuado. Pese a haber participado activamente en su crianza y haber compartido los momentos más importantes de su vida, había una línea que no estaba dispuesta a cruzar.

–Le aprecio, y él lo sabe. Cuando no obedezco sus órdenes, tengo motivos de peso –la mirada se le volvió cálida al mirar a Josh–. Me pasa lo mismo contigo.

–Sé que me quiere, abuela, no tiene que decirme eso porque esté en cama.

–No, no son mis sentimientos por ti los que debo confesar, bien lo sabes. Sino los secretos que he ocultado, creyendo que con ello te hacía bien –un nuevo suspiro le nació del pecho y Josh se puso tenso de forma instintiva–, creí que moriría sin haberte contado algunas cosas... y no puedo permitirme correr ese riesgo.

–Va a ponerse bien, no hay necesidad de...

–La hay, Joshua. Y vas a guardar silencio y escucharme.

Tomando aire, dándose valor, Josephine le remitió a Joshua aquellos años donde había vivido en Londres con sus padres. Después de la muerte de la madre a causa de la tisis, el padre de Josh había empezado a beber y a tratarlo de forma inapropiada, forzándolo a trabajar durante horas en un establo en ruinas y haciéndole padecer hambre, frío y miedo a represalias si se quejaba.

Pocas veces le puso la mano encima, pero Josh no temía los golpes. Lo que le daba miedo de su padre, era aquella incapacidad para sentir afecto o misericordia por nada ni nadie en el mundo. Una vez la esposa fue sepultada, nada parecía tener importancia. Vendió el caballo de su hijo, le llevó a un burdel a temprana edad, e incluso, le ofrecía bebidas intolerables sin que eso le supusiera un problema.

Con el paso de los años, Joshua había llegado a la conclusión de que su padre se había esforzado porque él se marchara, dejándole solo con su pena irreparable, llevándolo a un límite que finalmente había terminado con el abandono más absoluto.

–Envíe dinero a tu padre durante meses –decía Josephine–. Cuando murió mi hija, supe que lo único que te mantendría a salvo sería que ese hombre tuviera los bolsillos llenos para poder llevar su duelo lo más lejos posible de ti.

–Así que por eso apenas me ponía las manos encima –dedujo Josh, encajando aquella pieza a la que tantas vueltas le había dado. Su abuela asintió.

–Le hice prometerme que te trataría como era debido. Yo sabía de tu amor por los caballos, de tu esfuerzo para que ese establo saliera adelante. Debes saber, Joshua, que tu madre me escribió con orgullo en sus últimas cartas, que eras un chico despierto, listo y con muchas posibilidades.

–No sirvió de nada –dijo él con amargura–, estábamos destinados a perderlo todo.

–Yo lo temía. Por más que mandaba a tu padre nunca era suficiente, y mis conocidas en las casas de Londres me hablaban de tu duro trabajo y de la forma atroz en que te estaban criando... así que decidí cerrar los ingresos.

–Entonces se fue a buscar su propia fortuna –Josh nunca olvidaría aquel día–, y me envió con usted.

–Quizá la única cosa sensata que hizo en su miserable vida.

Incapaz de permanecer quieto, Joshua se levantó y deambuló por la habitación, mirando por el ventanal que daba a los frondosos jardines sin ver nada en realidad.

Siempre había sabido que el único ser viviente por el que su padre había sentido amor había sido su esposa. A él, le habría querido de poder seguir contando con su mujer, pero ella había muerto dejándole un crío que le recordaba continuamente que tenía deberes y obligaciones como padre de las que no deseaba encargarse.

Aunque se consideraba curado de todo eso, el saber que la única razón por la que no le habían molido a palos era el dinero que su abuela enviaba, abrió un hueco oscuro en su corazón. Se preguntó por qué no merecía ser querido por el hombre que debió protegerlo antes que a cualquier otra cosa. ¿Por qué debía mendigar un trato aceptable a cambio de dinero? ¿Por qué no lo merecía por sí mismo?

Joshua había aprendido a muy temprana edad que dar amor a otra persona era perder un poco de uno mismo. Arriesgarse inútilmente, buscar un rechazo que le rompía por dentro. Josephine le había dado amor de madre al recogerle, y él había aprendido poco a poco a corresponderla, aunque siempre había existido un lugar en su corazón, tapiado con fuerza, donde nada ni nadie podía entrar.

Hasta el día en que había conocido a Claire Ferris.

–¿Supo algo de él después de que se fuera? –cuestionó con voz ronca.

–A las pocas semanas recibí una carta –el pesar de Josephine ante las palabras que iba a pronunciar fue palpable en su voz–. Había muerto.

*¿Qué esperabas? ¿Qué volviera montado en un caballo español y cargado de riquezas tras años de lejanía? ¿Que abriera los brazos al hijo al que nunca supo querer?*

–Por supuesto.

–Joshua, debes entender por qué te lo he ocultado. Yo no quería que sufrieras, que algo como eso empañara la felicidad que estabas empezando a construir aquí. Te veía jugar con el señor y crecer fuerte, aprendiendo, haciéndote un hombre de provecho...

–Y no quería que me echara a perder sabiendo que mi padre me había abandonado para nada –con el puño cerrado, Josh dejó caer la mano sobre el alfeizar de la ventana, demasiado cansado para sentir decepción–, era de esperar que su intento de hacer fortuna le acarrearía la muerte.

–Decidí que dejaras esa parte de tu pasado atrás –Josephine aguardó, mirándole con preocupación–. Debería arrepentirme por haberte arrebatado tu momento de duelo, pero no lo hago, hijo. Porque lo mejor que hizo por ti ese hombre, fue dejarte conmigo.

–¿Cree que me quiso?

Dándose la vuelta, Joshua miró de frente a su abuela, clavando en ella aquellos ojos negros que eran capaces de ver la verdad incluso aunque ésta estuviera oculta tras un manto de mentiras piadosas.

–Creo que aprendió a querer a tu madre con mucho esfuerzo –declaró Josephine, escogiendo las palabras con cuidado–. Y ya no le quedó capacidad para nada más.

Josh deseó preguntarle si pensaba que él era como su padre, incapaz de querer de verdad, de abrir el corazón, pero se lo guardó. Sabía que la quería a ella, daría su salud y sus fuerzas por su abuela y deseaba que viviera tantos años como fuera posible. La respetaba y agradecía con toda su alma que le hubiera llevado con ella, otorgándole una vida que rallaba en el lujo en comparación a lo que había tenido antes.

Quería creer que había mucho de Josephine en él, bondad, capacidad de sacrificio, buen fondo y honestidad. Pero la verdad es que tenía la sangre de su padre corriéndole por las venas. Mal genio, hosquedad, un temperamento difícil... todas esas cosas eran heredadas del viejo.

–La quería tanto que buscó su propia destrucción para reunirse con ella cuanto antes, pasando incluso por encima de ti.

Las palabras de su abuela le sacaron de repente de sus pensamientos. Su primer impulso fue de desprecio, como el hijo que no había bastado para que su padre superara la muerte de su madre y siguiera a su lado. Pero luego, las analizó como el hombre que ahora era, y se vio a sí mismo, teniendo que enterrar a la mujer amada y seguir adelante día a día sin ella.

*“La seguiré a la otra vida”,* recordó. No había sentencia más verdadera que aquella. Si Claire Ferris dejara de habitar en el mundo, éste no tendría ningún significado para Joshua.

–Me da miedo ser como él –confesó por fin.

–Bueno, eres como tu padre, no hay duda. El cuerpo, los ojos... pero también eres como tu madre. Todos tenemos varias capas. Eres tú, quien decide lo que muestra a los demás.

Con pasos lentos, Josh volvió a acercarse a la silla. Tomó la mano que su abuela le ofrecía y le dedicó una sonrisa suave que tranquilizó el anciano corazón de la buena mujer. Su nieto no estaba enfadado ni guardaba rencor alguno por las verdades descubiertas. No haberlas sabido le habían dado una infancia mejor, y no iba a hacer reproches a eso.

–Gracias por habérmelo contado.

–Era mi deber –con tiento, Josephine tomó de la mesilla un cuaderno rojizo, acarició sus tapas y volvió a mirar a su nieto con seriedad–. Todavía queda un tema por tratar, después podrás irte a descansar.

–Sé lo que va a decirme, y le aseguro que presentaré mis excusas por haber creado alarma con la enfermedad.

–Oh, no hay duda de que lo harás, muchacho. Hablarás con la condesa y con el doctor Coentin. Te disculparás con todas las personas a las que hayas abrumado con tu diagnóstico.

–Sí, abuela.

Al pensar en Gilly, algo se revolvió dentro de Josh. Puede que su miedo hubiera estado bien fundado, pero se había equivocado en sus acusaciones, y esperaba que, al intentar remediarlo, no fuera demasiado tarde.

Presurosa por culminar la conversación, Josephine puso en sus manos el cuaderno rojo con solemnidad. Enarcando una ceja, Josh lo abrió, pasando páginas y viendo filas de números cuya naturaleza, en principio, no comprendió.

–¿Qué es esto?

–Esto, es lo que he estado haciendo con tus salarios durante todo este tiempo –declaró la mujer, que estaba visiblemente más orgullosa de lo que había parecido al principio de la charla–, es momento de que te ponga al corriente.

\*\*\*

Rato después, todavía tambaleándose a causa del dolor constante y de la información que se revolvió en su mente, Josh abandonó el dormitorio y recorrió los pasillos en penumbra con la sensación de que lo veía todo por primera vez.

Su vida había cambiado, por muchas razones, después de que Josephine le revelara cosas que jamás habría imaginado posibles. Por primera vez en su vida, Joshua fue capaz de ver más allá del mañana, llegando a tener esperanzas de un futuro mucho más prometedor de lo que nunca podría haber creído.

Acostumbrado a no tener nada que ofrecer, a enarbolar como estandarte su simplicidad, ahora se veía en disposición de creer que sus sueños y esperanzas más íntimas iban por fin a hacerse realidad. Tenía posibilidades de materializar sus sueños, y armas para pelear por ellos hasta el mismo final.

Esperanza. Una palabra poderosa capaz de sanar el alma de un hombre. Corría a raudales, inundándole las venas, llenando las grietas de sus miedos e inseguridades. Esperanza. Por fin.

Tenía motivos, se dijo, para dejar de pasar por la vida agachando la cabeza por miedo a desear algo que jamás iba a poder poseer. Era tiempo de exigirse a sí mismo lo que merecía, lo que quería. De invertir en su felicidad, en todo el sentido de la palabra.

Repentinamente más animado, recorrió el pasillo a paso vivo, ignorando las punzadas del costado y diciéndose que, antes de construir nada, tenía que limpiar bien el terreno y arreglar las cosas. Su primera parada, antes de abrazar definitivamente al amor, iba a ser Andrew Ferris, con quien debía tratar varios asuntos y a quien debía explicaciones de naturaleza profesional. Para hablar de lo demás, habría tiempo, pues no era él a quien debía confesarse primero.

Después, tenía que pedir disculpas a su mejor amigo y asegurarle que apoyaría cada paso que diera en su relación con Caroline. Habitado como estaba a obstáculos insalvables, Joshua decidió que no se convertiría en uno para nadie.

Sonriendo como pocas veces en su vida, llamó con los nudillos a la puerta de la biblioteca donde sabía se encontraba el conde. Ahora que sabía cómo encauzar las cosas, el tiempo parecía escapársele entre los dedos.

Arnold Calvin dejó claras sus intenciones al ser el primer invitado a la cena ofrecida por los condes de Holt que hizo aparición.

Llegó a media mañana del día señalado, cuando lo lógico habría sido hacerlo unas pocas horas antes de que la cena se sirviera, dado que entre los invitados, se contaba con miembros de la aristocracia local y actuales residentes en Kent. Algo informal y sin demasiados presentes, para entretener el cautiverio médico de la actual condesa.

No obstante, Arnold bajó del carruaje con su impecable traje y su cabello rubio bien peinado y esbozó una sonrisa plácida al apreciar los campos y cultivos, pese a que no era un secreto para nadie que él, era un hombre urbanita que disfrutaba más de ciudades como Londres o París, que de lugares abiertos y campestres.

Claire, que apenas había logrado pasar bocado del desayuno al haber sido informada de su llegada, se dijo que lo cortés, sería recibirlo personalmente. Su hermano estaba ocupado y Victoria y Joanna encerradas en sus dormitorios, dando los últimos retoques a sus vestidos con la modista. El de ella estaba colgado ya de su armario, pero la ganas que había tenido de lucirlo se habían esfumado.

Mientras recorría a paso lento los pasillos para acudir al porche donde Arnold la aguardaba, Claire luchaba consigo misma para lograr esbozar alguna sonrisa que fuera convincente, gestos amables que ocultaran las preocupaciones y tristezas que se aferraban a su interior y se negaban a dejarla ir.

Con todo lo que había ocurrido tras aquellos muros en los días previos, parecía un milagro que la cena no se hubiera cancelado. Con Josephine todavía en cama, recuperándose, la cocinera de la condesa viuda en Londres había sido llamada de urgencia para que acudiera a la casa solariega y dispusiera lo necesario para la cena. Baste decir que el humor de Josephine al saberse sustituida no había hecho sino empeorar conforme pasaban las horas.

Claire llegó al porche, presidido por la gran escalera de piedra que comunicaba la casa con el jardín y apreció el trajín que empezaban a mostrar los lacayos y empleados. Se organizaban las cuadrillas para recibir los carruajes y caballos de los invitados, se preparaban dormitorios en caso de que la velada se alargara, se limpiaban mesas, retratos, las velas eran sustituidas por otras, la plata se pulía, los vestidos se planchaban... nadie estaba ocioso, mirara uno donde mirase.

Dedicando una sonrisa de disculpa a una joven doncella que portaba una cesta de compras por estar parada en medio, Claire echó a andar, hasta que dio con la figura alta y estirada de Arnold, que fumaba plácidamente recostado en una de las columnatas, protegido del calor de la tarde por la sombra y mirando con indolencia el trabajo físico que nunca había llevado a cabo.

Tenía una mano metida en el bolsillo y la otra, sosteniendo el cigarro. Aquellos dedos suaves, largos y finos, bien podrían haber pertenecido a un pianista. Claire los miró con atención, intentando imaginar qué sentiría si fuera acariciada con la delicadeza de un noble que no conocía del trabajo más que su significado léxico.

—¡Señorita Claire Ferris! —exhaló él nada más verla, dejando la colilla en un platito y aproximándose a ella para ofrecerle una venia perfecta—, soportar el calor del viaje a estas horas ya ha merecido la pena.

Le besó la mano y ella sonrió, sinceramente contenta de verle. No olvidaba los momentos pasados en que Calvin se había descubierto como un confidente amistoso, escuchándola sin juzgar ni valorar moralmente sus acciones o sentimientos. Había apreciado en ella, pero estaba convencida de que ni aun esforzándose, lograría que existiera nada más.

—Me alegro mucho de que hayas podido asistir.

—Bueno, el conde fue muy categórico al responder mi carta —una ceja rubia se alzó con suspicacia—, casi podía sentir la firmeza con que había rubricado las palabras “invitado a la cena”, evitando toda presunción por mi parte para sentirme especial.

—Todas las personas que compartirán mesa con nosotros, son especiales.

Si bien era una excusa muy pobre, Arnold pareció aceptarla. Ofreció su brazo a Claire y ella interpretó el gesto como un deseo de recorrer los jardines para tener ocasión de hablar.

Durante un buen rato, ambos pasearon en calma, intercambiando cotilleos de Londres que lograron incluso hacer sonreír a Claire. Arnold le habló de las veladas a las que había asistido, las jóvenes damas que se presentarían en sociedad aquella temporada y los escándalos más jugosos que corrían como la tinta por las publicaciones sensacionalistas.

—Me temo que el artículo de nosotros en la fiesta de los Hildegar fue muy pronto olvidado —se lamentó Calvin—, no podemos competir con la infidelidad de un barón que nombra amante oficial a su doncella públicamente.

—Menos mal —el suspiro de alivio de Claire fue casi audible—, no te imaginas los problemas que me trajo esa nota en la prensa...

Recordó el enfado de Betina, la ira ciega de Joshua y las preguntas e insinuaciones de su hermano y Victoria. Aquella imagen había plantado en muchos la semilla de que quizá, la joven hermana del conde iba a tomar al futuro vizconde Calvin como prometido, algo que estaba lo más lejos posible de su intención.

A estas alturas, Claire todavía no estaba segura de qué le parecía peor, si que todos parecieran estar de acuerdo con la posible unión, viéndola como algo deseable, e incluso esperado, o el que no se hubieran privado de hacer públicas sus opiniones, haciendo que aquellos que no se habían pronunciado, acabaran por dedicar a sus hipotéticos asuntos amorosos su tiempo y pensamiento.

—Imagino que la señorita Hildegar no debió estar satisfecha de que nos lleváramos la atención de su cumpleaños —comentó Arnold, sacándola de sus cavilaciones—, resultaba obvio que esperaba algo de crédito para sí misma.

—La fiesta era en su honor, ¿cómo no esperar que, de haber eco del acontecimiento, la tuviera a ella como protagonista?

—Claire... vamos, no pretendía ofender a tu amiga. Muy al contrario, comprendo su decepción. ¿Se ha distanciado de ti por esa causa?

No era un secreto para nadie, evidentemente. Cuidando sus palabras, Claire decidió dar una respuesta ambigua, pues ante todo, debía respetar el derecho a la intimidad de su, hasta ahora, amiga.

—Algo así —expresó con vaguedad—, ha habido malos entendidos entre nosotras últimamente. Espero poder resolverlos.

—¿Alguno de ellos tiene que ver conmigo y mis atenciones?

—¿Perdón?

—Claire, seamos honestos —Arnold se detuvo en mitad del paseo, mirándola de frente—, He recibido invitaciones de la casa de los Hildegar para tomar el té, acudir a reuniones musicales, eventos de caridad y un sinfín de charadas más con la única intención de forzarme a pasar un tiempo con la señorita Betina que sería malinterpretado por todo el que nos viera juntos.

—Su familia es muy reconocida en Londres, de hecho, creo que su padre y el tuyo hicieron negocios hace tiempo.

—No lograron entendimiento —pero Arnold desechó aquella opción con un gesto de impaciencia—, pretendo llegar a la cuestión siguiente, Claire. La señorita Hildegar está interesada en mí de un modo más... emocional. Y su conducta parece haberse reforzado desde que tú te has ido de Londres.

—Arnold, no me parece apropiado, ni decente, que hables de los sentimientos de Betina de una manera tan frívola.

Por un momento, Claire imaginó la vergüenza que su amiga sentiría de saber que sus esperanzas e ilusiones estaban siendo diseccionadas por el hombre al que deseaba y la mujer que temía se quedara con él. De ser ella misma, no podría soportarlo. Pensar que se debatiera libremente su relación con Joshua, incluso aunque ésta no tuviera una naturaleza definida, la hacía sentir enferma.

—No albergo intención alguna de corresponder a la señorita Hildegar —la voz de Arnold sonó sincera, y ella lo lamentó por Betina—, he rechazado sus intentos con la máxima caballerosidad, te lo aseguro. Pero me temo que necesita de una prueba más firme por mi parte para rendir sus esfuerzos.

—¿Qué intentas decirme?

—Me parece que sabes por qué estoy aquí.

—Arnold... no imaginas hasta qué punto me siento honrada y agradecida, pero yo...

—Vamos, querida —él sonrió, pese a que había interpretado correctamente la negativa que subyacía bajo las palabras de Claire—, nadie mejor que yo sabe en qué situación te encuentras. Conozco parte de lo que tu corazón esconde, ¿recuerdas?

—¿Aun así has venido hasta aquí?

—No soy un iluso, Claire. No pretendo cortarte al uso y lograr con ello que el amor que aferras en tu pecho sea entregado a otro hombre. Pero ambos sabemos que a quien ahora le pertenece, no es el adecuado para ti.

–Y piensas que tú lo eres.

–Pienso que quizá puedas devolverme el favor que te hice aquel día, durante la celebración de la boda del conde. Guardé tu secreto y fui tu confidente, tal vez podrías hacer lo mismo por mí.

Impresionada por la franqueza con que ambos estaban tocando temas tan delicados, Claire oyó a Arnold contarle las vicisitudes de su vida acomodada y fácil, que al parecer, no lo era tanto. Su padre, el vizconde, era un hombre rígido y de trato muy difícil, incluso en la ancianidad y achacado de enfermedades que le mantenían postrado en cama, hacía su voluntad y manejaba los designios de la vida de su hijo con mano de hierro.

–No habrá herencia, ni título, sino me desposo antes de que muera –expresó Calvin con un suspiro que, lejos de expresar pena, dejaba ver cansancio–, como puedes imaginar, el tiempo de encontrar una compañera a la que unirme por lazos de afecto y cariño, cortejarla y convencerla de unir su vida a la mía, ha pasado.

–¿Tan grave está tu padre? –con tiento, Claire le tocó el brazo, apenada–, no sabía que su enfermedad fuera tan grave. Arnold, dudo mucho que no te entregue tu herencia, haz lo único hijo.

–Amenaza con darme a mi primo, al que jamás he soportado, al mozo o hasta al sobrino de la cocinera. Y es capaz, Claire, tú no conoces a mi padre como yo. Es capaz de dejarme sin un céntimo si no cumplo con sus deseos.

–No puede forzarte a un matrimonio en semejantes condiciones, ¡serás terriblemente infeliz! Tanto tú, como la mujer que tomes por esposa.

–No, si opto por arreglar un matrimonio donde ambas partes salgamos beneficiadas. Aquí, querida, es donde te necesito desesperadamente.

–Por más que deseara ayudarte, Arnold... jamás podría prometerte que mis sentimientos por ti fueran a crecer –sintiendo la necesidad de ser totalmente honesta, Claire le miró directamente a los ojos, sin expresar duda o titubeo–, tal vez seas la mejor opción posible para mí, pero no quiero basar mi vida en una buena decisión, sino en algo que deseo con el corazón.

–Lo comprendo. Pero los dos sabemos que ese deseo que albergas, muy difícilmente podrá verse satisfecho –la sonrisa que Calvin mostró a continuación, hizo saltar todas las alarmas en Claire–, a menos, que tuvieras un esposo dispuesto a colaborar en tu felicidad, estuviera esta junto a quien estuviera.

–¿Qué intentas decirme?

–No me importaría que lleváramos un nuevo empleado con el que fueras afín, con nosotros, una vez casados, Claire –con un suave beso en su palma, Arnold intentó calmar el gesto de espanto que ella había puesto–, como te he dicho, esta unión sería beneficiosa para ambas partes. Solo piénsalo unos días, ¿de acuerdo? Tal vez, este sea un modo de solucionar los problemas de ambos.

\*\*\*

Cediendo por fin a la necesidad de tomar calmantes para poder moverse sin sentir el punzante dolor en el costado que la caída del caballo le había provocado, y después de soportar las pullas del doctor Corentin, que se pavoneaba por haberse resarcido con él, Joshua había estado enfrascado en las tareas de acondicionamiento interior de la casa del capataz durante todo el día.

Como no podía hacer esfuerzos demasiado pesados por el momento, se dedicó a recolocar los muebles con que contaba y limpiar el interior de polvo, insectos y restos de comida que habían quedado olvidados hacía tiempo. Aunque todavía quedaba trabajo por delante, el interior de la casita empezaba a parecer habitable, contando con mesas firmes y sillas fuertes, una cama grande con el cabecero arañado pero cubierto con un intrincado tallado antiguo, una jofaina desportillada y varios baúles atascados que más adelante habría que abrir y vaciar.

También había aprovechado el tiempo como terapia para reflexionar sobre la que iba a ser su situación a partir de aquel momento. La conversación con su abuela, además de arrojar luz y cerrar puertas a un pasado lleno de preguntas, había abierto ventanas a la esperanza y la ilusión.

Josh tenía, quizá por primera vez en su vida, un plan donde él era el protagonista. Iba a empezar a actuar velando por sus intereses y deseos, alzando la cabeza sin avergonzarse de ser un hombre que quería más de lo que le había tocado en suerte.

Procedería con cautela, por supuesto, pero su repentina alegría le daba unas alas que hasta el momento, había mantenido cortadas, y ya no estaba dispuesto a seguir reprimiendo sus impulsos y necesidades. Era consciente de que el tiempo jugaba en su contra pues sabía que llegaría un momento en el que Claire Ferris dejaría simplemente de poder esperar más por él.

Ella era una señorita, hecho que no olvidaba y no podía ni quería cambiar. El motivo por el que albergaba cariño por él, siempre le sería un misterio, pero una cosa estaba clara, si continuaba dándole negativas y empujándola lejos de sus brazos, pronto no podría sostenerla.

No estaba dispuesto a arriesgarse. No ahora, que por fin, tenía algo más que su amor con lo que presentarse ante ella.

Decidido a solucionar un asunto cada vez, recogió las herramientas con las que había estado reforzando los muebles de la casa del capataz, se aseó en los establos y tomó el pequeño saco abultado que guardara horas antes, metiéndolo en el bolsillo. Después, lleno de dudas, pero determinado, recorrió el jardín en la penumbra de la caída del sol hasta llegar al pasillo de las habitaciones de los empleados.

Llamó una sola vez con los nudillos, y después entró.

Gilly estaba allí, embutiendo sus pertenencias en una vieja maleta con el rostro decidido pero surcado por la pena. Al mirarlo, a Josh se le encogió el corazón y el peso de mil culpabilidades le atenazó la garganta. Ambos hombres se miraron durante unos segundos, sin saber qué decir.

–Si vienes a recordarnos que vas a echarnos a patadas, no hace ninguna falta –expresó Gilly después de un rato–, nos iremos después de la cena, por la mañana.

Joshua tragó saliva, recorriendo la pequeña estancia de un solo vistazo.

–¿Dónde está Caroline?

–La señorita Ferris la ha acompañado a dar un paseo. Tranquilo, no hay nadie por los alrededores a quien pueda contagiar su miseria.

–Vamos, Gilly...

–¿Qué, Joshua? ¿Has venido a decirnos adiós? ¿A asegurarte de que tus órdenes se han cumplido?

Como siempre había sido un hombre más de hechos que de palabras, Josh lanzó el saco de dinero dentro de la maleta de Gilly, que lo miró sin comprender. Encogiéndose de hombros, McKan señaló el dinero, decidido a no usar el discurso que había ensayado y decir solo lo que sentía.

–He venido a darte eso, y a pedirte disculpas por el modo en que te hablé.

–No necesitamos...

–Sí, Gilly. Si de verdad os vais, hasta que vuelvas a encontrar trabajo, lo necesitas. ¿Has hablado con el conde? Puede darte una recomendación, has servido aquí durante años.

–Lo haré mañana –agotado por las duras decisiones tomadas, Gilly se dejó caer sobre la cama, ocultando la cara entre los brazos–, esta noche es su cena, está ocupado.

Viendo que el nudo de pesar no se apartaba de su garganta, Josh dejó caer la mano sobre el hombro de su amigo, presionando con fuerza, transmitiéndole lo mucho que se arrepentía, lo errado que había estado. Al sentir que Gilly se relajaba un poco, empezó a sentir un agradable alivio recorriéndole.

–¿De dónde has sacado todo ese dinero, Josh?

–He vendido el caballo –era una verdad a medias. Todo lo que podía decir por el momento.

–¿Qué? ¡Estabas muy orgulloso de tenerlo! Dijiste que por fin poseías algo solo tuyo, ¿por qué...?

–Ya poseía algo mío, Gilly. A ti. A mi amigo –Josh se encogió de hombros–, la forma en que te traté cuando me necesitabas no tiene disculpa, así que solo me queda esperar a que me perdones y, si de verdad decides dejar la casa, hacer todo cuanto pueda para que tu viaje sea más fácil. Empezando por darte ese dinero que Caroline y tú necesitáis para poder empezar.

–Caramba Joshua... no sé qué decir.

–Para una vez que te quedas sin palabras, aprovechémoslo –forzando una sonrisa, McKan intentó aliviar el ambiente–, esa mala bestia habría terminado por



matarme, ambos lo sabemos. Ha sido para bien.

El gesto de Gilly se relajó, seguramente, le era más fácil aceptar el dinero si pensaba que el apego de Josh por el caballo había disminuido. Con un gesto de agradecimiento, tomó el saquito y lo guardó bien entre la ropa que ya tenía doblada en la maleta.

—No te faltaba razón en lo que dijiste —murmuró—, Caroline está recuperada, y no puedo mantenerla escondida en esta habitación para siempre.

—Seguro que podríais encontrar algo en el pueblo para los dos.

Gilly ya estaba negando, incluso antes de que Josh terminara de hablar.

—Pasará justo lo que aventuraste. Siempre será señalada por todos. Vivirá con el estigma de haber pasado unos días en ese maldito burdel, incluso aunque no la haya tocado nadie —Gilly se lamentó, con un suspiró que le brotó del alma—, la quiero, Joshua.

—Lo sé, amigo.

—Y ella me quiere —la mirada del lacayo expresaba que con esas palabras, todo quedaba resuelto—, no puedo dejarla, pero tampoco forzarla a vivir así.

Como no estaba preparado para despedirse, Josh decidió manejar sus crecientes emociones de la mejor forma que sabía, siendo práctico y útil. Fingió interesarse por el estado del armario y la pulcritud de las camisas que allí guardaba, dándole la espalda a Gilly para tener así unos momentos para pensar.

—Creo que es lo correcto —le dijo al final—, por la mujer amada, uno tiene que tomar riesgos. Y afrontar lo que sea sin dudar.

—¿Me acompañarás? A hablar con el conde... a contarle la verdad y pedirle una carta que me recomiende para trabajar en otra casa.

—Por supuesto. Haré por vosotros todo lo que pueda.

—¿De verdad? —la sonrisilla de Gilly iluminó su rostro joven—. Pues en ese caso, y ya que estás tan dispuesto, hay un favor muy grande que necesito pedirte.

Joshua sonrió de oreja a oreja, cruzando los brazos sobre el pecho y balanceándose sobre los talones. No hizo esperar al lacayo por su respuesta.

—Cuenta conmigo.

Andrew terminó de ajustarse los gemelos y se echó el pelo hacia atrás con las manos, admirando su porte ante el espejo y diciéndose que, por fin, después de unos días de mucho trabajo y angustia que le habían mantenido prácticamente alejado de su familia, iba a poder disfrutar de una noche en compañía de todas las personas a las que quería cenando, tomando alguna copa de oporto y agasajando con toda su atención a su voluptuosa esposa, cuya presencia constante echaba poderosamente de menos.

Alzando la mirada a través del espejo, vio a Victoria acabar de ajustarse el vestido escogido para la cena. La modista había terminado esa misma mañana los últimos retoques, fijando la cintura y caderas de seda a los nuevos cambios que el cuerpo de la condesa presentaba.

Se trataba de una exquisita pieza confeccionada en azul cobalto, formada por dos partes, una falda amplia de corte simple cuya caída tenía el efecto de disimular el estado de Victoria y un corsé de hombros descubiertos y mangas cortas. El escote, adornado con flecos de un azul más oscuro dejaba lo justo a la vista para que el busto fuera llamativo sin caer en lo indecente. La pieza superior, atada con cordones aterciopelados escondía su embarazo gracias a un doblez bajo la tela.

–Bien... ¿qué te parece? –Vicky giró sobre sí misma tras calzarse los zapatos, forrados a juego. Llevaba la melena rojiza recogida, con varios mechones cayendo sobre sus hombros desnudos–, me temo que ocultar más mi estado sería imposible.

–No tienes por qué hacerlo, estás en nuestra casa y es una cena informal –tomándola de la mano, Andrew la instó a girar de nuevo sobre sí misma, provocándole una sonrisa–, está espectacular, mi señora. Quizá demasiado. Tal vez no sea recomendable que nadie te vea.

Ella le sonrió, agradeciendo interiormente que pese a lo rígido que se volvía Andrew en todo lo que concernía a su seguridad y cuidados, se mostraba flexible a la hora de dejarla participar de ciertos divertimentos. Por supuesto, de haber estado en la ciudad, o de tratarse de una reunión más formal, las cosas habrían sido muy diferentes.

Por suerte para Victoria, encontrarse en el campo facilitaba el poder acudir a la cena, incluso con su vientre abultado.

–La modista ha hecho un gran trabajo –comentó, acabando su arreglo con unos pendientes de brillantes emparejados con una delgada gargantilla, regalo de su esposo tras el nacimiento de Charles Anthony.

–La modelo sin duda, ha sabido inspirarla.

Con una sonrisa perpetua en el rostro, Victoria se estremeció ante el beso dulce que su esposo le daba en la nuca, apartando con suavidad el cabello y mirándola con ojos hambrientos que hicieron que todo su cuerpo se tensara.

–¿Estás segura de que se notaría mucho si faltáramos a la cena?

–Me temo que sí –con los guantes colocados, Victoria echó un último vistazo al dormitorio contiguo, donde una de las doncellas doblaba las sábanas de la cuna del bebé en tanto éste dormía–, aunque no prometo no escaparme para subir a ver al pequeño.

–Estará bien.

La sonrisa de la doncella, seguida de la venia que les dedicó para despedirles, así lo confirmaba. Decidida a disfrutar por fin de una noche libre de preocupaciones, Victoria tomó el brazo de Andrew y juntos, bajaron las escaleras hacia el salón, donde parte de sus selectos invitados a aquella velada ya aguardaban.

Se armó un revuelo contenido en forma de murmullos, cada vez más audibles, en cuanto los condes quedaron a la vista de todos. Escondiendo una sonrisa mientras afianzaba su mano en la de Andrew, Victoria rememoró la primera vez que había bajado esas mismas escaleras, vestida también para una cena, y temiendo secretamente encontrarse a su ahora marido en compañía de alguna otra dama. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces, tal como indicaban las venias que fue recibiendo a su paso.

–Pareces de mucho mejor ánimo que en días pasados –susurró Victoria, con cuidado de no ser oída–, ¿has podido solucionar esos problemas con el duque de Ozma?

–He pasado horas reunido en el despacho con asesores y abogados, pero sí, estoy convencido de que mi proceder, estudiado con todo detalle, por fin, no ha dejado lugar a dudas.

–¿Habrá buen ambiente entonces cuando le dediques el saludo esta noche?

Con una sonrisilla contrita, Andrew hizo un gesto hacia su madre y Eleanor Linton, que conversaban animadas junto a la puerta del comedor, en compañía de Claire. Sin duda, aguardando su llegada para que abriera la comitiva y todos pudieran pasar a cenar.

–Ese es el punto, amor –se acercó la mano de Victoria a los labios y besó sus dedos–, he retirado su invitación para esta noche.

–¡Andrew! ¡Es un duque!

–Y yo un conde. Y esta es mi propiedad. No voy a permitir que nadie me intimide y me diga lo que debo o no hacer con mis tierras de cultivo –su mirada dejó claro que era un tema sobre el que no pensaba discutir–. Ahora, por favor, disfrutemos de la velada.

Todavía conmocionada por las implicaciones sociales que podría conllevar la decisión de Andrew, pero orgullosa hasta más allá de lo racional, Victoria se dejó guiar entre la gente, saludando y siendo saludada por los invitados que, presurosos, rodearon a la pareja de anfitriones, deseando una palabra por parte de los condes, o saber del estado de la condesa y ganarse el favor de Andrew para posibles negocios y colaboraciones.

Una vez reunidos con el resto de la familia, Victoria volvió a sonreír al apreciar el espectacular cambio de Claire, quien tras días con semblante apagado y triste, lucía un impactante vestido en color amarillo cálido de seda salvaje ribeteado con multitud de encaje y brillantes. Al igual que ella, mostraba un profundo escote y las mangas, que consistían únicamente en gruesas tiras de seda, dejaban sus brazos completamente al descubierto. El pelo, rizado y recogido, estaba adornado con flores blancas.

–Claire... nunca has estado más bella.

–Estoy de acuerdo –Andrew besó la mano de su hermana, compartiendo con ella una sonrisa–, ahora comprendo mejor porque el señor Calvin estaba tan ansioso por llegar.

Notando cómo las mejillas se le sonrojaban, Claire luchó por intentar hacer cambiar el rumbo de la conversación a cualquier otro frente distinto de ella. Todavía no había visto a Arnold aquella noche, pero temía la llegada del momento, consciente como era de que todavía, no había dado una respuesta a la extravagante petición de la que había sido protagonista.

En sus momentos de máxima desesperación, cuando el sofoco nocturno le hacía imposible conciliar el sueño, Claire fantaseaba con aceptar. Tener a Arnold como marido y con ello, la protección de un apellido respetable y ser libre para entregar luego sus afectos a Joshua, quien trabajaría para ellos sin que nadie supiera que, en realidad, era el dueño del corazón de la vizcondesa.

Después, el alba llegaba y sus fantasías se esfumaban por entero. Puede que Joshua nunca aceptara desposarla o admitir si quiera sus sentimientos por ella, pero desde luego, era mucho más probable que hiciera eso antes de claudicar con la disparatada idea de Arnold.

Él nunca compartía a una mujer. Jamás sería el hombre en la sombra. Era demasiado orgulloso para eso.

Mientras su mente cargada de posibilidades amenazaba con no dejarla disfrutar de la cena, Andrew halagaba a su madre, radiante con un elegantísimo vestido en verde hoja con cuello tradicional envuelto en muselina y larga falda con bordados; y a su suegra, Eleanor, que parecía un pavo real con su modelo en rojo sangre, de cintura gruesa y volantes a la altura de las mangas. Al igual que la falda de su hija, la caída y forma del cuerpo, estilizaba la figura de Eleanor, haciéndola parecer más joven y viva que los vestidos que acostumbraba a llevar.

–Está usted radiante –le dijo Andrew, besando su mano y provocándole un sonrojo que rivalizó con su caballo–, sin duda, ese es su color, señora mía.

–Oh, vamos, vamos... –Eleanor, poca acostumbrada a ser objeto de coqueterías, buscó en el ridículo su inseparable abanico–, no había ninguna necesidad de hacer el gasto...

–Pero yo insistí, querida –esta vez, Joanna fue quien respondió–, no todos los días abrimos la casa para una cena como ésta. Había que adecentarse en consecuencia.

Una vez pasaron todos al comedor, los camareros y doncellas comenzaron a servir la cena. Cuando los platos estuvieron dispuestos, Andrew se puso en pie y efectuó un brindis de agradecimiento a todos los nobles, aristócratas y arrendatarios de Kent que habían asistido a la residencia de los Holt para compartir con ellos aquella velada.

Desde su posición en la mesa, y removiendo la sopa de marisco que tenía delante, Claire era muy consciente de la atenta mirada de Arnold Calvin, que decía sin necesidad de palabras, que pensaba buscarla para arrancarle por fin, una respuesta a su propuesta.

A medida que los distintos platos fueron degustados y las conversaciones en distintos flancos de la gran mesa se hacían más audibles, la joven Ferris acusaba al cansancio y el agobio propios de los días previos. Todo el asunto de la enfermedad de Caroline, seguido del accidente de Joshua tras ser golpeado por aquel caballo, Josephine, que aún descansaba en el piso de arriba, y las insinuaciones de Arnold, amenazaban con sobrepasarla.

Aunque logró aguantar con estoicismo hasta que se sirvieron los postres, tan pronto algunos invitados comenzaron a dispersarse en pequeños grupos de damas que deseaban charlar y caballeros ansiosos por tocar temas de negocios con el conde, Claire decidió escabullirse y buscar un poco de intimidad y aire fresco en el que poder pensar y escuchar sus propios pensamientos. Le dedicó una mirada serena a Victoria, cuyo semblante suspicaz dejaba a las claras que sabía que algo iba mal con ella, y salió a la terraza con pasos apresurados.

Una vez sola, emitió un profundo suspiro de alivio, tomó todo el aire que su prieto corsé le permitía e incluso cerró los ojos bajo la negrura de la noche.

Por supuesto, la tranquilidad de su escondite no era más que una ilusión, pues más pronto que tarde tendría que dar la cara y una respuesta honesta a Arnold, cuya petición de matrimonio le iba a ser imposible aceptar. Sabía que, de hacerlo, las escasas posibilidades que tenía con Joshua morirían, y tal como le indicaba su corazón, prefería permanecer soltera y en soledad, albergando la esperanza de que así, quizá, él un día le respondería, antes que quemar definitivamente aquel último cartucho.

—¿Señorita Ferris?

Inquieta, Claire se dio la vuelta, topándose de frente con el rostro taciturno de Gilly. Parecía inquieto, seguramente por encontrarse en los jardines cuando había reunión en la casa.

—Buenas noches —respondió ella, expectante ante la repentina aparición.

—Lamento mucho importunarla en este momento, señorita, pero... ha pasado algo y... necesito que me acompañe.

Sin pensárselo, Claire se recogió las faldas y bajó los escalones de la terraza que la separaban del jardín, aproximándose a Gilly a toda prisa. El lacayo la miró sorprendido, pues seguramente esperaba tener que insistir más.

—¿Ha pasado algo? ¿Es Josephine? ¿Caroline?

—No, señorita, es... no es nada grave, solo... necesito que venga conmigo. Sin hacer preguntas.

—Gilly...

—Por favor, señorita Claire —el muchacho, azorado, se frotó la nuca—, le aseguro que no corre usted el más mínimo peligro. Confíe en mí.

La curiosidad pudo más que todo acceso de prudencia, de modo que Claire, asintió.

—Lo hago —determinó, aunque confusa—. Iré.

\*\*\*

Entre tanto, y sintiendo como el nerviosismo devoraba cada parte de su ser, Joshua aguardaba en la casa del capataz, mirando con ojo crítico los nimios arreglos que había podido hacer con tan poco tiempo.

Aquellos escasos muebles, cubiertos todavía con sábanas blancas parecían fantasmas agazapados en las habitaciones, esperando alzarse y aullar para asustar a los incautos inquilinos. La cocina, a medio limpiar, estaba oscura y resultaba fría a causa de los cristales rotos en las ventanas principales. La única estancia que parecía ser habitable era el dormitorio, con la gran cama de cabecero tallado y el baúl a sus pies, la mesita de patas altas y las dos sillas dispuestas a su alrededor.

Había encendido algunas velas y retirado la hojarasca, gran parte de la suciedad y las telas de araña, pero aún eran visibles los arañazos de la madera descuidada y las manchas que años de abandono habían provocado en una estructura que necesitaría de meses para ser considerada una verdadera casa donde alguien como Claire, pudiera considerar vivir.

No obstante, Josh tenía esperanzas de lograrlo. Pro primera vez contaba con los medios necesarios para emprender aquella tarea. Solo tendría que convencerla de que esperase un poco más, de que aguardara a que todo lo que ya podía darle se materializara fuera de sus sueños e imaginación. Esperaba que aceptara, estaba preparado para jugárselo todo a cualquier mano que el destino le tuviera reservada, sin echarse atrás, incluso aunque las formas no fueran del todo limpias.

Había desafiado las leyes de Dios antes, se dijo, mientras deambulaba por la casa, pensativo. Por Claire, retaría al mismo Demonio de ser necesario.

—No voy a perderte a manos de ningún noble —se decía a sí mismo—, no voy a permitirlo.

Tan pronto oyó acercarse los cascos del caballo de Gilly, toda la tensión del momento desapareció para Josh. Ella había acudido a la llamada, incluso aunque no supiera exactamente para qué. Presuroso, abrió la puerta de la casa y se acercó, tomando a una asombrada Claire del talle para ayudarla a bajar de la grupa del caballo. Iba cubierta por una capa gruesa, pero incluso así se atisbaba el fino vestido amarillo que llevaba debajo. Inquieta, miró a un lado y a otro, sin saber qué hacer o cómo proceder.

—¿Joshua? —le estudió durante unos segundos, valorando si el gesto de dolor que había hecho al sujetarla debía ser tomado por algo grave o no—, ¿qué ha pasado? Gilly me ha dicho que...

El lacayo, cuyas orejas estaban completamente rojas, espoleó al caballo y rápidamente, se perdió de vista por donde había venido, si siquiera despedirse. Demasiado preocupado por las múltiples opciones que aquello pudiera tener, Claire no se dio cuenta, e interrogó a Josh con una mirada cargada de dudas.

—No me digas que Caroline ha empeorado y habéis tenido que traerla aquí —dijo a toda prisa—, Gilly no me ha permitido ir a por la quinina, no tengo nada con lo que...

—Todo está bien, Claire —le dijo Joshua con la voz ronca y la mirada tierna—. Respira y tranquilízate. No hay nadie enfermo.

—¿Pero entonces por qué estoy aquí?

En respuesta muda, él le tendió la mano morena, con la palma hacia arriba, y esperó. Alzando la ceja, Claire se debatió entre volver a gritarle que no había tiempo que perder, si es que ciertamente existía amenaza alguna, o dejarse llevar por lo que sus emociones le pedían. Al final, éstas ganaron, de modo que le tomó la mano a Joshua y dejó que la guiara dentro de la casa.

Claire la recorrió despacio, fijándose en los arreglos y las posibilidades que aquel lugar tendría con una buena dosis de entusiasmo y una mano femenina diestra. Amén de mucha pintura, hábiles herramientas y abundante madera.

—¿Qué te parece?

—Tiene mucho potencial —respondió ella, rozando con sus dedos el respaldo de uno de los sillones—, ¿es la casa que ocupas desde que eres capataz?

—Lo haré, tan pronto pueda solucionar algunos problemas.

—Es espaciosa, y parece comfortable y segura. Aquí erigida, en medio del bosque, como de cuento de hadas.

Joshua sonrió de medio lado, preguntándose por qué de pronto aquel lugar en ruinas parecía un palacio y todo a su alrededor brillaba y cobraba vida con solo contar con la presencia de Claire.

—Tengo grandes planes —susurró, incapaz de dejar de mirarla.

—¿Me has traído aquí en mitad de la noche para contármelos?

Mirándole de frente, Claire notó que Josh parecía distinto. Seguía teniendo ese porte propio de los nobles, espalda ancha, piernas largas y aspecto robusto. Pero había algo en sus ojos, en la forma en que la miraba, que era completamente diferente a todo cuanto había visto antes. Aquellos ojos negros con los que había soñado desde niña, limpios y sinceros, parecían cubiertos de llamas, y las manos, fuertes pero contenidas, se abrían ahora hacia ella, en una muda petición que hacía que todo el cuerpo femenino se echara a temblar de una anticipación por algo que, todavía, no sabía reconocer.

—Sé lo que Calvin pretende —declaró Josh, el hecho de que se refiriera a Arnold simplemente como un hombre, sin título, hizo que sus palabras fueran todavía más potentes—. Y sé que no puedo evitar que lo aceptes, pero estás aquí, para que yo pueda asegurarme de algo, antes de que tomes ninguna decisión.

Con pasos lentos, Josh se acercó a ella. Claire miró, con los ojos abiertos de par en par, como le abría con cuidado la capa, dejándola luego caer sobre el sofá más cercano. Él admiró con detalle el vestido amarillo, cada pliegue de la seda, cada curva de su cuerpo deliciosamente cubierta. Con manos tiernas, acarició los brazos

desnudos de Claire, llegando hasta sus dedos y usando el sutil agarre para atraerla hacia él, hasta que ambos estuvieron abrazados, muy juntos.

—¿De qué quieres asegurarte?— musitó ella, con voz trémula.

Con una sonrisa petulante que, en otras circunstancias la habría hecho sonreír, Josh tomó la barbilla de Claire y alzó su rostro, admirándolo como haría un ciego cuyos ojos se abrían a la luz por primera vez. Su brazo fuerte le rodeó la cintura y ella comprendió, llena de una alegría irracional, que no iba a dejarla ir indemne.

—Si vas a casarte con otro— explicó Joshua, con voz grave—, ten por seguro que habrá algo que nadie más que yo, podrá tener.

Claire apenas tuvo tiempo de suspirar antes de que la masculina boca exigente, descendiera sobre la suya. Como siempre, el beso fue más arrebatador e insaciable que amable, pero eso era justo lo que ella deseaba.

Ansiosa, tomó el rostro de Josh tan pronto sus manos quedaron libres, deseando poder mantenerlo junto a ella, evitar que se apartara sin darle ese algo por lo que su cuerpo entero había empezado a palpar. Con los dedos ligeramente paralizados, soltó la cinta que ataba su pelo negro y se deleitó acariciándolo y enredando en él sus manos, en tanto que Joshua, alzándola de la cintura, profundizaba en su boca con un ahínco que hasta entonces había logrado mantener oculto, pero que ahora se le desbordaba.

Con piernas temblorosas, los jadeos morían entre los labios de ambos, la mente de Claire se quedó parcialmente en blanco, con un único pensamiento que reinaba en su interior, uno de alegría, de satisfacción, de suma dicha al ver que por fin, los diques de la resistencia de Joshua parecían haberse quebrado. Toda la fuerza de voluntad con la que él se negaba a ella estaba ahora concentrada en besar sus labios, su cuello, acariciaba su pelo, haciendo caer al suelo las delicadas florecillas que con tanto esmero había colado en su peinado la doncella horas antes.

—Claire... oh, Claire. Eres mi tormento, mi infierno personal. No lo hagas, por favor. No le aceptes... no le aceptes...—rogaba con la voz cargada de una ronca sensualidad, haciéndola estremecer.

—No me casaré con él—gimió ella, incapaz de callar aquella verdad que nunca había sido un secreto para nadie—. No podría hacerlo. No podría.

—Necesito estar seguro—respondió Josh, con los párpados fuertemente cerrados y la frente apoyada sobre la de ella—, podría convencerte, hacerte dudar.

—Nunca—Claire negó con la cabeza, sabiendo que pronunciaba aquellas palabras con plena seguridad—. Para mí no hay otro, Joshua. No lo habrá jamás.

—Júramelo, Claire—la mirada oscura, los dedos enredados en su cabello, todo el cuerpo de él, rogaba y exigía al mismo tiempo—, demuéstremelo.

—Te quiero, Joshua. Siempre has sido tú.

Un beso profundo, brusco, calló las bellas palabras de Claire. Josh, completamente fuera de sí, desesperado por alcanzar cimas que durante tanto tiempo se había negado, la alzó en brazos, ignorando el dolor y la incomodidad de su costado todavía magullado, y la aferró contra su pecho, como el cazador tomaba a la presa y la dejaba sin escapatoria posible.

—Espero que sea verdad, mi amor—susurró Joshua en un jadeo que le salió del alma misma—, porque no pienso dejarte salir de aquí hasta haberte comprometido tanto y de tal manera, que tu única salida sea aceptarme y pertenecerme para siempre.

Cuando la miró a los ojos, y ambos comprendieron lo que iba a suceder, Claire asumió que la sentencia estaba dictada.

Su corazón explotó de pura felicidad.

—Sí—respondió, abandonándose por entero—. Sí.

\*\*\*

La suavidad de las sábanas frescas inundó los sentidos de Claire, al menos, durante los pocos segundos que Josh tardó en cubrirla con su cuerpo y regar de besos su escote, hombros y brazos. Entre sonrisas cómplices, miradas llenas de picardía y gestos que recordaban a aquella niñez vivida entre los campos, correteando alrededor de la gran casa de Holt sin otra preocupación más que divertirse.

El cabello negro de Joshua, suelto e indomable, caía sobre la piel de Claire, estremeciéndola conforme el confinamiento del vestido iba cediendo terreno bajo unas manos sorprendentemente diestras.

Una vez estuvo desabotonado y dejando de lado el pudor, Claire alzó la espalda del colchón y dejó que Joshua le sacara las mangas, observando el corsé y la ropa interior que todavía le impedían ver su cuerpo por entero. Él, por su parte, se había bajado los tirantes y sacado la camisa por la cabeza, sin miramientos. El torso, surcado de vello y unos músculos ahora marcados por los hematomas propios del golpe recibido que empezaban a hacer aparición, llamó enseguida la atención de Claire, que se demoró acariciando y besando cada centímetro, adorando la piel curtida del único hombre que había logrado hacerla perder la razón.

Conteniendo un jadeo, Josh cerró los ojos, dejándola explorar. Sentía aprisionados los pantalones y todo cuanto era, toda su fuerza y virilidad pugnaban por una liberación rápida, inmediata. Tomar a Claire había sido como aquella estela brillante que uno observaba desde la distancia y la quietud en las noches despejadas, algo que podía imaginar, anhelar, pero que jamás se vería capacitado para consumir.

Las cosas habían cambiado. Mientras sus manos ásperas tomaban aquellas mejillas delicadas, toda una vida de privaciones y frustración parecía ceder a la felicidad del momento. El corazón de Joshua, siempre resentido y malhumorado, abría una nueva brecha, un nuevo espacio que llenar, a partir de ese momento, con todos los sentimientos que todavía no se había permitido experimentar.

—Te quiero, Claire—le dijo con voz ronca y apretando la frente contra la de ella—. Ojalá Dios me librara de ello, porque amarte es una tortura y me hace daño, pero no puedo evitarlo. Te quiero.

Claire fue capaz de sonreírle, porque lo que veía en los ojos de Joshua, estaba segura, era lo mismo que reflejaban los suyos. Mientras él recorría sus cabellos con los dedos, memorizándola de aquel modo, despeinada y a medio desvestir, ella decidió que no importaba si en las siguientes horas el mundo entero, con todo su moralismo y costumbres, le caía encima.

Nada ni nadie iba a quitarle ese instante perfecto, de unión, de amor, en brazos del hombre al que había escogido para conocer todo el placer que implicaba ser una mujer. Incluso si el mismo Joshua se arrepentía con la llegada del alba, Claire jamás lamentaría haber tenido ese momento, y con el recuerdo, lograría subsistir.

—Mi corazón es tuyo, incluso aunque no lo quieras—le susurró, buscando sus labios y rozándolos cuidadosamente con los suyos—, todo cuanto soy... te pertenece si lo deseas.

—Lo deseo—la voz ronca de Josh así lo demostraba. Con cuidado, recostó a Claire sobre la cama, irguiéndose sobre ella cuan alto era, cubriéndola con su sombra—, lo deseo más que seguir respirando un aire que no esté impregnado de ti.

El pequeño dormitorio de la casa del capataz pronto se sumió en el sonido de los suspiros y movimientos de dos cuerpos que han encontrado por fin el modo de entrelazarse. Claire se vio libre del vestido y las manos de Joshua tiraron con ahínco de los lazos del corsé, en tanto que la recorría, por cada poro de piel descubierta, con besos y roces de su barba incipiente, haciéndola temblar y arquearse en busca de algo que deseaba y desconocía.

Una vez la ropa quedó abandonada, echada de cualquier manera sobre el suelo sin pulir, los amantes pudieron contemplarse tal cual eran, sin los disfraces propios de los escalones de la aristocracia a la que ambos pertenecían, sin joyas ni artificios. Solo un hombre y una mujer dispuestos a cruzar el umbral de la pasión, dejando de lado todo lo que estuviera fuera de aquellas cuatro paredes que se habían convertido en refugio de un amor prohibido que, por fin, se abría camino.

Sin apartar los ojos de Claire, Josh deambuló sobre sus pechos, succionado los rosados pezones con la boca y provocando los primeros gemidos que ella había exhalado nunca. Ahuecó los senos en sus manos, presionando y dejando que sus palmas reconocieran el tacto y aroma, embebiéndose de ellos, en tanto sus piernas fuertes, empezaban a separar los muslos femeninos para buscar una cercanía más profunda.

Claire, llena de sensaciones cuyo nombre no sabía, afianzaba sus manos sobre la espalda morena de Josh, tiraba de su pelo y se aferraba a sus hombros. Le sentía moverse, presionando entre sus muslos, en el vértice de vello castaño que supuraba humedad a cada gesto que él hacía.

Le deseaba allí, por raro e inverosímil que pareciera. Justo en aquel lugar, en lo más hondo y profundo de su cuerpo de mujer. Sabía lo básico para estar segura de que habría momentos de incomodidad, pero al alzar la vista, al dejar que sus ojos se hundieran en los profundos pozos negros que eran los de Joshua, solo podía experimentar deseo. Incluso si había dolor, pensó con el poco raciocinio que le quedaba, deseaba que fuera provocado por Joshua.

—Claire...—jadeaba él, deslizando la yema de sus dedos por los labios hinchados de la muchacha, incapaz de saciarse—, hay tantas cosas que deseo hacer contigo, tanto que quiero mostrarte...

–Hazlo –estirando los brazos, Claire abrazó su cuello, atrayéndolo a su boca, a su cuerpo–. Soy tuya, Josh. Incluso aunque no me tocaras, siempre sería tuya.

Un gruñido visceral escapó del alma de Josh, cuyos besos descendieron por el vientre de Claire, perdiéndose en sus muslos y más allá, en el lugar secreto que penaba por sus atenciones. Con los mechones de cabello oscuro haciéndole cosquillas sobre la piel trémula y temblorosa, Claire contempló, perdida en mil emociones, como aquellos labios hábiles se perdían dentro de su humedad, recorriendo, besando y lamiendo lugares de su interior que ella desconocía tener.

Incapaz de presentar batalla ante el placer más aterrador y glorioso, se abandonó a las atenciones de un Joshua cuya intención estaba puesta únicamente en prodigarle un clímax violento y fugaz.

Claire cerró con fuerza los ojos, sujetando con los puños las sábanas de la cama, echó la cabeza hacia atrás y pensó que la paz más profunda del ser humano debía ser la que encontraba en momentos como aquel. Olvidados ya sus reparos e inseguridades, atravesó las barreras del gozo y dejó que Josh se la llevara tan lejos de las calmadas orillas que conocía como deseara.

Cuando el momento pasó, él volvió a recorrerla con pausadas caricias y suaves besos, ascendiendo esta vez hasta que tocó la frente perlada de sudor de ella con la punta de la lengua. Al mirarle, Claire vio en los ojos masculinos una sed impaciente que a punto estuvo de hacerla gritar.

–No sé hacer esto como un caballero –susurró Josh, entrelazando una mano temblorosa con la de ella–, ni tratarte como a una dama.

–Trátame como a una mujer, entonces –fue la respuesta que le dio–. Solo como a una mujer.

Joshua la besó profundamente, alzándose entre sus muslos y acomodando sus caderas contra las de ella. El primer roce que sintió Claire del caliente y duro miembro masculino hizo que se le secara la garganta, preguntándose cómo sería albergarlo en su interior, poseer a Josh mientras él la poseía a ella.

–No seré delicado –oyó que él decía, mientras sus dedos largos y peligrosos la torturaban–, pero te prometo que disfrutarás cada vez que mis manos te toquen.

Tan solo un asentimiento pudo mostrar Claire antes de sentir que era invadida. Con un certero movimiento, Josh se perdió en su interior, acoplándose y exigiendo un espacio que, hasta entonces, ella jamás habría imaginado poseer. Para su sorpresa, su cuerpo se rindió a la evidencia de que su legítimo dueño había decidido por fin tomar posesión de él, así que en lugar de luchar contra la invasión, se rindió a ella.

Pronto aprendió a alzarse al ritmo de las embestidas de Joshua, a devorar su piel con caricias osadas, notando al colocar las manos en sus caderas la fuerza y potencia con que cabalgaba raudo sobre ella, como si temiera que el arrepentimiento les asolará, alejándola de su lado. Claire besó, acarició y expresó con su cuerpo y su voz las sensaciones que experimentaba, dejándose llevar y conociendo el placer del amor físico con la única persona que sabía, sería capaz de dárselo.

Pese a sus palabras, Josh se contuvo y supo ser cuidadoso para no dañarla, aunque no escatimó en presionarla con sus manos, exigiendo más entrega y demandando que todo lo que Claire tenía, le fuera entregado.

Mientras sonreía, consciente de estar viviendo el momento más feliz y dulce de su vida, un nuevo clímax arrasó a Claire, haciéndola alzar el cuerpo de la cama y gritar, perdiendo la cordura y rindiendo su ser al captor.

Después, cuando los estremecimientos de Joshua pasaron y la mantuvo presa en sus brazos, apretada y cobijada en su pecho, Claire se permitió cerrar los ojos al mundo y abandonar la razón. Por primera vez, durmió en brazos del hombre amado, sabiendo que todo en el mundo estaría bien en tanto él mantuviera alejadas sus pesadillas.

La bruma indicaba que apenas había amanecido cuando abrió los ojos. Confundida, le costó al principio recordar donde estaba, y la certeza de que aquello que empezaba a llegar a su mente no era un sueño, provocó que su corazón se saltara varios latidos.

Tirando de las sábanas con pudor, Claire se cubrió el cuerpo desnudo, incorporándose en la cama. Notó pinchazos en las piernas y un escozor extraño y desconocido que nacía de su interior, pero no le importó. Aquellas señales, las pruebas grabadas a fuego en su cuerpo indicaban que era real, que había sucedido. Josh y ella había hecho el amor, se habían entregado a sus sentimientos.

Ya no podía deshacerse. Se pertenecían el uno al otro de la forma más profunda que tenían los seres humanos para demostrar sus sentimientos. Ahora, nada podría separarlos.

Buscándole con la mirada, Claire lo encontró al otro lado de la estancia, apoyado contra la pared y mirando hacia afuera a través de un ventanal desportillado. Josh tenía el cabello negro suelto y revuelto y solo se había puesto los pantalones. Con la mirada perdida en algún punto del exterior, fumaba de forma distraída, aparentemente ajeno a todo.

Hasta que ella emitió un sonido imperceptible. Entonces, Joshua alzó las cejas y dejó la colilla en el alféizar, apagándola con movimientos suaves. Se dio la vuelta, contemplándola, y en su semblante se dibujó una ternura que la desarmó.

–¿Estás bien? –le preguntó con voz ronca.

–Nada podría hacer que este momento fuera más perfecto –Claire le sonrió, abrazándose las piernas, cubiertas por las sábanas–, salvo quizá, que volvieras a la cama conmigo.

Joshua se metió las manos en los bolsillos, admirando cada detalle del cuerpo femenino tras la cortina oscura de su pelo. Su mirada era clara, pero había un ceño sobre sus ojos que indicaba que antiguos fantasmas seguían atormentando su ser.

–No soy un buen hombre, Claire –dijo de pronto, sintiendo la necesidad de liberar su alma de un gran peso cargado durante años–. Antes de venir a trabajar para el conde, hice cosas que no estuvieron bien. Cosas que ningún hombre que te merezca habría hecho.

–¿Estás arrepentido?

–No –declaró, muy seguro–, debía sobrevivir. Y eso fue lo que hice.

–Háblame de ello. Cuéntame cómo era tu vida antes, que es eso que cargas sobre los hombros y que crees que no te hace merecer mi cariño.

Tal vez porque nunca había sido capaz de negarle nada, o quizá porque los recientes acontecimientos le obligaban a ser honesto, el caso es que Joshua se encontró a sí mismo asintiendo, confesándole a Claire los difíciles momentos que pasó en su infancia, especialmente tras la muerte de su madre. Las exigencias de un padre alcohólico y ausente, sus intentos de doblegar su voluntad, de obligarle a hacer cosas para las que no estaba preparado.

–Me libré de pasar una noche terrible con aquellas mujeres –le contó, refiriéndose a su primera incursión en el burdel–, engañaron a mi padre y él creyó que lo había hecho, aunque no hubiera sido así. Por un tiempo, aquello pareció hacer que me respetara, que me mirara de otra forma y yo, empecé a creer que era diferente, que me había convertido en otra persona.

Sintiendo un repentino frío que nada tenía que ver con la temperatura, Claire permaneció callada, escuchando las atrocidades por las que había pasado Joshua antes de que su padre, el conde de Holt, le acogiera en su casa, haciendo su existencia más fácil y ofreciéndole un hogar seguro.

–Así que por eso eras tan distante con Caroline –dedujo ella, atando cabos rápidamente– por el lugar donde la habíais encontrado.

–Detesto esos nidos de podredumbre, es cierto. Cuando he precisado compañía, no la he buscado por un intercambio de dinero. Pero aprendí algo muy valioso en ese lugar. Fui capaz de mentirle a mi padre a la cara, Claire. Y descubrí que se me daba bien.

–Debías salir adelante, Josh. Nadie puede reprochártelo.

–Es cierto. Pero también comprendí que nadie iba a valorar mi esfuerzo si no lo conseguía –despacio, se acercó a ella–, cuando el establo empezó a ir mal y dejaron de traernos caballos, me dediqué a cualquier cosa que pusiera comida en la mesa. Empecé a robar para luego vender a otros rateros más torpes que yo los botines. Era bueno, Claire, realmente hábil.

Cuando llegó junto al borde de la cama, Joshua apoyó la rodilla sobre el colchón, clavando en ella su mirada oscura, buscando un atisbo de repulsa y decepción. En los ojos de Claire vio lástima y comprensión, de alguna manera, sentimientos peores, que no podía tolerar.

–Me pagaban para que consiguiera ciertas cosas que en el lugar donde vivía escaseaban. Leche, carne... a veces podía robarlas a los ricos, de los mercados e incluso, alguna que otra vez, de sus propias casas. Pero no siempre era posible. Una pieza de ternera es muy difícil de localizar... pero se parece de forma sorprendente a la carne de cualquier otro animal que puedes encontrar por la calle.

Estremecida, Claire negó con la cabeza, tomando a Joshua de las mejillas con ambas manos y dedicándole una mirada de desdicha.

–Basta, Josh. Basta. No sigas.

–¿Te repugna saber lo que he sido capaz de hacer por no morir? Porque ese soy yo, Claire. Ese es el hombre a quien has dado algo que ya jamás vas a recuperar.

–¿Por qué intentas asustarme? ¿Por qué tratas de estropear el momento más maravilloso que hemos compartido?

Con un suspiro, Josh se sentó junto a ella, tomándole la mano y besándola con cuidado y ternura. Al volver a mirarla, sus ojos se habían enfriado y ya no mostraban tanta inquina contra el mundo, solo pesar.

–Nada desearía más que tener el poder de borrar toda mi existencia antes de haberte conocido, pero no puedo, Claire. Es algo que siempre estará ahí, que siempre habitará en mí.

–Así es como te quiero –le respondió ella, con la mano en el corazón–, todo lo que tú consideras tus faltas, han sido las muestras de un carácter fuerte y un alma decidida a perdurar. Ese es el hombre que quiero. Ese eres tú.

–He desafiado a Dios y a los hombres. He pecado, de tantas maneras que no tendría vida para contártelas. Y sé que volveré a hacerlo, cada vez que sea preciso defenderme a mí mismo o a quienes viven bajo este techo.

–Así –repitió Claire, sin sombra de duda en su voz–, es cómo te quiero. Ese eres tú. Te acepto, Joshua, siempre lo he hecho.

Incapaz de expresar con palabras lo que sentía en aquellos momentos, Josh tiró de Claire hasta acomodarla en su regazo. Después la abrazó, manteniéndola pegada a su pecho, cobijada y protegida en sus brazos, donde sabía que estaba a salvo. Donde él mismo, no corría peligro.

Cada vez que ella le tocaba, con cada palabra de amor que le dedicaba, se sentía un poco más limpio. No había vergüenza ni arrepentimiento, habría arrasado con lo que fuera por sobrevivir, sin pedir perdón ni dar explicaciones. Pero ahora, habiendo decidido luchar por fin por ganarse el derecho a amar a Claire, era importante que ella comprendiera el tipo de hombre que sería.

De lo contrario, jamás lograría convivir a su lado.

–Deseo pasar lo que me reste de vida contigo, Claire –musitó, con el rostro escondido en su cabello castaño–, pero siempre cargaré con mi pasado, no podremos dejarlo atrás.

–Todo cuanto siempre he querido, Joshua, es poder amarte. Que me correspondieras y estuvieras dispuesto a intentarlo es más de lo que podía anhelar –con una sonrisa, ella demostró que estaba de acuerdo–, lo que sea que venga, con lo que haya que lidiar, lo haremos juntos.

Contenerse era imposible, de modo que Joshua tomó los labios de Claire y devoró sus palabras con besos, profundos y bruscos, como siempre. La saboreó, recorriendo con su boca toda la piel del rostro de aquella mujer que se le había metido dentro del alma desde que no era más que una chiquilla, atormentándolo y torturándolo con su sonrisa, su mirada cristalina y brillante, su forma de ser y tratar a los demás.

Amarla había sido empezar de nuevo, en un mundo maravilloso y refrescante que Josh solo había podido admirar desde lejos.

–No voy a perderte, Claire, no ahora que por fin tengo algo que ofrecerte, algo con lo que presentarme ante ti.

Confusa, ella se apartó de sus tentadores besos, mirándole con el ceño fruncido, sin comprender. Suspirando, Josh supo que ya que había empezado a sincerarse, era

momento de hacerlo por entero. No se perdonaría ocultar algo como aquello a Claire, especialmente, cuando era su baza principal para poder ponerse en pie ante el conde y expresarle sus deseos.

—¿De qué estás hablando? —se impacientó ella, al verle dudar

—Mi abuela me contó algo, mientras estaba enferma. Algo que cambia totalmente nuestra situación, algo que la hace posible por fin.

Tratando de ordenar las palabras y las ideas, Josh le habló de las mesadas que entregaba a Josephine y de lo que ella había hecho con éstas. Le contó lo de aquellos bonos y participaciones en el mismo ferrocarril y en empresas de cultivo y maquinaria a vapor en las que colaboraba Andrew. Le habló de los beneficios, a su nombre, de las posibilidades que aquel dinero bien invertido suponía para los dos.

—Josh... ¿intentas decirme que eres... rico?

Una mueca irónica tiró de la comisura de los labios de McKan al oír aquella palabra, cuyo significado nunca le había importado en lo más mínimo.

—No tanto como tu hermano, pero sí mucho más de lo que jamás habría sido posible —entrelazó su mano con la de ella—, mi abuela pidió al conde que invirtiera pequeñas cantidades en los mismos lugares que él frecuenta, para evitar riesgos. Y ha habido frutos.

Siguió hablando. De planes, de oportunidades y de mayores participaciones en negocios que como lacayo o capataz nunca habrían estado a su alcance. La mente de Claire, demasiado sobrecargada de información, solo fue capaz de registrar unos pocos datos al azar, pero con ellos, tuvo suficiente para hacerse una idea clara de la situación.

Repentinamente sería, apartó su cuerpo del de Joshua, que calló al comprender que la incomodidad se había instalado entre ellos.

—¿Qué pasa, Claire? ¿No estás contenta?

—Por supuesto. Me alegro mucho por ti y tu suerte. Sin duda Josephine ha demostrado ser muy capaz e inteligente. Ha velado por tu futuro.

—¿Velado? ¡Me ha dado un futuro! ¡A los dos! ¿Por qué...?

—De no haber ocurrido, de no haberte enterado de que ahora eres el orgulloso poseedor de una fortuna respetable, ¿habría ocurrido esto entre nosotros, Joshua? ¿Me habrías buscado y declarado tu amor, haciendo imposible que nos separaran después de haber pasado juntos la noche, después de haberme entregado a ti?

Tensando la mandíbula, Joshua se cruzó de brazos, apartando la mirada del gesto reprobatorio de Claire, lo que evidentemente, le dio a ella la respuesta.

—No puedo creerlo... ¡no puedo creer que sigas con tus complejos y tus inseguridades, después de todo por lo que hemos pasado!

—Lo que yo no puedo creer es que estés enfadada conmigo ahora que no hay nada que nos impida estar juntos. ¡Tengo dinero, Claire, mucho dinero! ¿Cómo es posible que eso sea un problema?

—El problema es que hayas creído que solo por poseerlo podías acercarte a mí.

—No era más que un lacayo hasta hace unos días. Un capataz de las tierras de tu familia, no tenía nada que...

—¡Yo solo te quería a ti! —gritó Claire, desesperada, alzando las manos para hacerte entender—. Señor, ¿nunca vas a comprenderlo? ¿Nunca vas a ver lo que siempre he tratado de decirte? Yo jamás he querido nada más que estar contigo, Josh. Me importa poco vivir en la casa o aquí.

—Yo no lo habría permitido.

Consternada, Claire se dio cuenta de que aquel era uno de esos pesos con los que Joshua cargaría el resto de su vida. No tuvo dudas de que sus palabras eran ciertas, de no haber degustado las mieles de su repentina fortuna, jamás habría osado ponerle una mano encima, incluso aunque Andrew, en su benevolencia, tomara a bien que ellos decidieran estar juntos, el mismo Josh se negaría en rotundo a forzar a Claire a una vida miserable y por debajo de lo que merecía, según sus propias opiniones.

El saber que poder tenerle y ser feliz a su lado había dependido prácticamente del azar, la hacía sentir insegura y triste. Ella quería amarle libremente y que estuvieran juntos solo por sus sentimientos, sin que nada más importara. Por lo visto, era un punto de vista que Josh, nunca compartiría.

—No dudo de tu amor, Claire —le oyó decir, poco después—, pero incluso aunque estuvieras dispuesta, vivir de forma humilde habría terminado por distanciarnos. No estás acostumbrada a ello y llegado un momento, el amor no habría sido suficiente.

—Entonces sí dudas de que te ame tanto como para renunciar a la vida que conozco —le miró a los ojos, con seguridad y confianza—. Demuestras conocerme poco.

—Solo pretendo que seas feliz, en todo. No quiero que estar conmigo te suponga perder nada más, a tu familia o amistades. Tener que acostumbrarte a una vida simple y sin lujos. No podría soportarlo.

—No digas entonces que yo no sería capaz de acostumbrarme. Di que tú no lo aguantarías. ¡Quizá sea tu amor el que no tenga la fuerza suficiente!

Tomándola de los brazos, Josh acercó a Claire hacia sí hasta que ambos tuvieron sus rostros a escasos centímetros. Ambos molestos, llenos de una frustración en la que tendrían que trabajar para lograr entenderse.

—Mataría a cualquiera por ti, Claire. Incluso a mí mismo. No dudes nunca de la fuerza de mis sentimientos.

Despacio, ella colocó la palma de la mano en la mejilla de Josh, logrando que exhalara el aire contenido y su furia empezara a disiparse. También la mirada castaña de Claire se tornó más dulcificada, recordándose que lo importante era el ahora. Estaban juntos, debía disfrutarlo y dejar de lado el como se hubieran dado las cosas.

Él, que pareció leer sus pensamientos, la abrazó con fuerza, como el niño que había perdido a su madre y tenido que pagar con una vida angustiada los pecados de un padre incapaz de protegerle.

—Estamos juntos ahora —le susurró—, tengo una vida que ofrecerte, algo con lo que cimentar mi amor y devoción, Claire. ¿Es eso bastante? ¿Será bastante para ti, para hacerte olvidar mis complejos y miedos a no merecerte?

—Te habría aceptado aunque únicamente hubieras tenido tu palabra de quererme solo a mí.

—Lo sé —Josh cerró los ojos, acariciándose con la mejilla de Claire el rostro—, lo sé, mi amor... lo sé.

Josh buscó sus labios, y Claire se los entregó, dejándose arrastrar por un beso que prometía llevarse y ocultar aquella zozobra que amenazaba un horizonte de amor al que todavía debían acostumbrarse.

Al verse nuevamente recostada sobre la cama, con el delicioso peso de Josh sobre su cuerpo y sus manos y dedos encendiéndole el deseo con caricias, Claire suspiró, decidida a abrazar el momento presente, utilizándolo como recuerdo del que tomar fuerzas cuando fuera necesario luchar en los momentos del futuro que estuvieran por llegar.

—No habría podido soportarlo —le confesó Josh, mientras la adoraba con su mirada brillante—, aunque no hubiera tenido nada, jamás habría permitido que amaras a otro.

—Nunca amaré a otro.

—Bien... porque ya nada va a interponerse entre nosotros —musitó Josh, inmovilizándole las manos a ambos lados de su cabeza, entrelazando sus dedos con los de ella—, ni siquiera yo.

Cuando se cernió sobre ella, abriéndose paso dentro de su cuerpo, Claire emitió un gemido de placer y alivio. Pensó, con una satisfacción que inundó todo su ser, que Josh nunca dejaba una amenaza sin cumplir.

No era la primera vez que Claire se colaba en la casa hurtadillas. De hecho, siendo una niña lo había hecho más veces de las que podía recordar, en aquellas tardes frías donde sus padres le prohibían salir y ella se veía incapaz de renunciar a pasar al menos unas horas en compañía de los caballos, recorriendo los jardines o persiguiendo a su hermano adonde quiera que fuera.

Por eso en aquel momento, después de que Joshua le hubiera pedido, lleno de misterio y picardía que fuera a su dormitorio a buscar un vestido bonito del que no le importara desprenderse, Claire recorría los pasadizos sin pensar prácticamente en lo que hacía. Sabía por dónde entrar y salir para evitar al servicio o los invitados que se rezagaban tras la cena ofrecida por el conde y Victoria, evitó la escalinata principal y solo tuvo que aguardar unos instantes antes de cruzar el comedor y dirigirse al pasillo donde se encontraba su alcoba.

Oyó de lejos las voces de su hermano y cuñada, que seguramente irían a desayunar tras una larga noche de charlas y entretenimiento con sus amistades. Dedujo, acertadamente, que muchos de los miembros de su familia debían estar preguntándose dónde se habría metido, puesto que se había perdido gran parte de la fiesta y, tras eso, no se la había vuelto a ver.

El recuerdo de sus hazañas, mientras la casa estaba llena de invitados que habían recorrido varios kilómetros para aceptar la deseada invitación del conde de Holt, coloreó sus mejillas e hizo que su pecho se inflamara de felicidad.

Siempre había creído que sus amigas, tras casarse, exageraban mucho sus emociones y sentimientos. Después de aquel primer contacto con el marido, muchas de ellas, sobre todo aquellas que guardaban sentimientos por el hombre con el que se habían casado, le contaban con éxtasis como ahora la vida y los asuntos más sencillos parecían completamente nuevos. Claire dudaba de que el día a día de una mujer cambiara por el hecho de haber entregado su virginidad a un hombre. De hecho, nunca pensó que el asunto fuera realmente reseñable una vez llevado a cabo. Un mero y esperado trámite tras las nupcias, pensaba. Ahora sabía que había estado equivocada.

Quizá no fuera por el hecho en sí de haber conocido la relación marital más íntima, sino por haberla vivido con el hombre adecuado. Este que sabía, estaba en el mundo para ella. Aquella mañana el sol parecía brillar más, el aire era más puro, las flores de colores más vivos y el mismo sonido de sus pasos sobre la hierba, cantarín y alegre.

Allá donde mirara, recorriendo los pasillos alfombrados de una casa de la que conocía cada rincón, parecía encontrar algo nuevo. ¿Siempre había estado tan pulida la escultura situada junto a la biblioteca? ¿La mesa del comedor había sido así de lustrosa? ¿Las faldas de las doncellas, y ellas mismas, habían mostrado días atrás aquel buen aspecto?

Todo era nuevo. Todo era fascinante, hermoso y feliz a su alrededor. El día había empezado y la había encontrado envuelta en sábanas cálidas, rendida a las caricias de Joshua, que la miraba por fin como si estuviera dispuesto a enfrentar un ejército por ella. Nada podía opacar la alegría que habitaba en Claire, ni los interrogantes del incierto futuro ni las sombras que aguardaban en las esquinas, intentando atraparla.

Ni siquiera el hecho de que Joshua solo hubiera dado el tan deseado paso por considerarse más apto a las necesidades que él pensaba Claire tenía. Con la fortuna sonriéndole, él había estado dispuesto por fin a rendirse al amor, pero... ¿y si el caprichoso destino volviera la balanza en su contra?

Si las cosas se torcieran, si la vida mostrara su cara más dura y hostil, ¿la dejaría él de lado, creyendo que nada más tenía que ofrecerle si no podía colgar de su cuello brillantes y perlas? ¿Perdería a Josh porque él sería demasiado orgulloso para dejar que su hermano les mantuviera?

—No pienses en eso. Ahora no —se ordenó, abriendo con cuidado la puerta de su dormitorio y colándose dentro como una ladrona profesional—, hoy va a ser un día maravilloso. Nada lo estropeará.

Estaba por ver si Andrew pensaba lo mismo cuando Joshua tuviera con él la tan esperada y temida conversación, pero Claire decidió apartar aquello de su mente y dedicarse a la tarea encomendada.

Aunque no sabía por qué, podía imaginar las razones por las cuales se le había pedido que localizara un vestido bonito. Josh le había dicho que Gilly tenía un plan romántico para el que les necesitaba a ambos, y Claire, que suspiraba con aquellas novelas que escondía bajo la almohada, no había tenido corazón para negarse. Sospechaba que tenía algo que ver con Caroline, cuya presencia en la casa era solo conocida por un reducido círculo, y deseó de corazón que aquella mañana, la muchacha obtuviera algo que arrancara de su rostro el pesar y el dolor.

Había superado una dura enfermedad y ahora yacía prácticamente escondida en el cuarto de empleados. Se merecía una salida en carruaje, vestida como una dama y acompañada del hombre amado y los amigos.

Después de mirar con ojo crítico su armario, tomó para ella un vestido celeste de mangas abullonadas y escote redondeado con fajín de tul, que pese a los detalles y el corte, era fresco y apropiado para un paseo. El segundo, que sin duda iría destinado a Caroline, era de un rosa apagado muy favorecedor, con mangas hasta el codo y un ribete de terciopelo en tono coral tanto en el escote como en la cintura y el bajo de la falda.

Sin duda, el color y el talle favorecerían a Caroline, que era rubia y de piel clara. Con una sonrisa satisfecha Claire introdujo en una bolsita unos pendientes sencillos de oro y dobló el vestido lo mejor que pudo antes de cambiarse y dejar sobre la cama el que había llevado la noche anterior. Con suerte, pensó, si las doncellas entraban y lo encontraban, deducirían que se había cambiado en algún momento de la madrugada, aunque nadie la hubiera visto subir al dormitorio.

Se vistió y cepilló el cabello, atándolo con una cinta de tul turquesa. Al mirarse en el espejo, pensando si aplicarse o no color en las mejillas, comprobó que no lo necesitaba. Valoró su imagen, preguntándose si sería visible para el resto del mundo lo que su cuerpo había experimentado solo unas horas antes, pues a ella le parecía que cada rincón de su piel brillaba con el recuerdo de las caricias de Joshua.

Esperó pacientemente unos minutos, hasta que estuvo segura de poder evitar el trasiego de los empleados que debían estar ocupadísimos dejando la casa Holt en óptimas condiciones tras la visita de los invitados. Salió del dormitorio, rehaciendo el camino y sintiendo el corazón bombearle a toda velocidad en el pecho.

Sentía unas ganas inmensas de volver a reunirse con Joshua, mirar sus ojos negros y fundirse en ellos. Minutos antes, cuando se habían despedido, entre los dos parecieron saltar chispas, y los besos y caricias que se prodigaron para soportar la nimia separación todavía la hacían sonreír.

Además, se reconoció a sí misma, se moría de impaciencia por saber qué era aquel misterio que Gilly había organizado.

Sosteniendo el vestido con sumo cuidado, Claire llegó a la planta baja, cruzó los pasillos, atajando por la sala de retratos, donde la mirada escrutadora de cientos de antepasados parecieron seguirla, pasó justo delante de la salita de las condesas y por fin, alcanzó la puerta que daba al porche.

Un ligero gruñido procedente del suelo la hizo detenerse y, confusa, miró de reojo a Harvey, el dálmata de su hermano, que sostenía entre las fauces una galleta recién horneada y había alzado las orejas en muda pregunta hacia Claire.

—Si no dices que me has visto —susurró la muchacha, acariciándole el hocico—, no preguntaré de dónde has sacado eso. ¿Trato hecho?

Harvey movió el rabo y echó a caminar con sus gráciles patas, pasando junto a Claire sin girar la cabeza para mirarla. Deambuló por el pasillo y después, con parsimonia, cruzó a la sala de las condesas, y siguió hasta el comedor, seguramente para echarse en un discreto rincón desde el que poder vigilar al bebé cuando apareciera, protegiéndolo de cualquier posible amenaza, tal como era su costumbre.

Una vez conseguida la huida del interior de la casa, Claire debía llegar junto a los establos, donde Joshua y Gilly esperaban. Había bajado las escaleras del porche y ya dirigía sus pasos al camino que llevaba a la zona de cuidado a los caballos, cuando una figura alta y masculina le cortó el paso. Con el vestido entre los brazos y la garganta seca, Claire no tuvo más remedio que pararse en seco, en tanto la mirada escrutadora de Arnold Calvin (que sin duda sería mucho menos benévolo que Harvey), la analizaba.

—¡Claire! —exclamó, haciendo aspavientos con los brazos—. Santo Cielo, ¿tienes idea de cuánto te he estado buscando? Ninguna de las personas a las que he preguntado sabía nada de ti. Ya iba a dirigirme a la casa para hablar con tu hermano.

—Pues... estoy aquí mismo.

Arnold enarcó una ceja, evidentemente nada satisfecho con la respuesta. Estiró la mano para tomar la de Claire y conducirla dentro, pero ésta, la esquivó.

—Te agradezco mucho la preocupación, Arnold, pero si me disculpas... tengo mucho que hacer.

—¿Puede saberse dónde vas con tanta prisa? Anoche desapareciste de la cena, ni siquiera me diste ocasión de pedirte un baile.

—Siento mucho haberte ofendido pero sucedieron cosas... que me hicieron imposible quedarme en la fiesta.



Calvin volvió a recorrerla con aquellos ojos que parecían taladrarla. Claire supo que no había pasado por alto el vestido que llevaba en las manos, ni tampoco el rubor exacerbado de sus mejillas. La ceja rubia de Arnold se alzó y cruzó los brazos sobre el pecho, en una pose indolente pero de clara dominación, destinada a hacer a Claire sentir culpable.

—No era mi intención desalentarte de una manera tan brusca, Arnold —dijo ella, consciente de que al menos, le debía un gesto amable—, pero tampoco te di nunca motivos para que creyeras que las cosas serían distintas entre nosotros.

—¿Intentas decirme que rechazas mi petición, Claire?

—No podría acomodarme al tipo de arreglo que me sugieres. Lo siento.

El hecho de que él pareciera tan contrariado, daba más motivos a Claire para afianzar su negativa. Saberse esposa de Arnold ya sería lo bastante duro, iría en contra de todo cuanto su corazón y su alma anhelaban, pero además, pensar en proponerle a Joshua que se convirtiera oficialmente en su amante, que trabajara bajo su techo y pasara con ella momentos robados bajo la mirada displicente de un esposo que solo quería un matrimonio para obtener su título y herencia, le era impensable.

Joshua nunca aceptaría ese arreglo, y ella sería incapaz de faltar al juramento hecho a Arnold, quebrantando sus votos, viviendo junto a un hombre y añorando a otro.

—Conoces mis sentimientos desde hace mucho —le dijo, con una sonrisa suave—. Yo no podría quererte del modo en que una esposa debe querer a su marido. Nunca se me ha forzado a aceptar un matrimonio por deber, así que no puedo hacerlo ahora.

—A mi lado podrías ser feliz, Claire, ¡yo no pido tu corazón, ni siquiera tu amor o tu entrega obligada! —Arnold se disculpó con una mirada, consciente de que había alzado ligeramente el tono, tocando temas íntimos que una dama no tenía por qué oír—, no me interpondría a que le vieras y vivieras a su lado los momentos que gustases.

—Pero es que yo no podría hacerlo, Arnold. Incluso con tu bendición, no podría jurar ante Dios respetarte y serte fiel y luego correr a los brazos de Joshua. Sería incapaz. Y él no lo permitiría.

—¿Prefiere no poder tenerte nunca, renunciar a ti? Porque tal y como es vuestra situación ahora, no tendréis si quiera instantes que robar.

Fue una mala suposición, y Arnold se dio cuenta tan pronto las palabras abandonaron sus labios. Era un hombre experimentado y había vivido las situaciones suficientes con mujeres de diversa índole como para captar señales que para otros, podrían resultar imposibles de ver.

Cuando su mirada recayó en la de Claire, exhaló un suspiro, llevándose la mano a la barbilla, como si sopesara los cambios que aquel hecho suponía a la situación. Ella, por su parte, no bajó la mirada ni ocultó la realidad con pudores o temerosos balbuceos. Era cierto que esperaba que la realidad de su condición no se supiera del modo incorrecto, antes de que pudiera arreglar la situación de la mejor manera posible, pues era una dama y había sido criada para respetarse a sí misma y a su familia; pero ello no implicaba que estuviera arrepentida de lo ocurrido.

Su cuerpo siempre había estado destinado a yacer entre los brazos de Joshua McKan, poco importaba si la primera vez sucedía siendo ya su esposa o no. Claire sabía que no le amaría más llevando un anillo en su dedo.

—No puedo aceptarte, Arnold. Ahora menos que nunca —susurró, esperando que aquello le hiciera desistir por completo.

—Oh, querida... ¿por qué lo has hecho? Habríamos encontrado la manera de...

—¡Claire!

Las grandes zancadas de Joshua se hicieron audibles inmediatamente. Recorrió a una velocidad nada desdeñable la distancia que le separaba de Arnold y Claire, cuya conversación se había acabado de forma abrupta.

Con la mandíbula endurecida y el gesto claramente hosco, Josh se interpuso entre los dos, tomando posesivamente a Claire del brazo y ocultándola a su espalda, como si solo dejar que Calvin la mirara pudiera perjudicar en modo alguno los cambios sufridos entre ellos en las horas previas.

—Sé para qué ha venido —le escupió a Arnold, sin el menor miramiento—. Pierde el tiempo.

El futuro vizconde tomó una pose cómoda, llevándose las manos a la espalda y dando algunos pasos a derecha e izquierda conforme observaba a Josh, que parecía esperanzado de que sus palabras cayeran en saco roto. Sin duda, deseaba tener la oportunidad de desahogar toda aquella rabia a través de los puños, tal como reflejaban su lenguaje corporal y gesto amenazante.

—Joshua... haz el favor de comportarte —le dijo Claire, haciéndose a un lado y mirándole muy seria—, Arnold y yo estábamos compartiendo una conversación de lo más inocente.

—Nada es inocente con un hombre que quiere desposarte —McKan estiró el brazo, impidiéndole moverse—. No deberías haberte acercado a él estando sola, ¿es que no sabes que podría comprometerte?

La carcajada de Arnold hizo que el ceño de Joshua se frunciera más aún.

—¿Le hace gracia lo que digo?

—Señor... —Calvin estiró la mano hacia él, poco dispuesto a perder el tiempo en nombres y formalidades—, me parece muy hipócrita de tu parte acusarme de intentos de comprometer a la señorita Ferris cuando tú, de forma clara y premeditada, te has aprovechado de su inocencia.

—Ella es mía —contestó Josh, sin alterarse.

—¡Josh, basta! —harta de verte en un segundo plano mientras su honra era discutida por aquellos hombres, dio un paso al frente—. Arnold, no tiene ningún sentido que prolonguemos esta conversación sin sentido ni un momento más.

—No estoy de acuerdo, Claire, es el momento perfecto para llegar a un acuerdo —con un suspiro que pretendía mostrar sus altas dotes como negociante, Arnold prosiguió—. Está claro que tu situación es delicada. Ahora más que nunca, mi propuesta cobra todo el sentido.

Fuera de sí, Josh dio los pasos adelante suficientes para que las punteras de sus botas hicieran retroceder a Arnold.

—¿Propuesta? ¿De qué está hablando?

—He ofrecido a la señorita Ferris un arreglo que nos beneficiaría a ambos. Ser mi esposa, y poder gozar de mi beneplácito para buscar la felicidad allí donde quiera encontrarla. Sin interferencias.

Josh perdió parcialmente el habla. Cerró los puños con fuerza, incrédulo ante lo que oía.

—Ya he dado mi negativa —intervino Claire, con una clara mirada de advertencia—. Y mi respuesta sigue siendo la misma, Arnold. Por favor.

—¿Qué clase de arreglo es ese? ¿De verdad cree que permitiré que tome a Claire para luego compartirla? —Josh miró a uno y a otra, sintiéndose fuera de sí ante palabras que equiparaban la relación entre hombre y mujer, con burdos negocios—. No puede casarse con usted. Ni con ningún otro. Es mía. Me pertenece, del mismo modo que yo le pertenezco a ella. ¿Lo entiende?

—Perfectamente. Ya veo que sus palabras de hace unos meses han caído en saco todo. Todo ese asunto de la renuncia para que ella obtuviera lo que claramente merece y desea, un hogar, una familia respetable...

—Claire me quiere a mí —Joshua sentía arder sus mejillas. Odiaba hablar públicamente de sus sentimientos y más, ante personas como Calvin, a quien consideraba no solo un competidor, sino además, un rival en cuanto a posición social—. Me quiere.

—No tengo dudas al respecto —Arnold le miró, compasivo—, y seguro que tú la quieres a ella y vuestro amor es uno de esos con los que los poetas crean sonetos. Pero este es el mundo que habitamos, y la señorita Ferris precisa de un esposo que pueda darle una vida más al uso, ¿comprendes?

Por supuesto que lo comprendía. Joshua sabía bien todo a lo que se arriesgaba con cada paso que daba en dirección a Claire. Costaría, incluso aunque ahora tuviera el dinero suficiente como para hacer de su vida diaria algo muy similar a lo que estaba acostumbrada. Los círculos sociales, ciertas reuniones de damas y demás eventos a los que ella acudía, podrían mirarla mal si tenía por esposo a un lacayo recién convertido en capataz.

El dinero abría puertas, eso era cierto, pero no evitaba los cuchicheos. Con Arnold Calvin, aquello no suponía un problema. El niño bonito de la aristocracia, futuro vizconde, se movería como pez en el agua en todo salón de baile y acto de caridad. En la práctica, era lo mejor para Claire, lo más cómodo y aceptable. Lo que menos riesgos tenía.

El asunto estaba, en que Joshua no pensaba permitirlo.

—¿Es que no piensa decir nada? —le atosigó Arnold, perdiendo la paciencia—, ¿se ha quedado sin argumentos para defender su postura?

–Usted habla suficiente por los dos –contestó Joshua, cruzándose de brazos con despreocupación–. Puede decir todo lo que quiera, porque ninguna de sus palabras es de amor y compromiso. No quiere a Claire, y por Dios que ella a usted tampoco.

–El amor no tiene nada que ver en este caso. Hablamos de matrimonio, de un acuerdo fructífero para todas las partes.

–No estoy dispuesto a renunciar a la mujer a la que quiero. Por nadie –sentenció Joshua, con firmeza–. Puede que no tenga su apellido, ni tampoco su título, pero no me hace falta, ¿sabe por qué? Porque yo tengo lo que Claire quiere, y usted no.

–¿Y qué es eso que ella quiere, según usted? –el tono usado por Calvin fue cortante, consciente de que el tuteo y los intentos de acercar posiciones con aquel empleado caían en saco roto.

Entrelazando los dedos con los de Joshua, fue la misma Claire quien respondió, consciente de que aquella iba a ser una forma inmejorable de poner a prueba su fortaleza de espíritu a la hora de defender su derecho a ser feliz y compartir la vida con el hombre indicado. Después, tendría que hacerlo ante su familia, ya que de ningún modo permitiría que Josh defendiera la causa solo.

Su felicidad estaba en juego.

–Es él, Arnold –dijo con simpleza–. Aunque pudieras ofrecerme la vida más maravillosa del mundo, no lo sería en realidad. Solo puedo desear a Joshua, solo en él veo un compañero y un esposo. Lo lamento, pero ningún arreglo, por fácil que haga las cosas, puede cambiar eso.

–Claire... recapacita, por favor. Te juro que no me interpondré entre vosotros, permitiré que estéis juntos, arreglaremos, de algún modo...

–No voy a conformarme con eso –dijo Josh, y su tono de voz, dejó claro que la conversación moría en ese punto–. Y si usted es un hombre, tampoco debería.

Rendido, Arnold Calvin tuvo que desviar la mirada para que el fuego de la unión que tenía en frente no le cegara. Podría decir mucho más, lo sabía, era un hombre locuaz que rara vez desistía en un debate donde sabía que sus argumentos eran sin duda los mejores, pero sería como predicar en el desierto. Claire estaba determinada a llevar a cabo su voluntad, y sin duda, aquel hombre junto a ella, Joshua McKan, que hasta hacía pocos días servía en la casa, tenía una voluntad infranqueable.

No lograría pasar a través de él, no habría nada que le tentara a ocupar en la vida de Claire un segundo plano. Era un hombre orgulloso, y Arnold también. Suplicar no estaba en su vocabulario, por más que la situación que viviera, fuera desesperada.

–Espero de corazón que no estés cometiendo un error, Claire –le dijo, tratando de aligerar el ambiente tenso que los rodeaba–, sabes que siempre podrás contar conmigo.

–Sé que ahora te parece una traición, Arnold, pues la ayuda que me prestaste en el pasado sin duda merece una recompensa mejor –tomándole la mano, Claire le devolvió la sonrisa–, pero hallarás a la mujer adecuada y entonces mi rechazo habrá sido una bendición.

Asintiendo por falta de algo mejor que decir, Arnold dedicó a Joshua una mirada sincera, la de un hombre que sabe que ha perdido frente a un igual. Le tendió la mano.

–Cuida de ella.

–Para eso vivo.

Josh estrechó la mano que se le ofrecía con un gesto que decía mucho más que sus pocas palabras.

–Ve a hacer lo que debas –susurró Arnold, mirando a Claire con intención–, trataré de mantenerme fuera de la vista de tu familia. No les daré ninguna información, si puedo evitarlo.

–Gracias, por todo.

Un asentimiento fue todo lo que Calvin pudo mostrar, antes de quedarse justo allí parado, en medio del jardín, viendo como su mejor baza para derrotar la tiranía de su padre se le escapaba entre los dedos, guiada de la mano de un hombre que con gusto le habría tumbado de un solo golpe de haberse interpuesto.

–No habrá quien se acerque a ella –susurró para sí mismo, sonriendo.

–Perdón por el retraso, ya estamos aquí.

Recogiéndose las faldas, Claire descendió la pequeña hondonada que comunicaba la zona del establo con el camino que daba a la salida de la propiedad, con aquellas grandes verjas de hierro forjado coronadas con la H que su padre, orgulloso, había mandado colocar para delimitar su propiedad.

Junto al carruaje de paseo esperaban Josh, que se había puesto la librea (seguramente la pieza de vestir más elegante que poseía dado su poco entusiasmo por los gastos superfluos) y Gilly, que lucía un traje oscuro con sombrero y parecía pálido y asustadizo bajo el pelo rubio.

–Estoy segura de que la tardanza ha merecido la pena.

Claire tomó de la mano a Caroline, que había venido detrás de ella desde que salieran del dormitorio de los empleados, lugar que habían usado para arreglarse. Tímida y ligeramente inquieta, la muchacha se dejó ver bajo el sol, mostrando el vestido en tonos rosados que Claire le había regalado y tan bien parecía amoldarse a las formas de su cuerpo.

Aunque visiblemente más delgada a causa de la enfermedad, Caroline era una joven bien proporcionada y de talle estilizado. El fajín en coral dejaba a la vista una cintura delgada y hacía caer las faldas del vestido con gracia. El cabello, que se había recogido en un rodete trenzado, le caía sobre la nuca, haciendo brillar los delicados pendientes de oro que lucía.

Gilly se quitó el sombrero y abrió tanto la boca, y durante tanto tiempo, que Josh tuvo que darle un codazo.

–Por los santos calzones de mi abuelo, Caroline... ¿estás segura de que quieres conformarte con un don nadie como yo? Estás tan bonita... tanto... que hasta el mismo conde caería rendido a tus pies.

Con una risita, Claire se hizo a un lado, dejando a la joven pareja intercambiar miradas de anhelo y suspiros. Al verlos, tan enamorados y dispuestos a todo por hacer de su amor una realidad, una punzada de envidia se abrió paso en su pecho. Aunque estaba ahora más cerca de Joshua que nunca, el temor al momento de poner las cartas sobre la mesa era latente en Claire, que deseaba y a la vez temía dar la cara ante su familia.

Joshua tenía las ideas fijas, pero era un hombre de honor y antepondría ante todo lo que considerara sería la felicidad y bienestar de ella. Si le convencían de que él no podía proporcionársela...

–¿Estás bien? –interrogó él, al verla tan ausente–, ¿te ha disgustado nuestro encuentro con Calvin? Si hace algo contra...

–Arnold es un caballero. Dudo mucho que haber tropezado con él nos suponga algún problema.

Josh se limitó a gruñir, dejando claro sin necesidad de palabras cuál era su opinión sobre un hombre que había intentado cortejar a una dama por razones “*que podrían beneficiar a ambas partes*”. Él, que había renegado de su amor por Claire durante años, porque simplemente sabía que era poco para ella, no podía concebir que alguien que tenía todo entre las manos para poder comportarse como un rival digno, actuaba del modo en que Calvin lo había hecho.

Claro que si hubiera estado rendido de amor por Claire, la situación habría sido la misma. Josh no estaba dispuesto a renunciar a ella ante nadie.

–Espero que haya comprendido tu rechazo y se haga a un lado. Por su bien.

–Joshua, considero a Arnold un amigo cercano, una persona con la que hablar y relacionarme independientemente de que su propuesta no haya sido de mi agrado – ante la mirada inquisitiva de McKan, se mantuvo firme–. Estuvo a mi lado cuando lo necesitaba.

–¿Cuándo ocurrió eso? ¿Cuándo pudiste precisar ayuda y no acudiste a mí? No hay nada que yo no hiciera por ti, Claire.

–Me habías dicho a la cara que solo habías correspondido a mi beso por temor a ser despedido. Que no lo deseabas y no había debido pasar.

Lleno de una vergüenza que le hacía imposible mirarla a la cara, Joshua giró sobre sí mismo, apoyando las manos sobre la puerta lacada del carruaje y apretando la mandíbula.

Era evidente que Calvin iba a tomar ventaja de aquella retirada que él había protagonizado. No le cupo la menor duda, tan pronto desestimó el cariño de Claire y se apartó, de que Arnold haría entonces su movimiento maestro.

No se arrepentía. En su momento, creyó que aquello era lo que debía hacer, lo más lógico, lo más adecuado. Renunciar a Claire antes de que las cosas fueran a más y la virtud y honor de la familia quedara en entredicho. Por aquel entonces, siendo solo un lacayo que dormía en el establo, Josh veía su vida pasar anhelando tocar unas estrellas que estaban más allá de su alcance.

En este momento, todo era distinto. Tal vez no solo porque ahora era un hombre con posibles, capaz de poner sobre la cabeza de su amada un techo cómodo, cubrirla con joyas y ropajes y darle una existencia sin vergüenza ni carencias, sino también porque se había dado cuenta de que, de seguir haciéndole a un lado, llegaría el momento en que ella dejara de esperarle. Y, llegado el momento, tampoco seguiría queriéndole.

–Sabes bien que ninguna de mis palabras fue real. Tan solo pretendía... creí que te estaba protegiendo, arrancándote de mí para que no echaras a perder tu vida.

–¿Y no pensaste en el daño que me hacías? –poniendo su mano pequeña sobre el hombro de Josh, le hizo darse la vuelta–, ¿no veías acaso que tu rechazo me rompía por dentro?

Joshua cerró los ojos cuando Claire alzó las manos y le acarició las mejillas, ligeramente ásperas por la barba incipiente que teñía de oscuro la mitad inferior de su rostro. Bajo su tacto, se sentía como un cachorro domado, a expensas de cualquier orden o petición que ella hiciera.

Su cuerpo, que ya sabía lo que era tenerla, tembló, anhelando el abrazo íntimo una vez más.

–Pensé que sería menos doloroso destruir tus ilusiones antes de que éstas fueran más fuertes.

–¿Qué piensas ahora?

La mirada negra de McKan pareció hacerla arder en llamas cuando se clavó en ella.

–Que tendrían que matarme para apartarme de ti.

–Joshua...

Él bajó la cabeza unos centímetros, asegurándose de hablarle en tono bajo pero muy cerca de ella, rozando casi su frente contra los mechones castaños que caían grácilmente sobre las orejas de Claire.

–Y en cuanto estemos a solas, volveré a demostrártelo.

–Estamos listos.

Gilly y Caroline se acercaron a ellos, tomados del brazo y con un sonrojo en las mejillas que dejaba claro a qué se debía su prisa.

Con caballerosidad, Josh ayudó a las dos mujeres a entrar al carruaje y él subió junto a Gilly en el asiento del conductor. Los dos amigos intercambiaron una mirada llena de significado, conscientes de lo que aquel paso significaba. Una vez hecho, Gilly tenía la intención de hablar con Andrew, confesarle lo ocurrido, la estancia de Caroline en la casa y sus planes de buscar trabajo en otro lugar donde el pasado de la muchacha no la persiguiera.

Sabía que conseguiría una buena carta de recomendación, pues llevaba muchos años sirviendo para los Ferris. Conocía cada palmo de aquel lugar, cada árbol y hendidura del terreno. Decir adiós iba a ser difícil, tanto a la tierra y animales que con sus manos había cuidado, como a las personas que allí se quedaban y a las que consideraba su familia.

La mano de Josh, presionando su hombro, le reconfortó.

–Hablaré con él por ti –ofreció McKan–, le contaré cómo pasó todo. Estoy seguro de que te ofrecerá más ayuda que una carta de recomendación.

–No quisiera abusar de su buena fe, Joshua. Ten en cuenta que Caroline ha estado bajo su techo sin que lo supiera. Podría darme por afortunado si no me echa con lo puesto.

–El conde no es así. Es un hombre justo –y a ello se aferraba con fuerza–, además, tu petición no será nada en comparación con la que debo hacerle yo.

Con suma discreción, Gilly echó una ojeada hacia atrás, donde la puertezuela del coche se había cerrado. Las voces suaves de las mujeres eran apenas audibles, pero su presencia parecía inundar cada rincón, incluso aunque no estuvieran a la vista. Tomando las riendas con manos expertas, carraspeó, mirando al frente.

–Imagino que tiene algo que ver con la señorita Ferris y su desaparición de la cena de anoche.

Con las cejas arqueadas, Joshua miró a su amigo, esperando la diatriba de reproches, quejas y aspavientos a los que Gilly le tenía tan bien acostumbrado. No

obstante, el lacayo se limitó a mover las riendas y poner los caballos al trote, guiándolos con mano firme hacia la salida de la propiedad. Cuando llevaban unos minutos de camino silencioso, Josh apoyó la bota en el travesaño y le increpó.

–¿Cómo es posible que lo supieras?

–No soy tan descuidado como todos creéis –contestó Gilly, encogiéndose de hombros–, ¿sabes lo que te haces?

–Ella me quiere y sabe Dios que yo dormiría en el infierno antes de hacerla infeliz. Sería capaz de desposarla incluso aunque no la amara, si eso fuera lo que ella quisiera.

No fue necesario que Gilly preguntara si aquel era el caso o si, por el contrario, los sentimientos de Joshua correspondían a los de Claire. Había cosas que no necesitaban respuesta, una única mirada solía bastar para que dos personas que habían convivido y trabajado juntas, se conocieran a la perfección.

Ese era el caso de los dos hombres.

–Ya entraremos en detalles –dijo Josh, sonriendo con malicia–, ahora vayamos a hacer de Caroline una mujer respetable.

–Sí señor –decretó Gilly, sonriendo con entusiasmo.

Tomaron el camino que daba a Kent, pasando por el pequeño Chartham y dejando atrás sus comercios. En agradable silencio, Gilly y Joshua vieron pasar las arboledas y vallados de las grandes casas y haciendas vecinas a la del conde de Holt, dejando atrás Stony Cross.

Una vez en Kent, hicieron parar el carruaje justo frente a la pequeña iglesia de madera donde los fieles y piadosos habitantes iban a las misas y rezos. Una visita anterior, previo pago del tiempo que el párroco iba a emplear en atenderlos, había dado a Gilly los conocimientos necesarios para poder llevar a buen término su plan en el menor tiempo posible.

Por supuesto, de haber contado con más medios y una extensión de tiempo más amplia para prepararlo todo, habría podido engalanar el lugar, comprarle a su novia un verdadero vestido y ofrecerle, al menos, un desayuno en alguna cantina respetable. Sin embargo, las cosas eran las que eran, y su situación requería de medidas rápidas, pues si quería la ayuda del conde, su caso debía ser presentado como algo serio y formal.

Tomando a Caroline de la mano y dedicándole una mirada que profesaba más amor del que sería nunca capaz de expresar con palabras, Gilly cruzó con ella el umbral de la iglesia, seguidos de cerca por Joshua y Claire, que harían las veces de testigos.

El párroco, un anciano con mirada acuosa, les esperaba ya en el púlpito. Sometió a la pareja a algunas preguntas, antes de centrarse en su ajado libro y empezar a leer sin emoción.

Pese a lo lúgubre del momento, y la escasez de invitados, la boda entre Caroline, que lucía radiante con el vestido más bonito que había tenido en su vida, y Gilly, un hombre alegre y bonachón que por primera vez disfrutaba de la sensación de estar enamorado y ser correspondido, fue una de las más bonitas que Claire había visto en su vida.

Emocionada al ver como la joven pareja intercambiaba los votos que les unirían para siempre, pese a la adversidad, las diferencias, los inescrutables caminos de la vida y las dificultades que pudieran encontrar en el camino que ahora emprendían, deslizó su mano dentro de la de Joshua, tomándola con fuerza, como si aferrarse a él en un lugar sagrado pudiera salvarlos de cualquier posibilidad de separación.

Con dedos temblorosos, Gilly colocó un anillo simple en el dedo de Caroline, que lloriqueó llena de alegría.

–¿Nos imaginas? –le susurró Claire a Josh, admirando como la pareja era bendecida y unida en matrimonio.

Tragando saliva, McKan negó. Después, se llevó la mano de Claire a los labios y la besó devotamente, mirándola a los ojos con el convencimiento de que pronto, un nuevo capítulo se abriría solo para ellos.

–No será así para nosotros –susurró Joshua, haciendo alusión a la iglesia vacía y carente de adornos–. Te lo prometo.

–Eso no tendría importancia. Me daría igual, siempre que estuviera uniéndome a ti para siempre.

Con unas pocas palabras solemnes más, Gilly y Caroline, aquellas dos almas perdidas en el mundo, cuyas vidas habían pasado por altibajos, se convirtieron en marido y mujer. Al volverse de frente ante sus únicos testigos, la felicidad misma, pareció hacerse persona en los rostros de los dos.

El amor había triunfado para ellos, pensó Claire, elevando una plegaria al cielo, ¿lo haría también para Josh y ella?

\*\*\*

Silbando alegremente y con paso firme, Andrew entró el comedor aquella mañana enarbolando un sobre recién abierto y con el semblante de quien ha conseguido lo que se proponía utilizando únicamente los medios más sofisticados de cuantos tenía a su alcance.

Con un gesto, saludó a su madre y suegra, que se encontraban ya en la mesa, esperándole. Besó la coronilla de Victoria y atestiguó que su semblante no parecía demasiado pálido o enfermizo pese a que la noche anterior había estado levantada atendiendo a los invitados hasta altas horas de la madrugada. Harvey, que estaba acomodado bajo la silla que Andrew usaría, levantó la cabeza y bostezó en su dirección.

–Bellas damas, un hombre se siente más que honrado de poder compartir mesa con tal ramillete de señoras. Soy afortunado hasta más allá de lo adecuado.

Victoria enarcó una ceja, mirando a su marido como si se hubiera vuelto loco. No es que Andrew tuviera mal despertar o fuera especialmente hosco por las mañanas, pero sin duda se mostraba mucho más comedido y expresaba un grado de felicidad bastante más inferior al que lucía en aquel momento.

–Parece que alguien ha tenido una buena noche –susurró su esposa, haciéndole sonreír.

–Como siempre desde que me casé contigo y por ello, comparto el lecho y sus placeres –Andrew le hizo un guiño, asegurándose de que nadie más oía su respuesta.

Victoria enrojció hasta que todo su rostro quedó a juego con el cabello rojo que lucía, semirrecogido, sobre la espalda. Un carraspeo de la condesa viuda bastó para atraer la atención de Andrew de nuevo hacia el resto de comensales.

–¿Puede saberse a qué se debe tal alegría a horas tan tempranas, hijo?

–Pues ya que me lo pregunta, madre... –Andrew alzó nuevamente el misterioso sobre que llevaba entre las manos, creando expectación–, he recibido, con las primeras luces, una carta de su gracia, Waldon Ozma.

Eleanor, que en aquel momento mojaba meticulosamente una galleta de centeno en su té, se asombró tanto que la dejó caer dentro, creando un leve chapoteo. Conscientes de los dimes y diretes que Andrew y el duque habían intercambiado a razón de aquellas tierras de cultivo de la casa Holt, que Ozma deseaba comprar a toda cosa, las mujeres guardaron silencio, temerosas de un nuevo revés en la relación entre ambos hacendados.

–¿Y qué dice? –inquirió Victoria, tensa.

–¿Ha vuelto a socavar tu autoridad? ¿Insiste? –preguntó Joanna, con los puños cerrados, como si se preparara para golpear algo.

–Nada más lejos –contestó Andrew, relajado–, tras su... no invitación a nuestra cena de ayer, su gracia expresa sus más honestas y delicadas disculpas por su comportamiento. Me hace saber, así mismo, que es consciente de haber utilizado su título e influencias para intentar intimidarme y, alegando que su vejez le hace perder las formas que todo caballero de su clase debe lucir, reitera se le dispense y se pone a mi disposición para cualquier eventualidad en la que pudiera serme útil. No obstante, y cito sus palabras exactas, seremos vecinos por largos periodos, ya que mantiene la compra de la parcela que colinda con esta casa, por lo tanto, debemos limar toda aspereza como caballeros.

–¡No me diga! –Eleanor, que ya llevaba unos minutos abanicándose, se llevó la mano libre al pecho–, ¿se ha retractado de sus palabras?

–De todas, señora mía –le dijo Andrew, sonriendo aún más–, de hecho, respeta mi juventud y vitalidad a la hora de haberme negado. Ha apreciado el intercambio de opiniones, según dice.

–No me cabe duda que haber sido excluido de los invitados ha minado su fortaleza –declaró Joanna, que conocía mucho de las normas sociales de la aristocracia tras toda una vida ceñida a ellas–, puede que su título sea superior al tuyo, Andrew, pero el condado de Holt es antiguo y respetado. Ni siquiera el duque de Ozma quería verse excluido de tu amistad, y menos, si piensa mudarse tan cerca.

–Eso me pareció a mí, madre. Está claro que desea limar asperezas.

–Y para eso se ofrece a hacerme algún favor que puedas necesitar –culminó Victoria con un suspiro, prestando más atención a su desayuno que a aquellas palabras–, la alta sociedad... siempre será un misterio para mí.

–Vicky, querida... ¡ya deberías haber aprendido que no puedes criticar el círculo del que formas parte!

Una mirada de la joven pelirroja bastó para que a Eleanor no le quedara más remedio que volver a su té, consciente de que inculcar ciertos aprecio a la aristocracia en Victoria, sería una pérdida de tiempo.

–Sea como fuere –dijo Andrew, removiendo su café–, esta situación ha llegado por fin a término.

–Me siento muy orgullosa del modo en que lo has solucionado, hijo. Como todo un caballero, sin perder tu sitio ni recurrir a malos modos.

–Lo habría hecho de buen grado de ser necesario, madre. Se lo aseguro.

–¡Señora!

El grito, que provenía del pasillo, hizo que los cuatro integrantes de la mesa dejaran en pausa toda conversación. Andrew, que apenas se había llevado la taza a los labios, se levantó de súbito, al igual que Victoria, que casi tropezó con las dimensiones de su vientre abultado al ver venir, roja de preocupación y con la cara sudorosa a Josephine, cuya larga trenza canosa se bamboleaba al ritmo de sus movimientos.

Presuroso, y tras comprobar que su mujer estaba bien, Andrew acudió junto al ama de llaves, que llevaba ya su uniforme de trabajo, habiéndose negado en rotundo a pasar un solo día más reposando una enfermedad a la que ya había vencido.

–¿Le ha ocurrido algo a mi hijo? –preguntó Victoria, aterrada–, ¿está bien?

–Oh, señora. Disculpe, no pretendía asustarla. El pequeño duerme como un ángel del señor. Una de mis doncellas de más confianza está con él.

Con la mano en el pecho, Victoria se dejó caer sobre la silla. Eleanor se dio prisa en acudir a su lado, ofreciéndole aire y palabras de sosiego.

–¿Qué ha pasado? –esta vez, fue la condesa viuda quien preguntó. La mirada que ambas compartieron dejó claro que era a ella a quien se había dirigido Josephine en un principio–. Por Dios, dímelo.

Aun sostenida por los brazos de Andrew, la mujer, consternada, miró a los ojos a Joanna, como disculpándose por el dolor que sabía iba a causarle.

–Es la señorita Claire, señora. Nadie la ha visto desde anoche, en la cena. Desapareció y no ha dormido en su dormitorio.

–¿Qué estás diciendo? –Andrew, con el ceño fruncido, trató de hacer memoria, preguntándose si había visto o sabido algo de su hermana en las horas previas–, ¿alguien estuvo con ella después de cenar? ¿Fue vista anoche?

Nadie respondió, pero las tres mujeres intercambiaron miradas significativas.

–Al hacer el aseo de la mañana, hemos encontrado su vestido de fiesta–siguió Josephine, que se retorció las manos–, debió escabullirse a la casa para cambiarse en algún momento, pero le aseguro que no ha dormido bajo este techo. Me temo que no puedo encontrarla.

—¿Qué no puedes encontrarla? ¿Cómo que no puedes encontrarla?

Joanna, que se había quedado lívida, miraba a Josephine como si esperase de todo corazón que ésta rompiera en carcajadas y confesase que todo aquello era una broma.

La mente de Andrew, que hasta hacía pocos minutos había estado libre de toda preocupación, bullía ahora, intentando recordar la última vez que había visto a su hermana, si algo en el semblante o la forma de comportarse de Claire había sido una pista de que estaba pronta a cometer una locura y él no se había dado cuenta.

—¿Está segura de que no ha dormido en la casa? —Preguntó Eleanor, que todavía abanicaba a Victoria para ayudarla a recomponerse del susto inicial—. Tal vez ha madrugado mucho. Las jovencitas son siempre muy activas.

—Estoy segura, señora Linton —Josephine se frotó las manos—, pasó por el dormitorio para cambiarse, pero no lo usó.

Despertando del letargo, Andrew soltó sobre la mesa la servilleta que aún sujetaba entre las manos y cruzó la sala con prontitud. Harvey, que había levantado las orejas ante el revuelo que se había formado en el tranquilo desayuno, le miró con sus ojillos despiertos, como esperando quizá que le diera alguna orden o petición específica.

—Busque a alguien que prepare los caballos —ordenó Andrew a nadie en particular, haciendo que Josephine saliera presurosa del comedor—, saldré ahora mismo a buscarla.

Joanna, nerviosa, balbucía preguntas y comentarios para sí misma, perdida en sus propios pensamientos. Era imposible, se decía, que Claire estuviera fuera de la propiedad, ¿adónde habría podido ir? Sus amistades más allegadas estaban en Londres, y de ninguna manera habría osado marcharse en mitad de la noche, sin avisar a sus familiares, y emprender un viaje peligroso por su cuenta.

Claro que, en el pasado, eso había sido exactamente lo que había hecho.

—Dios mío Andrew... Dios mío —el conde, al ver a su madre al límite de sus fuerzas, se apresuró a tomarla por el talle, temiendo que se desmayara—, ¿y si se ha ido a la ciudad?

—¿Por qué iba a hacer una cosa así, madre? Y menos en mitad de la cena, no es tan inconsciente.

—Está peleada con la hija del matrimonio Hildegar, han tenido algún tipo de desacuerdo. Tu hermana le ha escrito pero no ha obtenido respuesta. ¿Y si... y si ha ido a verla personalmente? ¿Y si mi hija ha sido tan loca como para huir en mitad de la noche, sola por esos caminos...?

—La encontraré, madre —aseguró Andrew, guardándose la información—, volveré Kent del revés de ser necesario pero te prometo, que traeré a Claire de vuelta y ella misma explicará lo ocurrido.

Victoria, que hasta ese momento había permanecido en un discreto segundo plano, dejó vagar su mente y recordó aquellas conversaciones y ratos pasados con Claire. Ellas eran cercanas, tenían confianza y se contaban confidencias. De hecho, había sido Claire en quien Victoria más se había apoyado durante los primeros momentos de su compromiso con Andrew, y una vez casada, se habían escrito a menudo, acrecentando su amistad poco a poco.

Ahora, más que cuñadas, eran amigas, por lo que era en Victoria en quien Claire solía descargar parte de su preocupación.

Recordando el incidente del caballo sufrido por Josh y todo cuanto Claire le había contado a razón de Arnold Calvin, Victoria empezó a atar cabos, preguntándose si acaso no estaría alguno de esos dos jóvenes detrás de la repentina desaparición de su cuñada. Con tiento, porque tocar aquel tema y errar sería muy delicado, tomó a Andrew de la manga, llamando su atención.

—Pregunta a Joshua McKan —le susurró, esperando que nadie la oyera—, está muy unido a Claire, Andrew.

Si el conde interpretó correctamente la mirada de su esposa o no, ella no lo supo, pues Andrew no se pronunció. Asintió con la cabeza y la besó en la frente, dispuesto a partir sin demora.

—Josephine, busque al Señor Calvin, creo recordar que anoche estuvo hablando con Claire en la cena —ordenó, recorriendo el salón en dirección a la salida—. Voy a buscarla.

—Eso no será necesario.

La voz de Josh, fuerte y potente, llenó cada rincón de la sala de desayuno, dejando estáticos a los allí presentes que le vieron acercarse, con paso firme y seguro, acompañado de una Claire que lucía una mirada serena pero cargada de incertidumbre en el rostro.

—¡Claire! —gritó Joanna, corriendo a abrazar a su hija tras los momentos de angustia pasados—, ¡chiquilla tonta! ¿Dónde te habías metido?

Andrew, que se había cruzado de brazos y tenía el ceño fruncido, dedicó una única mirada inquisitiva a Victoria, seguramente a razón de que hubiera acertado en cuanto a las compañías de su hermana. Después, miró a su capataz, que no detuvo sus pasos hasta estar a una distancia adecuada de los presentes.

Dejando pasar los primeros instantes, en los que todos celebraron el retorno de Claire y el hecho de que la posibilidad de huida hubiera sido solo una exageración, el propio conde miró a su hermana, acariciándole la mejilla con alivio. Los ojos castaños de Claire chocaron directamente con los suyos, tan parecidos, y aunque Andrew no era un hombre que se dejara llevar por nada que no fuera la certeza, supo de algún modo que muchas cosas estaban a punto de cambiar.

—No te haces una idea del susto que nos has dado —le riñó, usando el mismo tono que emplearía, años después, con el pequeño Charles Anthony.

—Lo siento mucho, Andrew, no era mi intención —Claire miró a Victoria y Eleanor, con disculpa—, te aseguro que tiene una explicación.

—Estamos ansiosos por oírla.

La condesa viuda, recuperada ya de la preocupación de poder haber perdido a su hija, y viéndola sana y a salvo ante ella, había tomado nuevamente su postura de madre seria. Ahora miraba a Claire esperando de todo corazón que sus excusas fueran válidas, pues de lo contrario, todo el miedo inicial que había sentido se transformaría en una ira sin igual.

Retorciéndose las manos, Claire miró de reojo a Joshua, que comprendió que era el momento de asumir las consecuencias de sus actos.

—La señorita Ferris... Claire, no corrió peligro en ningún momento —le pareció absurdo llamarla con tal formalidad, teniendo en cuenta que en las últimas horas la había conocido de un modo íntimo y profundo—, estuvo conmigo en todo momento.

Victoria emitió un suspiro, fruto tanto de sentirse aliviada como impresionada. Se dejó caer sobre la silla, mirando en todo momento a su marido, preguntándose cómo reaccionaría cuando aquella verdad que ella y a había sospechado, saliera por fin a la luz.

—Me tranquiliza saber que Claire no estuvo sola, vagando por la casa y los jardines a altas horas —dijo el conde, dejando caer las manos a los lados del cuerpo—, pero tengo entendido que no durmió en esta casa, ¿Claire, puedes decirnos dónde...?

—Estuvo conmigo, milord —repitió Josh, sin darse tiempo a titubear—. Claire pasó la noche conmigo. Toda la noche.

Para cualquier otra familia, un momento como aquel podría haber supuesto una ruptura completa con la tranquila vida de la que disfrutaban. De hecho, incluso en tiempos del padre de Andrew, la afirmación de Joshua podría haber acarreado graves consecuencias que sin duda, habrían afectado a todos los presentes, provocando una toma de decisiones desesperada y basada en mantener, a toda costa, la reputación y buen nombre de la familia intacto.

Para empezar, Claire habría sido desposada sin demora, probablemente con Arnold Calvin, el pretendiente más adecuado y deseable. Él había mostrado interés, de modo que se le retribuiría la pérdida de la virtud de la novia en forma de dote acrecentada y se esperaría, durante el resto de la vida de ambos, que aquel secreto quedara enterrado entre los muros de la casa.

En cuanto a Joshua, de haber sido el responsable de la familia otro, se podría haber esperado cualquiera cosa. Los tiempos del castigo físico y la denuncia a la guardia local para casos como aquellos habían, gracias Dios, pasado de moda. Ahora la aristocracia, aunque férrea en costumbres y anticuada para según qué prácticas, tenía la mente mucho más abierta en cuanto a las relaciones y romances de los jóvenes.

Los nuevos ricos no eran tan mal considerados, y el hombre trabajador que hacía fortuna de repente, aunque visto con suspicacia por tener las manos “manchadas” de la tierra, resultaba ser aceptado en los círculos más altos, si podía permitírselos.

Con todo, y aun siendo los Holt una familia bastante moderna, la parte conservadora que venía adherida al título proseguía firmemente anclada en los pensamientos de todos los allí presentes. Por eso, no hubo vítores y alegría ante el conocimiento de que Claire, la miembro más joven de la familia, había pasado la noche con un

empleado, extinguiendo de ese modo casi por completo sus posibilidades de hacer un matrimonio más encumbrante.

La mirada de Andrew, impertérrita, estaba fija en Josh, como valorando si se esperaba de él alguna palabra específica o un gesto físico de ira por la confianza traicionada. Después de todo, Claire era su hermana, y aunque podía entender lo que el amor y la pasión hacían al cerebro de un hombre, existían cosas como el honor y el respeto que no podían ser pasadas por alto.

–Me parece que es momento de que hablemos–le dijo por fin a McKan, sin mostrar emoción de ninguna clase–, en mi despacho.

Claire y Josh compartieron una mirada que duró apenas unos segundos. La muchacha, consternada por el tono frío que había usado su hermano, le tomó la mano al hombre que amaba, presionando cuanto pudo con la suya, como si así le salvara de todo mal y le protegiera de posibles represalias.

–No te dejes convencer–le suplicó, temiendo que la idea de ofrecerle opciones para salvaguardar el honor mancillado, nublara el amor de Josh–, por favor.

–Nada me alejará de ti–dijo él, soltándola con cuidado y siguiendo a Andrew.

\*\*\*

Nada más llegar a la biblioteca, Andrew se sirvió un brandy y lo tomó de un solo trago. La tranquilidad de saber a Claire a salvo se le mezclaba con la incapacidad de asumir que su hermana, en aras de aquella devoción que siempre había demostrado sentir por Josh, hubiera llegado a cotas semejantes por conseguir estar con él.

Si dejaba a un lado la hipocresía, casi se sentía tentado de sonreír. Estaba claro que los Ferris, con independencia de su sexo, hacían cuanto estuviera en sus manos para obtener el afecto de la persona deseada, fueran cuales fuesen las consecuencias. Él mismo, sin ir más lejos, había perseguido a Victoria Linton hasta arrancarle el sí de los labios con todas las armas de las que había dispuesto. Y su propio padre, si echaba la vista años más atrás, había desposado a Joanna, recién llegada al país y procedente de una familia de comerciantes, sin dejarse influir por nada ni nadie.

Cierto que Claire, como mujer, veía limitadas las posibilidades a lo que el hombre responsable de su familia dictara para ella. Por suerte para los implicados, Andrew tenía las miras abiertas y podía entender y asumir que había veces en la vida en las que buscar la felicidad pesaba más que cualquier convencionalismo.

Sin embargo...

La puerta se abrió y por ella entró Joshua, con la cabeza alta, el mentón oscurecido por la sombra de la barba que no se había rasurado y los hombros rectos. Cerró con cuidado y se echó hacia atrás un mechón negro de pelo, observando al conde, hombre y amigo con el que había crecido, en silencio.

Había respeto en la mirada que compartieron, pero también se midieron el uno al otro. Andrew volvió a la licorera y sirvió dos vasos, más Joshua rechazó el suyo.

–Aceptaré cualquier cosa que quieras decirme–declaró McKan, con serenidad pero sin sumisión. Tuteó a Andrew para hacer evidente que, en aquel momento, le consideraba un igual.

–Vaya que lo harás. No te quepa duda.

–Pero antes de que tratemos ese tema, hay otra cosa de la que me gustaría hablar contigo. Es importante.

Andrew se rio, dejando su segundo vaso vacío a un lado y acomodándose apoyado contra el escritorio. Negó con la cabeza, mirando a aquel muchacho con el que pese a haber pasado años, jamás terminaría de conocer. Se fijó en que llevaba puesta la librea del condado, algo que era muy difícil de ver.

–De modo que, incluso en una situación como la presente, eres tú el que va a dictar los términos de cómo vamos a llevar a cabo esta discusión.

–Si me despides o me mueles a palos por lo ocurrido, sabré que este asunto y a ha sido expuesto–dijo Josh, sin gracia en su tono–, prefiero decírtelo antes.

–Habla.

Con paciencia y de forma ordenada, Joshua le expuso los hechos que tenían que ver con Gilly y Caroline. Le habló de su completa colaboración a la hora de traer a la enferma a la casa, quebrantando así la confianza que todos los Ferris le habían entregado. También le contó su temor a un contagio masivo y su acción preventiva posterior. Le habló del arrepentimiento por haber intentado echarlos y del deseo férreo de Gilly de dar a aquella joven una vida mejor.

–Les entregué la suma completa por la venta del caballo–dijo por fin–, para que pudieran empezar y pagar una boda como es debido.

–De modo que por eso me lo vendiste–decretó Andrew–, porque necesitabas fondos de inmediato.

–Era la única forma que tenía de acudir a ti sin violar la privacidad que Gilly me había exigido.

–Pero me lo cuentas ahora. ¿Por qué?

–Van a irse. Caroline nunca ejerció, pero pasó en el burdel el tiempo suficiente para que nadie lo olvide jamás. Si se quedan aquí será señalada y no podrán vivir en paz. Gilly no quiere eso.

–Comprendo–Andrew tomó la pluma entre las manos, deslizándola por sus dedos, pensativo–, me encargaré de recomendarlo para que sea contratado donde sea que quiera ir, pero si no tiene ninguna preferencia... se dé un caballero que me debe un gran favor. Él se encargará.

Joshua asintió, con el agradecimiento pintado en el rostro. Por un momento, estuvo tentado de preguntarle a Andrew si no estaba molesto por nada de lo que acababa de oír. ¿Sería posible que no le importara que aquella muchacha de dudosa reputación y posiblemente enferma hubiera morado bajo su techo? ¿Cerca de su esposa e hijo? ¿Al cuidado de su hermana? Parecía demasiado como para que simplemente, lo dejara pasar.

–¿No vas a... decirme nada al respecto?–cuestionó Joshua al final, incapaz de dejarlo estar–. Soy consciente de la falta, y la repararé como esté en mi mano.

–Verás, Josh–Andrew dejó la pluma y se cruzó de brazos–, si tenemos en cuenta que ese es un tema que, al parecer, ha encontrado solución, no me parece prudente profundizar más en él. Sobre todo, partiendo de que la situación en la que Claire y tú estáis ahora mismo, eclipsaría hasta un incendio.

–Nunca me habría acercado a ella si mi fortuna no hubiera cambiado–dijo Joshua, sin otro principio posible del que partir.

–Esa es una forma pésima de defender tus intenciones, amigo mío.

–Siempre la he amado, Andrew–Josh abrió los brazos, abarcando la inmensidad, como si solo así pudiera medir el peso de sus sentimientos por Claire–, primero con protección y cariño y después, a medida que crecíamos... siempre supe cuál era mi sitio, y por Dios que lo he respetado, hasta lograr casi que me odiara.

–Continúa.

–La llegada de ese señor Calvin... fue como un golpe certero. Sabía que Claire no seguiría aferrándose a migajas, que terminaría por aceptar algún pretendiente, porque tendría que casarse y tener familia. Yo lo aceptaba, lo comprendía. No deseaba ser egoísta y privarla de una vida feliz.

–Hasta que comprobaste que perderla podía ser una realidad.

McKan asintió.

–Sabía que solo era cuestión de tiempo que algún compromiso se formalizara, pero de todos modos, estaba decidido a dejarla marchar.

No era más que un lacayo, le contó a Andrew, sin vergüenza ni humillación, pero sí con la certeza de que aquello le marcaba como alguien indeseable para una dama como Claire. El ascenso a capataz suponía un cambio sustancial, sería más respetado, ya no se le consideraría un trabajador raso que cumplía órdenes para ganarse un jornal, sino que tendría a su disposición la posibilidad de tomar decisiones, hacer valer sus derechos y llegar a considerar como suyo un pedazo de todo aquello por lo que había trabajado.

–De modo que rechazabas con tanto ahínco el puesto porque te otorgaba esperanzas de ser visto como un hombre mejor.

–No podía permitirme ilusiones, Andrew. No en lo referente a Claire.

–¿Acaso esta familia te ha tratado alguna vez como a un empleado al que no nos uniera nada?–preguntó Andrew, molesto–, ¿hemos sido tan despiadados como para pasaras años de sufrimiento bajo este techo sin decírnoslo?

–Por el contrario, tanto tu padre como tú, y la condesa... habéis sido mi familia. Me habéis criado, protegido, dado la opción de ganarme la vida de forma distinta a lo que mi padre...–Josh suspiró, decidido a dejar eso atrás–, poner los ojos en Claire fue como faltaros a todos. Al principio me odiaba por ello, por después, al saber que no podría cambiarlo, decidí evitarlo a toda costa.

–Hasta los recientes acontecimientos.

–Mi abuela me habló de las inversiones que la has ayudado a hacer con mis mesadas–McKan se encogió de hombros, todavía incapaz de asimilar lo que aquello

significaba—, las cosas cambiaron. Ahora tenía algo más que mi persona para ofrecer a Claire.

Presionándose el puente de la nariz, Andrew se obligó a reorganizar toda aquella maraña de confesiones. Recordó a Victoria, pidiéndole que preguntara a Joshua sobre el paradero de Claire al saberla perdida, recordó, a su vez, miles de momentos pasados en los cuales McKan había saltado como una fiera para proteger y cuidar de su hermana, como siempre había estado pendiente de ella, atento a todas sus palabras y gestos. Él mismo, había contado con que Joshua siempre actuaría de ese modo.

Había sido una constante en su vida, y Claire había crecido venerando y anhelando el hombre en el que Joshua se iba convirtiendo, en tanto que él mejoraba, su pulia, aprendía y luchaba solo por ganarse la sonrisa satisfecha de ella al comprobar sus progresos. Fue platónico al principio, una ensoñación infantil e inocente. Pero aquello cambió y creció, se convirtió en real.

Incrédulo, Andrew se dio cuenta de que lo había sabido siempre, solo que hasta entonces, no se había dado cuenta de que un amor tan grande, una verdad tan poderosa, yacía dormida entre los muros de su propia casa.

—¿Cómo puedo confiar en la fuerza de tus sentimientos por mi hermana si me estás diciendo que solo te has decidido a su cortejo tras saber que eres poseedor de esa repentina fortuna?

A pesar del tono hosco del conde, Joshua tuvo que sonreír. Andrew enarcó una ceja, sin creer lo que veía.

—Esa misma pregunta me la hizo Claire tan pronto se lo conté.

—¿Y qué fue lo que le respondiste?

—Eso solo la incumbe a ella —dijo Josh, sin amilanarse—, pero a ti te diré que solo habría sido cuestión de tiempo. Aunque mi renuncia estaba llena de honor, no soy un caballero, Andrew. Ni un mártir. Habría acabado reclamándola, valiéndome de cualquier pretexto.

—Está claro que has jugado una carta peligrosa. E irreparable.

—No me arrepiento —su mirada declaraba que era cierto—. Asumiré las consecuencias necesarias, pero no renunciaré a Claire. No deseo hacerlo, y me dolería, pero de ser necesario, me enfrentaré a ti.

Con una calma infinita, Andrew recorrió el borde del escritorio hasta situarse justo frente a Josh. Con el porte de todo un conde, tomó asiento y le invitó así mismo a que hiciera lo propio. Aunque inseguro, McKan terminó por obedecer, dejándose caer en la silla más cercana a su posición que encontró. Aguardó lo que pudieron ser horas, hasta que Andrew, por fin, se pronunció.

—Que te guarde gran afecto y te considere de mi familia, Joshua, no significa, ni por asomo, que vaya a ponerte las cosas fáciles —declaró el conde, con seriedad—. Claire es mi hermana y la situación en que se encuentra debe solucionarse de la manera más conveniente para todos.

—Cuento con ello.

Ante la respuesta de Joshua, Andrew curvó los labios en una sonrisa que prometía esperanzas. No obstante, el brillo peligroso de su mirada, dejó a las claras que aquella iba a ser una entrevista ardua y llena de exigencias y peticiones. Josh se armó de paciencia, consciente de que iba a tener que estar dispuesto a hacer muchas concesiones si quería ganarse la bendición del conde.

—Ponte cómodo, McKan —para hacer honor a sus palabras, Andrew se repantingó en su sillón, disfrutando ampliamente del semblante hosco del hombre que tenía enfrente—, porque todo cuanto hay que decidir, nos llevará un buen rato.



Con la vista perdida, Claire intentaba entretenerse mirando como Windy, la yegua castaña que lucía ya un vientre de notable preñez, era mimada por uno de los encargados de la cuadra, que cepillaba sus crines y revisaba el estado de las herraduras con mimo y suma atención.

Intentando que aquellas actividades que siempre la habían apasionado logaran distraerla, Claire trató de llevar a su mente a ideas y planes futuros, donde ella misma pondría nombre al potro y se encargaría de supervisar el cubículo doble donde madre y cría vivirían hasta que el potro se alimentara solo. Después, el animal crecería, sería preparado para la doma y cuando llegara el momento, seguro que su sobrino disfrutaría paseando sobre su lomo.

No obstante, por más que la vida y desarrollo de los caballos, en especial de aquella yegua, que era su favorita, añoño la hubiera entusiasmado, Claire no podía alejar sus pensamientos de lo que estaba ocurriendo tras los muros de la gran casa. En aquellos precisos momentos, mientras ella se mordía el labio presa de la desesperación y los nervios, su futuro más inmediato estaba siendo decidido.

Ignoraba cómo habría tomado Andrew la petición de matrimonio por parte de Joshua, pero solo podía rezar, de cuantas formas conocía, para que su hermano se atuviera a razones y permitiera que el capataz y ella se convirtieran en marido y mujer. Sabía Dios que Claire no aceptaría a ningún otro hombre más que a Josh, y si bien estaba dispuesta a salir corriendo en mitad de la noche para seguirle si él era forzado a abandonar la casa, deseada desesperadamente que hubiera entendimiento entre su familia y el hombre amado.

Siempre había oído eso de que no podía tenerse todo en la vida, pero ahora que por fin Josh estaba dispuesto a luchar por ella y el amor que ambos sentían, esperaba que la suerte le permitiera disfrutar de una felicidad completa.

—No cabe duda de que en esta casa se trata a las embarazadas con suma precaución —oyó decir a Victoria a su espalda—, sin importar si son humanas o no.

Claire dejó escapar un suspiro y su cuñada, consciente de los duros momentos de tensión que ésta vivía, le apretó el hombro con cariño.

—Trata de estar calmada, Claire. Tu hermano no es un hombre arisco ni difícil de llevar. Estoy segura de que Joshua no tiene nada que temer.

—Por más que le aprecie, Vicky... e incluso aunque haya crecido con nosotros, sigue siendo un empleado de la casa. ¿Y si eso pesa en la decisión de Andrew?

—Andrew no es un hipócrita, Claire —acariciándose el vientre, Victoria se apoyó en la cerca, admirando el lustroso pelaje de la yegua, que pacía tranquilamente a lo lejos—, él tampoco tomó por esposa a la mujer esperada.

—Eres una dama, poca importancia tiene si poseas o no título.

—Ni título, ni fortuna, ni las maneras apropiadas... —Victoria contó con los dedos, riendo alegremente—, por Dios, ni siquiera las ansias de desposarme tenía. Fue un verdadero golpe de efecto que tu hermano consiguiera arrastrarme al altar.

—Me consta que te hiciste de rogar.

—Solo para que no perdiera el interés —con mirada maternal, Victoria acarició la mano de Claire—, si Joshua te quiere, ni aun teniendo que enfrentarse a un noble anticuado y de mente cerrada renunciaría a ti. Estoy segura de que, en el fondo, Andrew sabe que te entrega a la persona correcta.

—Eso espero, Victoria... eso espero.

Pensando en su madre, quien todavía no se había pronunciado, y en Josephine, que sería seguramente quien más impedimentos pondría para que la unión se celebrase y Joshua se convirtiera en miembro por derecho propio de la familia Ferris, Claire pensó que, incluso salvando el escollo que Andrew suponía, a Josh y ella les quedaría todavía mucho que demostrar.

Con suerte, tendrían el resto de su vida para demostrar que aquel amor que se había ido fraguando desde que no eran más que unos niños, era digno de confianza por parte de las personas a las que más querían.

\*\*\*

—¿Estás diciéndome que renuncias a la dote?

Hastiado, Joshua miró al techo y exhaló un gruñido, tapándose luego la cara con la palma de la mano.

—No voy a aceptar que me pagues por casarme con Claire. Es humillante e innecesario.

—Es una costumbre arraigada que se espera por mi parte —decretó Andrew como si hablara a un niño pequeño—, mi reputación como cabeza de familia se vería dañada si entrego a mi única hermana en matrimonio sin una correspondiente compensación económica.

—Seguro que sobrevives al escándalo.

—Joshua...

—No tomaré un solo céntimo de tu bolsillo, ni tierras, ni propiedades —sentenció Josh, que no estaba dispuesto a transigir en aquello—. Claire por sí misma es un bien tan inmenso que no tendría suficiente con mi vida entera para merecerla. No quieras acrecentar la deuda, Andrew.

—Josh... he cedido en muchas capitulaciones que nadie más, en mi posición, habría aceptado.

—Una más no supondrá diferencia.

—Admito el hecho de que quieras vivir en las ruinas bajo las cuales habitó Greyson, solo porque me has asegurado que tras las reparaciones pertinentes, y contando con tu recién descubierta situación, el lugar será adecuado para Claire.

—No echará en falta ninguna de las comodidades de la casa. Eso te lo aseguro.

—¿Tienes idea de cuántas habitaciones vacías...?

—No viviremos bajo tu techo.

Blasfemando una palabra que Joshua jamás le había oído pronunciar, el joven conde se dejó caer sobre la butaca, apoyando la espalda en el respaldo. Ninguna de las negociaciones que había llevado a cabo en toda su vida, con diplomáticos, aristócratas, empleados y nobles de diverso rango podía compararse a la que estaba manteniendo con Joshua McKan.

Aquel hombre parecía tener un sentido del orgullo y el amor propio a prueba de cualquier tentación. Y era el ser más cabezota de cuantos poblaban el mundo, a Andrew no le cabía duda.

Siendo un hombre que había nacido teniendo todas las comodidades al alcance de la mano, el conde valoraba y respetaba a aquellos que buscaban labrarse un futuro según sus posibilidades. Joshua bien podría haberse aprovechado de la situación y sacar todo tipo de ventajas, pedir para él aquello que, de hecho, Andrew estaba obligado a ofrecerle, para tener una vida más cómoda y placentera.

Sin embargo, lejos de sentirse cómodo ante los cambios que, sin duda, su nueva posición iba a proporcionarle, Josh parecía más inquieto y malhumorado a cada nueva petición que Andrew le hacía. Llegado el tema de la dote, el capataz parecía estar a punto de estallar.

—Imagino que de otorgarte algún título para hacer más equilibrado el matrimonio de cara a la sociedad será mejor ni hablar.

—¡Por Dios! —con las manos apoyadas sobre la mesa, Joshua le miró con súplica—, solo deseo a Claire. Nada más. Continuaré con mi trabajo y mi vida no cambiará más que en lo necesario.

—Ahora eres un hombre con una creciente fortuna, Joshua. Y tu esposa, por más que lo detestes, es la hermana de un conde. Tu vida ya ha cambiado, y eso no hará más que aumentar.

Él lo sabía. Por supuesto. Josh no era tan ignorante como para esperar que seguiría vistiendo de forma simple, comiendo a deshoras y disfrutando de la compañía de Claire sin que aquello implicara nada más. Ella tenía una vida social que no podía ni quería abandonar, amistades, ciudades que visitar, costumbres... ser su esposa no debía limitarla, ni tampoco debía pretender que Claire viviera para siempre en el campo, como si se escondieran.

Aquella había sido una de las razones por las cuales renunció a ella en un principio. El saber que no podría llevarla del brazo a bailes y cenas, que pasear a su lado por Londres o compartir agradables veladas en compañía de caballeros inteligentes con los que compartir ideas para acrecentar los cultivos y negocios estaba descartado

para él, le llenaba de pesar.

Ella solo vivía en sus sueños, en lugares oscuros y prohibidos donde podía mirarla y adorarla en instantes robados.

Ahora, las puertas de aquellos salones y galas se abrían para él. Joshua podría mezclarse con los hombres y mujeres a cuya vida Claire pertenecía. Y estar a su lado, compartiendo esa parte de la realidad con ella.

–Demonios... ponlo todo a nombre de Claire. Para su uso, ¿está claro?

Satisfecho, Andrew sonrió, garabateando a toda prisa en un papel que tenía delante.

–Será la dote, pues. Y ya hablaremos de algún nombramiento que facilite tu acceso a ciertos círculos.

–Estás disfrutando con esto –le gruñó Josh–, no te atrevas a negarlo.

–Ni por asomo mentiría de semejante manera –el conde, todavía con la comisura de la boca alzada, miró al hombre hosco que tenía delante–, por la memoria de mi padre que jamás entenderé qué ha podido ver en ti. Sin duda, tu carácter dócil y facilidad de trato deben haberla seducido.

–¿Hemos acabado?

Impaciente por abandonar aquella habitación de tortura, Joshua se paseaba de un lado a otro, rogando que todo pasara cuanto antes y temiendo que llegara algo aún peor. Como los preparativos del matrimonio, donde seguramente se esperarían de él cosas que no podía siquiera nombrar.

–Nada más lejos, Josh, pero creo que por el momento, ambos merecemos un descanso –Andrew dejó la pluma sobre el tintero y dobló con pulcritud el documento–. Bienvenido a la familia.

Joshua tragó saliva y asintió con la cabeza una sola vez, demasiado sobrecogido con lo que aquellas palabras significaban. Quiso ser elocuente y decir a Andrew que la fuerza e intensidad de sus sentimientos harían que Claire fuera siempre feliz, que jamás lamentaría haber decidido amarle, que él la cuidaría y protegería siempre y velaría porque la sonrisa no abandonara nunca sus labios.

No fue capaz de decir nada semejante, pues la emoción y el éxtasis que sentía se propagaron por su sistema nervioso y le hicieron imposible el hablar. Tampoco hizo falta, según indicó la mirada de Andrew, él sabía todo eso. De otro modo, no le habría abierto los brazos ni recibido en su hogar.

–Si no tienes más preguntas...

–Solo una más –pensativo, el conde de Holt se tocó la barbilla, dándole vueltas a algo que llevaba rondándole la cabeza varias horas–, ¿por qué me vendiste a mí el caballo?

–Necesitaba fondos inmediatos para Gilly.

–Lo sé, pero pudiste haber recurrido a cualquier establo del pueblo. De ese modo, no habrías tenido que contarme la verdad al final. ¿Por qué aquí?

Joshua esbozó un gesto cínico que dio luz a todas las sospechas que Andrew ya había mantenido para sí mismo. Golpeando la mesa, el conde dejó salir una carcajada que terminó de destensar el ambiente.

–Maldito seas... querías seguir teniendo derechos sobre él, ¿no es verdad? Pero siendo yo el propietario, tendrás que obrar con más tiento para evitar posibles daños al animal y en ti mismo. Necesitabas algo que te frenara de volver a lanzarte al cercado con él.

–Voy a domar a esa bestia, milord –contestó McKan, dedicándole una venia y abriendo la puerta –, y sabe el Diablo que será más fácil, que tratar todos estos asuntos contigo.

Mientras Andrew reía a carcajadas, Joshua abandonó el despacho.

Deseoso de tomar a Claire entre sus brazos y poder expresarle que por fin su relación era pública y podían dejar de soñar con una vida juntos para empezar a prepararla con todo realismo, Josh cruzó el pasillo y casi corrió en dirección a la puerta principal, con la librea doblada de cualquier manera bajo el brazo y una sonrisa imborrable en el rostro.

Pensar en ella, en los nervios y el temor que debía estar pasando hizo que se le encogiera el corazón dentro del pecho. Su Claire, su amada Claire, que había sido capaz de las más mayores locuras por arrancarle palabras de amor en contra de su voluntad. Ahora podría decírselas cada día, al oído, y demostrarlas en cuanto la luna coronara el cielo y sus sonidos de placer quedaran eclipsados por la intimidad de la noche.

–Ya nada puede impedir que te quiera con todas mis fuerzas –dijo para sí mismo, exultante de felicidad.

Llegó al porche y allí se detuvo en seco. La sonrisa se le congeló en los labios, aunque no se disipó. Sentada en una de las sillas cubierta con almohadones de brocado, la condesa viuda aguardaba, serena y con semblante amable.

–Buenas tardes, Joshua –dijo Joanna, dejando a un lado la labor de costura en que había estado trabajando–, parece que la conversación con mi hijo ha sido fructífera.

–Yo... así es, señora.

¿Qué pasaría si ella se negaba? Josh no podía evitar maldecirse al haberlo dado todo por sentado tan pronto. ¿Y si la condesa viuda rehusaba aceptarle como marido para Claire? Estaría en su derecho, después de todo, ella era su única hija. Estaba seguro que toda madre que se preciara desearía organizar un matrimonio lo más adecuado posible para una señorita de la categoría de Claire, algo elegante, distinguido, memorable para generaciones futuras.

¿Cuántas condesas entregaban con satisfacción a sus hijas casaderas a lacayos reconvertido en capataces con fortuna? Las manos de Josh aún estaban ásperas del trabajo, sus formas no eran apropiadas, era un hombre instruido solo en lo básico y aunque el dinero llenara ahora sus alforjas... de no ser por el conde, no habría sabido qué hacer con él.

Sin duda, tendría que aprender a manejar la fortuna, saber dónde era apropiado que la invirtiera y los mercados que debía evitar. Abrir sus miras más allá de los mecanismos de cosecha, buscar alternativas que dieran, en los años próximos, más frutos con los que vivir cómodamente.

Todo ello, si acaso la condesa viuda no rasgaba sus esperanzas con unas pocas palabras.

–Señora, sé que no ha sido la manera más adecuada ni deseable...

Joanna alzó la mano en alto y él cayó de súbito. Tragó saliva y cerró los puños, diciéndose que no importaba cuán duras fueran las palabras que oyera, no flaquearía ni faltaría al respeto a aquella mujer a la que tanto debía. Incluso aunque no estuviera dispuesto a aceptar negativa alguna.

–Voy a contarte algo que muy pocas personas saben, Joshua –empezó Joanna, girando la cara hacia el sol, que se ponía en el horizonte–, imagino que conoces la historia de la fastuosa boda que mi esposo, el conde Anthony Ferris, organizó para que nos desposáramos.

Ignorante de adonde podría llevar aquella retrospectiva, Joshua solo asintió.

–Músicos, lámparas de araña refulgiendo en el salón, vestidos de gasa y seda, joyas... –ante el recuerdo, la condesa sonrió, nostálgica–, fue un evento social exacerbado, totalmente exagerado, si quieres mi opinión. Anthony decía, que no quería que nadie en el mundo fuera ignorante de nuestro matrimonio.

–Estoy... seguro de que así fue, señora.

–Te equivocas –Joanna sonrió, con la picardía de quien oculta un secreto–, nadie supo nada de nuestra boda. Al menos, de la primera. Mi querido Anthony y yo, nos casamos en Londres, a solas, antes de hablar en firme con nuestras familias y viajar a Kent para organizar los preparativos.

–¿En secreto? –Preguntó Josh, incapaz de creer que la recta y distinguida condesa viuda hubiera hecho algo semejante.

–Mi fortuna era reciente y a ojos de muchas de las grandes familias aristocráticas de la ciudad, yo no era más que una recién aparecida hija de comerciantes. Extranjera, además. Anthony poseía un condado con una gran tradición. No era difícil que alguien se opusiera.

–De modo que no dieron ocasión a una negativa.

–Ni nos lo planteamos.

La brisa de la tarde removió algunos mechones encanecidos de la condesa viuda, que sonreía ante el aire que acariciaba su piel, aún tersa. Era una mujer hermosa, que había vivido y obrado según los convencionalismos, pero que, en el amor, había apostado todo al corazón, sin dejarse llevar por el deber o el temor a lo que se dijera.

–Al igual que Andrew, su padre escogió a la mujer indebida para la sociedad, pero perfecta para él –volviendo hacia Joshua el semblante, Joanna sonrió–, parece que mi hija ha heredado el juicio de los varones de su familia.

–Me da su consentimiento entonces, señora.

Joshua McKan no estaba preguntándolo, y aquello, terminó por convencer a Joanna.

–Eres el prometido más inadecuado de cuantos Claire pudiera tener, Joshua –un solo asentimiento bastó–, eso te hace perfecto para ella.

–Gracias, milady –Josh le dedicó a la mujer que tenía frente a sí, la venía más torpe de cuantas había hecho en su vida–, le aseguro que trabajaré cada día para demostrarle que su confianza está justificada.

–Oh, no temas defraudarme a mí –Joanna se levantó, echándose sobre los hombros delgados un elegante chal bordado–, no hallarás en toda la campaña escondite del que huir de Josephine sino te conduces como es debido.

–¿Sería mucho pedirle que me ayudará con mi abuela?

Joanna asintió, sabedora de que a una mujer como Josephine, testaruda por defecto, le iba a ser muy difícil asumir que su nieto, incluso aunque ella siempre hubiera esperado lo mejor, fuera a escalar a semejantes cotas.

–Tienes mi palabra. Ahora vete, hay una joven que espera ansiosa.

A todo correr, Joshua bajó los escalones del porche y se perdió raudo de vista por el camino del jardín. Con una sonrisa cansada, Joanna se lo quedó mirando, con la naciente alegría en el pecho que le daba saber que sus dos hijos, por quienes gustosa habría dado su salud, estaban determinados a pasar el resto de sus vidas, acompañados de las personas destinadas a hacerles felices.

–Lo hemos hecho bien, querido Anthony –susurró, mirando al cielo enrojecido con anhelo–, lo hemos hecho bien.

\*\*\*

Guiado por su instinto, Joshua buscó a Claire directamente en la casa del capataz.

Nada más llegar, la encontró sentada en una de las piedras de la entrada, frotándose los brazos con las manos, más por un acto de nerviosismo que porque realmente acusara la bajada de temperaturas que anunciaba que el día, tocaba a su fin.

Con pasos apresurados, Josh cruzó el muro de piedra parcialmente derrumbado y cubierto de helechos que daba al deslucido camino de entrada a la casita y su sombra, cayó como una losa sobre Claire, quien rápidamente se puso en pie y le miró, con aquellos ojos grandes y brillantes llenos de preguntas.

Con los brazos caídos a los lados del cuerpo, Josh la observó con atención unos minutos, recorriéndola de arriba abajo y a la inversa, deteniéndose en cada detalle, en cada pequeña marca de su piel blanca, en los mechones que se escapaban del lazo de seda que recogía su melena castaña, en sus dedos, temblorosos y entrecruzados como si estuviera rogando.

Pensó, en un arranque de satisfacción sin precedentes, que desde aquel día en adelante, ya no tendría que bajar la mirada nunca más. Podría admirar a Claire, y devorarla con su cuerpo entero siempre que quisiera.

–Señorita Ferris, no parece muy contenta para ser una mujer que está próxima a comprometerse en matrimonio.

–¡Josh!

De un solo salto, Claire se subió sobre él, envolviéndole el cuello con los brazos y escondiendo la cara en su hombro mientras chillaba, lloraba y reía, todo al mismo tiempo. Exultante de felicidad, Joshua la hizo girar, manteniéndola alzada, sin tocar el suelo, flotando en medio de una alegría que parecía darles alas a ambos, dejándoles volar por encima del mundo real y llevándolos a un lugar lejano, donde solo su amor era importante.

Poco a poco, la fue bajando lo suficiente para que ambos rostros quedaran frente a frente, y sus miradas se clavaron en el alma del otro, recorriendo en el océano de la memoria toda aquella vida que habían pasado juntos, pero inevitablemente separados.

Las barreras cayeron a su alrededor, dejando solo esperanza y futuro. Un sinfín de mañanas soleadas para compartir.

–Claire Ferris, vas a casarte conmigo.

–Sí, Josh, me casaré contigo.

Los labios de McKan presionaron los de ella con fuerza, robándole multitud de besos cortos y profundos mientras sus brazos fuertes la mantenían cautiva, apretada contra su pecho donde latía un corazón que llevaba dormido más de una década.

–Serás mi esposa tan pronto convierta esta casa en algo bueno para nosotros.

–Me parece bien.

–Y vivirás conmigo. Y me querrás para siempre. Todos los días de tu vida.

Riendo a carcajadas, Claire echó la cabeza hacia atrás, dejando que los últimos rayos de sol de aquella tarde incidieran en su cabello, otorgándole un brillo tan etéreo que Josh sintió lágrimas agolpadas en sus ojos.

–Ya te he dicho que sí –susurró ella, con la mirada llena de ternura–. Sí, Josh. Me casaré contigo, seré tu esposa y viviré a tu lado, porque nada que pueda ofrecerme la vida me bastaría sin ti.

–Repítelo, amor mío, porque te juro que con el paso de los años, estando en mi lecho de muerte, seguiré sin crearme ser merecedor de tanta suerte.

–Te quiero, Joshua –declaró Claire, con las palmas de las manos sobre sus mejillas, humedeciéndose los dedos con unas lágrimas que caían silenciosas–, y mi respuesta es sí. Hoy y para siempre. Todos los días.

# Epílogo

Kent. Invierno de 1852

Apreciado Joshua,

Te escribo lleno de alegría para contarte que tanto Caroline como yo estamos bien. Ayer mismo arribamos a las cosas del Nuevo Continente, América, tras una travesía en barco que me pareció interminable. Espero que esta carta con noticias no tarde demasiado en llegar hasta Inglaterra.

¿Puedes creerlo, viejo amigo? Quién iba a decirnos a los dos, cuando veíamos pasar las horas desde nuestras camas, que un día, te escribiría desde el otro lado del enorme mar azul. Apenas puedo creer que esté tan lejos de casa. Se siente uno pequeño al ver que este mundo nuestro, va mucho más allá de las puertas enrejadas con el emblema del conde.

Su gracia, el próximo duque de Ozma, milord Henry, ha demostrado ser un patrón amable y de trato fácil. Cierto que nadie podría compararse con nuestro conde de Holt, pero por el momento, ha sido increíblemente generoso ofreciéndome empleo en su hacienda sin haberme visto trabajar ni un solo día. Por favor, no dejes de agradecer a milord Andrew por haber solicitado al duque de Ozma tan grande favor para Caroline y para mí. Estaremos siempre en deuda con él.

Milord Henry, del que te hablaré más detalladamente en futuras cartas, es un hombre algo mayor y ha enviudado hace poco. Tiene una hija y, al parecer, va a someter a Caroline a prueba para ser su institutriz. No ha hecho preguntas sobre su pasado, únicamente está interesado en las capacidades que ella tiene y, por si lo ponías en duda, es una mujer culta e inteligente. Apenas puede creer en su suerte, y la verdad, yo tampoco.

¿Cómo están las cosas por la casa? ¿Ya ha nacido el nuevo potro? ¿Y el hijo de milady Victoria? Espero me lo cuentes cuando ocurra, incluso aunque la noticia llegue a esta parte del mundo, tan lejana, con mucho retraso. Deseo que la salud de tu abuela sea buena y que los avances en la casa del capataz, sigan adelante, aunque sea sin mí.

En cuanto a ti, ¡apenas puedo creer que vayas a casarte con la señorita Claire después de Año Nuevo! Si te tuviera delante te llevarías un derechazo por no contármelo, aunque me figuro, y Caroline está de acuerdo, que no pudiste decir nada hasta estar convencido de poder ser un buen esposo para ella. La vida de matrimonio no siempre es fácil, te lo digo con mi reciente experiencia, pero resulta una maravilla tener alguien al lado al terminar el día. Te enviamos nuestros mejores deseos.

Pronto empezaré a desempeñar mis funciones. Me encargaré de varias cosas hasta que pueda acomodarme a la casa y las costumbres de los nuevos señores.

¡Por los calzones de mi abuelo Joshua!, Aquí hay plantas y animales que nunca antes había visto, y algunos de los lacayos son tan oscuros como el betún de nuestras botas, pero muy simpáticos. Creo que harías buenas migas con muchos de ellos.

Acuso la distancia de Inglaterra, pero sé que aquí podré encontrar la felicidad si me esfuerzo en ello. Espero, de corazón, que tú también lo hagas. Pocos hombres merecen tenerla más que tú.

No dejes de transmitir a la señorita Claire, de nuestra parte, las felicitaciones que merece estar tan próxima a ser una mujer casada.

Con todo afecto y mucho cariño,

Gilly y Caroline.

Con la sonrisa pintada en el rostro, Joshua dobló la carta y se la metió en el bolsillo mientras apreciaba, clara ya en el horizonte, la caída del sol que ponía fin a otro día cargado de trabajo y grandes expectativas.

La proximidad de las fiestas hacía que las horas volaran como si fueran pájaros, y a menudo, uno tenía que dejar para el día siguiente labores que, durante la primavera y el verano, podía desempeñar en una sola jornada. En su caso, alternando como estaba el trabajo de capataz con los últimos retoques de su nueva casa, a Josh las semanas enteras se le hacían cortas de tantos proyectos como su mente inquieta era capaz de reunir.

El haber tenido noticias de Gilly hacía que su cuerpo cansado del esfuerzo, renaciera. Su querido amigo... qué lejos lo sentía y cuánto lo extrañaba. Pese a la alegría y noticias que contaba en sus cartas, era claro que también para el joven lacayo era duro haber dejado todo cuanto conocía para embarcarse, literalmente, en la travesía más emocionante y lejana de su vida.

Incluso aunque sus motivos fueran más que justificados, y sabiendo Joshua como sabía que la oportunidad ante la que se encontraba Gilly trabajando directamente para el heredero del duque, no ponía en duda de que su amigo, en cuanto le fuera posible, tomaría el vapor y volvería a Inglaterra, aunque solo fuera para revisar que el nuevo inquilino de su dormitorio, trataba los cobertores con el mismo mimo que él.

Josh sonrió. Que buen movimiento el de Andrew al solicitar aquel favor al duque de Ozma, que tantos quebraderos de cabeza le había dado en el pasado a causa de las tierras de cultivo. Caballero como era, Waldon no había podido negarse a pedir a su hijo y heredero trabajo para Gilly, así como un pasaje en su próximo viaje, especialmente después de haber prometido a Andrew solucionar las discrepancias entre ellos de cualquier forma en que el conde dispusiera.

Así había sido como Gilly, el lacayo rubio que solía pecar de excesivo apasionamiento para todo aquello que hacía, había logrado vivir junto a la mujer amada lejos de prejuicios y ataques.

—Te irá muy bien en tu nueva vida—decretó Joshua, mirando al horizonte enrojecido por la puesta de sol—, te lo has ganado.

Ya iba a entrar a la casa para seguir puliendo algunos de los muebles nuevos que había adquirido, cuando vio venir a Claire por el camino. Se había recogido las faldas y andaba presurosa hacia él, todavía con el delantal blanco que se había puesto hacía horas y con el cabello castaño amenazando con escapar del rodete en que lo había recogido.

Estirando los brazos, Josh la recibió contra su pecho cuando ella frenó en seco. Tenía las mejillas arboladas y un brillo en los ojos que solo podía significar una cosa.

—¿Ya ha nacido?—preguntó McKan, presionando las caderas de su prometida con los dedos, porque evitar tocarla le era imposible.

—Hace solo unos minutos—Claire sonrió abiertamente—. Es una niña. Va a llamarse Anabelle Joan Ferris.

—Muy aristocrático.

—¡No te burlas! Te advierto que no voy a permitirte escoger cualquier nombre malsonante cuando lleguen nuestros hijos.

—¿Malsonante? ¿Quién ha dicho que yo vaya a hacer algo así?—Josh se encogió de hombros, disfrutando con el juego—, solo digo... que no me agrada un nombre tan largo para un hijo nuestro.

—Van a ser sobrinos del conde.

—Y también, hijos míos.

La satisfacción que daban a Claire frases como aquella, era palpable en el delicado rubor que teñía su rostro. Incapaz de contenerse, Joshua la besó suavemente en las comisuras de los labios, tentándola con suavidad para que separar los labios y la dejara profundizar más en besos como aquel, con los que debía contentarse, por petición de su romántica novia, hasta que estuvieran unidos en matrimonio.

Decidido a no pensar en el tiempo que aún restaba para que por fin pudiera volver a abrazar y amar a Claire de la forma en que lo deseaba, tomó con cuidado sus manos, mirándola a la cara y efectuando todas las preguntas de rigor que sabía se esperaban de él tras haber huido de la locura en que se había convertido la casa de Holt tan pronto Victoria había anunciado la ruptura de aguas.

—¿Se encuentra bien la condesa?

—Según el doctor Coentin, el nacimiento ha sido más rápido y eficiente que la primera vez, algo que Victoria no comparte en absoluto—Claire se encogió de hombros—, considera excesivas cinco horas de labor.

Joshua se encogió, rogando al patrón o patrona de los embarazos, que los futuros por los que pasara Claire, tuvieran una duración lo bastante escasa como para que a él no le explotara la cabeza de pura angustia.

—Imagino que tu hermano estará pletórico.

–Deseaba una hija –atestiguó Claire–, por supuesto, no dijo nada en un principio, y estoy segura de que habría amado a otro hijo varón de haber llegado, pero su satisfacción era muy visible.

–Seguro que ya está pensando en un buen matrimonio para la pequeña Anabelle Joan.

–Oh, no, al cogerla en brazos ha asegurado a los presentes, que su hija no se desposara jamás.

Los dos rieron, conscientes de que si los celos que Andrew demostraba para con su esposa se hacían visibles también en su hija, era muy posible que, en efecto, ésta nunca fundara su propia familia.

–¿Y qué ha pasado con la apuesta? ¿Se ha anotado la condesa un tanto?

Claire negó, provocando más risas en Josh.

–La niña es tan pelirroja como su madre. Mi hermano no perdió un segundo en hacerlo notar a la pobre de Vicky, que apenas podía erguirse sobre la cama.

–Todo un caballero nuestro conde.

Claire sonrió, volviendo la vista hasta el cielo, ya totalmente plomizo, y dejando salir un suspiro que remarcó sus facciones, surcadas del leve cansancio que cabía esperar cuando llegaba un día como aquel. No obstante, en la expresión de su amada había algo más que Joshua, pese a conocerla casi mejor que nada, sabía que distaba mucho de las emociones propias de la llegada de un recién nacido.

Algo la preocupaba, algo muy distinto a la posibilidad de que la pequeña Anabelle hubiera podido retrasarse al llegar al mundo, coincidiendo con el día en que habían fijado su matrimonio. Se trataba de un pesar real, con tintes melancólicos, que preocuparon a Joshua enseguida.

–Cuéntame que pasa –le susurró, dejando resbalar su mano por el hombro de Claire–, lo que sea que te ronda la cabeza. Necesito saberlo.

–Me preguntaba cuánto tardará tu abuela en descubrir que he venido a verte y estamos a solas, fuera del protector techo de mi hermano.

Josh lanzó un suspiro, mirando por encima del hombro de Claire como si, en efecto, temiera ver aparecer a Josephine blandiendo alguno de sus cacharros de cocina, dispuesto a castigarle por no comportarse como un caballero. Aún le costaba aceptar que el matrimonio fuera a llevarse a cabo, y para que lograra hacerse a la idea, tanto Claire como él habían estado de acuerdo en conducirse con toda la rectitud que el ama de llaves habría esperado, facilitándole la transición de verles juntos, como pareja.

Aunque ponían su mejor empeño cuando ella estaba presente, eso no impedía que los jóvenes enamorados, a menudo buscaran momentos robados en que estar juntos, sin testigos ni chaperonas.

–Empiezo a temer que cuando estemos casados, seguirá vigilando como un halcón –Josh la besó en la sien, preocupado al ver que Claire no sonreía–, vamos, tu preocupación viene por algo más. Dímelo.

Nadie la conocía como Joshua, así que no tenía sentido mentir.

–He recibido carta de Betina Hildegard.

Josh se permitió unos momentos para valorar aquella información, tratando de vislumbrar dónde podía estar lo malo. Pese a sus esfuerzos, no lo logró.

–Viene acompañada de una invitación a su fiesta de compromiso –prosiguió Claire, sacando la delicada nota del bolsillo de su delantal y entregándola en las manos de Josh–, va a casarse con Arnold Calvin dentro de seis meses.

Sorprendido, Josh desdobló el elegante papel ribeteado en plata y efectivamente, leyó ambos nombres, escritos con aquella pulcra y cara letra curva que había tenido que estudiar, punto por punto, cuando sus propias invitaciones matrimoniales habían empezado a fraguarse para ser transmitidas entre la flor y nata de la aristocracia inglesa.

–Ha adjuntado esta nota –decía Claire, que parecía muy metida en sus propias preocupaciones como para dar cabida a nada más.

*Estimada Claire, espero que goces de buena salud y tu felicidad sea, acaso, la mitad de la que ahora siento yo. Ruego asistas, en compañía de tu familia y prometido, a mi fiesta de compromiso para, de esa forma, ponernos al día sobre nuestras vidas y brindar por la alegría suprema que ambas, a buen seguro, encontraremos tras desposarnos.*

Josh enarcó una ceja burlona, seguramente encontrando gracioso el ser invitado en términos tan formales, pero la seriedad que halló en la mirada de Claire le hizo replantearse la serie de comentarios jocosos que pugnaban por salir a trompicones de sus labios.

–Es evidente que el hecho de que no te hayas prometido a Calvin y ella sí, la hace feliz –Joshua se encogió de hombros–, es algo bueno, ¿no? Llevas meses tratando de acercarte a tu amiga. Parece dispuesta a hacer las paces.

–Por los motivos equivocados, Josh, ¿no te das cuenta? Está muy contenta porque va a casarse con Arnold, pero ambos sabemos el tipo de unión que él ofrece. Eso no es lo que Betina quiere. No es con lo que ha soñado desde niña.

–Es una mujer ahora, Claire. Tal vez sus sueños han cambiado o... simplemente, confía en poder ganarse el amor de su marido una vez estén casados.

–Es un error... y o sé que lo es. ¡Va a hacerla infeliz!

Dejando caer la cabeza sobre el pecho de Josh, Claire permitió que la abrazara y consolara por la preocupación y lástima que empezaba a sentir a causa del triste futuro que le esperaba a Betina Hildegard, si acaso seguía adelante con aquel matrimonio que estaría basado únicamente en el interés. Arnold Calvin necesitaba una esposa para cobrar la herencia de su padre, y aunque la idea de tenerle por marido pareciera ser el culmen de todas las expectativas de Betina, estaba claro que él la había escogido solo porque ella aceptaría sin la más mínima duda.

–Si vas a ella e intentas disuadirla de que acepte a Calvin, puedes volver a perderla.

–Lo sé, Josh. Sé que debería guardar silencio y alegrarme de que vaya a obtener justo el marido que desea. Y esperar que él la valore y acabe amándola por lo que es.

–Pues entonces, haz eso, mi vida –con una sonrisa suave, Joshua acarició sus mejillas, adorándola con cada fibra de su ser–, quizá el destino tenga preparada para tu amiga una felicidad que acabarás envidiando.

–¿Por haber rechazado a Arnold? –Claire negó con firmeza–. Jamás. Nada, hará que lamente haber puesto por encima de todas las cosas el conseguir pasar el resto de mi vida con el único hombre al que podré amar.

Joshua la besó. La besó del mismo modo en que hacía cada noche, en sus sueños, desde hacía tantos años, cuando ambos no eran más que unos chiquillos a los que les costaba separarse pese a la realidad en que estaban obligados a vivir.

La besó con el convencimiento y la seguridad de que viniera lo que viniese con el sol de mañana, serían capaces de afrontarlo juntos. Pasarían inviernos duros, discusiones que agriarían los días de primavera más hermosos, y momentos que preservar, a salvo en sus memorias, cuando el otoño llegara a sus vidas y tiñera de recuerdos un pasado plagado de amor.

Un inmenso horizonte de posibilidades de abría ante ellos, cada día más amplio y cargado de caminos y bifurcaciones. Solo tenían que tomarse de la mano, y andar.

–Siento mucho haber estado ciego tanto tiempo –le susurró Josh, acariciando sus dedos con ternura–, a veces pienso, si te hubieras rendido, si me hubieras dato por imposible...

Claire suspiró, aferrándose a la dicha de haber recuperado a Betina y desechando, de momento, todo lo demás.

–¿De verdad crees que habría podido vivir en paz sin ti? –volviendo el rostro hacia él, dejó que la sonrisa tocara sus labios–, nunca habría cejado en mi empeño, Josh. Eras una causa demasiado importante.

Cuánta devoción, pensaba él, lamentando que sus complejos e inseguridades les hubieran privado de tanto tiempo juntos.

–¿Aunque no hubiera existido fortuna y me hubiera negado a arrastrarte a mi pobreza?

–No te habrías librado de mí. Poco importaría que Josephine no hubiera demostrado su buen hacer en los negocios, mis sentimientos no habrían cambiado jamás.

–Te querré, siempre, Claire. No importa lo que me pase. Nunca amaré a otra. ¿Confías en mí?

–Con todo mi corazón –le miró sonriendo–, parece que todos nuestros amigos están esforzándose mucho por su final feliz... ¿estás impaciente por llegar al nuestro?

Joshua, que era un hombre que no gustaba en malgastar palabras cuando podía decir lo que pensaba con unas pocas, se dio cuenta entonces de que le faltaban modos para expresar todo cuanto abarcaba en su pecho para Claire. El saber que de aquel día en adelante, todo cuanto le deparaba la vida estaba ligado a ella, era mucho más que un objetivo cumplido, más que haber alcanzado sus sueños.

Más incluso que saber que por más penas y preocupaciones que vinieran en el futuro, poco le importarían si podía tender su mano con el convencimiento de que Claire, su Claire, la aferraría.

El final... pensó, sonriendo mientras negaba con la cabeza y tiraba de su mano para guiarla al interior de la casa que pronto, compartirían.

—Esto, mi amor, solo es el principio.

*FIN*

## Agradecimientos

Se me hace muy difícil sintetizar todo lo que supone, y agradecer con propiedad a todas las personas a las que debo la existencia de esta novela, pero creo que es justo mencionar a la primera de todas ellas, por quien hoy, “Un prometido inadecuado”, existe.

A Bartomeva Oliver, mi editora de Romantic Ediciones. Hace muchos meses me dijiste, cuando yo todavía no podía creer que Victoria y Andrew fueran a convertirse en un libro real y tangible, que ésta era una historia que querías conocer. No sé si te lo dije entonces, pero esa inyección de confianza y entusiasmo me dieron unas alas que, hoy en día, amenazan con no dejarme poner los pies en el suelo.

Me hiciste el lío, ¡y mira qué bien ha salido!

Esta novela se debe a todos los que apoyaron mi primer libro y no solo lo leyeron, sino que además, vieron más allá de sus páginas, imaginando este romance imposible como algo tan real, que no pude más que escribirlo. Muchas gracias por ese cariño, no tengo como pagarlo. Espero que os guste.

Al equipo de Romantic Ediciones al completo, Bartomeva, Xisca, Magdalena... todos los lectores y correctores, a Olalla Pons, que nos enseñó el rostro de Joshua para que pudiéramos verlo, (¡qué lata te doy, pero cómo aciertas siempre!) y a mis compañeras/os. A mis socias de *secta*, por la alegría que sienten y el aprecio que me demuestran. Gracias por hacerme sentir que esto es también un poco vuestro. Sois las mejores, os quiero.

Muy especialmente, me siento agradecida a los blogs, y las blogueras, por sus reseñas y buenas palabras para ‘Una candidata inesperada’, y esas especulaciones maravillosas sobre la posible continuidad de la historia, ¡aquí la tenéis! Sin vuestro apoyo, no habría sido posible. Gracias.

Gracias a mis amigas, por tantas horas de aguante y de ayuda compartiendo ideas y correcciones, por soportar los agobios cuando la trama se estancaba o no sabía encajar aquella idea con la otra. Gracias por aguantar lo pesada que me ponía con las expectativas, ¡y por celebrar por todo lo alto cuando colocamos (sí, en plural) el último punto de mi primera segunda parte! Ha sido un viaje maravilloso.

Gracias, Cristina Sojo, porque sé que saborearás la esencia de Joshua, esa que tú y yo sabemos, como el mejor elixir. Espero que esté a la altura.

Gracias, Ainara Díaz, por esa paciencia y tirones de orejas tan necesarios cuando el peso de mil agobios caía sobre mí. Cuántos desayunos regados con las prisas y los nervios. No podría haber sobrevivido sin ti.

Gracias, Laura Maqueda, porque hace más tiempo del que puedo recordar, tú ya sabías que ésta historia iba a existir.

Y sobre todo, a mi familia, a mis padres y, como siempre, a mis hermanos, David, José Pablo y Samuel. Esto es para los tres.

Nunca una palabra tan corta como “gracias” fue tan inmensa como lo es hoy para mí. Seguiré trabajando y soñando por tener más agradecimientos infinitos que compartir.

Romina Naranjo.

## Table of Contents

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)